

R

62, 2m 5: Placio

LA

GÉNESIS DEL CRIMEN

EN MÉXICO

ESTUDIO DE PSIQUIATRÍA SOCIAL

POR

Julio GUERRERO

ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DE LA REPÚBLICA MEXICANA.



LIBRERÍA DE LA V^{da} DE CH. BOURET

PARÍS

MÉXICO

23, RUE VISCONTI, 23

14, CINCO DE MAYO, 14

1991

Al Sr
Gabriel Farde
Respetuoso homene
naje.

Lic. Julio Guerrero

LA

GÉNESIS DEL CRIMEN

EN MÉXICO

México Mayo 6/90

T7G31

LA
GÉNESIS DEL CRIMEN
EN MÉXICO

ESTUDIO DE PSIQUIATRÍA SOCIAL

POR

Julio GUERRERO

ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DE LA REPÚBLICA MEXICANA.



PARÍS. — IMPRENTA DE LA V^{da} DE CH. BOURET.



LIBRERÍA DE LA V^{da} DE CH. BOURET

PARÍS

MÉXICO

23, RUE VISCONTI, 23

14, CINCO DE MAYO, 14

1901

Queda asegurada la propiedad conforme á la ley.

INTRODUCCIÓN

La ciencia moderna ha sintetizado el concepto general de la *vida*, en la fórmula de una lucha sin tregua ni piedad, de unos animales contra otros. El hombre no se sustrae á este destino; y es combatiente esforzado que no sólo lucha contra los animales que encuentra á su paso, sino contra otras unidades de su misma especie, y contra las fuerzas de la Naturaleza que evolucionan en le planeta. Pero á diferencia de los demás animales, lucha con éxito; y no sólo ha vencido á las fieras ó insectos que le disputaron un lugar ó un ali-

a..

mento, sino que ha modificado las condiciones naturales de los sitios donde se ha cimentado; y cuando no ha podido vencer un agente nocivo, ha encontrado el modo de esquivar su influencia destructora. Por eso se ha dicho que la civilización nació cuando el hombre transido de frío, en vez de dejarse morir con la sangre congelada, inmoló animales cubiertos de un vellocino caliente, los desolló y con sus despojos ensangrentados cubrió sus carnes ateridas. Los tigres poderosos de las cavernas, sucumbieron por el enfriamiento súbito del período glacial á pesar de su corpulencia, agilidad, fuerza y valor, mientras que el hombre de aquel entonces desnudo y raquítico en comparación con las bestias que lo cercaban, escapó al aniquilamiento de la especie, proveyéndose de pieles é inventando el fuego con que calentaba sus cavernas. Desde entonces la lucha con la Naturaleza ha continuado para el hombre, siempre encarnizada, pero siempre victoriosa, y dejándole después de cada victoria una idea más en su inteligencia, mayor confianza en su voluntad, y á la larga otro agente natural esclavizado. Hoy puede emplear para sus servicios domésticos las fuerzas

que mueven las cataratas: guerra con proyectiles tan grandes como los meteoros que cruzan el firmamento; moviliza su inteligencia y voluntad con la velocidad del relámpago, sin que lo detengan océanos, ni cordilleras; y avanza día con día sus habitaciones á lugares donde antes sólo vivían las plantas y animales inferiores.

Estas victorias sin embargo, tienen sus víctimas; hay muchos que fracasan en el combate, y que por deficiencias de vigor, inteligencia ó carácter no pueden dominar á los agentes naturales que encuentran á su paso. Unos son vencidos en la concurrencia animal, sobre todo con los seres microscópicos; y víctimas de epidemias funestas á la especie humana, señalan con generaciones atrofiadas ó enfermizas los *hábitats* que aun no ha podido conquistar la *civilización*. Dentro de ésta misma, hay otros que no pueden resistir á las influencias enervantes y continuas del medio tanto físico como social: le entregan paulatinamente sus energías; abandonan las aspiraciones generales, desiertan del combate, y al cabo se convierten en obstáculos para los demás miembros de la sociedad. Ya no

piensan, sienten ni obran con las ideas, sentimientos y métodos de conducta de éstos; sino que viven una vida extraña que con facilidad produce choques más y más funestos con los normales; hasta determinar entre unos y otros el fenómeno de la lucha abierta por la existencia; en la forma genuina de un episodio de la evolución animal, y de las primeras etapas de las sociedades humanas; es decir en un acto que implica la satisfacción de una necesidad personal, con el sacrificio deliberado ó instintivo de toda consideración *altruista*. Este conflicto es el *crimen*, y sus causas no pueden ser por consiguiente sino las mismas que pone en juego la Naturaleza para producir los demás fenómenos psíquicos y sociales concomitantes; pero que por la manera como se combinan, en ese caso, determinan un efecto destructor del espíritu humano. — Háse dicho, con razón, que no es sino un producto como el vitriolo, y tan natural á unas localidades ó épocas el producir asesinos, como á otras barítonos ó alfareros. En la malla inextricable de causas y efectos en reacción sempiterna con que la Naturaleza manifiesta sus fuerzas, se entretajan en efecto las que mueven la

conducta criminal; pero son las mismas que en otras circunstancias hacían los héroes y los santos. Las sequías que en una época producen procesiones, por ejemplo, en otras ocasionan motines; y los salteadores de encrucijadas en otras partes serían adalides victoriosos y aclamados; pero en ambos casos la Naturaleza permanece imperturbable sin aumentar ni disminuir el total de sus energías.

Debo hacer sin embargo una observación muy importante á estas ideas que no sólo explicará más el concepto general que me he formado de estos fenómenos sociales, sino el método especial que me he visto precisado á emplear para estudiarlo. En los estudios que hasta hoy se han hecho del crimen, ya sean jurídicos ó científicos, se ha considerado este acontecimiento como único, súbito, aislado y *personal*, en medio de la evolución general de la sociedad, sin comprender que en este orden de fenómenos tanto como en los demás *natura non facit saltum*. El crimen es un fenómeno complejo como todos los sociales; y no puede separarse por consiguiente su estudio, ni de la vida restante del criminal, ni de los fenómenos coexistentes de la sociedad. Conside-

rado como un acto individual, es la resultante fatal, pero lenta y predeterminada por las condiciones psíquicas, fisiológicas y sociales del delincuente. Pero considerado *socialmente* es la manifestación individual de un fenómeno disolvente general, que en grados menores y en distintas formas de inmoralidad afecta á la vez á otros individuos.

Su característica es de la misma especie que la de las causas de la mortalidad, ó del desarrollo del arte por ejemplo. La pneumonía no es sólo una enfermedad que se manifiesta en el atacado por ella, sino que el demógrafo ó higienista ven en los casos de mortalidad que con su clave registra la estadística, un grupo de fenómenos patológicos generales, que no pueden distinguirse, sino por diferencias de grados, de las demás afecciones coexistentes del aparato respiratorio; y que sin ser mortales, atacan en forma de gripas, catarros, bronquitis, etc., á otros miembros de una ciudad. La aparición de un drama insigne tampoco es un hecho aislado; y al estudiar su origen el historiador encuentra inmediatamente, como fenómenos concomitantes, una época trágica en la sociedad donde

aparece; y una serie de grupos literarios menos y menos logrados, alrededor del poeta que lo crió. Es imposible por la misma razón comprender á los genios militares de Roma, sin conocer el espíritu guerrero de sus ciudadanos, las necesidades conquistadoras de su constitución, y la moral sanguinaria de sus fiestas. Los pintores no han podido aparecer como artistas verdaderamente nacionales en países brumosos como Inglaterra, ó en sociedades indiferentes y aun hostiles al atavío personal como la americana, en las cuales no puede haber dibujantes populares, que espontáneamente requieran el lápiz para recoger el boceto de una postura elegante ó las líneas de un paisaje; y no habiendo esa masa de pintores populares, falta la matriz de donde pudieran brotar los genios del pincel. — Todas las manifestaciones del espíritu humano, por brillantes que sean y por *personales* que parezcan, presuponen siempre fenómenos, *abortados* del mismo orden en los otros miembros de la sociedad; lo mismo sucede con la salubridad, y lo mismo sucede con el *crimen*. Al rededor de un delito hay siempre defectos, imprudencias, errores en la forma de antece-

dentes personales al delincuente; y en la de costumbres, tendencias, manías ó vicios esparcidos en las clases sociales que confinan con el delincuente. El estudio de las causas que determinan el crimen debe hacerse por consiguiente, no sólo en las circunstancias personales del criminal, sino en los fenómenos generales de *destrucción* que puedan afectar al espíritu, ó al *alma* de una sociedad, como se decía en los tiempos de la teología. — El valor lógico que como método de investigación se ha asignado á la estadística, cambia por consiguiente de carácter. Á las cifras, se les tendrá que atribuir, además del dato *cuantitativo* que representan, el valor de un *índice*, ó coeficiente que manifiesta también la existencia *no cuantificada*, pero mucho mayor de fenómenos de psiquiatría secundarios, íntimamente unidos al delito registrado. Para conocer las causas que producen éste, será pues necesario analizar las que en un lugar y en una época dada, van lentamente minando el espíritu y haciendo que en vez de evolucionar libremente, contraiga vicios al pensar, obrar y sentir.

Bajo la influencia de esta idea general me he

propuesto investigar las causas que determinan la producción de los crímenes en el Distrito Federal de México; y las perversiones de carácter ó inteligencia que pueden ser sus condiciones concomitantes. Pero como en esta región hay individuos venidos de todos los ámbitos de la República, y como la demarcación legal no corresponde á una topográfica, he debido extender el estudio *físico* á la parte superior de la Mesa Central, y el *psíquico* á las condiciones sociales generales de toda la Nación. En las páginas que siguen se conocerán por consiguiente las causas que en estas altiplanicies americanas han detenido y detienen todavía la evolución civilizadora del grupo étnico de mexicanos. No haré, pues, mención de sus aptitudes, virtudes ó triunfos, sino en tanto que sean necesarios para refutar un prejuicio, para completar un análisis ó para corroborar una inducción. Mi estudio es de *Psiquiatría*, de vicios, de errores, preocupaciones, deficiencias y crímenes; y mal hará quien por él juzgue á nuestra sociedad. Investigo hoy lo malo de ella, para poder después con los datos que de esta investigación recoja, estudiar lo mucho grande, bello y noble

que la caracteriza en el concurso actual de los pueblos civilizadores.

México, Enero 13 1900.

LIC. JULIO GUERRERO.

Dirección :

Calle de Cordobanes, nº 8.

México, D. F.

LA

GÉNESIS DEL CRIMEN

EN MÉXICO

LIBRO PRIMERO

LA ATMÓSFERA

Sumario. — I. Descripción de la Mesa Central, altitud y extensión. — Efectos fisiológicos de la decompresión atmosférica. — II. Oscilaciones termométricas y pneumonías. — III. Cantidad variable del oxígeno, resquebado del aire, aridez del paisaje. — IV. Efectos de la atoxia en las costumbres. Vida contemplativa, mortificación, hechos consumados. — V. Uso estimulante del tabaco. Sus efectos son coadyuvantes del enraecimiento. — VI. Ambos sobreexcitan el bulbo. *Plato*, neurosis y delitos de ira. — VII. Influencia de la atmósfera en la labranza. — VIII. Ídem en la minería. Carácter aleatorio de la actividad industrial en México. — IX. Ídem en la salud y en la vida. — X. La entidad metafísica de *La Suerte*. — El juego. — XI. Su extensión en México. — XII. Sofismas habituales del jugador. — XIII. Carácter supersticioso de su criterio. — XIV. Diafanidad de la atmósfera, perspectivas del Anáhuac. — XV. Desarrollo de las nociones gráficas de la vida y artes del dibujo. — XVI. Visibilidad cotidiana de los contrastes, aticismo y *chuela*. — XVII. La influencia de la atmósfera en la vida siempre ha sido presentida por el hombre. Carácter meteórico de algunos cultos. Persistencia de este teísmo en el carácter estoico de los mexicanos.

I

Para llegar á Boca del Monte viniendo de Orizaba se necesitan locomotoras Fairlie, de doble chimenea que puedan con las repetidas pulsaciones de sus émbolos poderosos, trepar los últimos estribos de la Sierra Madre; esas cristalizaciones gigantescas de basalto negruzco, alzadas como *glacis* inmensos para cercar el vallecito de Maltrata. Rodeado por siembras y ganado reposa allí su caserío, al abrigo de los vientos, sin más entrada que la garganta por donde llegan los trenes de Orizaba; ni más salida que las nieblas enredadas en los acantilados de un kilómetro de altura (1). Por allí se sube á la Mesa Central de la República, y los trenes se lanzan entre el humo de las locomotoras, sobre una pendiente en espiral que va y viene siempre subiendo, sobre viaductos, á través de túneles, enrobándose en los puentes y deslizándose bajo los peñascos que sobresalen, con la montaña viva á la derecha, y á la izquierda el abismo tapizado con el

(1) « El tramo comprendido entre Boca del Monte y la Barranca de Metlac cuya longitud es de 56 kilómetros, y cuya diferencia de altura es de 1436 metros da cerca de 3 0/0 de declive general, etc. » Francisco Díaz Covarrubias. *Viaje al Japón*, pág. 23. Sin embargo en el *Profil Altimétrique de C. Zoll y L. Hartmann* para estudiar la distribución de los Vertebrados mexicanos que los Sres. A. Herrera y D. Vergara Lope insertan en su obra « *La Vie sur les Hauts Plateaux* », aparece que entre Maltrata y Boca del Monte sólo hay 814 metros en la diferencia de sus altitudes, (pág 132). Tomo el término medio de estas cifras para la altitud media de la Mesa.

manito secular de los cedrales. Al fin, como quien llega de súbito á una azotea, se arriba á la Mesa Central, desolada y fría en invierno, con montañas desnudas levantadas en lontananzas enormes, sin árboles, ni caseríos, con las tierras rugosas en *barbecho*, y que se necesitan recorrer entre nubes de polvo, para llegar á la Capital, sin encontrar fuera de las estaciones, más que algún ranchero al galope de un caballo, ó reducidos atajos de burros, que sacudiendo las orejas, cruzan las yermas soledades. Por el Poniente éstas llegan hasta Nepantla en el Estado de México á 237 kilómetros (1), y por el Norte rebasan la frontera americana, descendiendo con suave declive hasta Santa Fé; pero en realidad su límite septentrional está en el Pico Fremont de las Montañas Rocallosas y el meridional en el Zempoaltepec del Estado de Oaxaca. En la República Mexicana ocupa cerca de un millón de kilómetros cuadrados (2), y es el *habitat* donde principalmente se ha desarrollado su civilización, habiéndose asentado en ella nuestras principales ciudades: México, Puebla, Toluca, S. Luis Potosí, Querétaro, Guanajuato, Celaya, León, Guadalajara, Zacatecas, Chihuahua, Morelia, etc. Sus condiciones meteorológicas y geográficas han sido por consiguiente agentes constantes de mucha consideración, en las perturbaciones que el espíritu y el

(1) José González Arce. *Directorio de las poblaciones de la República Mexicana*.

(2) Herrera y Vergara Lope, *opus. cit.*, pág. 42.

cuerpo suelen presentar en estas comarcas elevadas.

Los costeños y extranjeros que llegan á Esperanza se deslumbran con la luz; y por lo pronto creen asfixiarse con lo sutil de la atmósfera; pues el horizonte á donde llegan está á más de 2277 (1) metros sobre el nivel del mar; es decir mucho más alto que las nubes que habitualmente ven obscurecer su cielo. El aire siempre barrido por las corrientes superiores del planeta es puro, diáfano, azul y luminoso; pero por su rarefacción misma extiende los alvéolos pulmonares con mayor amplitud que en las costas (2), llevando sus partículas oxidantes hasta las más tenues ramificaciones de las arteriolas pulmonares. Los recién llegados notan inmediatamente un aumento en el número de sus pulsaciones y respiran con boca y narices como si les faltara aire; siendo preciso que los cantantes se aclimaten paulatinamente para recobrar su tacitura. Los caballos de carrera se asfixian si no se les acostumbra á correr en este aire enrarecido; las combustiones se hacen con un desprendimiento menor de luz (3); y las modificaciones que á la larga ocasiona la decompresión en el organismo, llegan á alterar sus proporciones tanto en la magnitud de los miembros como en las cantidades de las sustancias que tienen la sangre y demás productos. El tórax se ensancha, los pulmones se agrandan, la clavícula se levanta y robustece, aumenta el número

(1) *Herreya y Vergara Lope, opus. cit.*, pág. 35.

(2) *Eodem*, pág. 285.

(3) *Eodem*, pág. 613.

de los glóbulos sanguíneos, y la rapidez de su circulación; el esternón crece, y la musculatura de los miembros superiores desarrollada por la continua gimnástica respiratoria tiende á amoldarse en proporciones atléticas (1). Hasta en los vegetales las reacciones íntimas de su vida se hacen con mayor rapidez y perfección. Los cereales desarrollan más principios nutritivos; y los alcaloides que produce la vegetación de estas altitudes son más abundantes y más activos que en la flora de las llanuras inferiores. La *valeriana* del Anáhuac es superior á la de Virginia; y el opio es más soporífero en los cotiledones de la amapola mexicana que en la francesa; así como más fragante el perfume de sus claveles y azucenas (2).

El fenómeno de la respiración, que es la base de todas estas modificaciones, alcanza pues, en lo que atañe al hombre, una importancia fisiológica excepcional en estas altitudes; se hace más delicado su mecanismo y se resiente todo el organismo con las modificaciones del ambiente, que en medios menos enrarecidos serían acaso imperceptibles; pues como la dosis de oxígeno que el aire ofrece para la respiración es mucho menor que en las costas (3), todo lo que altera el estado de este oxígeno y de este aire, altera inmediatamente el juego de la respiración; y con él las demás funciones que le están íntimamente oor-

(1) *Eodem*, pág. 403 y siguientes.

(2) *Eodem*, pág. 85 á 89.

(3) *Eodem*, pág. 46.

dinadas. Así es como un aumento insignificante en el vapor de agua del aire, unos grados de más ó de menos en su calefacción, la proporción de ozono que se le une y la tensión eléctrica que lo agite, determinan por sus efectos fisiológicos, variaciones rítmicas en todos los fenómenos vitales de la Mesa Central; y el barómetro y termómetro pueden servir como índices de perturbaciones no sólo atmosféricas sino fisiológicas y sociales. Para metodizar el análisis de éstas voy á distribuir pues en dos órdenes de fenómenos las consecuencias de estas alteraciones: en el primero estudiaré las fisiológicas, psíquicas y sociales que ocasionan las variaciones térmicas é higrométricas del aire; y en el segundo las que determina el aumento de su luminosidad.

II

Las fluctuaciones del termómetro son muy bruscas en estas regiones y suelen pasar de cincuenta grados en un día, medidas en el termómetro centígrado. La diferencia térmica de sol á sombra que llega á 42 grados en Enero, Febrero, Marzo, Abril y Mayo suele subir á 18 grados en Junio y á 24 grados en Octubre, Noviembre y Diciembre (1). El cambio se hace perceptible inmediatamente, y basta tender un lienzo en el sol,

(1) En el año de 1878 p. e. las oscilaciones máximas fueron: Enero 38°.8. — Febrero 38°.1. — Marzo 36°.9. — Abril 36°.9. — Mayo 39°.7. — Junio 38°.6. — Julio 33°.5. — Agosto 26°.6. —

para que en seguida baje el termómetro á su sombra. La diferencia es muy agradable en el verano, pero peligrosa, porque como el cuerpo está húmedo de sudor, la transpiración se detiene, el enfriamiento es súbito y con facilidad se determinan reumatismos y perturbaciones graves en el aparato respiratorio. En el invierno la transición es insoportable, pues se siente quemar la piel en el sol, y al pasar á la sombra un frío congelador. Estos fenómenos son debidos á la excesiva rarefacción del aire que produce otro más raro, tres ó cuatro horas después de amanecer: el enfriamiento súbito de la atmósfera, después que la tierra no sólo ha comenzado á calentarse, sino que los rayos caloríficos que recibe, ya alcanzan una inclinación de 15 y 20 grados sobre el horizonte. Según Jourdanet el fenómeno es debido á que al amanecer el sol comienza á calentar las capas atmosféricas horizontales, las cuales se dilatan inmediatamente, haciéndose esta dilatación más y más rápida gracias á su sutileza: fórmase una especie de vacío, y baja por consiguiente la temperatura durante una hora y más si sopla el viento, hasta que el equilibrio barométrico se restablece y el térmico con él. Sea la que fuere la causa de este fenómeno, lo cierto es que la temperatura atmosférica de las capas inferiores desciende en las

Sepbre 41°.2. — Octubre 42°.2. — Nbre 39°.5. — Dbre 50°.7. *Memoria del Ayuntamiento Constitucional de 1879.* Esta última oscilación también fué la máxima en los 16 años siguientes registrada en el *Observatorio Meteorológico.* — Mariano Barcena, *El Clima de la Ciudad de México.*

primeras horas matutinas; y tanto este descenso cotidiano como los demás, por bruscos y exagerados son peligrosísimos para la salud y la vida, por la facilidad con que ocasionan bronquitis, pneumonías y pleuresías. De ahí proviene en parte cuando menos la costumbre de levantarse tarde en México, y de abrigarse en las primeras horas de la mañana; así como la de tener las puertas cerradas, y no abrir una sin cerrar inmediatamente otra para no recibir en un medio caliente, la temperatura fría del exterior. Pero á pesar de estas precauciones las enfermedades del aparato respiratorio dan un contingente muy crecido á las defunciones; y son accidentes que de una manera alarmante amenazan al hombre en el Anáhuac y demás regiones de la Mesa Central. El año de 1897 fueron en el Distrito Federal 6,228 ó sea el 1,31 p. 100 de la población, ocupando el segundo lugar en las causas del fallecimiento (1).

III

La cantidad de oxígeno que se encuentra en el aire disminuye á medida que la temperatura aumenta; y como en la Mesa Central la temperatura oscila constantemente de manera tan brusca y fuerte, la cantidad de oxígeno que se respira no es normal, sino que

(1) *Cuadro Gráfico de la Mortalidad en el Distrito Federal* formado por el Secretario de Gobierno. En 1898 fueron 7,394 sobre 473,820 habitantes.

varía de hora en hora, desde 0^{er},21629 por litro de aire á 0° hasta 0^{er},18864 á la temperatura de 40°, según el Dr Orvañanos (1). Ahora bien, como la cantidad de oxígeno contenida en la sangre está en razón inversa de la del ácido carbónico (2), y como el ácido carbónico de la sangre ó la falta de oxígeno es el excitante específico del bulbo (3), centro que preside directamente á la respiración, resulta que en la Mesa Central, las fluctuaciones termométricas del aire ocasionan modificaciones paralelas en la respiración, y en los demás fenómenos fisiológicos que el bulbo preside, y que se exacerban con la resequeidad del aire inherente á las grandes altitudes; pues para que se verifique el fenómeno osmótico de cambio de gases en que se resuelve la respiración, es preciso que el oxígeno esté diluido en el vapor acuoso de la atmósfera (4). Á esto debe atribuirse que cuando sube la temperatura en el Anáhuac, se resiente pereza muscular, deséase estar sentado, el ánimo decae en languideces invencibles, se anda despacio, el rostro palidece, dan vértigos y súbitas sofocaciones advierten al hombre que tiene que luchar con el medio que lo rodea, sobre todo en los meses de Marzo y Abril, y en Julio, cuando en la llamada Canícula se suspende la precipitación de las lluvias.

(1) Herrera y Vergara Lope, *opus. cit.*, pág. 46.

(2) *Eodem*, pág. 492.

(3) F. Viault, A. Jolyet, *Traité élémentaire de Physiologie Humaine*, pág. 143.

(4) Herrera y Vergara Lope: *opus. cit.*, pág. 314.

Cuando la primavera abre sus floraciones perfumadas, los jardines de las ciudades, los huertos de sus barrios, los bosques de las montañas y los valles apartados de los caminos se embalsaman y llenan de pájaros y flores; pero las calles de las poblaciones, las sementeras agostadas, y el horizonte raso, solitario, sin fuentes, arroyos, árboles, ni ríos, espanta por su soledad eterna, erizada de magueyes y nopales (1); siem-

(1) Esta es la impresión constante que se siente al avanzar á los E. U. y hasta abrir los diarios de los viajeros para encontrar notas del mismo horizonte. D. Justo Sierra en su obra *En Tierra Yankee*, págs 8 y sig^{tes} dice : — « Por mi ventanilla abierta veía distraídamente un vulgar cielo de zafir maculado de nubes blancotas con vientre gris y que despuntaban la serranía azulesa del anfiteatro del fondo; más acá la ondulación verde amarillenta de los collados estériles y secos : aquí cerca los nopales formados en batalla... de cuando en cuando los chopos y los mizquites cortaban con una mancha sombría aquel paisaje de desierto, que salpicaban con sus pirámides de púas algunos centenares de magueyes. Aquello me parecía triste y feo : no eran una nota alegre los caseríos que de tiempo en tiempo agrupaban sus techos rojos junto á los sureos barrancosos de riachuelos invisibles... cerca de una estación un caballo más seco y pedregoso que la tierra que pisaba y el sacate de palo que comía filosóficamente, etc... Entre los picos basálticos, leprosos aquí y allá de vegetación sedienta y triste, se abren brechas enormes que se llevan nuestra mirada hacia amplísimas gradierías de planicies entre las que espejea á trechos el agua cenagosa de las presas (S. Juan del Río). Después de Zacatecas seguimos á todo escape hacia las regiones inhabitadas bajo un cielo color de plata viva, por un suelo que se levanta hacia nosotros, se disuelve en átomos infinitos y nos envuelve y nos engulle en un silencioso huracán de polvo. La hierba entre vista no tiene savia sino tierra en las venas. Aquí y allá algunas chozas de adobes claros indican la presencia del hombre que ha hecho más desolada la esterilidad en torno suyo.... En Jimulco las montañas se conectan... y después... se abren las inmensas estepas de Chihuahua y Coahuila.... En primer término colinas verdosas.... Aquí abajo los *isotes*, palmeros enanos de estos desiertos yerguen por millares sus troncos secos, etc.

pre caldeada por un sol de fuego, y recorrida por trombas de arena, que en grupos ó aisladas levantan sus columnas grises y sus penachos de polvo á 200 metros, en un cielo azul, limpio y desierto de nubes (1). Entonces la respiración es difícil, suele convertirse en dipsnea irritante y angustiosa; la hidrofobia se propaga en los campos : los perros se guarécen á la sombra de las tapias de adobes en los pueblos, con la lengua de fuera, palpitante y seca : en las ciudades se les ponen vasijas en los zaguanes de las casas; y los pájaros abren el pico, para tomar á bocanadas el aire que se les va.

IV

Sin llegar á determinar la supuesta anoxiemia de Jourdanet ni una pereza orgánica ni nulificadora en los mexicanos, el enrarecimiento del aire y su sequedad en las horas caliginosas del día, y en los meses secos y calientes de la primavera y fines de invierno, amortigua sus actividades : y tanto la muchedumbre como los individuos, revelan en sus actitudes y movimientos, algo de atonía y falta de iniciativa motriz. Esos grandes grupos que se reúnen por horas enteras en el teatro de cualquiera acontecimiento callejero aunque no revista carácter alguno de espectáculo, como por ejemplo á la puerta de los

(1) Guillermo Puga y Acal, *Tempestades de Fines de Invierno*.

jurados, sin que pueda verse ni oírse nada de las audiencias, ni tengan interés ó curiosidad por conocer el desenlace : esas avenidas que en los días de revista militar se llenan de gente con anticipación de dos y tres horas, sin que sea motivo para alejarla del puesto tomado sin motivo, ni el sol, ni el polvo, ni el hambre, ni el cansancio : ese andar lánguido como si siempre se fuera de paseo : esas señoras sobre todo, que van por las calles con una marcha cadenciosa y lenta que desesperaría á una europea ó americana : esos empleados que en las oficinas públicas suelen estarse por horas enteras sin hacer nada sentados á su pupitre con los ojos sobre expedientes que no leen ; pero que fingen estudiar, para esquivar el trabajo de platicar con sus compañeros ; y ese hábito de demorar la resolución de los negocios que ha pasado al estado de costumbre en la tramitación de los públicos y que ha tomado forma legal en los plazos larguísimo que los códigos señalan para cada gestión, no son sino manifestaciones de una atonía climatérica, languideces vitales que una atmósfera menguada, reseca y caliente produce en las actividades íntimas y oficiales de los mexicanos durante las horas y meses de calor.

Cuando no se combate con medidas higiénicas ó con esfuerzos de la voluntad, llega á revestir un aspecto crónico y produce modificaciones profundas del carácter. La inercia de vivir se manifiesta entonces como una forma peculiar de nuestro medio que va conteniendo las tendencias activas y espontáneas

de la naturaleza : la vida contemplativa toma creces, y no es raro encontrar individuos sentados á la entrada de zaguanes, en las bancas de los parques públicos ó parados á las puertas de las notarías, que durante horas, día con día y por espacio de meses enteros se están sin hacer nada absolutamente. Hay muchachas que de igual modo pasan la tarde á sus balcones durante toda su juventud, y rechazan con dengues de displicencia cualquiera invitación para ejercicio muscular. Los tranvías en México casi nunca se usan para abreviar tiempo sino para ahorrarse esfuerzos de ambulancia, pues en pocos pueblos civilizados se encuentra un desprecio más sistemático por los ejercicios corporales. El quietismo y la calma, la tranquilidad de espíritu encuentran por consiguiente un centro principal en estas altitudes ; y así fué como la vida sosegada de los claustros tenía tantos adeptos en la época clerical (1). Á pesar de

(1) « Á las cinco de la mañana se toca á prima, bajan las religiosas á comulgar en los días de obligación, y en los demás las que quieren ; y en esto, dar gracias y el desayuno, se gasta hora y cuarto.

« Á las seis y cuarto entran á rezar las horas, conviene á saber prima, terciaria, sexta y nona : los lunes se reza un nocturno de difuntos por los bienhechores, y los viernes un nocturno del oficio purgo por los mismos... Desde Pascua de Resurrección hasta el día de la Exaltación de la Santa Cruz, se reza nona de doce á una, sólo los domingos, y en esta hora entra media de oración, que se tiene antes de rezarla, y en todo este tiempo de doce á una se guarda silencio, para lo cual anda una celadora con una campanilla.

« De siete á siete y media, oye misa conforme á la regla... á las ocho y media se toca á sala de labor, á que asisten todas, aun

las leyes de Reforma hay todavía muchos conventos clandestinos donde grandes grupos de cansados de vivir y de perezosos para luchar con el mundo, van á deslizarse en las reglas monótonas de las cofradías una existencia de suspiros y bostezos.

algunas enfermas que no están del todo impedidas (como son las habituales) por tiempo de una hora, y de ella la media ó tres cuartos, es de lección espiritual. Acabada ésta se retiran á sus celdas unas, otras á sus oficinas, y la que tiene reja á ella, siendo de advertir que en tiempo de cuaresma y adviento no las hay ni en día de comunión de regla, ni cuando está patente el Divinísimo, ni en estos tiempos van al torno.

» Luego que dan las doce tocan á refectorio, á donde van todas las no impedidas. Las criadas llevan la comida hasta sus puertas, y allí las reciben y ministran las religiosas que turnan, y hay entre tanto lección espiritual.

» Á las dos y cuarto tocan á vísperas, comienzan á las dos y media, y acabadas rezan completas, y los lunes, miércoles y viernes se reza el Salmo *De profundis* por los bienhechores....

» Á las cinco tocan á maitines, entran al cuarto, rezan laudes, en lo que se gasta una hora cabal, salen á refrescar un cuarto, y á las seis y media vuelven á entrar á coro, rezan el rosario, que dura hasta las siete; después se tiene media hora de oración: acabada se reza el *Ave maris stella*, y otras devociones particulares de cada una y regularmente salen á las ocho.

» Se retiran á sus celdas, cenan y á las nueve tocan á dormir, van al dormitorio todas, á excepción de las que están totalmente imposibilitadas. La prelada da la bendición, que dura un cuarto de hora, según las oraciones que se dicen: ella misma echa el *asperges* en todas las camas y cerradas las puertas de los dormitorios por la celadora, se entregan las llaves á la prelada.

» De nueve á diez anda una celadora todo el convento cuidando del silencio y de que estén cerradas las celdas. »

« Sinopsis histórica de la fundación y progresos del sagrado orden de religiosas de la Purísima é Inmaculada Concepción, y del Real Convento de Jesús María de México. — Lic. D. Baltasar Ladrón de Guevara, citado por D. Manuel Ramírez Aparicio en *Los Conventos Suprimidos de México*, pág. 418.

En el mundo social la *pena* ó mortificación en parte es debida á la falta de trato, pero es en otra ocasionada por la acción depresiva y repetida que las horas y épocas enervantes de nuestro clima produce en el espíritu. Por no afrontar las miradas de una concurrencia, las señoritas de una tertulia procuran hablar bajo y con laconismo; están enhiestas en sus asientos, y no se permiten ninguna expansión de espíritu ó libertad de movimiento. En los bailes, los caballeros quedan por el mismo motivo aglomerados á las puertas, y preferirían afrontar una riña á balazos á cruzar el salón sin un acompañante que les dé el valor, que antes producía en las filas del ejército el contacto del camarada; y así es como se ha ido constituyendo en defecto nacional, de pereza en mortificación y de mortificación en pereza, la renuencia para impender en su oportunidad los esfuerzos pequeños que requieren los episodios constantes y nimios de la vida; aunque quede el carácter entero para afrontar las grandes luchas del trabajo, de la ciencia, de la guerra y de la política.

No es otra la razón de la falta de valor civil, para repeler inmediatamente cualquiera atropello de las autoridades y aun de los particulares; y si se dejan impunes y se van consintiendo uno por uno es por flojera de entrar en disputas y hacer reclamaciones, que exigirían trámites dilatados y molestos: más bien que por temor á las responsabilidades en que se incurriría en caso de fracaso ó por miedo á la autoridad

que se atacara. El respeto á los hechos consumados, es decir la tendencia general del carácter mexicano para no remediar esos atropellos ni exigir la responsabilidad correspondiente al que incurre en ella, desde un abuso doméstico hasta la usurpación de un dictador, han sido por consiguiente en México un elemento nacional de tiranía á disposición de los audaces, la excusa de muchas irregularidades gubernativas y un reproche constante de periodistas y tribunos á nuestra apatía. Pero no ataca ésta á las energías profundas del espíritu sino á las superficiales; pues tan pronto como se hiere á aquéllas, por la necesidad ó por la pasión, se yerguen con toda la allivez de una raza luchadora, tenaz y orgullosa, tanto para repeler agresiones privadas en los disturbios domésticos, como para derrocar dictadores ó para pelear hasta el heroísmo ó el martirio, en defensa de una bandera, contra opresores é invasores; y así es como en toda nuestra historia se ha visto que los mismos perezosos que consumen su vida en la ociosidad y van arrastrándose más que andando por las calles de la ciudad, se han convertido en momentos de peligro, en soldados indomables y sufridos que han hecho jornadas de doce y catorce leguas; que han emprendido sin cejar guerras de muchas campañas, y campañas de muchos años, por desiertos, pantanos y serranías donde no sólo la lucha sino la simple marcha es una heroicidad. Pero en las condiciones normales la depresión y la resequedad del aire producen en México una atonía

general que directamente predispone á la pereza para ejecutar los pequeños esfuerzos de la vida cotidiana.

V

Para combatirla unos recurren á los baños y refrescos ó á algún sistema higiénico de vida; pero otros al uso de excitantes. El café, el cacao, el té, el pulque, la cerveza y el vino tomados en la comida y extra como aperitivos ó digestivos, son alimentos respiratorios que el enrarecimiento, calefacción y resequedad de la atmósfera reunidos reclaman, y que muchos mexicanos usan para compensar sus efectos enervantes, así como el ligero, pero constante excitante del tabaco.

Y en verdad, que muy pocos pueblos hay que abusen tanto de estas inhalaciones estimulantes. Comiénzase á fumar en los primeros años de la adolescencia; de suerte que cuando llega la pubertad ya el organismo necesita la excitación tóxica; y no puede tener actividad espontánea de ninguna especie. Desde el aprendizaje de una lección de Gramática hasta las meditaciones de los fallos supremos; sin miramientos á damas ni á personajes honorables, ni respeto á cargos ó solemnidades públicas: en los tranvías, en los tribunales, en los ministerios, en las audiencias, en las juntas de comercio, en las conferencias profesionales y en cualquiera parte donde el mexicano necesita

contraer un músculo ó excitar un centro nervioso para determinar alguna actividad, se envuelve inmediatamente como la pitonisa de la Gruta de Trofonio, en la atmósfera aere del humo estimulante; y la hace tanto más densa y persistente, cuanto más grave es el asunto que lo preocupa y mayor el número de los que lo debaten. Los salones de jurados y los despachos de los jueces presentan con frecuencia el mismo ámbito nebuloso que las tabernas. Las mesas, escritorios y burós de los mexicanos se caracterizan por las quemaduras de cigarros en sus bordes, sus dedos están jaspeados, ennegrecidos sus dientes, y prefieren quedarse sin comer á prescindir del cigarro; su eterno compañero que encienden al despertar y en cuyo humo saturan la sangre cuando se entregan al sueño de la noche.

El término medio de cigarros que fuma un mexicano es de quince por día y como cada uno dura de 8 á 10 minutos, resulta que excluyendo las horas de sueño y comidas, emplea de dos á tres horas diarias en impregnar su sangre con nicotina. Natural es que cuando llega la juventud venga acompañada de sobreexcitaciones que lentamente cansan el sistema nervioso; y así es como las dispepsias, palpitaciones anormales, vértigos, náuseas matutinas y faringitis crónicas forman el cortejo natural de los ensueños juveniles. Períodos de lasitud les siguen, que sólo desaparecen aumentando las dosis de nicotina ó sustituyéndola con el alcohol; de lo que re-

sulta en México que todo fumador está irremisiblemente condenado á ser un candidato para el alcoholismo.

Quizás haya lugares donde se fume tanto como en México; pero los efectos tóxicos de este vicio aquí, se hacen más nocivos, porque exacerban los daños que ocasionan la rarefacción y resequedad del aire. En efecto, y debido á la preferencia que los fumadores dan al cigarro, sobre el *puro*, absorben una cantidad mayor de nicotina, que en el caso contrario; pues al darle el *golpe*, es decir al absorber en una inspiración el humo de cada bocanada, lo introducen hasta los senos más hondos de los alvéolos pulmonares, desalojan con él al aire residual, y lo mezclan á la sangre en los momentos precisos de su ósmosis oxidante; corre en seguida por todo el sistema circulatorio y va á excitar directamente al bulbo: fenómenos que no se realizan en los que fuman *puro*, pues como en ellos no pasa el humo de la cavidad bucal, el excitante se reduce al que trasportado en la saliva, puedan absorber las arteriolas del estómago. Ahora bien, como las sobreexcitaciones bulbares son precisamente los fenómenos patológicos que ocasiona la depresión atmosférica, el *vicio del cigarro* contribuye á exacerbarlos (1).

(1) *Traité élémentaire de Physiologie Humaine*. — J. Viallet et J. Jolyet, pág. 739 : « Los centros motores grises de la médula, son directamente excitables por la sangre asfíxica, la nicotina ó la sangre calentada á 40°.... »

VI

La altura media de la Mesa Central, que es de 2 000 metros sobre el nivel del mar, llega en la Capital á 2 369 (1) y en Toluca á 2 700, hace perder á la atmósfera cerca de 4 000 kilogramos de su peso; y bajo la influencia de este desequilibrio constante, la transpiración es continua y la sudación muy difícil: el organismo se deseca (2), la respiración se precipita y el sistema nervioso adquiere una tensión ruda por esos esfuerzos de reacción contra el medio ambiente; y que aunque inconscientes son constantes y necesarios para el mecanismo de la vida (3). Las ideas y sentimientos se resienten á la vez del estado anormal de las funciones nerviosas, y se producen anomalías climáticas en la forma de la imaginación, apercepción, juicios, y hasta en las manifestaciones afectivas, volicionales y activas. Hase notado por ejemplo que el número de lesiones y riñas que en el Distrito Federal es enorme, disminuye cuando llueve, y aun llega á desaparecer en una súbita tranquilidad de espíritu (4).

(1) Según el Monumento Ipsográfico.

(2) La evaporación media anual es de 6^{mm},6; pero en Abril llega á 9^{mm},1. — Bárcena, *opus. cit.*

(3) Herrera y Vergara Lope, *opus. cit.*, págs. 265, 270 y 271.

(4) Informe del Procurador de Justicia en 1895 sobre la Criminalidad en el Distrito Federal.

En el detalle siguiente puede apreciarse la influencia de las lluvias en la delincuencia ocasionada por la ira. En él he refundido los datos relativos á la Prefectura de Tlalpam y reunido en una

Pero cuando pasan las lluvias y una aridez abrasadora calcina la tierra, deseca los arroyos de los barrancos y evapora el agua de los lagos (1); cuando el mal olor de éstos, en rápida evaporación se difunde por el aire, la cabeza se abruma; poco á poco se infiltra en el espíritu una displicencia inmotivada: respuestas secas y cortantes se escapan sin sentir: los espectáculos cotidianos se ven como cuadros desagradables ó sombríos: lo ridículo despierta concepciones trágicas

sola clave los delitos de ultrajes en general, á la madre, asaltos, etc., que allí están en distintos grupos:

1894.	ABRIL.	AGRESIÓN A LA FAMILIA.	DURLO.	HOMICIDIO.	INJURIAS.	INFANTICIDIO.	GOLPES.*	LESIONES.	TOTAL.	VIAS NERVIOSAS en este mes du- rante 16 años de 1870 á 1892.
Enero.....	22	15		33	21		1	797	879	58
Febrero.....	20	8		44	31	2		662	768	40
Marzo.....	22	12		43	23		2	674	776	41
Abril.....	17	11		32	27	1		606	786	71
Mayo.....	23	8		45	41	5		743	865	126
Junio.....	20	7	1	19	38		1	541	650	285
Julio.....	20	9	1	32	39	4		630	738	274
Agosto.....	26	8		27	47	1	1	570	681	322
Septiembre.....	18	7		40	42	1		559	667	313
Octubre.....	18	11		40	48	1		748	867	212
Noviembre.....	16	8		48	54			664	790	99
Diciembre.....	19	6		49	38	2		677	790	73

* Aunque los casos de golpes son muy frecuentes no aparecen en la estadística porque se castigan por las autoridades Políticas y sólo son punibles á petición de parte ó cuando causan escándalo.

(1) La humedad media mensual desciende de 72 centésimos de saturación en Septiembre á 47 en Abril. — Bárcena, *opus. cit.*

de la vida ó meditaciones melancólicas; y poco á poco se desarrolla una malevolencia inconsciente, injusta é irascible que despide interjecciones insultantes en medio de un mutismo feroz.

El *mal humor* ó *flato* como vulgarmente se llama á esta displicencia, es generalísimo en todas las edades y en todas las clases de la sociedad, ocasionando la mayor parte de los disgustos domésticos. Por él son irrespetuosas las hijas con sus madres, y las reyertas conyugales muchas veces inmotivadas. Aparece en los niños desde su más tierna edad; y es lo que los agita, cuando, sin estar enfermos, ni haber causa aparente alguna, lloran sin cesar y se revuelcan en el suelo emberrenchinados, pateando y gritando hasta que por el ejercicio de esos accesos ó por el llanto sus nervios se descargan. Ya de hombres y cuando no tienen algún freno moral restrictivo, no es raro sino muy frecuente, que sin razón ni pretexto agredan al primer transeunte que encuentran. Hay artesanos y colegiales que presas de él, salen de sus casas con el único objeto de reñir, para descargar sus nervios, como lo manifiestan con la expresión de *darse gusto*, es decir, golpes ó cuchilladas según la clase social del reñidor, hasta que quedan muertos ó cansados.

Debido á estas perturbaciones nerviosas que exacerba el abuso sin tasa de toda clase de excitantes, nuestro populacho ha llegado al punto más alto que hoy registra la escala criminológica en los delitos de sangre; pues en 1896 perpetró entre lesiones y homi-

cidios 14692 (1) atentados contra la vida en el Distrito Federal; es decir que hubo 242 entre heridores y homicidas sobre 10000 habitantes; mientras que en Italia en 1889 hubo sólo 23,4 y en España 81,90; países de la Europa donde la criminalidad pasional es mayor (2). Los médicos calculan que la histeria está difundida en mayor ó menor grado en un 80 p. 100 de las mujeres mexicanas; y que es muy frecuente en el hombre. Los neurópatas de toda especie que están asilados en los hospitales de « San Hipólito » y « El Salvador » son 817 ó sean 23,8 por cada 10000 habitantes (3); mientras que en París dan un coeficiente varias veces menor.

Cuando la atmósfera no está cargada, el espíritu se sosiega; pero la reacción es en sentido depresivo; y por eso el mexicano que no tiene alcohol, aunque no es triste por naturaleza, tiene largos accesos de melancolía; como lo prueba el tono espontáneamente elegiaco de sus poetas, desde Netzahualcoyotl, ó el que firma las

(1) La Estadística de la Inspección de Policía en 1896 da estas cifras, habiendo gran diferencia entre ellas y las del Procurador de Justicia, Junta de Vigilancia de Cárceles, Gobierno del Distrito Federal y Secretaría de Fomento. — Miguel S. Macedo. — La Criminalidad en México. *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, Tom XIII, pág. 162. — Esta cifra es sin embargo anormal. En 1897 la criminalidad de sangre fué según el Informe del Procurador de Justicia:

Consignados: 7.033. — Condenados: 5.941; pero no es posible sacar el coeficiente de la delincuencia real porque quedaron pendientes 5.776 procesos, en 16.633 consignaciones que hubo en total.

(2) Maurice Bloch, *L'Europe Politique et Sociale*, pág. 440.

(3) Datos tomados de las Direcciones respectivas para el año de 1898 á 1899.

composiciones conocidas con su nombre, la serie inacabable de románticos en los tiempos modernos; y la música popular mexicana escrita en *tono menor*; esas danzas llenas de melancolía, que las bandas militares lanzan en los parques públicos á las brisas crepusculares, preñadas de suspiros y sollozos; y esas canciones populares que al son de la guitarra, en las noches de luna se entonan en las casas de vecindad ó por los *gallos* que recorren las avenidas. El medio en que habitamos suele transformar en tendencias melancólicas la gravedad del indio y la seriedad del castellano. En la Capital sin embargo, el uso del alcohol y otras causas que después estudiaré, á veces neutralizan este resultado, desarrollando un aticismo rudo y malévolo que hace reír del prójimo; y una filosofía semi-estoica y semi-burlona que hace desdeñar la vida y afrontar la muerte á puñaladas ó balazos por cualquiera chiste de banquete ó párrafo de gacetilla.

VII

Esta atmósfera luminosa y pura, llena de brisas dormidas en la sombra y de calores calcinantes en el sol, caprichosa y traidora, no sólo influye en la fisiología, patología y costumbres de los mexicanos, sino que da á una gran parte de su labranza un carácter aleatorio. En efecto, como son muy pocos los ríos permanentes de tan inmensas planicies (1); y los que

(1) Sólo merecen este nombre el Lerma, el Panuco y el Balsas.

hay son de origen pluvial, las siembras de *temporal*, que son la mayoría y se recogen, donde no pasan ríos, necesitan de las lluvias. Pero como por otra parte, la tala de los bosques hecha desde antes de los tiempos virreinales, ha sido asoladora; no sólo faltan selvas y grupos de árboles que como centros térmicos uniformemente distribuidos en las mesas superiores den abrigo á las siembras contra los enfriamientos nocturnos y del alba; ó que á guisa de valladares de follaje intercepten las olas frías de los *nortes*; sino que por su falta las lluvias se han alejado y hecho irregulares (1), habiendo regiones donde han desaparecido durante seis, siete y ocho años consecutivos; como sucedió en el Mezquital del Estado de Hidalgo, la parte llana del Estado de Chihuahua y la septentrional de Nuevo León los años de 1887 á 1893. En 1892 y 1893 la sequía fué general, y asoló una gran parte de la Mesa Central (2).

(1) De 1880 á 1890 la cantidad media de lluvia anual fué de 614mm,5. — En 1878 cayeron 892 milímetros y en 1892 sólo 444. Entre estos dos límites varió la precipitación pluvial de diez y seis años; pero para juzgar de su irregularidad baste saber que en Agosto de 1888 cayeron 630mm,5; es decir que en un mes se precipitó tanta agua como normalmente cae en un año. — M. Bárcena, *opus. cit.*

(2) En estos dos años la precipitación de agua pluvial descendió respectivamente á 444mm,2 y 368mm,6; pero en 1894 sólo fué de 331mm,8. — *El Mundo*, Dbre. 1.º de 1899.

En tiempos de los nabos y de los aztecas la sequía era también periódica y terrible, según se desprende de las oraciones y sacrificios que hacían á los dioses Tlalques: ... « todo se pierde y todo se seca, daban, parece que está empolvorizado y revuelto con telas de araña por la falta de agua. ¡Oh, dolor de los tristes macehuales, y gente baja, ya se pierden de hambre: todos andan desecajados y desfigurados, unas orejas traen como de muertos:

Cuando llega la temporada de lluvias los campos se transforman en una semana; y donde sólo había un horizonte raso y árido se extiende un manto de verdura tierna con *milpas* y mieses nacientes, que día á día se desarrollan, abren sus espigas al sol, y semejan al lanzar éste sus rayos crepusculares, océanos dorados, que rizan las brisas de la tarde. Apréstanse los labradores á segarlas; pero una intempestiva granizada las destroza, ó una racha nocturna y súbita del Norte las hiela en los meses mismos de Agosto y Septiembre; es decir cuando rodeado por sombras caliginosas y bajo un cielo tachonado de astros rutilantes, los labradores creen seguras sus cosechas y se aduermen arrullados por las más lisonjeras esperanzas. Cuando despiertan el maíz está perdido: en veinticuatro horas pasan de la riqueza á la miseria; el ganado se muere, los trabajos campestres se suspenden, y los *peones* se lanzan á robar en los caminos, engrosan las filas de los pronunciados, ó mendigan en las calles de los pueblos según las aptitudes de los gobernantes. Antes de los ferrocarriles, las sequías eran la causa de motines locales, que hoy no son posibles, porque se pueden

traen las bocas secas como de esparto, y los cuerpos que se les pueden contar los huesos;... hasta los animales y aves padecen gran necesidad, por razón de la crecida seca que hay. Es gran angustia de ver las aves: unas de ellas traen las alas caídas y arrastrando de hambre;... otras que se van cayendo;... y otras abiertas las bocas de sed y hambre; y los animales, ¡oh señor nuestro! es gran dolor de ver los que andan lamiendo la tierra, andan las lenguas colgando; y la gente toda pierde el seso; y se muere por la falta de agua sin quedar nadie, etc. ». — Fr. Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, tom. I. Libr. VI, Cap. viii.

transportar granos de una región á otra; y aun á todo el país trayéndolo del extranjero, como sucedió en 1894, que se importaron \$ 30.000.000 de maíz americano. Sin embargo el mal no es tan fácilmente remediable y una sequía general ó varias parciales sucesivas podrían, como lo indica el Sr. Búlness, herir de muerte nuestra naciente nacionalidad (1). La labranza pues gracias á lo desolado de los horizontes por una parte; pero por otra, debido á los cambios bruscos de la atmósfera escapa al cálculo y á la previsión; y se convierte en una empresa tan aleatoria como la minería, trabajos que hasta há poco constituyeron los principales modos honestos de vivir de los mexicanos.

VIII

En la minería también se han dejado sentir las fluctuaciones atmosféricas, aunque no de una manera directa pero no por eso menos trascendental; pues con excepción de la guerra que después estudiaré, las inundaciones son la única causa que de súbito y sin previsión posible, pueden acabar en un día con todo un mineral. Ahora bien, como las inundaciones sólo provienen de la repentina precipitación de una tromba ó de la irrupción en la mina de una corriente subterránea; y como ambos fenómenos tienen su causa próxima ó remota en los cambios meteorológicos, re-

(1) Francisco Búlness, *El Porvenir de las Naciones Hispano-Americanas*, pag. 273.

sulta que en la Mesa Central, la influencia de éstos en la actividad humana, no sólo se hace sentir en las faenas agrícolas, sino en los trabajos que se impenden en las entrañas de la tierra.

Tan graves como conocidas son las perturbaciones que los trabajos mineros producen en la salud de los *barreteros*; é incuestionable la relación que entre esas alteraciones pueda haber, y la delincuencia de esas localidades; pero no las estudiaré, por estar reducidas á un número relativamente insignificante de individuos; que por otra parte delinquen por móviles de un carácter netamente morbozo. No entran pues en el cuadro de mi estudio; toda vez que mis investigaciones tienden á desprender de las condiciones normales de existencia la causa general que afectando á la masa de los habitantes, puede alterar el espíritu, de tal manera, que una delincuencia general sea su resultado último, colocando las circunstancias de manera, que normalmente induzean á delinquir. Prescindo pues de la patología minera y sólo estudiaré los efectos *generales* que las inundaciones pueden producir en esas poblaciones; pues en las demás de la Mesa Central ya no tienen la terrible importancia que tuvieron en los tiempos virreinales.

Como casi todas las montañas de la Mesa Central son de formación mineralógica con base argentina rica, desde muy al principio de la colonización se establecieron en ellas *Reales de Minas* (1) muy impor-

tales como Pachuca, Guanajuato, Zacatecas, Fresnillo, Sombrerete, etc., de las que se han extraído más de \$ 4.000,000,000 haciendo en poco tiempo de un barretero, un Conde ó un Duque en la época colonial y un millonario en la presente. Antonio Obregón, por ejemplo, sacó de la Valenciana en Guanajuato cerca de 226.000,000 y el Virrey Bucarelli lo nombró « Conde de la Valenciana », Fagoaga sacó en Sombrerete \$ 64.000,000 y se le nombró « Marqués del Apartado. » « La Candelaria de S. Dimas en Durango dió á Zambrano 80.000,000, y los Huarte, Echaguren y Aragón sacaron de Cosalá en Sinaloa \$ 100.000,000 (1).

Pero el fenómeno contrario también suele producirse: una tromba de agua de las que son muy frecuentes en estas regiones; ó la explosión en rumbos imprevistos de un petardo suele destapar un manantial desconocido hasta entonces: las aguas se precipitan é inundan los tiros sepultando operarios y riquezas para siempre. Entonces los accionistas y empresas se arruinan; los Reales decaen y aun llegan á convertirse en caseríos desiertos y abandonados en un par de semanas. En Marzo de 1894 Pachuca era el emporio de la plata. Se la veía amontonada en *copela*, cenicienta, pulverulenta y opaca en los rincones de las bodegas de los ferrocarriles: en barras brillantes y aladrilladas era transportada en los wagonets de los expresos; y en lodazales grises de amalgama la pisoteaban los caballos

(1) Santiago Ramírez, *La Riqueza Minera de México*.

(1) Charles B. Dahlgren, *Minas Históricas de la República Mexicana*. Traducida por acuerdo de la Sociedad Mexicana de Minería.

sulta que en la Mesa Central, la influencia de éstos en la actividad humana, no sólo se hace sentir en las faenas agrícolas, sino en los trabajos que se impenden en las entrañas de la tierra.

Tan graves como conocidas son las perturbaciones que los trabajos mineros producen en la salud de los *barreteros*; é incuestionable la relación que entre esas alteraciones pueda haber, y la delincuencia de esas localidades; pero no las estudiaré, por estar reducidas á un número relativamente insignificante de individuos; que por otra parte delinquen por móviles de un carácter netamente morboso. No entran pues en el cuadro de mi estudio; toda vez que mis investigaciones tienden á desprender de las condiciones normales de existencia la causa general que afectando á la masa de los habitantes, puede alterar el espíritu, de tal manera, que una delincuencia general sea su resultado último, colocando las circunstancias de manera, que normalmente induzcan á delinquir. Prescindiendo pues de la patología minera y sólo estudiaré los efectos *generales* que las inundaciones pueden producir en esas poblaciones; pues en las demás de la Mesa Central y a no tienen la terrible importancia que tuvieron en los tiempos virreinales.

Como casi todas las montañas de la Mesa Central son de formación mineralógica con base argentina rica, desde muy al principio de la colonización se establecieron en ellas *Reales de Minas* (1) muy impor-

tantes como Pachuca, Guanajuato, Zacatecas, Fresnillo, Sombrerete, etc., de las que se han extraído más de \$ 4.000,000,000 haciendo en poco tiempo de un barretero, un Conde ó un Duque en la época colonial y un millonario en la presente. Antonio Obregón, por ejemplo, sacó de la Valenciana en Guanajuato cerca de 226.000,000 y el Virrey Bucarelli lo nombró « Conde de la Valenciana », Fagoaga sacó en Sombrerete \$ 64.000,000 y se le nombró « Marqués del Apartado. » « La Candelaria de S. Dimas en Durango dió á Zambrano 80.000,000, y los Huarte, Echaguren y Aragón sacaron de Cosalá en Sinaloa \$ 100.000,000 (1).

Pero el fenómeno contrario también suele producirse: una tromba de agua de las que son muy frecuentes en estas regiones; ó la explosión en rumbos imprevistos de un petardo suele destapar un manantial desconocido hasta entonces: las aguas se precipitan é inundan los tiros sepultando operarios y riquezas para siempre. Entonces los accionistas y empresas se arruinan; los Reales decaen y aun llegan á convertirse en caseríos desiertos y abandonados en un par de semanas. En Marzo de 1894 Pachuca era el emporio de la plata. Se la veía amontonada en *copela*, cenicienta, pulverulenta y opaca en los rincones de las bodegas de los ferrocarriles: en barras brillantes y aladrilladas era transportada en los wagonets de los expresos; y en lodazales grises de amalgama la pisoleaban los caballos

(1) Santiago Ramírez, *La Riqueza Minera de México*.

(1) Charles B. Dablgren, *Minas Históricas de la República Mexicana*. Traducida por acuerdo de la Sociedad Mexicana de Minería.

en las haciendas de beneficio. Atajos de veinte y treinta mulas trepando por la Cuesta de los Naranjos llevaban en costaladas el mineral de Actopan. En las casas de comercio, los administradores de las haciendas cercanas hacían sus pagos con talegas de \$ 2 000 cada sábado; y en todas las manos, por infelices que fueran, se veían billetes de Banco. La gente alegre pasaba de prisa á sus negocios; las chimeneas humeaban constantemente y el troquel de la casa de moneda de México lanzaba sin interrupción á las carretillas los pesos acuñados con aquella plata, en golpes tan continuos y tan rápidos que en el aire se veía un cordón argentado, como el limbo de luz de la prosperidad y la riqueza (1). Pero una tarde, un petardo arrancó de las galerías de Santa Gertrudis una roca: de súbito una catarata mugiente, negra, inmensa, incontenible se desbordó por una pared derrumbada: otras seis minas se anegaron (2): suspendiéronse los dividendos: disminuyeron las *rayas*: muchos que hacían juegos de bolsa con las acciones, quebraron: la población decreció por la inmigración: el comercio cerró sus establecimientos: las calles perdieron sus multitudes: los caminos sus arrieros; y sólo se veían después unos cuantos grupos de perezosos envueltos en zarapes

(1) La acuñación del mineral traído de Pachuca en los años que precedieron y siguieron á la inundación de Sta. Gertrudis disminuyó según la Estadística Fiscal del Sr. Javier Estóvoli.

(2) En Enero de 1837 fué el desastre; y la inundación alcanzó también á las minas de S. Rafael, Santo Tomás Apóstol, Dinamita y la Bolsa.

raídos, grises y rojos, y con sombreros grasientos tirados sobre las cejas, platicando de los tiempos ya idos en que el comercio de esa plaza requería seis trenes diarios para México.

El mismo fenómeno se ha repetido en distintas ocasiones en todos los minerales de la República, de una manera más ó menos funesta, durante el período de cuatrocientos años que lleva de implantada aquí la minería; y siempre ha ocasionado pérdidas cuantiosas; á veces la ruina completa de las compañías; y no rara el abandono total de los minerales.

IX

La consecuencia psíquica de todos estos fenómenos ha sido que las bonanzas como las cosechas, las inundaciones como las sequías ó granizadas; y en general que la prosperidad como la ruina se han considerado como fenómenos completamente extraños á la previsión y al cálculo. Hase creído y créese todavía por muchos que son forlúitos; que están sujetos á una producción caprichosa y arbitraria; y como lo mismo sucedió durante mucho tiempo con los puestos públicos, que, aparte de la minería y agricultura, fué el otro medio que los reemplazó para ganarse la vida en México, el mexicano llegó á admitir como principio capital de su criterio práctico: que el éxito y la fortuna en todas las empresas, la riqueza y los honores, lo mismo que la ruina, la miseria y el desprestigio son fenó-

compuesto de simples coexistencias, que á su vez le ha forjado la creencia íntima de que en la Naturaleza todo es aleatorio y caprichoso. Como consecuencia lógica ha nacido una afición invencible á la única manera que tiene en su poder, para reproducir en la misma forma imprevisible las contingencias de éxito y fracaso de la vida, en lo que se refiere por lo menos á la riqueza y á la miseria, es decir al *juego*: y así es como se explica lo extendido que este vicio está en México.

No hay población de la República que no tenga su feria periódica cada año, ni feria que no tenga sus partidas al aire libre durante dos meses cuando menos. En los presupuestos de todas las poblaciones de importancia hay el ingreso elandestino de la contribución por tolerancia de las casas de juego (1). Hasta ha poco dejaban en la Capital, \$ 182,500 anuales. Las loterías hacen negocios tan pingües como si siempre se sacaran los premios principales; y en los frontones circularon por mucho tiempo, tarde con tarde de \$ 40 á 50,000 en apuestas á azules y amarillos. El vicio es tan general, que los niños aprenden á conocer los naipes antes que el alfabeto; y antes que tengan las primeras nociones del dinero, apuestan sus centavos en la ruleta de los *barquilleros*. Una gran parte de los mexicanos

cualquiera que sea su condición social vive de él en parte cuando menos; sin que pueda asignársele fecha al origen de tan funesta tendencia, pues en cualquiera época histórica que se estudie se le encuentra en pleno apogeo.

Antes de la era ferro-carrilera actual, San Agustín de las Cuevas era el emporio de la baraja, y llegada la temporada de la feria, eran continuas durante dos ó tres meses las romerías de gente á pie, en carruajes y á caballo, que de la capital peregrinaba hacia allá en pos de un albur afortunado (1). Á Iturbide se le participó su proclamación al Imperio cuando jugaba su partida de *tresillo* (2). Al Virrey Iturrigaray se le comunicó la noticia de la abdicación de Carlos IV cuando jugaba á los gallos en Tlalpam (3). Poco después, en 1815 y cuando los guerrilleros insurgentes, impedían llegar á esta villa, las partidas se establecieron en Jamaica, para no privar de esta diversión á los aficionados. El número de jugadores entonces llegó á hacerse alarmante y pensóse en contener el vicio; pero no era fácil, porque constituido en profesión venía de muy antaño; pues en las bacanales de la conquista con baraja y dados se disputaban los jugadores su parte de botín; y entre los cargos hechos por el Obispo Zumárraga á los miembros de la

(1) Acababa de trazar estas líneas cuando tuve que patrocinar un negocio en el que el Administrador de Rentas de Chihuahua consultaba á la Sra. de Hacienda sobre el carácter que debía darse á la contribución que los jugadores pagaban en la feria del Parral.

(1) Belaunzarán, *Cartas sobre México en 1859*, págs. 73 y 74.

(2) *México á través de los Siglos*, tom. IV, pag. 74.

(3) *México en el Siglo XIX*, Emilio del Castillo Negrete, tom. I, pág. 69.

primera Audiencia había el de tolerar el juego, apropiándose las cantidades que con tal motivo recogían y abonándoselas á sí mismos á guisa de sueldos (1). Hasta entre los antiguos *mexica* había jugadores de profesión que sentados en público al rededor de su *petatl*, circuidos por curiosos y apostadores, jugaban al *patoli* sus fortunas y hasta sus personas, invocando á la diosa *Maxiutcoshitl* entre el humo del *picietl* (labaco) y repetidas libaciones de pulque (2).

Hoy los puntos de las partidas, los concurrentes á frontones, los jugadores de loterías y rifas, los socios de los casinos y reuniones privadas *ad hoc*, ó salones especiales para caballeros en los bailes, los que enotidianamente juegan sus partidas de tresillo durante tres, cuatro, seis y hasta ocho horas por la noche ó arriesgan sus apuestas á *pocker*, *bacarat*, *conquiam*, *paco*, *dominó*, *dados*, *ranflu* y *corchito* en los billares y boliche; porras ó *águila y sol*, y *rayuela* en las pulquerías etc., constituyen una parte muy considerable de la población masculina mexicana.

XI

Este vicio como todo fenómeno social tiene una naturaleza complexa y un origen múltiple. Es á la vez

(1) *Biografía de Fr. Juan de Zumárraga. Obras de Joaquín García Icazbalceta*, tom. V, pág. 48.

(2) Alfredo Chavero, *Historia Antigua de México. México á través de los Siglos*, tom. I, pág. 198.

que una supervivencia cabalística de la Magia (El Tarot) para descubrir y determinar el porvenir, una nevrosis y un medio económico aunque inmoral para distribuir las riquezas. Como tal florece á medida que los otros medios de cambio deerecen; y por eso en las épocas militares ó revueltas adquiere todo su apogeo. No puede admitirse por consiguiente que en los jugadores de esta clase influyan directamente las condiciones atmosféricas de un lugar. Pero junto al tahir de profesión, común á todos los países civilizados, caviloso y frio, lleno de astucias y cálculos, pronto para cometer una mala maña, y siempre despierto para evitarla, está el poseído del vicio, nevropata verdadero, que obstruye ante un tapete verde todas sus facultades intelectuales y que juega horas y días enteros sin saber si gana ó pierde. Es entonces víctima de un automatismo incontenible, de la misma especie que la locuacidad inacabable de los primitivos predicadores, que la marcha sin término de los epilépticos larvados, (1) ó el vértigo de sangre del cirujano y del soldado. En todos estos casos se excitan de una manera que gradualmente se hace inconsciente, los centros nerviosos que normalmente presiden á la actividad profesional, hasta hacerse independientes de la voluntad para concluir por ser extraños á la inteligencia. Vértigos de esta especie son los que ciegan al cirujano y le llevan el bisturí á donde jamás ha querido, impul-

(1) Legrand du Saulle, *Médecine Légale*.

sado por una ansia morbosa é incontinible de sangrar. De la misma especie es el que acomete al orador y que trocado en verdadera incontinencia de lengua producía la *glossolalia*, lo hacía decir cosas impensadas y aun lo que debiera callar (1), y de la misma especie es el encarnizamiento militar que se obceca en combatir sin objeto, como el de Scobelev en Plewna, que ya sin saber lo que hacía, lanzaba sin esperanza ninguna contra las trincheras turcas uno tras otro todos los batallones rusos, hasta dejar en los fosos los cadáveres de 22,000 soldados (2).

Quien haya visto al jugador empedernido, al vicioso, sobreexcitado ante una apuesta, con el rostro congestionado, los ojos inyectados, y convulso, sordo á todo ruido que no sean las voces del juego y ciego á toda figura que no sea la del naípe, que automáticamente y con rapidez febril vuelve las cartas, cruza apuestas, recoge dinero, combina bazas, precisa discusiones técnicas y traza números sin darse cuenta ninguna del resto de acontecimientos que pasan á su rededor, no puede menos de creerlo presa de una fisiología y psicología

(1) Ernest Renan. « *Les Apôtres*, pág. 67. — La Pytia se servía de preferencia de estas palabras extrañas ó caídas en desuso que se llamaban como en el fenómeno apostólico *glosas*, salidas de esos accesos extraños, mezcladas de suspiros, gemidos sofocados, eyarucaciones, lágrimas, etc. Las predicaciones de los Cevennes ofrecieron varios casos de *glosolalia*; pero el más notable es el de los *lectores suecos* de 1841 á 1843. Por mucho tiempo fueron un ejercicio en esta pequeña secta, las palabras *involuntarias*, sin sentido para el que las pronunciaba... lo que se hizo contagioso, etc. »

(2) Camilo Farcy, *La Guerra del Danubio*. Trad. del General S. Rocha, pág. 242.

anormales. Es en efecto un sugestionado, un sonámbulo, un verdadero inconsciente movido por la nevrosis del azar; y en los tahures de esta clase que son los que forman la matriz de los casinos y partidos, en las épocas de prosperidad social y de garitos vergonzantes en los de miseria, es donde influyen de una manera inmediata é incontrastable las condiciones atmosféricas de nuestras ciudades. En estos productos de *psiquiatría* tiene pues acción funesta y los pone en actividad la resequedad, enrarecimiento y calefacción de nuestra atmósfera de primavera é invierno; y como las ferias de Guadalupe Hidalgo, Tacuba, Tacubaya, Tlalpam, etc. son en estas estaciones, los negocios y consecuencias del juego se exacerban con las alteraciones de nuestro medio ambiente.

Pero este es un grupo morboso é intrínsecamente condenado á perturbar la marcha normal de toda sociedad; tiene pues el mismo valor para mí que los delincuentes especiales de los minerales; y prescindiendo de él por los mismos motivos, para ocuparme sólo de las perversiones intelectuales y volicionales que el juego como profesión ó empleo *accidental* para ganar la vida puede producir.

XII

Este grupo, por hacer habitualmente de sus juegos los problemas que absorben lo mejor de sus meditaciones, no sólo sufre las funestas consecuencias

morales y pecuniarias del vicio, sino que adquiere paulatinamente un criterio absurdo para juzgar del resto de la vida, pues llega á creer que sus fenómenos dependen de coexistencias anómalas y extravagantes, y sacrifica á sus prejuicios cualquiera meditación racional, deductiva ó inductiva que lo pudiera conducir al éxito ó á la verdad.

El más curioso ejemplo que presenta de sus sofismas habituales es la falsa aplicación que hace del cálculo de probabilidades; pues por el número de veces que una carta en los albures ó una cifra en la ruleta ha salido infiere que saldrá ó nó en lo sucesivo, sin comprender que cada albur, vuelta de ruleta ó golpe de dados es enteramente independiente de los anteriores y posteriores. Hay en las *partidas* individuos asociados, que durante meses enteros, siguen por ejemplo el número de veces que la *sota* sale con el *rey* ó con el *as*; ó las series rítmicas de números que han precedido á la salida de la *casa chica* ó del *veinte colorado*, para inferir que acertarán en sus apuestas. Hasta tienen sus aforismos, á los que atribuyen el valor de axiomas, como « *patas de sota dos seguro* »; etc.

Quienes así conciben los problemas de éxito ó fracaso, natural es que se habitúen á trasportar el criterio con que prevén el resultado de sus albures y demás apuestas, á todo lo que pueda implicar un problema de porvenir, si por la naturaleza intrínseca de éste ó por la ignorancia personal de los jugadores

es imposible de prever y calcular; y así es como el espíritu va cayendo de error en error hasta las más toscas aberraciones de raciocinio. En varias parroquias de la Capital, por ejemplo, se practican rifas periódicas para sacar á las ánimas del Purgatorio (1), uno de los principales jefes de la Reacción se lanzó á la guerra y revolvió al país durante más de tres años por el resultado de un albur (2); y hará unos diez años, supe de una manera fidedigna que para obtener el perdón de un condenado á muerte en un pueblo cercano á esta Capital, se jugó su vida en un albur

(1) El siguiente prospecto está tomado al pie de la letra de un impreso que circuló en la *Colonia* de Guerrero de esta Capital: « Lista nº . — Rifa de Ánimas. — Advertencia 1ª Esta rifa se verificará en el templo de San Hipólito el día 21 de Noviembre á los 9. de la mañana. — 2ª El primer número que salga será premiado con unas Solemnes Honras Fúnebres que se harán el día 30 de Noviembre á las 9 de la mañana. — 3ª Los 9 números siguientes serán premiados con una Misa Rezada en los últimos 9 días de Noviembre. — 4ª El número undécimo será premiado con las 30 Misas, llamadas de S. Gregorio, si se reuna suficiente y si nó con un novenario de misas rezadas. — 5ª Se aplicará ora-misa por los Ánimas inscritas en las listas. — 6ª El número vale un real pagadero en el acto de tomarlo. — México Septiembre de 1890. — El Capellán. — Presb. Nicolás Palmieri. — Nota. — Cada línea del revés es para un asiento en el que se pondrá el nombre y apellido de la persona difunta. — Tip. de Orozco. Escalerillas nº 13. »

(2) En las anotaciones del Ministro Etoña, que á guisa de Memorándum se dieron á Maximiliano, se lee de Miramón: « Comenzó en esta época [1864] á entregarse á su pasión por el juego: siendo capitán de Cazadores de Infantería en Toluca, perdió un día el dinero de su compañía y para sacarse de embarazo, cayó el sable en mano, contra la persona con quien había jugado y le hizo devolver así el dinero » etc. — *Historia de la Intervención Francesa en México*. E. Lefèvre, tom I, pág. 399.

contra un billete de mil pesos del Banco de Londres.

Toda esta gente forma pues su criterio con series falsas de coexistencias fortuitas para presumir un acontecimiento deseado; é incurre al cabo de una manera normal en el viejo sofisma « post hoc, propter hoc », germen psicológico de todas las supersticiones, y que á fuerza de encarrilar al pensamiento en una misma forma de errores ha llegado á crear entre los jugadores primero, y después entre los sugestionados por ellos y que razonan con su misma lógica torcida, la entidad abstracta de todos los resultados aleatorios, creación ontológica que llaman « La Suerte », y á la que atribuyen una influencia incontrastable y constante en todos los episodios de la vida, considerándola superior á todo empeño de la voluntad y sustraída á toda combinación de la inteligencia.

XIII

Pero este criterio no es en el fondo sino el teológico envilecido con supersticiones más ó menos groseras según la cultura del que lo profesa; pues no es fácil distinguir entre el sofisma que induce á sacrificar una fortuna á una carta predilecta cuando se presenta con otra; y el que induce á practicar liturgias extravagantes para conseguir la producción de un fenómeno natural. Apostar á la ruleta sobre dos nones y dos pares *en cruz* ó á un caballo en un albur, colocando

as monedas precisamente en el busto del jiuete por ejemplo, son supersticiones del mismo género que la que hace elegir el día *dore* de un mes para un matrimonio, ó la que impone el nombre de un santo como augurio y talismán de felicidad en el bautismo de un niño. Así pues, nada extraño es encontrar en los jugadores todo género de supersticiones, como que recen al apostar ó atribuyan á los santos de su devoción las predilecciones que ellos tienen por determinadas cartas de la baraja. Muchos son irreligiosos y aun ateos: pero de éstos mismos, pocos son los que no creen que la Suerte se sustituye á los santos de los otros, para que salga la carta ó número que esperan; atribuyéndole de una manera vaga pero sincera una intervención directa y volicional en sus éxitos y en sus fracasos. Hay, pues, en el fondo de un criterio de jugador, una concepción teológica del Universo; y por esto se explica que dado el número crecido de jugadores que accidental ó profesionalmente hay en México, siempre haya habido un número correspondiente de creyentes para todos los cultos que le han querido forjar sus sacerdotes, con tal de que al idolo se le haya atribuido un poder incondicional sobre todos los fenómenos de la Naturaleza. Hoy buscan el éxito pecuniario en las ferias periódicas haciendo sus proyectos de apuestas; pero al lado de la partida, está el santuario donde el mismo jugador reza trisagios para ganar en los albures, ó donde otros peregrinos con combinaciones tan arbitrarias de voces y genuflexiones como las

apuestas, procuran la consecución de un acontecimiento que juzgan propicio para ellos.

Con este mismo objeto de conseguir algo favorable de un fenómeno aleatorio, con esa misma fé en que alguna entidad lo determina mediante sus ofrendas (¿apuestas?) y con procedimientos litúrgicos calcados en el mismo sofisma, aunque combinados en formas más groseras é inmorales, antes se habían adorado á los dioses árboles y á los monstruos de la zoolatría maya: con el mismo fervor que hoy van las multitudes á las partidas de Guadalupe y al Santuario del Tepeyac, antes se prosternaron en los tecallis de Cholollan; y así como hoy ofrecen ofrendas de cabellos para conseguir lluvias en el bosque de Amaquemécan (Sacro-Monte) antes profesaron el sabeísmo de los mexica con holocaustos sangrientos á la estrella de la tarde.

La creencia última en lo fortuito é imprevisible, sujeto á una voluntad superior, misteriosa y omnimoda, que se puede vislumbrar y aun determinar con prácticas supersticiosas, está en el fondo de todos esos credos. Y si aquí hubiera seguido de una manera espontánea la evolución teológica de los aborígenes y no hubieran venido á frustrar su génesis psicológica el dogma asceta de la crucifixión y del *pecado original*, se hubiera acabado por adorar á un Zeus, como el helleno, tonante y luminoso, que todo lo rige á su capricho y que manda heladas y rocíos, alboradas y crepúsculos melancólicos, ó tempestades súbitas cargadas de trombas, rayos y granizos.

XIV

Bien conocida es la influencia, que como agente natural complementario del calor ejerce la luz en el desarrollo de la vida: es en realidad un restaurador que restablece las energías psicológicas que una temperatura baja aniquila. Tiene por consiguiente un valor muy importante en México; pero precisamente por ser una causa de bienestar, no entrará en mi análisis, dado el cuadro que me he trazado. Sólo estudiaré pues los efectos psíquicos indirectos que puede producir, en la masa general de los habitantes, pero en tanto que puedan resolverse en algún fenómeno de psiquiatría.

Las lluvias que tienen un período esporádico en la primavera (1) y se establecen definitivamente desde principios de Junio hasta fines de Septiembre cambian por completo las condiciones de nuestro medio ambiente. La respiración se equilibra, el organismo se humedece, la transpiración del cuerpo se regulariza y en medio de una atmósfera húmeda y pura, el hombre se abandona con fruición al placer de la vida fisiológica: aspira el aire en anchas dilataciones, para absorber hasta la última partícula de ozono; y abre la

(1) Según el Sr. Puga (*opus, cit.*) son estas de fines de invierno y debidas á los vientos contra-alisios que soplan del Sur y Sur-Oeste trayendo las tempestades desde las regiones ecuatoriales del Océano Pacífico por encima del Axucó y Monte Alto.

pupila, para recoger todas las irradiaciones que los cuerpos despiden, en medio de un aire luminoso, al llevar á la retina contornos puros y matices delicados (1).

Cuando la lluvia lava el polvo de la atmósfera, los arbolados del Anáhuac no se ostentan como en otras partes en simples manchas de verdura, sino en frondas de follaje matizado con los tonos de sus distintos términos y con contornos precisos de los troncos, ramas, y senos de las umbrías. Los perfiles de las casas se dibujan blancos, amarillentos, azulosos ó grises, según su material y pintura exterior; pero con líneas tan netas como las que trazara un dibujante en sus diseños: los campanarios tienen cornisas destacables, perfiles sus cruces y rebordes sus campanas. Se distinguen las palomas, los *perros de agua*, las *apipizcas*, las golondrinas y gorriones que cruzan su cielo por la forma de sus alas y los matices del plumaje. Se percibe la urdimbre de los cirrus altísimos en el invierno, y los senos de las volutas plumizas y matizadas de grana de los cúmulus otoñales. Los astros cintilan como las aguas de un diamante (2). La luna aparece como una línea geométrica de luz en

(3) He observado el iris de dos personas mexicanas que en México se dedican á la pintura y lo he visto contraerse y dilatarse de una manera más rápida y marcada que el de un americano á quien observé á la vez. El bulbo, como se sabe, preside á la visión; y no sería difícil por consiguiente encontrar en las sobreexcitaciones climatéricas una causa fisiológica del desarrollo de la pintura en México.

(2) Los antiguos nahoas representaban por un círculo mitad rojo y mitad blanco á las estrellas. — Alfredo Chavero, *opus. cit.*

el momento astronómico preciso que sale de la conjunción: los astrónomos aztecas aunque carecieron de instrumentos ópticos hicieron observaciones de Mercurio y notaron en Venus la disminución de esplendor en sus distintas fases; pues cuando traspone la cresta negra de las serranías occidentales despide fulgores que dan sombra. El planeta Marte reveló ha dos años al astrónomo Lowel líneas y colores que ocultaba el azul intenso y brumoso de los cielos oceánicos; y en la noche misma, el cielo del Anáhuac no es negro sino de un azul pizarroso ó de un verde obscuro notado también por los astrónomos aztecas en sus observaciones litúrgicas (1).

Debido á esta atmósfera diáfana y luminosa son grandiosas las perspectivas del Valle, pues los detalles se perciben con claridad; y hacen á la vez que más complexa, más intensa la impresión del conjunto: sin que se pierda lo distante ó lo pequeño al percibir lo próximo y lo grande. En el fondo del Oriente se destaca el cónico Popocatepetl y el Iztlalzihuatl con el sudario de nieve que baja á su enorme falda, erguida á más de dos mil metros sobre el nivel del *suelo*. Ambos colosos se tiñen de rosa, cuando el Sol por la denteada cumbre del Poniente da luces póstumas á los cuatro ó seis términos de montañas que como una marejada inmensa de un mar petrificado al volcarse sobre el Valle, se hubiera detenido para formar su

(1) Alfredo Chavero, *opus. cit.*

borde. No es raro ver en ellas, desde las azoteas, el polvo de *recuas* rezagadas con limbos dorados ó lilas, mientras que ya la ciudad reposa en las tinieblas. Entonces el caserío se pierde en las sombras de la llanura; pero lucen aún con matices violáceos y mortecinos las cimas allísimas de los volcanes, como índices de vida, encendidos para revelar á otros mundos en la obscuridad interplanetaria la existencia de este Valle.

Cuando el Sol luce en todo su esplendor en el cielo blanquecino de Julio ó en el azul puro, trasparente y luminoso de Septiembre, lleva sus rayos á los más recónditos repliegues que la piedra hace en la voluta de los chapiteles y en los arcos de las torres: da sombra y relieve á los vasos lejanos de sus balaustradas; ilumina en perspectivas sin penumbra las cornisas del caserío: las ventanas de los miradores, las chimeneas coronadas de humo que brota en espesas bocanadas y luego se escarda como crespones de luto: y los tinacos sobre sus tirantes y sus pararrayos enhiestos y brillantes como las bayonetas de centinelas aéreos. Allende el caserío, como un fondo amarillo de desierto se extienden las manchas salitrosas de Aragon: los charcos bruñidos de las lagunas, y la niebla crepuscular de sus vapores que como velo rosado flota en el gigantesco baluarte de la Sierra; ó se enreda en el cráter aplastado del Caldera y en los cerros desnudos de los Peñones. Por el Poniente y Sur se ven diseminados y ocultos entre huertos de verde aterciopelado,

blancos pueblecitos, como juguetes regados dentro del inmenso anfiteatro de turquesas, que el Axuxco y las Cruces levantan cabe un cielo dorado, con nubes de escarlata y ráfagas azules, que rompiendo en gajos por todo el firmamento van á desvanecerse en las palideces del Oriente.

Hasta las perspectivas de las calles suelen desafiar al pincel por la riqueza de detalles en el contorno y de matices en el colorido. Las ropas del pueblo con colores vivos en los que predominan el rojo, el blanco y el azul: el pelo brillante de los caballos: los tranvías de amarillo lustroso; carruajes de negro bruñido, carros con el gris de la madera vieja; los postes enhiestos de los teléfonos, con sus fibras reventadas las mallas de sus hilos convertidos á veces en *ricières* de granates ó topacios, después de una lluvia otoñal: cuando el sol se oculta tras nubes de carmín y montañas de crestas doradas y saltan sus reflejos rojos sobre el asfalto mojado de las calles: las notas pardas y fugaces de las golondrinas que al vuelo beben en los baches ó recogen hebras para nidos colgados tras las plomizas pilastras de las torres entre cuyos claros suele aparecer el pálido disco de la Luna; y la línea quebrada de las cornisas que se reduce más y más hasta perderse en la falda lila de una montaña remota: forman un conjunto único y frecuente que impresión por impresión nutre al espíritu con ideas de forma y color, dándole nociones complejas, gráficas y objetivas de la vida, y por consiguiente radicalmente opuestas

á toda generalización ó abstracción que prescinda de ella.

XV

Como fenómeno psíquico natural á una atmósfera tan pura se han desarrollado en México las facultades que requieren una visión perfecta. Las fotografías mexicanas han llamado la atención en Nueva-York; y Mora hizo en competencia con los retratistas más acreditados de aquella metrópoli pingües negocios, habiéndose puesto de moda en la aristocracia americana. Las vistas fotográficas de la Mesa Central se distinguen por la nitidez de sus perfiles, sombras y detalles y se exportan á Europa y Estados Unidos (1), constituyendo en esos lugares de visión esfumada, una prueba irrefutable de la perfección de nuestras perspectivas, trasladadas por Velasco y otros paisajistas á sus lienzos: pues cuando quiso exponer sus cuadros del Valle en la Exposición Universal de 1889 encontró resistencias en Meissonier que creía imposible hubiera detalles y colores tan precisos y vivos en la perspectiva real. Pruebas de otro orden y enteramente prácticas de la perfección de los perfiles dan nuestros cazadores de profesión, que con un mal fusil de percusión y dos únicos cartuchos salen por la mañana de sus pueblos en busca de caza y regresan infaliblemente con dos

(1) El año de 1896 se exportaron 468 kilogramos. — Javier Estavoli, *Estadística Fiscal*.

piezas. En los batallones los buenos tiradores forman el 75 p. 100 de la tropa con tiro eficaz de 500 á 1000 metros: los indios amansados de Coahuila, Chihuahua y Nuevo León asestaban sus flechas á una moneda de cinco centavos lanzada por el aire; y los muchachos de la calle y de los pueblos hacen *blanco* con hondas, á la distancia que sus fuerzas les permiten. En los billares y boliches de barrio, con bolas no muy esféricas y con mesas no muy planas, se juegan partidas tan brillantes como si unas y otras fueran lo que debían ser.

Las artes del dibujo se han desarrollado tan pronto como lo han permitido las circunstancias políticas y económicas; y en toda la América, México ha sido el único país que ha formado escuela; tan numerosos, distinguidos y originales han sido sus pintores. Casi se han agotado sus obras por haberlas exportado á Europa como cuadros de los pintores españoles de la grande época del Siglo XVII; pero todavía vienen de las repúblicas meridionales varios pensionistas á estudiar los célebres que de ellos nos han quedado: pues á ciento sesenta y uno llega el número de los pintores nacionales de quienes se conserva alguna obra ameritada ó tradiciones suficientes para considerarla así (2). El arte que trataron era católico y aristocrático, de asuntos religiosos y retratos: decayó por consiguiente con el régimen colonial y la laicización de la sociedad; pero al faltarle la demanda, el

(2) *El Arte en México* por el Lic. Manuel G. Revilla.

espíritu estético nacional se refugió en la escultura popular de barro, trapo ó cera, y produjo en los muñecos de Guadalajara y Puebla una escuela, sólo inferior en su acabamiento y espontaneidad á la de Tanagra en la Grecia clásica.

En las tarjetas y mosaicos hechos con la pluma de Michoacán, en sus lacas rivales, de las chinas; en las entalladuras de los bastones de Apizáco, manifestación atávica de la vieja ebanistería mexicana, que hizo primores en los coros y sitials de las iglesias; en los adornos florales de los indios de Mixcoac y Coyoacan; en las esculturas de las fachadas de las casas que á veces son caríátides labradas sin errar un golpe de cincel después de puestos los sillares en el muro: en las filigranas de oro y plata y hasta en las decoraciones murales de las *pulquerías*, ó en las ilustraciones realistas de los periódicos, se revela el talento artístico aunque con frecuencia sin *técnica*, de un pueblo que vive en un medio propicio para la visión; y en el cual la línea, la sombra y el matiz de los colores se perciben sin borrarse, ni esfumarse con brumas intempestivas; pues hay por término medio 105 días al año de tiempo absolutamente despejado, (1) en los nublados muy raros son los de niebla; y cuando la hay, sólo dura una ó dos horas en las mañanas del invierno (2).

(1) Mariano Bárcena, *opus. cit.*

(2) En 40 años ha habido en México 1944 días nublados y 1676 días sin nubes; según datos del Observatorio Meteorológico y Magnético de México (1871 á 1892).

XVI

Pero también ilumina muy crudas miserias la luz radiante de nuestro cielo; y el mismo rayo que tñe de púrpura las volutas de un *cúmulus* plumizo enseña con cárdenos reflejos el cenagal negro y grumoso de atarjeas descubiertas, las ropas de un pueblo sucio, y los escuálidos miembros de su cuerpo obscuro y demacrado. En México no es posible cerrar los ojos al espectáculo de la miseria, á las degradaciones y repugnancias que incuba; ni á las ruinas ó vetusteces que una época revuelta nos ha legado en sus caserones destaralados. Y si es bello el cielo y alegre el aire del otoño, muchas obras del hombre y muchos hombres, de los barrios sobre todo, son muy feos. Ahora bien el contraste constante entre lo grandioso y lo raquílico; entre magnificencias de la Naturaleza y mezquindades humanas: el espectáculo euolidiano de mendigos que levantan la frente y lucen harapos en atmósfera de dioses ha producido el sentimiento del ridículo, y el ateísmo ciudadano de nuestro pueblo: alegre y burlón en tiempo de aguas: burlón y sanguinario en el de secas: pero que rechaza siempre con risas, toda costumbre, moda, ó empresa que rompa la armonía de un aspecto habitual. Un cargador con sombrero de seda, una criada con sombrilla, un jinete de levita y en silla vaquera, destacan tan perfectamente sus conforos grotescos en nuestro ámbito luminoso, que se constituyen en

entre nosotros como tipos simbólicos del ridículo y dan ocasión á risas y escándalos si se presentan en la calle (1).

Este sentimiento es tan natural que siempre ha encontrado forma literaria en las sátiras y sarcasmos con que han manifestado su ingenio nuestros principales escritores, habiendo constituido un género verdaderamente nacional desde los primeros años de nuestra vida independiente. El Pensador Mexicano fué el primero que así usó su talento; pues los cuadros de costumbres coetáneos se prestaban tan naturalmente á la burla que le bastó retratarlos con fidelidad para que se destacara caricaturescamente la abyección y miseria del pueblo de la calle junto al que en las antecámaras de Iturbide, en el Congreso y en Catedral, sostenía una farsa de grandezas con paradas militares y Te Deum (2). — Pronto estuvo después á la moda una servil imitación de las costumbres y literatura francesas, menospreciando lo nacional. Las jóvenes se hicieron románticas á lo Virginias y Gracielas; los pollos sólo de modas y costumbres parisienses se ocupaban; y el poeta zacatecano puso luego en caricatura las aberraciones de esas inteligencias y voluntades

(1) La caricatura es tan natural en México que aparece en las costumbres callejeras sin exagerar facciones ni actitudes como puede verse en los dibujos de J. Martínez Carrión, publicados en el Mundo Ilustrado. Véanse sobre todo: « Agua va ». — « Un bigote prematuro ». — « Beethoven de vecindad ». — « El Evangelista ». — « Miguel Angel de Ometusco ». — « La hora de los Brindis », etc.

(2) Manuel Fernández de Lizardi, « Vida y Aventuras de Periquillo. »

marcando el contraste entre su criterio y la vida de los hechos (1). — Después vino la época luctuosa de la desmembración del territorio y de la tiranía embrutecedora de Santa Ana en la cual el espíritu sólo meditaba tragedias y vergüenza; pero pasada, reapareció el humorismo en las Cartas de Don Caralampio, donde las miserias de la Capital, sus vicios, crímenes y preocupaciones (2) salían en contraste natural con los humos de cultura de sus habitantes. — Uno de nuestros mejores romances lo compuso Aguilar y Marocho cuando el Gobernador del Distrito Federal entró á caballo á Catedral abriéndose paso militarmente entre viejas y conónigos (3). — Cuando la lucha contra el Clero llevó á la efervescencia el espíritu público, se condensó en los sarcasmos del Nigromante y de Guillermo Prieto (4), poniendo en contraste el ascetismo *verbal* de los sacerdotes y los resultados obstruccionistas actuales del catolicismo con las aspiraciones progresistas y liberales de la época actual. — Cuando después de triunfar la República y la Reforma, el gobierno timorato de Lerdo pretendió segregarnos del movimiento progresista universal, cerrando á la introducción del capital extranjero las fronteras del Norte (5) pretextando temores

(1) Fernando Calderón, *Á ninguna de la tres*.

(2) Belanuzarán, *Cartas de Don Caralampio Molinero del Cerro*.

(3) Juan A. Mateos, *Memorias de Un Guerrillero*.

(4) Obras del Lic. Ignacio Ramírez: y romances de Guillermo Prieto Fidel.

(5) El Lic. J.-A. Mateos, cuenta que habiéndole pedido la concesión de un ferrocarril para los E. U. le contestó: Señor Mateos, «entre la fuerza y la debilidad no debe haber sino el desierto.»

de absorción, el espíritu público lo atacó en las sátiras de Riva Palacio y las caricaturas de Villa Sana (1). — Después se abrió la época de *Facundo*, que en su *Linterna Mágica* sacó á luz los vicios de nuestras costumbres en la intimidad de sus episodios, siendo muy de notar que lo acerbo de sus críticas está en la fidelidad con que retrata los hombres y las cosas. — Por último, cuando al cabo de sesenta años de guerra entramos de lleno á una etapa tranquila de prosperidad y de trabajo, el espíritu nacional literario evolucionó también; pero siempre en la forma satírica y dió su floración más delicada en los artículos de Gutiérrez Nájera, donde con una gracia inimitable por lo exquisita ponía en contraste las leyes del pensamiento sano y bello con todas las aberraciones de nuestras preocupaciones étnicas, religiosas, políticas y nacionales (2).

En la conversación se manifiesta como necesidad intelectual de nuestras costumbres este aticismo, en la *chuela*, esa burla fina pero cruel y malévola que se hace de las personas á quienes se considera inferiores. En los colegios es la primera hazaña intelectual el *verla* á sus compañeros. Los oficinistas se tratan en esa forma; y es prueba familiar de afecto en las amistades, procurando que recaiga por la connotación de un apodo-

(1) El Ahuizote de 1875 á 1876.

(2) Véanse sobre todo los suscritos con el pseudónimo de « Recamier » en el « Universal » de 1896.

En la obra citada del Sr. Bulnes, no ha podido prescindir de dar un tono terriblemente sarcástico á todas las partes en que resalta algún error nacional ó latino.

ó por conversación directa sobre algún defecto que mortifique al que es objeto de ella y que se empeña en ocultar. Aun en tertulias de buen tono, suele usarse como alarde de ingenio haciéndola incidir sobre relaciones clandestinas de dos amantes ó sobre algún accidente desagradable para el que es víctima de la burla. El periodismo ha llegado á producirla en chistes macabros y paliques humorísticos, aun en las circunstancias más tristes: ha habido quien comente en *son de guasa* la agonía de un ajusticiado, y caricaturistas que tomen rápidamente las líneas de su última postura. Hasta los personajes de alta categoría en sus funciones oficiales y en los momentos más solemnes aprovechan la oportunidad para descubrir el ridículo que perciben en los otros. Cuando Mangino como Presidente del Congreso coronaba á Iturbide, le dijo en voz baja entre las fórmulas litúrgicas, y al sujetarle la corona: « No se le vaya á caer á Vuestra Majestad; » y se cuenta que cuando en Querétaro sacaron á los reos para el cadalso, Maximiliano preguntó á Miramón, si un toque de clarín que oyó anunciaba que ya iban por ellos; « No lo sé, contestó éste; porque es la primera vez que me fusilan » (1).

XVII

Profunda es como se vé la influencia que la atmósfera ejerce en el espíritu de los mexicanos. De una

(1) Victor Durán, *Vie de Michel Miramon*, pág. 246.

manera directa ó indirecta, como causa única ó simplemente como coadyuvante de otras, ella determina de una manera incontrastable la forma de nuestro carácter por la periodicidad de nuestros hábitos. El hombre como animal de respiración aérea y organizado por consiguiente para vivir en un medio gaseoso, resiente aquí de una manera inevitable y en lo más íntimo de su sér las alteraciones de su envolvente. Hoy la ciencia ha podido enseñarle la solidaridad que une su destino con las perturbaciones de aquél; pero antes, cuando las inducciones científicas eran imposibles; en las primeras edades de la inteligencia humana, aunque no podía explicarse el juego de esa causación la presintió, de una manera vaga; pero la reconoció y la respetó en sus cultos. En todas las viejas teologías en efecto, la Divinidad está revestida ó encarnada en una manifestación meteórica, cuando sus creyentes han vivido en altitudes, donde los cambios atmosféricos se hacen más sensibles é imponentes; y si el culto al Sol y demás astros ha nacido en las playas del mar, el de las tempestades ha levantado sus aras en los picachos de las montañas ó en las mesetas barridas por los vientos. En la serena atmósfera del Nilo siempre diáfana, azul, pura y adormida, el hombre no podía sentirse hijo de un aire que para nada lo perturba, ni admitir que su destino estaba encadenado á las alteraciones de aquél; y así fué como su adoración la tributó al Rá deslumbrador, radiante, rojo é inmenso, que tras una infinita estela de escarlata se hundía

cada noche en los arenales del desierto, para reaparecer al día siguiente en la púrpura auroral del Mar Rojo (1). En las islas del Egeo rodeadas de una bruma tibia y embalsamada por los mirtos de Chipre y Rodas, no podía nacer otro teísmo que el culto á la *estrella de la tarde*, esplendiendo entre las blancas espumadas del oleaje verde; y esperada con ansia, en aquellas playas caliginosas, como la precursora de la brisa y del placer. De allí el culto fenicio de Astarté ó Afrodita que el antropomorfismo helénico esculpió en formas ideales de mujer (2).

Por el contrario, en las altiplanicies hebreas, en la atmósfera reseca del Sinaí y del Horeb, donde el meteorismo eléctrico adquiere de súbito manifestaciones imponentes, ora sea fulminando tempestades como las legendarias de Moisés, ó incendiando

(1) C.-P. Tiele, *Histoire comparée des Anciennes Religions*, pág. 35.

(2) *Origine de tous les cultes*, Charles-François Dupuis, 1834, tom. I, pág. 348. « De igual manera la Diosa Venus la famosa Astarté de los Fenicios, al principio no fué distinta del hermoso planeta de su nombre que parece á veces preceder la salida y á veces seguir á la puesta del Sol. Este planeta excede á todos en belleza y en brillo. Su luz es tan fuerte que á menudo proyecta sombras como lo ha notado Plinio. Así rivaliza con el Sol y la Luna de quienes tomó los epítetos de Lucifer y Vesper y se le decoró con los nombres más pomposos. Uno de ellos es el de bellísima ó *Calliste* que justifica su belleza y brillante resplandor. Bajo este aspecto tiene el imperio del cielo estrellado; y ninguna de las estrellas ni fijas ni errantes podría disputarle la palma. Tuvo pues en sus dominios toda la belleza de los seres en quienes se nota esta cualidad. Es la más bella de las *divinidades-estrellas*; y como uno de los efectos de la belleza es inspirar el *deseo* y el *amor*, éstas en la alegría, tomaron el nombre de *hijas de Venus*: *Polhos* y *Eros*, *Cupido* y *Amor*, que la teología fenicia dió por hijos á esta diosa », etc.

sin consumir los arbolados y malezas de sus montañas, el hombre perdía de vista á los astros y adoraba en esos fenómenos al dios terrible de los aires. Todo el viejo culto de los judíos no es más de una deificación de los meteoros; y el *Jahveh* que adoraban, rodeado por ígneos y terribles serafines era el dios de sus montañas, envuelto en nubes, manifestado en súbitas y cegadoras iluminaciones del relámpago: que hacía oír su voz atronadora en el estampido del trueno repercutido en las cuencas de los montes y que fulminaba su ira en la chispa lanzada á la frente marcada por el pecado (1). Por último el culto de Odin que los escandinavos traían en las naves piráticas que asolaron las playas septentrionales de Europa; y esa concepción militar del Universo, que es el fondo de su teología y por la cual explicaban los fenómenos naturales como un combate eterno de unos dioses contra otros, no era sino la forma infantil del espíritu germano, que pretendía explicar con ella las súbitas nublazones de sus selvas, las rachas de lluvia y granizo helado que aventaban sus naves; y los gemidos largos y fúnebres de aquellos vendabales que se oían en los peñascos de sus montañas ó en las apretadas malezas de sus ciénegas oscuras y pavorosas.

Y no sólo en estas formas relativamente recientes de teísmo, sino en la noción primordial de todo concepto teológico, cuando menos por lo que respecta al grupo

(1) C.-P. Tiels, *opus. cit.*, pág. 342 y siguientes.

indu-germánico, la idea embrionaria y principal que connotan las palabras con que se designa á la Divinidad son relativas al ámbito luminoso cóncavo y azul que cubre el horizonte. En efecto, más allá del cristianismo y judaísmo, antes que el antropomorfismo helénico diera cuerpo humano á los fenómenos naturales: antes de que la misteriosa teocracia de Tebas y Menfis estudiara en las terrazas de sus templos la precesión de los equinoccios que implicaban las fiestas de *Aries* y el *Gran Can*; y aun más allá de las edades míticas de Viehnú y Brama, en las altiplanicies del Himalaya, de aire tan sutil como el nuestro, los padres blancos del linaje que hoy lleva la civilización del mundo, sintieron el inmenso poderío del aire impalpable que los rodeaba; ora sereno y tibio, lleno de perfumes y gorjeos; de súbito gris, agrietado por rayos y vaciando cataratas sobre valles y collados. De aquellas edades no quedan páginas ni monumentos: sólo unos cuantos vocablos en el viejo idioma sánscrito. Pero así como por otros se ha podido saber, que aquellas gentes en la rudimentaria civilización que establecieron en las vertientes del Himalaya, tenían ya domesticados al buey y al caballo y los empleaban en su labranza, de la palabra sanscrita *Diaus*, raíz lingüística y psicológica de todo el teísmo indu-germánico se ha desprendido, que con ella la humanidad primitiva significaba el conjunto de fenómenos encerrados en la bóveda azurada (1).

(1) Camille Flammarion, *Histoire du Ciel*, pág. 58.

Los cristianos han trasladado la idea allende los lindes aéreos del mundo, más allá de los planetarios, y aun mucho más allá de los siderales; pero el catolicismo todavía la representa en *nubes* y simboliza su gloria, rompiéndola con rayos de luz y dejando aparecer entre sus crestas doradas, la tersa y azurada extensión de la atmósfera terrestre. Los labradores del Anáhuac le piden lluvias y en los balcones de nuestras ciudades se entrelazan palmas benditas, cuyas hojas quemán en los días tempestuosos para desarmar á los rayos (1).

En obsequio de la justicia debo advertir que á fuerza de decepciones un grupo inmenso de mexicanos, ya no vé en los fenómenos meteóricos, y en sus consecuencias las manifestaciones terribles del Dies iræ. Unos han adquirido nociones científicas de ellos; y otros un empirismo toseco, pero suficientemente claro para emanciparse del culto en el arreglo de sus negocios y en la previsión del porvenir. Pero en todos ha dejado una huella profunda el teísmo meteórico de nuestros antepasados, y ella es el estoicismo con que afrontamos las prosperidades y miserias de la vida. La fé en el

(1) A. de Humboldt, en el *Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, tom. II, pág. 221, nota, dice: « El pueblo criollo é indio vé con pesar que en tiempo de grandes sequías el Arzobispo haga venir, de preferencia á México la imagen de la Virgen de los Remedios. De ahí este proverbio que caracteriza tan bien el odio de castas. » *Hasta el agua nos debe venir de la Gachupina*. » Si á pesar de la estancia de la Santa Virgen de los Remedios, continúa la sequía, el Arzobispo permite á los indios que vayan por la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. El permiso difunde la alegría en el pueblo mexicano », etc. Mucho de este fanatismo y en esta misma forma subsiste todavía.

azar y en los cambios súbitos de fortuna que desde niños nos familiarizan con las alternativas de temores y esperanzas, han hecho al mexicano pródigo de sus riquezas: que siempre esté dispuesto á partirlas con el que le pide; y que con mucha facilidad olvide y remita los créditos que tiene á su favor. En la adversidad tiene la resignación serena é inquebrantable de los antiguos romanos. Pasa en una noche de la opulencia á la miseria: sale de los puestos más encumbrados al destierro ó á la prisión: una epidemia ó una derrota pueden acabar con las huestes que haya formado en largos años de constancia y sacrificios; puede sorprenderlo la muerte en los aniquilamientos de una enfermedad ó estallar en los fogonazos de un fusilamiento, sin que su alma se amilane. Hasta los niños, sobre todo indios ven su sangre, más con curiosidad que con temor. Y es que la raza india, los mestizos en quienes domina esa sangre y el resto por emulación, avezados á las veleidades de la vida y á los cambios súbitos y terribles de todo lo que les rodea, cultivan en el fondo de su espíritu la fé en el porvenir, que germinada en el meteorismo teológico de nuestros abuelos, evolucionó hasta hacer inquebrantable á Juárez para salvar á la Reforma y la República, pasando por el desdén al sufrimiento, que antes había arrancado á Cuauhtemoc sonrisas de desprecio en medio de la hoguera.

LIBRO II

EL TERRITORIO

Samario. — I. Concentración de la civilización en la Capital del Virreinato. — Aislamiento de las ciudades, villas y pueblos. — Distancias y dificultades de los caminos. — II. Las necesidades de comunicación no eran urgentes en la sociedad colonial. — Persistencia del mismo estado de cosas durante la época *pre-ferrrocarrilera* de México. — III. Ley geográfica de la difusión de la civilización en México. — Persistencia de las etapas pasadas en las villas y lugares secundarios. — IV. Repetición del mismo fenómeno en los Estados, Cantones, Distritos y demás subdivisiones políticas. — La configuración geográfica como condición de la anarquía. — Caso de Texas. — V. La incomunicación como causa de ineptitud gubernamental. — VI. Ejemplos. — VII. Corroboración de esta ley en los casos de Chile, Estados Unidos y Coahuila. — VIII. La ineptitud gubernamental es causa de desmoralización privada. — IX. Relajación de los vínculos políticos. — Gobernadores, Jefes Políticos, *Caciques*, Jefes de barrios, hacendados. — X. *Compadrazgo*. — El *pater familias* mexicano. — Persistencia del despotismo militar en los pueblos. — XI. Fidelidad conyugal. — Carácter de las esposas mexicanas. — Celos y castigos sanguinarios del adulterio.

I

Además de que conforme á la política suspicaz de España, se procuró durante su dominio en América, establecer el aislamiento y la desconfianza entre sus eriollos, la configuración geográfica de México, coad-

yuaba á esta separación, y la hacia casi absoluta. En efecto el Virreinato, las Provincias Internas y la Capitanía General de Yucalán que después han formado la República Mexicana, tenían por Capital á la Ciudad de México; y ésta no sólo fué durante toda la época colonial un centro político, sino el mercantil, social é intelectual de la colonia; el único foco de civilización; pero cuya influencia sobre el resto de país dependía de la distancia que mediaba entre ella y las demás villas, ciudades y pueblos del virreinato. Hoy en las costas del Golfo hay varios puertos de altura y cabotaje; y á pocas leguas de tierra interior centros habitados de importancia que directamente están en contacto con el resto del mundo civilizado; así como en la línea fronteriza del Norte hay otras ciudades que en los Estados Unidos toman sus elementos no sólo de progreso, sino de vida muchas veces. Pero en los tiempos coloniales, la exclusión legal de todo comercio extranjero por las costas, y la vastísima extensión territorial desierta ó recorrida por tribus salvajes, que formaba las comarcas colindantes con nuestra frontera septentrional, hacia que toda la vida civilizada de la colonia se concentrara en la Ciudad de México, para irradiar desde allí al resto del país.

Ahora bien, éste, que era el territorio comprendido desde las riberas del Missouri en la Provincia de Texas, por el N. E. hasta las misiones de Monterrey por el N. O. en la Alta California; S. Blas y Acapulco por el Poniente y Sur; Champoton, Mérida y la Bahía de la

Asunción, por el Sur Este, formaba al segregarse de la metrópoli, una superficie de difusión excesivamente irregular, que para la comunicación de personas y el acuerdo de voluntades, convertía en enormes diferencias de tiempo, las que ocasionaba el espacio; de tal manera que los acontecimientos verificados en un punto, eran conocidos en otros con cuatro ó seis meses de retardo; pues en una misma provincia, las poblaciones se encontraban á distancias que sólo se suelen encontrar entre las capitales de Naciones extranjeras. De Chihuahua, por ejemplo, á Batopilas hay 529 kilómetros: de Ures á la Magdalena en Sonora 657.; de Morelia á Zacatula 364 en el de Michoacán. Enormes eran también las que separaban á la Capital de los centros de importancia en las Intendencias. De México á Veracruz, hay 393 kilómetros: 150½ á Mérida y en rumbos opuestos 981 á Durango: 1660 á Culiacán: 2897 á Ures; y todavía el año de 1846, los que iban á puntos de la frontera septentrional tenían que recorrer distancias de 4754 kilómetros, para llegar á los Placeres de Oro del Estanislao, en la Alta California, que aun formaba parte de nuestro territorio (1). Estas distancias son mayores que las que

(1) Comenzando por el Norte y siguiendo rumbo al Océano Pacífico, las distancias que separan á México de las capitales de los Estados, son: 914 kil. al Norte, á Ciudad Victoria. — 1.653 al Norte, á Monterrey. — 947 al Norte 1/4 N.-O. al Saltillo. — 1.694 N.-O. 1/4 N. á Chihuahua. — 2.897. N.-O. á Ures. — 1.660. O. N.-O. á Culiacán. — 671, O. 1/4 N.-O. á Guadalupe. — 744 O. á Colima. — 290. O. á Morelia. — 285. S. á Tlaxiá Gutiérrez.

respectivamente separan á París de Madrid, Londres, Berlín, Roma, Viena, Moscou, Constantinopla, El Cairo y la Meca.

Además y debido á la configuración geográfica del territorio, que tiene la forma de *cornucopia*, los radios de dispersión que representan esas distancias son divergentes; de suerte que las poblaciones situadas en ellos se encuentran separados entre sí por distancias tanto más grandes cuanto mayores son sus distancias respectivas á la Capital de la República; y estas comunicaciones laterales son tanto más difíciles de franquear, cuanto que, por lo que respecta á la región septentrional, los dos ramales en que se dividen los Andes Mexicanos para formar la Mesa Central y cuencas del Golfo y del Pacífico, ponen entre las poblaciones, muros inmensos de serranías agrias y á veces inaccesibles; lo que también se verifica aunque sin simetría en el Oeste y en el Sur. Para formarse una idea aproximada de las dificultades que éstas oponen á la comunicación de los hombres, basta recordar que el Estado de Michoacán Ocampo, por ejemplo, que no es sino

— 449. S.-E. á Oaxaca. — 1.203. E. S. E. á S. Cristóbal. — 1.006. S. á S. Juan Bautista. — 1.345 á Campeche. — 493. E. 1/4 S.-E. á Veracruz. — 1.505. E. 1/4 N.-E. á Mérida.

Para las capitales de los Estados del Centro hay; 117 al E. á Puebla. — 109. al E. á Tlaxcala. — 225. al N.-O. á Querétaro. — 386. al N.-O. á Guajuato. — 478 al N.-O. 1/4 N. á S. Luis. — 558. N.-O. 1/4 O. á Aguas Calientes. — 683 al N.-O. á Zacatecas. — 981. al N.-O. á Durango. — 67 al O. 1/4 S.-O. á Toluca. — « Itinerarios y derroteros de la República Mexicana ». — J. J. Alvarez y Rafael Durán. En estos he reducido las leguas á kilómetros á razón de 1 lg. $\times$ 4.192 metros.

una continuación orográfica del de Guerrero y éste de Oaxaca, ocupa una extensión de 55 693 kilómetros cuadrados. En éstos se han medido 568 grupos forestales con una superficie de 33 231 kilómetros cuadrados. Hay todavía 1359 grupos de árboles en las vegas y montañas que por lo agreste é intrincado de sus malezas se han resistido á la mensura (1). Ahora bien, los puntos agrestes y más ó menos inextricables son tantos como sus montes, y de las dificultades que suelen presentar puede juzgarse por las del célebre Fuerte del Sombrero, cuya fortaleza le venia más de la naturaleza que del hombre.

« Pertence á la Hacienda del Sitio de S. Ignacio en
« la Sierra de Comanja y es muy elevado y escarpado.
« La parte del Sur es la mesa de Serna y la del Norte
« una planicie con una eminencia en forma de Som-
«brero. Al Norte y á tiro de fusil está dominado por la
« Mesa de las Tablas : al Este lo separa de la de los
« Borregos la profunda barranca de Barbosa, donde
« corre un arroyo : al Sur linda con el Cerro de Negrete,
« y al Oriente con el cerrito del Comercio, separándole
« la barranca del Rincón. En la planicie había jacales.
« El cementerio era un foso donde comienza el declive
« de la barranca, á un lado de la muralla y tiene por
« todas partes una pendiente de más de 45°. El borde
« de la cumbre es una serie casi continua de peñascos
« escarpados de acceso imposible ; y donde éstos no

(1) Luis Alfonso Velasco, *Geografía y Estadística del Estado de Michoacán Ocampo*.

« había se hicieron parapetos de piedra y lodo con su
« foso respectivo de una vara de espesor y piezas de
« poco calibre. Donde la pendiente era menor había
« muros de adobe y por dentro banquetas y fosos, con
« sus extremidades cerradas por una puerta de madera
« en forma de escalera é inmediatamente detrás una
« gruesa pared. Dos veredas lo unían con la Mesa de
« las Tablas y Cerro de Negrete. Tenía un aljibe dentro
« de sus muros ; y para evadirse los sitiados, se ponía
« á media noche en una roca de la Barranca del Rin-
«cón con una persona que iba descolgando á los que
« salían por medio de varias sogas, que en su cintura
« terminaban hasta que la recibía un indio que como
« gato se había subido á otras peñas. El indio se ataba
« á su cintura otro cordel, los fugitivos se asían de él
« para no extraviarse y comenzaban á andar con el
« menor ruido posible por las veredas sólo conocidas
« del conductor » (1)... Así son poco más ó menos los
cerros de los Remedios, el Gallo, Colorado, el Coporo,
Piáxtla, la Mesa de los Caballos, La Caja, Sierra Gorda
y poblaciones como Zitácuaro, Guanajuato, etc. En la
euenca meridional del Golfo y en la península yuca-
teca, selvas vírgenes, pantanos inmensos, arenales
vastísimos y campamentos de salvajes sustituyen á
las cordilleras, como muros de separación entre los
poblados.

Para trasladarse de un punto á otro, para remitir

(1) Emilio del Castillo Negrete, *México en el Siglo XIX*, pág. 298.

efectos ó una simple noticia, se necesitaban, pues, en las circunstancias ordinarias de la vida, muchos preparativos, requisitos, gastos y tiempo. « En la embo-
« cadura del Río Mayo en el Puerto de Güitivis, llama-
« do también Santa Cruz de Mayo, se embarcaba para
« la California el correo encargado de los despachos
« del Gobierno y de la correspondencia del público.
« Este correo iba á caballo de Guatemala á la Ciudad
« de México, y de allí por Guadalajara y el Rosario á
« Güitivis. Después de haber atravesado en una lancha
« el Mar de Cortés, desembarcaba en la aldea de
« Loreto en la Vieja California. De allí se enviaban las
« cartas de *misión* en *misión* hasta Monterrey y al
« Puerto de San Francisco, situado en la Nueva Cali-
« fornia, bajo los 37°48' de Latitud Septentrional.
« Recorrian sobre este camino de costas 920 leguas
« (5857 kilómetros en 77 días ó 154 según la esta-
« ción); distancia igual á la que separa á Lisboa del
« Quersoneso » (1). Aun en regiones planas y en con-
tingencias que por lo extraordinarias requerían mayor
rapidez, las comunicaciones eran difficilísimas. Rayón
por ejemplo, para pasar del Saltillo á Zacatecas, que
era el punto más próximo para abastecerse, tuvo que
emprender una retirada de 490 kilómetros en una sola
provincia : en Zacatecas hasta el 30 de Septiembre se
supo el Grito de Independencia; y trece días fueron
necesarios al correo extraordinario para comunicar

(1) A. de Humboldt, *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, tom. II, pág. 390. — Paris, 1811.

á México la prisión de Hidalgo ocurrida en Acatita de
Baján (1).

II

Debido á la longitud de los caminos y á los acci-
dentes orográficos é hidrográficos, tan difíciles de
superar; bajo el régimen colonial, siempre hubo un
pésimo sistema de comunicaciones; pues el problema
gubernamental que implicaban, era de solución casi
imposible, si se tiene en cuenta la enorme extensión
de caminos, que hubieran tenido que construirse, para
unir con una red viaria, á Texas con California y
Chilpancingo : á Champoton con Celaya y Veracruz, etc.
Además estos caminos nunca constituyeron una nece-
sidad apremiante para la Administración Pública ni
para los particulares; pues con excepción de las ciu-
dades autóctonas, que encontraron los españoles, como
México, Tlaxcala, Cuernavaca, Texcoco, Chalco, etc.
y que se habían ubicado de acuerdo con las necesida-
des estratégicas de su fundación, las demás se estable-
cieron para la explotación de minerales, que por su
naturaleza montañosa son de tránsito difícil. Á su
rededor se establecieron en los valles inferiores, como
centros agrícolas, otras villas y pueblos que cultivaban
cereales y los demás artículos requeridos para las
ciudades de uno y otro origen. Pero la vida de todos

(1) Emilio del Castillo *Agreste*, *opus. cit.*, tomo IV.

estos centros dependía en definitiva de los Reales de minas; puesto que la colonia no era en realidad sino una inmensa explotación minera. Ahora bien, como todo el mineral se concentraba en la Capital y sólo por el Puerto de Veracruz se exportaba á la metrópoli, los caminos que conducían de los Reales á la Capital y de ésta al Puerto, eran los únicos necesarios; y los únicos que merecían por consiguiente las preocupaciones y cuidados de los Virreyes. Y sin embargo, sólo hasta fines del Siglo pasado se construyeron éstos, y por los Consulados; es decir por empresas de particulares (1).

Como por otra parte, el tráfico interior de las mercancías, que no eran minerales, fué intermitente, puesto que dependía del arribo periódico de las flotas que aportaban de Sevilla y Cádiz, los efectos necesarios á la colonia, para después distribuirlos desde Jalapa á las demás poblaciones (2), las deficiencias de comunicación se notaban con la misma periodicidad; y tomaban por consiguiente una importancia secundaria, junto á las meditaciones que suscitaba el sistema mercantil mismo. En el abastecimiento alimentario de los pueblos, que se hacía por turnos de mercado, las dificultades del camino se hacían tolerables para los bortelanos y demás pequeños introductores que llevaban sus efectos á la venta; gracias á lo corto de las

(1) José María Luis Mora, *México y sus Revoluciones*, tom. I, pág. 181.

(2) *Ibidem*, pág. 218.

distancias que separaban á los huertos de los puntos consumidores; ó sólo eran percibidos por esos pequeños comerciantes, que por lo general son gente sin criterio para protestar, ó sin acceso con quienes pudieran haber recogido sus protestas.

Todas estas causas se resolvieron á la postre en un abandono completo del sistema viario por parte del gobierno, que se agravaba con lo escaso y defectuoso de los medios de transporte. Al principio de la colonización los indios llevaban de un lugar á otro los efectos necesarios á sus amos, y así fué como 8000 tlaxcaltecas y zempoala transportaron de Tlaxcala á Zumpango, los materiales necesarios para los bergantines de Cortés (1). Cuando las acémilas se propagaron en cantidad suficiente, se establecieron los arrieros, y á lomo de mula se transportaban los minerales y demás carga (2). Para las personas se usaron cabalgaduras y literas. Los carros fueron de un empleo muy posterior; y en los primeros decenios de la vida independiente todavía se quejaba la prensa de la escasez de estos vehículos, y de su mala construcción; pues haciendo consistir el mérito en el peso, sucedió que cuando se introdujo la primera maquinaria inglesa para las minas, no se la pudo transportar á su destino y quedó abandonada en la playa y en las poblaciones del Valle (3).

(1) A. de Humboldt, *opus. cit.*, tom. II.

(2) En 1803 se calculaban 60.000 mulos empleados en el tráfico.

(3) Mora. *opus. cit.*

III

Estas pésimas condiciones de transporte subsistentes hasta el establecimiento de los ferrocarriles, determinaron un fenómeno social de mucha importancia, que explica en gran parte nuestra Historia revolucionaria, y muchas peculiaridades de nuestra vida pública. En efecto, como todas las ciudades dependían de la Capital del Virreinato y de la República después: como todas las villas ó ciudades secundarias dependían á su vez de las cabeceras de las antiguas Intendencias, erigidas en Estados cuando la Nación se hizo independiente: y como éstas estaban distribuidas en el territorio de tal manera que la comunicación lateral de las cabeceras de provincia fué siempre *más larga* (1), *más difícil* y *más peligrosa* que su comunicación *directa* con la Capital de la República: se repitió de una manera más importante y persistente el fenómeno observado por Taylle- rand en la colonización sajona de la América. « El « aislamiento en que se encontraban las ciudades, por « las grandes distancias que mediaban entre sí, y por « lo imperfecto de los medios de comunicación, retar-

(1) De México á Morelia por ejemplo hay 289 kilómetros, y de Morelia á Querétaro 168; á Guanajuato 180; á Guadalajara 340; á Tixtla Gutiérrez 557; á Toluca 222; y á Colima 452. De México á Guadalajara hay 159 kilómetros; y de Guadalajara á Zacatecas 336; á Aguas Calientes 252; á Mazatlán 169; y á Durango 136, etc. Alvarez y Durán, *opus. cit.*

« daba los progresos de la civilización, que no avanza « sino á medida que la sociedad se hace más numerosa « y sus relaciones son más íntimas y frecuentes ». En México, pues, y de una manera más regular que en los Estados Unidos, « el que salía de una ciudad, « donde la civilización había alcanzado un alto grado de « desarrollo, iba encontrando en su camino gradual y « sucesivamente todas las etapas inferiores de la vida « social y de la industria hasta que en muy pocos días « llegaba á la choza de ramas y techos de zacate » (1). Hoy mismo basta internarse en cualquiera región del país, siguiendo una dirección normal á los ferrocarriles para ir encontrando modas, usos, preocupaciones y costumbres de la Capital, de épocas tanto más antiguas, cuanto que la región es más remota de la vía, hasta llegar á encontrar en las serranías de Jalisco y Guerrero tribus salvajes, sin más traje que el maxlli de los aztecas, armados con flechas, con vocabularios de doscientas palabras á lo sumo é ignorantes del castellano. El estado de barbarie se encuentra aún en las rancherías lacustres y selváticas del Usumacinta que confluyen con Guatemala: y en vastas regiones de Chiapas y Guerrero el viajero suele encontrar familias *troglobitas* y restos de *quichés* con cultos fálicos secretos y simbolismos geroglíficos que ya no entienden. Hay allí el sistema primitivo de

(1) Para conocer esa persistencia de una forma social anterior hasta recorrer las historias locales y crónicas antiguas. Véase la Historia de Oaxaca por Juan Antonio Gay, tom. I, pag. 105, 123, 129,

comunicación y los *chamulas* sirven de acémilas para transportar en sus hombros personas y mercancías.

Sin llegar á estos límites extremos, el *atraso*, es decir, la persistencia de hábitos de vida pertenecientes á una época ya pasada en la Capital, se nota aún en las poblaciones foráneas, y fué durante toda la época pre-ferrocarrilera, tanto mayor, cuanto más distante se encontraba de la Capital el centro considerado. Algunas poblaciones se veían construidas en estilos de arquitectura antes seguidos en ésta, y guardan todavía un parecido tan notable con sus barrios; que los del México antiguo son la imagen de poblaciones de segundo orden de los Estados. Las calles principales de Puebla por ejemplo, se parecían á las de la Monterilla; en Puesto Nuevo y Necatitlan se encontraba el original de la Calle Real de Chalco; y los *xacali* de *adobe* y *tejamanil*, que se habitan en hacinamiento y confusión por la séptima calle de Moctezuma y Tepito, encuentran su repetición en los pueblos de Ayotzingo y Xuchi ó en las rancherías de Atzacapotzaleo.

IV

Este fenómeno social se agravó con la distribución de las villas en el territorio de cada una de las provincias, convertidas después en Estados; pues en muchos casos sucedió que las villas estaban tanto más cerca

139, 140, nota de la 250, 3.º 3, tom. II, pag. 86, 100, etc.; Michoacán por el Lic. Eduardo Ruiz, pag. 11, 16, 43, nota de la 46, 53, etc.

de sus cabeceras respectivas, cuanto éstas lo estaban de la Capital de la República; y vice-versa; las villas se alejaban de sus cabeceras en proporción de lo que éstas se alejaban del centro del país; consecuencias ambas de la división política planteada por Gálvez; pues como la basó en la desigual distribución de la población, debían tener territorio más extenso y poblados más separados, las provincias más remotas; toda vez que la condensación de habitantes era decreciente á partir del centro, para cualquiera rumbo de la colonia (1). Y como el desarrollo social en una provincia, convertida en Estado autónomo después, dependía de la frecuencia é importancia de las relaciones que tenían sus cabeceras con sus departamentos respectivos; resultaba que la influencia civilizadora que la Capital de la República perdía por su alejamiento de un Estado, se agravaba en las villas secundarias, por el debilitamiento que la influencia local de la cabecera de provincia sufría por las grandes distancias que á ésta separaban de sus departamentos, cantones, partidos ó municipalidades. Y este fenómeno se repetía en tercer grado en el interior de cada subdivisión política, al ponerse en juego

(1) De México á Guanajuato p. e. hay 478 kil.; y de Guanajuato á la Luz 13; á Silao 19; á Yrapuato 41; á Salamanca 57; á Celaya 114; á Apaseo 123; á Salvatierra 105, etc.

De México á Chihuahua hay 1,694 kilómetros; y de Chihuahua á Atlande 230; á Paso del Norte 415; á Batopilas 529.

De México á Ures hay 2,897 kilómetros; y de Ures á Sahuaripa 604; á la Magdalena 657; y había al Placer del Estanislao en la Alta California 1,857 kilómetros. Álvarez y Durán, *o. cit.*

la influencia política y social de cualquiera villa ó población secundaria sobre los poblados inferiores que le estaban subordinados.

Ahora bien, como todas las ciudades de la colonia independiente se encontraban á distintas distancias de la Capital, todas se encontraban en distintas etapas de la evolución nacional; y todas tenían por consiguiente intereses, necesidades y aspiraciones diferentes y contrarias muchas veces. El programa político, las ideas filosóficas, la literatura, los ideales y modelos de arte, los usos sociales, los principios de moral, la interpretación de las leyes, el corte de los vestidos y hasta el vocabulario y frases de civilidad, que por inútiles, feos, nocivos, absurdos ó desagradables habían sido desterrados de la Capital, se encontraban en las ciudades de provincia; y los que de éstas se proscribían se refugiaban en las villas y pueblos secundarios. En los asuntos de gobierno, el fenómeno se repetía; y los actos en que éste se resuelve, órdenes militares, resoluciones judiciales, recaudación de impuestos, comiso de contrabandos, persecuciones de bandidos y salvajes, organización de poderes, conspiraciones, masonerías, intrigas políticas, literatura oficial en informes, trámites de expedientes; y en suma todo fenómeno político ó administrativo que dependiera ó tuviera su origen en la Capital se verificaba en los Estados, con una imperfección tanto mayor, cuanto mayor era la distancia que los separaba de aquélla; y como de este

fenómeno dependía la marcha del gobierno, resultaba á la postre, que la coordinación y armonía de las autoridades de los Estados con el centro, dependía del tiempo que se necesitaba para comunicar las órdenes relativas. El acuerdo de voluntades entre los individuos que formaban las clases activas de todas las ciudades, villas y poblados de orden inferior era por consiguiente no sólo difícil, sino imposible muchas veces, y en ocasiones inútil. El país estaba pues geográficamente conformado y poblado para una anarquía inevitable; como un habitat en el cual toda confederación de Estados, provincias, ciudades, religiones, razas ó partidos políticos tenía que ser teórica é irrisoria.

La corroboración más importante de esta ley fué la separación de Texas, fenómeno político que gracias á ella, tiene una explicación, verdaderamente aritmética. En efecto, los colonos americanos que reconocían como centro á San Antonio Béjar no llegaban á 40 000 habitantes diseminados en una extensión territorial superior á la de la República Francesa, pero dependían políticamente de Cohahuila, cuya cabecera era el Saltillo. La distancia que separaba, en las carreteras de entonces á estos dos puntos era de 868 kilómetros que se recorrían en 16 días, en tiempo de secas y en 32 en tiempo de aguas, y la distancia que hay del Saltillo á México es de 947 kilómetros, ó sean 20 días en tiempo de secas y 40 en el de aguas. Si en vez de considerar las cabeceras, consideramos las fronteras de

las provincias, las distancias se duplican y las dificultades se agravan. « El camino que conduce « de la Lousiana á México seguía el paralelo 32°. De « Natchez los viajeros se dirigían al Norte del Lago « Cataouillon, sobre el Fuerte Clayborne de Natchi- « toches; de allí pasaban por el antiguo paraje de los « Adayes de Chichí, y á la Fuente del Padre Gama; « á San Antonio Béjar, Laredo, Saltillo, Charcas, S. « Luis Potosí, Querétaro y México. Se necesitaban dos « meses y medio, (en tiempo de secas y cinco en el de « aguas) para recorrer este camino, en el cual desde « la ribera izquierda del Río Grande del Norte hasta « Nochitoches se dormía á campo raso » (1). Y no era en verdad la falta de cómodas hostelerías el mayor mal que tuvieran que lamentar los viajeros en esos caminos. Desde luego como la mayor parte del suelo de Texas se compone de arenisca suelta, los animales solían enterrarse en ella hasta los encuentros, y salían con mucha dificultad de ella. Al principio de un aguacero la tierra se aprieta y endurecida poco á poco forma pantanos inmensos, que, á medida que seorean se hacen más espesos, pegajosos é impracticables; sin que se necesite más de uno para tener pantanosa toda una región hasta terminar el año. Entre el Río Brazos y el Colorado la superficie estaba entreteñida por ciénegas y arroyos guarnecidos de bosques espesos que serpenteaban en todas direcciones, haciendo muy

(1) A. de Humboldt, *opus. cit.*, tomo II.

difícil el paso. Para cruzar el de S. Bernardo, por ejemplo, durante la campaña de Filisola fué preciso formar un camino con ramas y tablas á fin de que no se hundiera la Artillería, á la que se puso tiros dobles para subirla al otro lado. Pero á la mitad del camino, el cielo se obscureció, y la lluvia se desató arreciando hasta convertirse en diluvio, que arrastró los trabajos hechos para continuar la expedición. Las mulas se sumían en el lodo al hacer lincapié para salir, atascándose más y más junto con carros y cañones; muchas se ahogaron y otras se inutilizaron. Cuando la tropa salió y llegó á los Javanatos sedienta y fatigada, no encontró más agua que la inmunda de los pantanos y sin un solo matorral que la sombreara; muchos individuos de la tropa se quedaron tendidos en el fango; y los demás acamparon más adelante en un terreno convertido en laguna: los batallones pasaron la noche en *cuelillas* con el fusil derecho en las manos, y sentados en el agua: después tuvieron que caminar por tres leguas con el agua hasta las rodillas; y después llegaban á otros arroyos, para salir á más ciénegas y encontrar nuevos pantanos con las mismas dificultades y peligros (1). — Ahora bien los funcionarios federales, inclusive la tropa, y los que conducían convoyes de viveres y municiones, necesitaban para llegar á su destino, y cumplir con las órdenes dictadas en la Capital, por lo menos, 36, 72 y 150 días

(1) La Guerra de Texas, *Vicente Filisola*, tomo I, págs. 161, 190, 214, 329, 217, 339, 216, 225, etc.

según las estaciones; tiempo mayor muchas veces que el que duraba en la Capital el gobierno que los enviaba; y siempre mayor que la duración media de los gobiernos locales del Saltillo; de cuya administración dependían directamente. En realidad, pues, nunca hubo gobierno mexicano efectivo en Texas, y por eso su independencia fué fatal é inevitable.

V

La multitud de todos estos centros habitados pero tanto más independientes cuanto más distantes estaban de la Capital, se encontraba, pues en tal estado orgánico de relajación política, que al independernos no constituían Imperio ni República, sino las *regiones mexicanas*, como se les designaba en la Corte Pontificia; pero la misma incomunicación que impedía se organizaran en un *Estado* único, condenaba á los gobernantes á la ineptitud administrativa; puesto que les impedía conocer los centros lejanos, y por ende las necesidades locales, que debieran satisfacer con resoluciones generales, tanto en el orden económico como en el político, y en el administrativo.

En efecto el Arte de Gobernar, que no consta sino de las meditaciones racionales de un hombre de Estado, requiere en todos sus ramos, recaudación de impuestos, sistema de tribunales ó casas de beneficencia, manejo de personalidades influentes, enganche y distribución de la fuerza militar, reglamento de los puertos,

negocios consulares y diplomáticos, comunicaciones postales, trabajos de riegos y canales, organización de la educación nacional, etc. un conocimiento *completo* de la nación que se rige, y uno concreto de los hombres, negocios, ideas, intereses y necesidades de cada lugar; para que el problema gubernativo pueda resolverse en beneficio general. Ahora bien, como la falta de libros nacionales hacía imposible el conocimiento *técnico* de nuestra organización social; y la de vida política legal, el de nuestras aspiraciones; al estancarse las noticias de la vida cotidiana de otros puntos, por falta de comunicaciones breves y expeditas, el conocimiento experimental de hombres, negocios y lugares se hacía imposible. La consecuencia fatal fué pues que los gobernantes mexicanos, tanto en la Unión como en los Estados, conocieran siempre muy poco de nuestros fenómenos sociales, y que entraran al gobierno con un criterio de provincianos; que lleno de prejuicios de aldea ó generalizaciones absurdas, y vacío de nociones exactas de Política, producía desaciertos y fracasos; tanto más funestos, para la estabilidad administrativa, cuanto que por la remoción general de los empleados públicos, que producían las revoluciones, los destituidos se llevaban lo poco que empíricamente conocían de los negocios; y dejaban las oficinas públicas á merced de advenedizos, que á veces eran completamente analfabetas. Abordáronse pues, los puestos públicos con una ineptitud creciente desde la Independencia hasta Juárez, primer estadista que

produjo México, volviendo á manifestarse el lirismo administrativo en Lerdo y González; para convertirse en hecho pasado de nuestra historia, con la administración presente; en la cual, la organización técnica de las oficinas, y el conocimiento personal de los hombres y objetivo del país que tiene el Presidente Gral. Porfirio Díaz, pues durante cuarenta años lo ha recorrido en todas direcciones, le ha permitido comprender sus necesidades y manejar con éxito sus intereses.

VI

No puedo en los límites de este estudio y para corroborar con toda la extensión, que requeriría la tesis anterior, aducir ejemplos históricos, pues es tan variada y rica la colección de desaciertos cometidos por nuestros hombres públicos, que para utilizarla en lo porvenir, sería preciso hacer la distribución metódica de sus causas y de sus efectos. Reservo pues ese estudio para otro libro; y por hoy me limito á presentar unos cuantos casos aunque de los más toscos, que nuestro desgobierno presentó en la trágica etapa que antecedió á la época actual de sensatez, laboriosidad, y energía administrativa.

La Junta Provisional que se instaló conforme al Tratado de Córdoba decretó que el comercio marítimo, fuera libre para todas las naciones; y fijó como único derecho el 30 p. 100 á las mercancías importadas; pero se olvidó de habilitar los puertos, nombrar el

personal, y reglamentar las aduanas que debían recaudarlo. Los buques americanos y franceses que vinieron á Tampico y Veracruz en virtud del decreto, no pudieron por consiguiente descargar ó descargaron sin pagar el impuesto decretado (1).

Para subvenir á las primeras necesidades de la nueva Nación se decretó otro; pero por timidez gubernamental ó por miramientos candorosos al nuevo carácter del contribuyente antiguo, había de ser voluntario, aunque de \$ 2.800.000, y con hipoteca de una contribución personal, que después se establecería sobre todos los mexicanos. Al efecto, los Ayuntamientos formaron listas de los causantes, que á su juicio eran *voluntarios* y les asignaron las cuotas que les pareció; pero como no acudían á pagarla se les apremió con la fuerza pública. Los cuarteles se llenaron de rehenes, y sin embargo sólo \$ 47 000 se colectaron, gracias á que suministró el Clero la parte principal (2).

Desde los primeros gobernantes ignoraban, según se vé, cuáles eran las fuentes de un impuesto nacional, así como los medios prácticos de recaudación, qué grado de respeto merece la voluntad de los contribuyentes, cuál era la manera eficaz de doblegarla, qué valor caucional podía tener una hipoteca fiscal, y el descrédito que las extorsiones cotidianas y el origen espurio del poder hacia recaer en las promesas de aquellos gobernantes.

(1) *México á través de los Siglos*, tomo IV.

(2) *Ibidem*.

Los hechos mismos que daban ocasión á las necesidades administrativas les fueron siempre desconocidos en su verdadera naturaleza; y así fué cómo no comprendieron que en medio de la miseria general de la época, era imposible recaudar impuestos de ninguna especie; y en medio de una inseguridad endémica, contener como lo pretendieron luego, la ocultación y exportación del poco numerario que quedaba. En efecto, durante los primeros años del siglo, la guerra asoladora de la primera insurrección, los préstamos forzosos, impuestos extraordinarios, asaltos oficiales á las conductas de plata, y la crisis económica que desde mucho antes había atacado á la agricultura, desarrollaron una miseria general, que exacerbaba la falta de garantías del nuevo gobierno, y la exportación continua de numerario, que hacían los capitalistas, para salvar de exacciones *voluntarias* siquiera esa parte de sus riquezas. Pero el gobierno no comprendía esa situación: prohibió la exportación, y para evitar que se interrumpiera el tráfico interior, decretó que los comerciantes que pretendieran transportar dinero de un lugar á otro, depositaran \$ 15 000 por cada operación, como garantía de que no saldría para el extranjero. Como era de esperarse los depósitos no se hicieron y el numerario desapareció (1).

Dejaron al ejército sus cuadros de la época virreinal, pero quitaron á los batallones y regimientos sus

(1) *México á través de los Siglos*, tomo IV.

nombres y los numeraron; de modo que los que tenían recuerdos gloriosos en sus banderas y guiones de combate, se sintieron lastimados y perdieron su afecto por el nuevo gobierno. Evidentemente que la institución militar del virreinato no podía servir para el nuevo Estado; pero no se alteró el sistema de su organización y fué un hecho que el cambio de nombres y uniformes no mejoró en nada la institución de la fuerza pública. Siguió siendo como antes, una aglomeración desordenada de hombres armados, sin que su jerarquía obedeciera á ninguna consideración de estrategia ó disciplina. Se componía de tropas regulares y milicias; y aquellas constaban de 8 308 soldados, 1 802 oficiales, 3 161 sargentos, cabos y músicos, amén de 1 000 oficiales en depósito (1). De suerte que por cada dos hombres que hacían fuego ó evolucionaban, había dos cabos que los mandaban, un oficial que mandaba á los cabos, un músico que tocaba marcha, y un retirado que criticaba la evolución y cobraba su montepío.

Pero si este gobierno, por no poder dominar desde un punto de vista superior las finanzas y el ejército, así como los demás ramos de la vida política, era inepto para organizar y determinar en su apoyo, y por el éxito de sus disposiciones, la voluntad de sus gobernados, esplendía en habilidades para organizar la Orden Imperial de Guadalupe y para reglamentar la heráldica de los nuevos gobernados. Sabía también y

(1) *México á través de los Siglos*, tomo IV.

á maravilla disponer iluminaciones en pleno Consejo de Estado, para que la Capital solemnizara la instalación del Congreso, sin olvidarse de la función de Opera, ni de designar butaca por butaca las que debían ocupar los diputados. Cuando se le requirió para que proveyera á las vacantes de la Audiencia de México, decretó que no era asunto urgente, y que debía aplazarse la resolución correspondiente, aunque quedaran suspensas indefinidamente, *alzadas y súplicas* relativas á muchas vidas, honras, libertades y patrimonios; pues más altas preocupaciones lo asediaban. Debata por ejemplo el nombramiento de un representante para Chile; la expedición de una *embajada solemne* á los *bárbaros* de Cohahuila para que reconocieran la independencia: que se nombrara Conde de Velázquez y Marqués de la Cadena al Consejero Manuel Velázquez de la Cadena: previas detenidas y atentas lecturas, contestaba la correspondencia de las monjas, congratulándolas por la elección de sus prelados; y solemnemente decretaba que todos los miembros de la Junta llevaran el Don antes de su nombre (1).

Si en la mayor parte de los gobiernos que sucedieron á esta Administración Provisional no aparece á las claras una ineptitud tan vergonzosa, fué debido á la brevedad de su duración, al estado permanente de guerra en que vivieron, y en mucho á los crímenes cuotidianos que la ocultaban; pero basta prescindir

(1) *México á través de los Siglos*, tomo IV.

de estas causas aparentes y tan pronto como se estudian sus actos oficiales reaparece la ineptitud administrativa en cualquiera de los ramos de gobierno. Las campañas de Texas por ejemplo se hicieron sin conocimiento de distancias, ni planes estratégicos; y se perdió la guerra por torpezas de mando en los momentos en que estaba ganada (1). En la batalla de San Jacinto, la única disposición de Santa Ana, fué, « *dando brincos y frotándose las manos* » que se « *agacharan* » los soldados para que no les tocaran las granadas del enemigo (2). Este mismo jefe confesó en sus últimos días, que no sabía qué cosa era la Federación, cuando se pronunció por ella (3). Los problemas de Heráldica volvieron en su época á ser asuntos de Estado (4). El ejército se usaba para *partir las plazas de toros*, haciendo evolucionar á la tropa como cuadrillas de bailarines; y se le sacaba al escenario cuando la pieza requería la aparición de soldados. Para que la Inglaterra reconociera la independencia se contrajo con banqueros ingleses un empréstito inútil de \$20.000.000 (5); pero las casas Barclay y Goldsmith de Lóndres burlaron tan bien á los comisionados mexicanos que sólo les entregaron en efectos averiados y recibos por distribuciones problemáticas \$14.384.999 y en efectivo \$1.636.040 aunque obligaron

(1) V. Filisola, *La Guerra de Texas*, tomo I.

(2) *Ibidem*.

(3) *México á través de los Siglos*, tomo IV.

(4) *La Guerra de Tres Años contra la dictadura del Gral. Santa Ana*.

(5) *La Deuda Inglesa*, F. Bulnes.

á la Nación por \$ 26.407.000. Para eludir el Tratado de Guadalupe Hidalgo se hizo una traducción española infiel del texto inglés, (1) creyendo los cándidos que la hicieron que una *chicana* de *tinterillo* tendría éxito con una Nación inteligente y poderosa. Miramón en un banquete oficial dado por la guarnición de México, brindó como *Presidente de la República* por que fueran los concurrentes y él á clavar el pabellón nacional en el Capitolio de Washington. Por el Tratado Wike Zamacona se nos entregaba bajo el protectorado de la Inglaterra. Lerdo mandó en medio de la banarrota pública una comisión al Japón para que estudiara el paso de Venus; (2) hasta en la época presente tan radicalmente distinta de las anteriores; se prohibió por el Ministerio de la Guerra la compra de armas por los particulares de las que usa el ejército; incidiendo así en el error de la época conservadora de creer que el ejército y no la nación es el que debe constituir la defensa de un país. Por último hace poco una gran comisión de generales divisionarios fué á desprender del templo de Dolores, (que debía ser sagrado, desde las piedras de su atrio, hasta la cruz de sus torres para todos los mexicanos), fué, digo, á des-

(1) Francisco Gómez del Palacio, *Depredaciones de Indios*.

(2) « Desde Dbre de 1872, yo había hecho saber á la Sociedad « de Geografía de Paris mi convicción de que el paso de 1872 no « daría resultados superiores á los de 1769... En diversos países « se ha hecho mucho ruido y gastado mucho dinero para estas « observaciones cuyos resultados hasta el presente se limitan casi « á medallas conmemorativas. — Emm. Liais. — L'Espace céleste, pag. 31.

prender su célebre campana, para colgarla en el Palacio Nacional, con cuya arquitectura y objeto se armonizan tanto como puede armonizar una batería de tiro rápido con un altar churrigueresco.

No debe hacerse recaer el ridículo de esta disposición sobre quien la dictó, porque demasiadas pruebas ha dado de ser un hábil estadista; y en ellas lo mismo que en otras muchas no hizo sino acatar el viejo aforismo político de que: « los hombres son niños grandes » y entreteniéndoles se les gobierna cuando son peligrosos. Así es como siempre ha consentido, jamás iniciado actos de esa especie. Pero todos estos hechos corroboran mi tesis, pues indican que en la masa superior de los que pretenden conocer la causa pública, y que por fortuna sólo en colgar campanas se ocupan, subsisten el *provincianismo*, la ineptitud, y las necesidades de los gobernantes líricos de otras épocas. Tolstoi ha dicho, que los grandes nombres, son grandes fechas, que sintetizan en un apellido los grandes movimientos sociales de una época, en la cual los hombres célebres son más producto que autores. No podría negarse, en efecto, que en el genio más excelso hay un enorme aflujo de ideas y resoluciones, que en grado menor tienen muchos de sus contemporáneos; pero por la misma razón, debe admitirse que en todo movimiento social, ya sea de un orden político, científico ó artístico, toca una parte de iniciativa á las grandes individualidades: y que por consiguiente la Historia es justa

cuando les atribuye un mérito ó una culpa insignes en su celebridad; aun cuando en ellas haya mucho de gloria ó de vergüenza directamente atribuible al grupo donde evolucionan y que á veces dirigen en realidad.

Toca pues á las personalidades indicadas una parte de censura por los hechos que respectivamente registra la Historia nacional con su nombre: pero otra considerable recae directamente, sin que sea posible balancearlas, en los grupos políticos que respectivamente dirigían, y que durante toda la época pre-ferrocarrilera fueron los partidos *conservador* y *liberal*. En sus programas y legislaciones, y no sólo en actos aislados como los citados, debe buscarse pues y se encontrarán á granel pruebas indubitables de ineptitud política para manejar la masa social, que congregaban y movían, con móviles por lo general sanos y nobles; pues ni estos partidos, ni ningún otro pueden organizarse y luchar por objetos intrínsecamente criminales; que por el contrario son siempre y esencialmente personales en todo país.

Las leyes, en efecto, no sólo representan un mandamiento de observancia general, que suele ser teórico, y anodino; sino una aspiración general; sus deficiencias acusan por consiguiente, otras correlativas en el intelecto del grupo que las promulga: y como el estudio de la legislación de ambos partidos acusa una ineptitud continua de los grupos que alternativamente se han disputado el poder; se deduce que por error en el sentido

de la libertad humana ó por errores en las atribuciones asignadas á las autoridades en México, no hubo durante esa época ni empírica, ni científicamente considerados, hombres capaces de regir al país satisfaciendo necesidades que á unos y á otros quedaron completamente desconocidas, hasta que con el advenimiento de la ciencia y del capital que trajo el sistema ferrocarrilero se pudo reorganizar técnicamente la administración pública.

El partido conservador, por ejemplo, ha sido el primero en dar pruebas terribles y sangrientas de su ineptitud, al pretender implantar sus grandes principios de gobierno. Llevado al poder con la misma revolución de independencia y apoyado por un clero radicalmente constituido en jerarquía; espantado con los estragos del populacho que los primeros insurgentes lanzaron á la guerra, y sucesor inmediato de la autoridad y fasto de los virreyes, concentró sus meditaciones en los palacios y catedrales: vió con horror la demagogia y proclamó como el primer dogma de su credo político la monarquía. Pero no comprendió que la aristocracia que implica, debe cimentarse en *feudos* y nó en ejecutorias de papel; y que la testa que los gobierne y ennoblezca debe por *Derecho Divino* venir de estirpes legendarias; só pena de que un camarada de cuartel, recuerde las fullerías pasadas del príncipe; y otro pronunciamiento eche á rodar tronos y magnates; como sucedió en México con Iturbide; ó se le rechaze como á filibustero, como sucedió con Maximiliano, por hombres que viéndole de frente, y luego sus propios

hombros se creyeran sus iguales en pretensiones y más altos en su dignidad de ciudadanos y en su probidad privada.

Las aristocracias que debían cimentar estas instituciones no eran menos locas que el príncipe que las congregaba; y estaban obcecadas respecto á las mismas condiciones sociales en que vivían. Los restos de la virreinal venían al gobierno con toda la ineptitud criolla, no sólo para regir pueblos, que nunca habían regido, sino para administrar sus propios bienes. Á ellas pretendieron agregar en las dos épocas imperiales títulos de creación reciente, dignidades sin cargos, y los funcionarios civiles y militares que *de oficio* se reputaban ennoblecidos; pero sin que ninguno de ellos aportara al trono, el apoyo de una mesnada, un distrito judicial administrado hereditariamente por ellos mismos, ó un sistema especial de tributación gozado en títulos seculares, é inventariado en los bienes particulares de su condado ó mayorazgo. Eran pues las cortes de los imperios, simples reuniones de *trajes de fantasía*; y en vez de formar á la monarquía, nacían de ella, como los empleados de cualquiera otra *prefectura* política; sin más diferencia que á las intrigas y revoluciones de toda prefectura, se agregaban aventuras de faldas: se dejaba el gobierno en el estado anárquico de siempre, pero el bienestar de los pueblos y la paz de la nación, abandonados á las crisis periódicas de la fisiología femenil.

El Clero mismo perdió el tino, y su sistema inque-

brantable de catolicismo á *outrance*, no podía servir ya como sistema de gobierno, porque la fé se había ido para nunca más volver, desde que las ideas revolucionarias y científicas se habían introducido en la sociedad; y como sin una fé general la Iglesia no puede gobernar; tenía que exterminar á los liberales ó reconcentrarse al papel más modesto, pero más honorable de moralista de la sociedad analfabeta, como al cabo y á la postre ha tenido que suceder. En efecto dentro del país, por su relajación en los últimos tiempos virreinales, por la persecución cruel que hizo á los primeros insurgentes, por la torpeza con que abusó entonces de la excomunión y por el horror que inspiraba la Inquisición, había perdido todo su prestigio sobre la sociedad independiente; y cuando los dos partidos se pusieron frente á frente, el conservador ya no lo sostenía, como una institución hábil de gobierno, sino como un *amuleto* que conluciera al demonio del pillaje, é impidiera el levantamiento de los proletarios. Estaba pues condenado al exorcismo por toda ciencia política; pero como el espíritu independiente no era asustadizo, como estaba en comunión abierta con todo el mundo liberal; y como predicaba una reorganización social en bases que tendían á establecer una gran solidaridad de intereses con las grandes potencias comerciales del mundo; el programa de intolerancia clerical que á fuerza de militarismo trataron de implantar tantas veces los conservadores como base primordial de los gobiernos mexicanos, era un

absurdo en pugna con la vida nacional, y con la marcha natural del progreso humano en el resto del mundo; tenía pues que caer después de cometer toda clase de desaciertos y atropellos.

Si los principios que se aceptaban como ley suprema del país eran falsos, los que los ponían en movimiento tenían que serlo igualmente y así fué como toda la administración pública de este partido, fué siempre una serie loca de absurdos, farsas y crímenes, tramitados con todas las solemnidades de una documentación formulista y ceremonias de oficina; pero resueltas indefectiblemente en ruinas y ridículos. Como el sistema descansaba en la restricción de la libertad humana, y ésta en los anchos valles de la nación y en sus inextricables serranías tenía vastísimo campo donde desarrollarse, necesitaban del militarismo; pero como éste descansa á su vez no sólo en el agrupamiento de hombres con uniformes y armas al rededor de un trapo de colores; sino en la superioridad del militar sobre el civil, tanto en inteligencia como en moralidad, en armas y en poder, en la organización táctica y en su movilización; era preciso, que hubiera un sistema de enganche que llevara á las filas lo selecto de la nación: una plana mayor de verdaderos ingenieros tan aptos para calcular una trayectoria de obús, como para levantar un plano y regir una provincia; y un sistema de transportes, y proveedores que al toque de clarín pusieran viveres, y tropas en los lugares marcados por las rebeliones. —

La *leva* para engrosar las filas, los coronalatos dados á *mocosos*, á sicarios ó á imbéciles, como regalo de los generales á sus queridas, ó como premio á sirvientes y á cómplices de los gobernantes; la requisición á última hora de carros, caballos y acémilas; la ignorancia hasta de la lectura y escritura en jefes y estados mayores; son por el contrario el sistema tradicional é invariable que se encuentra en el ejército conservador desde Iturbide hasta Miramón.

Y lo mismo sucedía con la Hacienda Pública, con las Aduanas, con la Instrucción, etc. Aquélla se organiza sin contabilidad; los aranceles se fijan sin cálculo; los planes de estudio se combinan sin conocimiento ninguno de las ciencias contemporáneas, ni de las necesidades y aptitudes de la juventud mexicana; el centralismo se proclama sin poder movilizar un solo batallón de una frontera á la otra; y por el contrario los federalistas lanzan su programa de autonomías locales, sin que pudieran sus jefes tener bajo su gobierno, ni la mitad siquiera de los departamentos que en sus mismas localidades y bajo el régimen virreinal habían sido fácil é invariablemente administradas por los intendentes. Eran pues radicalmente inadecuados para gobernar los métodos proclamados por el partido conservador, y la energía con que creyó que debían implantarse y con que fueron sanguinariamente implantados, constituyó la brutalidad erigida en sistema político; pero nacida como todas las brutalidades en la ignorancia y la estultez no era en suma,

sino la consecuencia psicológica constante é ineludible de la incomunicación en que vivían los mexicanos.

No fué sin embargo más feliz el *partido liberal* cuando á su vez empuñó las riendas del gobierno; y en sus leyes supremas hay errores de política tan chocantes, aunque no tan funestos como en los credos del conservador; pues como la libertad por sí misma es una gran fuerza regeneradora, si ocasiona excesos, da también los medios de conocerlos, y la ocasión de remediarlos. En el interin sin embargo puede des-acer- tar de una manera que poco se diferencia en sus efectos inmediatos de la maldad; y es lo que muchas veces ha sucedido al partido liberal.

Desde luego ha sido muy *cándido* en sus luchas contra el clero, pues si ha sabido derrocarlo del poder y dejar en libertad la conciencia nacional, con sus mismas leyes liberales le ha dejado reconstituir sus fuerzas de corporación; mientras que por otra parte las atribuciones clericales que se ha arrogado la sejerce á ciegas, produciendo un efecto diametralmente opuesto al que se propone. Ha prohibido, por ejemplo, que las corporaciones religiosas tengan bienes raíces ó capitales impuestos sobre ellos; y con la libertad de testar permite que todas las conciencias de ricos sugestionados por el confesor le dejen sus riquezas; y por las leyes de sociedades anónimas ha permitido que una parte muy considerable de valores al portador vuelva á manos de ese Clero. Ha quitado la instrucción

de sus manos, con el fin noble de dar á las inteligencias nacionales el pan bendito de la ciencia, para que fortificadas con la verdad, puedan luchar contra las causas destructoras del espíritu y hacer la felicidad pública, al constituir la personal; pero ha tenido el candor de lanzar al niño á la *calle*, y si le ha dado un texto de sabiduría, al lado del colegio ha dejado se abran los billares, adelante las cantinas, en los barrios accesibles á sus excursiones, los burdeles, y en los días de fiesta y en los lugares de las antiguas reuniones religiosas, garitos al aire libre donde puede iniciarse á la vez que medita en los *teoremas* de Newton y en las peculiaridades del *verbo inglés*, en las mañanas de ganar una apuesta, en los sueños ardientes del alcohol, y en los deleites tempraneros del placer. La verdad pues queda con frecuencia hundida en lodazales; y el alto fin que con ella persiguió el partido liberal al exclaustrarla, se frustra por la falta de coesión en las leyes; dejando en problema, tanto la dicha personal como la felicidad pública, para el que medita en la iniciación simultánea del niño en la ciencia y en el vicio.

En las cuestiones del estado civil el fiasco ha sido completo, y á reserva de analizar *in extenso* la cuestión del matrimonio, en esta parte sólo diré que el aumento creciente que hay en las cifras de la mortalidad, y el exceso constante que aparece entre ésta y la natalidad, en contradicción abierta con el aumento visible de habitantes en toda la República y

con la escasez de inmigrantes, demuestra que las leyes del estado civil son tan ineptas para fijar las condiciones legales de un individuo en México, como lo serían para reglamentar las corrientes del aire ó las lluvias de meteoritos; y aun peores, porque las leyes en cuestión precisamente producen un efecto contrario al que buscan, y por ellas la mayor parte de los mexicanos carecen de estado civil *legal*. En efecto por la indisolubilidad del matrimonio, se procura no entrar en una condición tan definitiva de vida y tan problemática en dichas, siendo por consiguiente muy reducido el número de los que se casan. Pero en cambio es creciente y general el de los amaciatos; puesto que la sociedad se reproduce y aumenta; pero como el amaciato no es un estado civil consentido por la ley, la presunción de la paternidad, no es legal, y los amacios con más ó menos dudas sobre la natural se resisten á hacer la inscripción de hijos naturales en problema. Las madres tampoco la hacen porque sería una inscripción pública de su vergüenza; queda pues la inmensa mayoría de la infancia fuera de los libros del Registro Civil; puesta en ridículo la institución, y aniquilados legalmente los derechos de familia; que son los objetos que la Iglesia buscaba y conseguía con sus sacramentos.

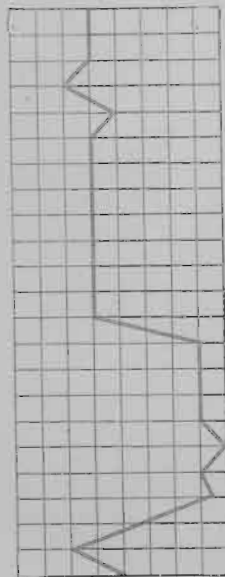
Quiso el Estado liberal ser hospitalario, y monopolizó asilos y hospitales, pero despilfarrando todos los bienes con que se sostenían, y dejando en lo sucesivo, el pan de los menesterosos, y las medicinas

de los enfermos á merced de las crisis financieras, ó expuestos á los robos de gobernantes ladrones, desde que para sostener unos y otros, en vez de sus fondos propios les asignó una partida variable y revocable en los presupuestos. En su horror á las corporaciones las prohibió, sin distinguir las monacales, de las de beneficencia é ilustración; y como á ninguna permite fondos raíces ó capitales impuestos en fondos raíces de donde puedan vivir, ha matado por completo la iniciativa privada: y así es como ni museos, ni universidades, ni observatorios, ni bibliotecas, ni escuelas, ni hospitales, puede haber en México distintos de los oficiales; pues para ello sería preciso entregar los legados al gobierno, que los confundiría con los egresos generales; y dejaría instituciones y fondos á merced de la política; de la que en todas partes son y deben ser ajenas estas instituciones de ciencia y caridad.

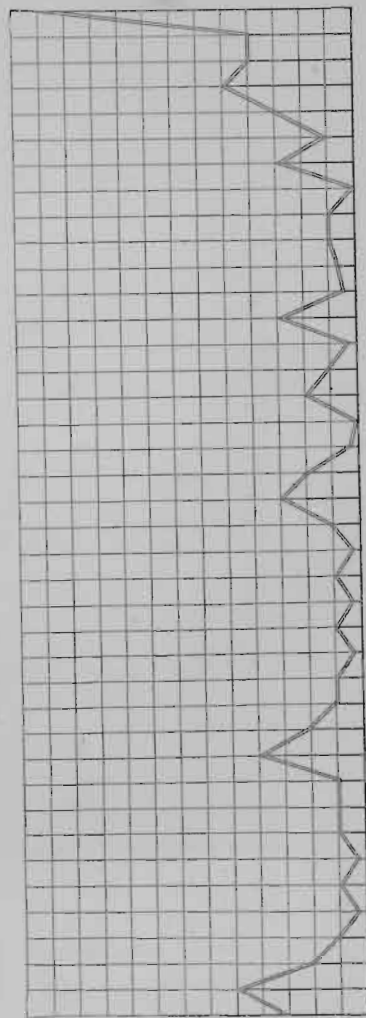
En su gran culto por el *pueblo* abstracto, ha dictado por último sus grandes reglas para formar el gobierno; pero de una manera tan profundamente irracional que acatándolas nunca habría gobierno en México. La Constitución Federal de 1857 y las de los Estados que la imitan, establecen en efecto de una manera legal, la soberanía popular; pero como el sistema descansa en el nombramiento de las autoridades por la mayoría de los ciudadanos; como en México la mayoría de los habitantes no tiene estado civil legal que autentice los requisitos de edad y nacionalidad, por culpa de las leyes relativas; como la profunda miseria y

abyección del proletariado lo hace indiferente á las candidaturas; como la ignorancia de las necesidades sociales y aun de las fisiológicas personales, lo hace refractario á los programas políticos; y como las autoridades sólo pueden subsistir fuera de las capitales á fuerza de rigor contra esa masa amorfa de ciudadanos legales y teniendo que reprimir al *pueblo* de sus dominios, sólo pena de perder el apoyo de sus superiores; resulta, que ni legal, ni intelectual, ni política, ni socialmente, puede en México constituirse y reformarse el gobierno por el pueblo; sueño dorado del partido liberal, por el que ha sacrificado muchas vidas; dado á las glorias patrias muchos héroes, sacramentado muchos patibulos con su noble sangre, y desolado una gran parte del país en las batallas de sus soldados; pero tan absurdo que en el momento que se la acatara, el poder caería en manos de léperos ó *matanceros*; el país sería presa de una anarquía más espantosa que la que produjo la disolución de la sociedad colonial; y en un momento se perdería nuestra nacionalidad absorbida como un *navío* desmantelado en el *males-troom americano*.

Ha sido pues constante y general la ineptitud gubernamental tanto en los individuos como en las masas *ilustradas*(?) que resuelven con leyes ó con medidas administrativas los grandes problemas de nuestra política; sin que ninguno de los dos grandes partidos en que se ha dividido la nación pueda aducir en su abono, una prueba irrefutable de haber cono-

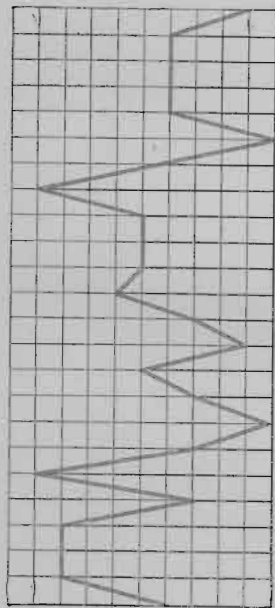


Nº 1. — Gráfica que manifiesta la duración de los gobiernos independientes en Chile durante el Siglo XIX.

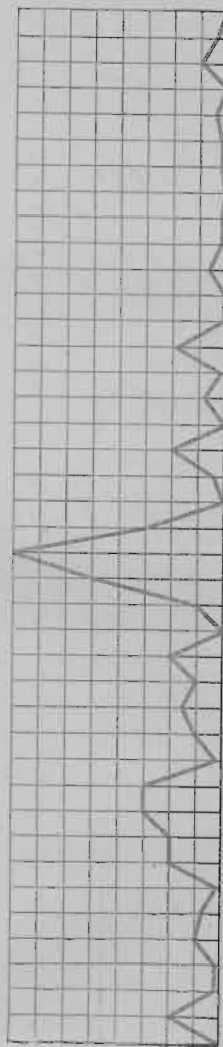


Nº 2. — Gráfica que manifiesta la duración de los gobiernos independientes en México durante el Siglo XIX (1897).





Nº 3. — Gráfica que manifiesta la duración de los gobiernos en los Estados Unidos durante el Siglo XIX. — En la línea horizontal están representados todos los gobiernos y en la vertical su duración; representando una división cada año hasta el de 1897.



Nº 4. — Gráfica que manifiesta la duración de los gobiernos independientes en el Estado de Coahuila durante el Siglo XIX.

cido el momento histórico en que [ha vivido y los fenómenos sociales que estaba llamado á contener ó á fomentar.

VII

La obligación principal de un gobierno es la de *durar*; pero por las dificultades de comunicación todos los gobiernos mexicanos que precedieron al actual, estaban condenados á caer. — Para que se hubieran podido cimentar con las tendencias naturales de *dictadura* y *sujeción*, que rigen á los pueblos latinos, hubiera sido preciso que las órdenes del centro se apoyaran en un ejército de 120.000 soldados perfectamente disciplinado, pagado y movilizable, para vencer con él las resistencias locales. Esta cifra resulta calculando 20 soldados por poblado, pues al independernos habia en México 47 ciudades, 132 villas y 6.787 pueblos, haciendas ó rancherías; y éstas guarniciones hubieran sido las necesarias, porque á consecuencia de las guerras de independencia no habia quedado en pie ningún *principio* moral de obediencia y acatamiento á las autoridades, que en el espíritu de los independientes sustituyera á los que en el estado social anterior, habían constituido la base y fuerza psicológica del *imperium* virreinal. En efecto, el ejército del virreinato, aunque en proyecto, y en los últimos años anteriores á la insurrección, ascendía á 32.000 hombres, nunca llegó antes de 1810 á 12.000,

inclusive las tropas que guarneceían los *presidios* contra los bárbaros; y este número se fijó más que para defender al gobierno contra rebeliones eventuales, para prevenir una invasión por parte de Inglaterra. La dominación española fué pues más *moral* que militar; y como ninguno de los gobernantes que después se disputaron el poder, durante la época pre-ferrocarrilera, tuvo á su favor la lealtad feudal, ni la obediencia católica de aquella sociedad, ni el ejército crecido (1) con que se pretendió sustituirlos, ni las dotes necesarias para suplirlo, dada su ignorancia del país, los gobiernos carecieron siempre de elementos para establecer su autoridad en todas las poblaciones de la nación embrionaria.

Como consecuencias políticas aparecieron inmediatamente la rebelión y la anarquía; pues la obediencia de los gobernados es producto de la voluntad de los gobernantes; si la inteligencia de éstos percibe el modo y momento de hacer efectivas sus órdenes á pesar de tiempos y distancias. Cuando esto es imposible por la lejanía de los poblados, y por la falta de aptitudes administrativas que ocasiona, la orden, por enérgica que se suponga es inútil, y la voluntad de los gobernantes deja de ser una de las causas que determinan la conducta de los gobernados. Las actividades de unos y otros no se armonizan ya, siguen direcciones

(1) Durante la guerra de Independencia hubo de 40 á 60.000 hombres de cada parte; y Santa Ana no pudo dominar al país con un ejército de 90.000 soldados.

diferentes, y la anarquía, que no es sino el fracaso constante de las órdenes gubernamentales, se hace endémica, como fenómeno social peculiar á regiones donde los gobiernos no están en contacto inmediato con sus pueblos y donde por consiguiente no conocen sus necesidades. Las administraciones entonces se suceden por medio de las revoluciones; y con una rapidez tal que hace imposible la previsión de los cambios políticos; como sucedió en México durante toda la época preferrocarrilera, según se vé en la gráfica número 2. Representa la duración de nuestras administraciones y allí la curva gubernamental toca 12 veces el punto de la anarquía; es decir, de gobiernos de menos de un año, pues en una duración tan breve, ningún gobierno podía cimentarse en el país, dadas las enormes distancias que separan á sus poblaciones; y la dificultad que había para el transporte de personas y de efectos. Sólo para el cambio de gobiernos locales y federales hemos sufrido por consiguiente más de 500 rebeliones, y las sofocadas pasan del cuádruplo.

Comparando esta gráfica con la número 1, que manifiesta la duración de los gobiernos en Chile, se nota que en esta nación la duración media es más larga, y la curva que las une más uniforme, sin esos zig-zages exagerados, de nuestras pulsaciones políticas, verdaderas eclampsias sociales que haciéndonos pedazos nos han traído de las dictaduras á las anarquías. Pero en Chile ha habido el fenómeno

geográfico contrario al nuestro; pues siempre tuvo varios centros de civilización, como Santiago, Valparaíso, Conquimbo, Valdivia y otros que llegan á *sesenta* en el litoral nada más, separados por distancias cortas y comunicados por el mar. Los chilenos tuvieron pronto, como consecuencia política intereses comunes y hombres públicos que los conocieran; pudieran defenderlos, estudiarlos, fomentarlos, y al cabo hicieron de su patria la primera república hispano-americana, en la cual la sucesión del poder y con ella la seguridad de los ciudadanos, pudo ser prevista y reglamentada para el bien de todos (1).

Por el contrario el Estado de Cohahuila, repite en pequeño el fenómeno de la anarquía mexicana coexistente con la dispersión é inaccesibilidad de sus poblados. En el croquis general de la República anterior á 1847 se destaca su configuración irregular entre todas las demás cuando tenía el anexo de Texas. Su único centro de civilización, que fué el Saltillo, estaba separado por enormes distancias de las cabeceras de sus disritos, que eran recorridos constantemente por bandas innumerables de salvajes. La gradación de su civilización era tan exagerada, que se encontraban en sus *misiones* y *presidios*, grupos sociales de familias criollas de costumbres coetáneas

(1) Charles Weiner, *Chili et Chiliens*. — Sir Horace Rumboldt, Ministro de S. M. Británica en Chile, decía en su informe á su gobierno: « Estas páginas se habrán escrito en vano, si no dan al lector la idea de una nación sobria, práctica, laboriosa, bien ordenada y gobernada sabiamente », etc.

á los primeros españoles; otras que en el Saltillo, Parras, Santa Rosa, etc., vivían con las ideas que veinte ó treinta años atrás habían medrado en la metrópoli; y en otros lugares habitaban bárbaros nómades contemporáneos de los que merodeaban en los lejanos poblados del Anahuac, cuando los emperadores aztecas fundaban en sus términos el respeto á la propiedad y la solidaridad social como bases de su imperio. La curva de sus gobiernos que está representada por la gráfica 3, presenta como consecuencia más acentuadas las irregularidades de la 2.

No sucede lo mismo con la gráfica número 4, que es más uniforme y regular. Pertenece á los Estados Unidos. Allí desde los primeros años de su independencia, hubo 13 focos diferentes de civilización; las trece capitales de las colonias insurrectas. La falta de accidentes naturales é insuperables en sus caminos; la abundancia de ríos navegables, y la proximidad relativa de sus poblaciones hizo fácil y frecuente la comunicación de los hombres y de las ideas; y como la colonización se fué extendiendo paulatinamente al Sur y al Poniente; en esos rumbos se fueron estableciendo nuevos focos de sociabilidad, que impidieron pudiera depender la prosperidad del Ohio ó Phyladelphia de las evoluciones de Nueva York ó Boston. La discusión de intereses comunes, el pacto voluntario de autoridades y el gobierno federal al último, fueron pues posibles; y aun sin necesidad de la maquinaria militar, toda vez que el principio psíquico del bien común,

suplía con ventaja á aquella institución, como base del imperium federal y de las autonomías de los Estados.

VIII

Si se reflexiona que los gobiernos impotentes son factores corruptores de la moral pública; pues inducen á sacrificar toda consideración de civismo en provecho personal; se comprenderá que las mismas causas que hacen impotentes á los gobiernos, extinguen á la larga el espíritu público de los ciudadanos, y quebrantan en definitiva las relaciones civiles, que constituyen una sociedad; como sucedió en México. Los ministros encargados de las comunicaciones públicas, por ejemplo, por su impotencia para utilizar y mejorar las vías fluviales, marítimas y terrestres que el país ofrecía naturalmente para el transporte de personas, ideas y mercancías, fueron doblemente nocivos. Su ineptitud la resintieron directamente los que necesitaban viajar ó transmitir sus ideas y efectos á otros lugares; muchos prescindieron de uno y otro, hicieron disminuir el tráfico nacional y con él la uniformación de los intereses privados. Pero hubo además ministros que establecían aduanas, peajes, pasaportes y otras restricciones semejantes, con lo que sólo conseguían que la ley se eludiera (1), pues

(1) El sistema de alcabalas fué tan nocivo al país que su abolición se proclamó en la Constitución Política como base constitutiva de la Nación.

se establecía un tráfico clandestino, por veredas apartadas, bosques inexplorados y en la noche; de la misma manera que por los absurdos aranceles aduanales y portazgo, el Fisco de esas épocas era el promotor directo del contrabando internacional y de garitas interiores. — El cuño de la moneda, por tosco y mal hecho, ha sido á su vez un incentivo poderoso para los falsificadores; pero además y por no perfeccionarlo, con menosprecio paladino del Código Penal, todos procuraban, de acuerdo con la *ley de Goschen*, guardar las monedas buenas y pagar sus obligaciones con las sospechosas y aun con las malas. — Los absurdos filosóficos y de método que prescribían los Ministros ineptos de Instrucción Pública, no sólo impedían que se desarrollara armónica y completamente el espíritu nacional; sino que por sus enseñanzas las tendencias atávicas de los analfabetas reaparecían en la vida civil, como consecuencia forzosa de los malos métodos educativos, claudicando á la postre todas las generaciones educadas con torpeza, en las mismas preocupaciones, vicios y crímenes de las épocas anteriores. Los hombres de ciencia rechazaban por consiguiente las enseñanzas oficiales; y con su ejemplo y su palabra inducían á despreciar la ley por estúpida y tiránica. — La dependencia constante y sistemática del poder ejecutivo en que se tenía á los tribunales y la falta de sueldos que ocasionaban las escaseces del Erario, producía irremisiblemente el cohecho, pues los que necesitaban una ejecutoria para

resolver las situaciones difíciles de su vida procuraban la resolución favorable, sin que se les diera un bledo la inmoralidad de sus gestiones.

En todos los otros ramos de la administración la ineptitud consuetudinaria de nuestros gobernantes producía efectos semejantes, tanto en la Capital como en los Estados; y resultó al cabo que por no saber reglamentar en provecho general los negocios, que oficialmente se despachan en las oficinas públicas, y que constituyen *los fenómenos sociales que deben evolucionar bajo la dirección del gobernante*, no sólo disminuyó su número sino que muchos se hicieron clandestinamente, con un móvil estrictamente personal, y sin restricción ninguna en la conducta, en beneficio de alguna otra persona, ó institución; que es el único aunque indirecto objeto de las leyes. Á fuerza de ver que los gobiernos no decretaban sino medidas torpes se perdió pues el respeto á la ley y el prestigio de las autoridades. Como medida de conservación personal, y durante varias generaciones los mexicanos se acostumbraron á eludir las y á reevindicar en el fuero interno de su conciencia, como derecho natural, todo lo que fuera necesario para sustraerse á una medida gubernamental que les repugnaba; y la rebelión de las conciencias que comenzó contra las exacciones fiscales ó preceptos imbéciles de policía é higiene pública, se generalizó al último contra las prescripciones de la moral privada. Los mexicanos se hicieron refractarios á toda idea de

sujeción y de legalidad; extirparon de su espíritu la conciencia *del deber*, para sustituirla con pretensiones muchas veces incomprensibles y aun megalomaniacas de toda especie de derechos, principalmente en los actos que tenían que practicarse de un lugar á otro, y que por su naturaleza misma requerían tiempo, confianza y la cooperación de dos ó más personas.

Así fué como á la par que los jefes de destacamentos militares más insignificantes se consideraban señores absolutos; y desobedecían á sus superiores que residían á treinta, ó cuarenta leguas de distancia: los dependientes ó factores hacían de las mercancías y negocios de sus principales el uso que les placía, sin atender á órdenes ó instrucciones en contrario. Los administradores de haciendas, los apoderados, los hijos fuera del hogar, las mujeres que por las contingencias de la vida militar estaban separadas del marido, y en suma todos los que debían seguir una conducta subordinada á otro; de una manera aviesa, pero fatal en muchos casos, desconocían sus obligaciones, dando al traste, en los negocios privados, con la disciplina civil, base y origen de la legal, que á su vez constituye el gobierno y la sociedad.

Desarrollase desde entonces una absurda idea de dignidad, que todavía vicia á muchas conciencias, dificulta las empresas, y aniquila toda cooperación científica, industrial, política ó mercantil. En virtud de ella los criados se hicieron voluntariosos, *retobados* y exigentes, los empleados á merced de su

humor, se creyeron sin obligaciones de respeto, y quisquillosos de miramientos, rechazaban todo trabajo que no fuera el acostumbrado, porque no estaban *rendidos* según decían. Hubo hijos que con humos de señorio, reivindicaban lo que llamaban sus *derechos* hollando la patria potestad y las prerrogativas maternas. Los estudiantes de las escuelas públicas se amotinaban contra las órdenes de superiores, aun por la simple elección de un texto hecho sin consultarles (1867 y 1873) y se lanzaban en *huelga* á las calles desertando de sus clases. Hasta los oficiales inferiores del ejército retaban como *hombres* á los superiores, alegando que el *honor* era diverso y preeminente á la disciplina militar.

IX

Los lazos sociales padecieron mucho con este orden de autonomías personales, llegándose á perder al cabo la solidaridad nacional de los organismos superiores; es decir la sistemación de actividades oficiales que hace de varias poblaciones un Estado. En efecto el gobierno colonial había continuado en forma más vasta y perfecta la evolución azteca, pues incorporó en una sola administración y en una vida común, los restos de aquel Imperio, las Repúblicas de Tlaxcala y Cholollan, los reinos tarascos, zapotecas, mayas, quichés y hasta las hordas de bárbaros que se cimentaron por primera vez en las *misiones*. La union fué

tan estrecha que con familias tlaxcaltecas y españolas mezcladas se poblaron todas las ciudades, villas y pueblos de los Estados fronterizos septentrionales. Al estallar la guerra de Independencia presentaba por consiguiente la colonia una etapa sociológica superior; pues no era una simple reunión de cacicazgos, ó una confederación de reinos, sino un Estado, perfectamente *unificado*, é instituido bajo gobiernos, ya ineptos al último si se quiere; pero que en su sistema *unitario* de administración, revelaba una organización superior á las confederaciones efímeras de las tribus aryas, por ejemplo, á la de los germanos que bajo una forma aristocrática rigieron á la Polonia, y aun á la vieja Confederación de los Aqueos. Las órdenes del Virrey, los fallos de las Audiencias, los decretos fiscales, las bulas eclesiásticas, etc., se cumplían en todo el territorio de una misma manera; y el gobierno colonial con su distribución de oficinas y jerarquía de empleados, hacia de los pueblos comprendidos desde las serranías de las Mixtecas hasta los valles del Lerma y el Sabinas, en las poblaciones costañas del Golfo, y en los litorales del Pacífico, un solo Estado, cuyos súbditos todos siguieron la misma evolución que un solo gobierno dirigía.

Pero á los pocos años de vida independiente, el primer paso de disgregación estaba dado con lo que se llamó la *soberanía de los Estados*, y que de hecho fué la de los Gobernadores y de los Jefes de cantones, partidos, ó distritos. En la guerra de Tres Años la

regresión dió otro paso y reapareció el cacicazgo, es decir la mínima subdivisión política, la del *clan*, del jefe de un territorio reducido, homogéneo y separado por accidentes naturales del resto del mundo; sin autoridad más allá de sus fronteras físicas; pero absolutamente independiente de cualquiera exterior. Dentro de ellas como detrás de diques enhiestos que contuvieran la disolución social, en forma de costumbres y tradiciones locales, se conservaron como reliquias de gobierno: una autoridad militar absoluta, el sacerdote primitivo resurgió en el cura, con la influencia de un hechicero ó pontífice felichista; y en fórmulas empíricas é incomprensibles se aplicaba como una sombra de justicia el sistema formulista y ritual que resurgía, como el de las acciones de la ley, en la aplicación rutinaria de algunas Leyes de Partidas y de otras tradiciones forenses, conservadas en aquellas montañas por los tinterillos.

En virtud de este fenómeno los Álvarez rigieron á los montañeses y costeños de Guerrero: Mejía y Olvera se entronizaron en Querétaro; y el célebre Manuel Lozada confederó en una dictadura vandálica á todos los pueblos del Nayarit (1). Todavía en 1876 los zacapaxtlas y toda la Sierra de Puebla no reconocían

(1) *Memoria de la Secretaría de Guerra de 1869 á 1871*. — En la proclama de Lozada se lee, « Art. 1º. Los pueblos de la Sierra de Alica, reconociendo como siempre de centro de unión al de Nayarit, nos hemos reunido con el exclusivo objeto de deliberar... y preparar la guerra que se nos hace... reconocerán como General en jefe al C. Manuel Lozada », etc.

más autoridad que la de D. Juan Méndez: Regalado regía en la región del Tlahualilo, los Cravioto dominaron hasta ha poco en la sierra de Huahuchinango y Canales en Tamaulipas. Los indios *yaquis* de Sonora tenían autonomía respetada por los gobiernos federales y del Estado (1); y los mansos congregados en pueblos de la frontera, como los *pápagos*, *pimas*, *papagochis*, *lipanes*, etc., vivieron de hecho en independencia absoluta de todo gobierno mexicano. En el Valle mismo de México, los indios de los pueblos no acataban órdenes sino de sus jefes. Cuando la Intervención Francesa nos asoló, los indios del Distrito de Xochimilco, ofrecieron y entregaron á Juárez su contingente militar, creyendo que aportaban auxilios á una nación amiga; de la misma manera que antes los señorios de Tlacopan, Huejotzingo ó Chalco pudieran haber ayudado á Itzcoatl ó Acamapitzli. Pero no se detuvo allí el desmoronamiento de la soberanía, pues los dueños de haciendas, desde la organización político-militar que estableció Calles, quedaron de hecho convertidos en señores feudales, de justicia propia, que regimentaban á sus sirvientes cuando les placía, y gobernaban á su antojo á los pobladores de su dominios. Hasta en los barrios de las ciudades había jefes diversos, cuyo asentimiento era necesario para cualquiera medida de gobierno y policía. Los vinateros Juan Acosta y Juan Chavarría (2),

(1) Emilio del Castillo Negrete, *opus. cit.*, tomo I.

(2) Zerecero, *opus. cit.*

fueron, por ejemplo, los que levantaron á la plebe de la Capital el año de 1833, y treinta años después el General D. Joaquín Rangel levantó en el barrio de Santo Tomás de la Palma la brigada de 2.000 hombres, que protegió la retirada del Sr. Juárez, y que reorganizó el General Porfirio Díaz en el Cerro de las Cruces (1).

En la mayor parte de las ciudades de la Mesa Central, que no tenían frontera geográfica que los defendiera de merodeadores; pero que tampoco los aislaba de las demás, la regresión social fué mayor; pues como la multiplicidad de jefes en los barrios, impedía la formación de *cacicazgos*, se saltó esta organización, y directamente se llegó á la familia natural; es decir á la consanguínea, muy semejante al aduar árabe. Reapareció pues, el pater-familias, en la ruina general de todas las potestades; y si aquí no tuvo autoridad de vida y muerte sobre sus deudos como el romano, fué debido á la superioridad de su moral cristiana. Pero á su derredor también se agrupaban sus parientes consanguíneos y afines, tanto por la ley como por la religión ó por los vicios; y en número muy considerable; pues como la guerra inabarcable que produjo esta regresión social, hacia muchas viudas y dejaba solteras á muchas doncellas; siempre había algunas de éstas, que se incorporaban en la familia del marido de alguna hija ó hermana, en calidad de cuñadas ó de suegras. Se agregaban

(1) Carta del General Joaquín Rangel á Juan A. Mateos.

también las *arrimadas* y *comadres*; aquéllas por un motivo de caridad obligada en medio de tanto desamparo; y éstas como reaparición curiosa de un miembro integrante de la familia muy semejante al correlativo de la feudal, como si por un heredismo desconocido, reapareciera en su vástago póstumo de criollos mexicanos.

X

En efecto, los sajones conservaron en su « *Saxeuspiegel* » (Espejo de los Sajones) (1) las costumbres germánicas de la alta Edad Media; y entre ellos los pactos sucesorales, en cuya virtud un *leudo*, noble ó señor pactaba con otro, no sólo la sucesión recíproca de sus bienes, sino protección mutua para sus hijos respectivos en caso de muerte de uno de los contratantes (2). Quizás en los países católicos esta costumbre fué absorbida por el bautismo; y aunque legalmente sólo producía efectos espirituales, é impedimentos para el matrimonio, lo cierto es, que en la vida privada, produjo en México una protección real y efectiva del padrino para el ahijado. Hoy mismo, el *compadrazgo* tiene en nuestra sociedad una firmeza de solidaridad superior á los lazos civiles de la familia,

(1) Así se llamaban en los Siglos Feudales los Cuerpos de Derecho que había en todos los países invadidos por los germanos y de los cuales nacieron en parte el Fuero Juzgo, el Código Teodosiano, las Carolinas, etc.

(2) Braun, Hegener, Ver Hess, *Droit Allemand*.

en muchas poblaciones de los Estados; y en la época revuelta de nuestra gestación política, fué la única trama que reunió á extraños con parientes; y que obligaba á un *pater familias* ó jefe de esa especie de aduar mexicano diseminado en las casas de las poblaciones ó reunido en una sola, á proteger en su hogar á la *comadre*; es decir á la mujer del *compadre* muerto, ó que vagaba prófugo, ó andaba en la campaña.

Entre los indios de los pueblos el compadrazgo fué adoptado con ahinco, para procurarse alguna protección cerca de los personajes influyentes de las ciudades, con sus defensores legales en la época colonial, y con sus abogados en la independiente. El bautismo, la confirmación, ó las velaciones matrimoniales, no sólo les garantizaba un protector para sus hijos en el *padrino* según creían; sino que por ese pacto ellos mismos se consideraban elevados en su posición social á la altura del compadre. Todavía solicitan con empeño contraer estas relaciones, en lugares donde hay riesgos de vejaciones y crímenes por parte de las autoridades; pues como la civilización del país no es uniforme, sino que depende todavía en mucho de la frecuencia y rapidez de las comunicaciones, que hay entre un punto cualquiera y el centro político de importancia al cual está subordinado según ya expresé, en los segregados de la influencia citadina civilizadora subsisten condiciones dictatoriales y á veces las dictaduras vandálicas de otra época. En la Capital y en otras ciudades de importancia la seguridad de las personas

y propiedades es perfecta y permite al individuo evolucionar aislado, siendo su familia la natural; es decir la compuesta por padres é hijos nada más, y éstos en tanto que no puedan subsistir por sí mismos. Pero en otras regiones del país todavía es necesario ampararse contra los atropellos gubernamentales, formando un grupo compacto no sólo con parientes de afinidad, sino con los unidos por el compadrazgo.

En efecto, en los períodos de paz que ha tenido el país, el despotismo militar se ha entronizado como fenómeno político peculiar á las primeras etapas de la evolución social; y los capitanes de guerillas y demás subordinados militares han sido las unidades gubernamentales, que como los jefes de bandas al establecimiento de la sociedad feudal, ó los coroneles franceses al advenimiento de Napoleón I, tuvieron por misión iniciar un orden de cosas, *pacificando* el país y cimentando la seguridad, aun á costa de toda clase de arbitrariedades. De ahí nació un despotismo general y permanente, poco apreciado en las capitales, pero rígido y á veces sangriento en las poblaciones cortas y distantes de aquéllas; pero que por estas mismas condiciones antes habían sido focos de pronunciados y ladrones.

El tránsito de la anarquía á una administración regular; y el sistema de contratos entrando á sustituir al bandolerismo como sistema translativo de riquezas, no ha podido verificarse en esos centros remotos, así como ha sucedido en las naciones que

han pasado por las mismas condiciones de anarquía, sino por la transformación del bandido en gendarme, según la *enérgica* expresión de E. Renan (1). Por la acción oficial, se entró pues en México á esta etapa militar de civilización, y las autoridades se extraían de fuentes espúrias, pero con ellas fué con las que se inició el advenimiento del orden y de la justicia; y si los nuevos funcionarios solían tener veleidades criminales, su administración constituyó un progreso inmenso sobre la etapa anterior de impotencia gubernamental; pues su peculado y tiranía fueron menos funestos que el plagio, pillajes é incendios cotidianos; y sus abusos de autoridad jamás llegaron á ser tan desastrosos, como la desesperada situación de una comarca donde durante setenta años, todo bandido era autoridad y todo desheredado de la fortuna se convertía en bandido.

Bajo la seguridad impartida por estos tiranuelos fué pues como el capital reapareció, en la labranza primero, en la importación de mercancías después, luego en el acopio de impuestos, en la introducción directa de dinero y al fin en la formación del crédito nacional. La justicia también comenzó entonces, ensayándose en disputas de pobres y juicios correccionales, para ir subiendo á cuantías de importancia mayor y mayor; y de delito en delito hasta procesar diputados ó generales, y exigir cuentas muy exíctas, á los Inspectores

(1) *La Vie de Jésus*. Introduction.

de Policía que en la Capital disponían de la vida que tenían encargo de cuidar. Pero al principio en todo el país, y después retirándose paulatinamente á las montañas, como las últimas nubes de una tempestad, la arbitrariedad reinó en todas partes y fué tanto más terrible cuanto que el lugar donde se implantaba una autoridad la resistencia, que bandidos ó pronunciados habían opuesto al establecimiento de un gobierno, había sido más ruda y persistente.

No debo aducir hechos concretos actuales en apoyo de mi tesis porque se lastimarían muchas reputaciones y mi obra no es de escándalo sino de ciencia; pero son tan numerosos los que la comprueban, que el recuerdo personal del lector suplirá á mi silencio; y en cuanto á los que no tengan conocimiento de ninguno, básteles saber; que D. Manuel Doblado fué el primero que introdujo el sistema político de convertir al bandido en gendarme, cuando fué Gobernador de Guanajuato; que el ejército actualmente está formado en parte con el contingente de criminales que periódicamente entregan los Estados: la policía federal de los caminos, al principio no fué sino un enganche de salteadores indultados; la Brigada que durante más de veinte años tuvo en custodia los caminos y pueblos de Santa Fé hasta Toluca no tuvo un origen menos espurio; y últimamente ha presentado la Capital casos atávicos de ese sistema de organización social con los convertidos del bandidaje. El asesinato de Arnulfo Arroyo, en la Inspección General de Policía,

consumado por *once gendarmes*, de los mismos que cuidan la ciudad; las declaraciones rendidas por éstos, de que en la 2ª Demarcación de Policía se aplicaba con frecuencia la *ley fuga*; los cargos públicos que en Actopan y en Silao desempeñó Timoteo Andrade, filicida sentenciado á la pena capital; y otros hechos de la misma especie acaecidos en Morelos, Chihuahua, Guanajuato, Hidalgo y Veracruz durante las administraciones pasadas, demuestran que todavía en muchas comarcas del país, el gobierno es y no puede ni debe ser sino dictatorial y sanguinario (1). En esos lugares el hombre estuvo mucho tiempo y en algunos está todavía expuesto á atentados cotidianos de parte de las autoridades, contra su libertad, su honra, su vida, ó su fortuna; porque esas contingencias no son sino la persistencia temporal de un orden de cosas ya desaparecidas en las capitales: la supervivencia del militarismo dentro de la etapa industrial de nuestra renaciente civilización (2).

(1) Los peligros de esta especie pueden medirse por los siguientes datos. En el Informe del Procurador de Justicia sobre la Criminalidad del Distrito Federal en 1897, aparecen 14.512 personas encausadas, de las que sólo fueron reconocidas delincuentes 8.408. La diferencia indica el número de personas que legal y judicialmente fueron atropelladas por la justicia penal sin razón, ni motivo de ninguna especie en el centro más civilizado y seguro de la República. En 1899 la 1ª Sala de la Suprema Corte de Justicia de la Nación recibió 1.190 *amparos*; y la 2ª 1.020. No tengo datos de la 3ª; pero pasaron de 1.000; lo que da un total de más de 3.000 víctimas anuales de las autoridades.

(2) No por esto se crea que esta etapa social es nociva á la civilización, ni que hoy desempeña por consiguiente el ejército un papel insignificante en ella. Basta meditar un poco en las com-

Ahora bien, el mexicano de la época revuelta y el de las regiones despóticamente gobernadas todavía,

plexas, rudas, laboriosas, difíciles é inteligentes tareas que día á día desempeñan nuestras tropas desde la pacificación del país en 1876, para comprender que á parte de su gran misión de guerra, en la cual sólo formarían el núcleo de la defensa nacional, en sus trabajos normales son útiles á la sociedad en grado eminente. Desde luego y en previsión de un conflicto internacional adiestran el cuerpo y el espíritu en todos los ejercicios y meditaciones que puede requerir el combate; y desde las maniobras y marchas á través de bosques ó por montañas y arenales, hasta los cálculos financieros de los recursos de las localidades para sostener un cuerpo de ejército, ó las grandes cavilaciones de la estrategia; desde las meditaciones sobre la composición de la harina, ó los ingredientes de una pólvora, hasta el estudio del carácter humano y de las perversiones locales ó temporales que puedan quebrantar sus energías y fidelidad, el espíritu de los jefes militares está en una actividad constante, resolviendo para el presente y para el porvenir los problemas más arduos de la vida, en sus conexiones de lucha armada con los otros pueblos, y de potencia y constancia con la sociedad civil que debe defender. Este noble papel de inteligencia, trabajo y energía, lo desempeña nuestro ejército; y en mayor ó menor importancia cada uno de sus miembros según la jerarquía del individuo que se considera, pero de una manera hoy bastante satisfactoria y que lo será más en lo sucesivo.

El ejército en México es además, el conservador del orden y ejerce por consiguiente la alta policía de la Nación. La distribución estratégica de sus batallones y regimientos, la energía que ha desplegado para ahogar inmediatamente desde hace veinte años todo pronunciamiento; y la rápida movilización de sus unidades por ferrocarril para acudir al llamado inmediato del telégrafo, ha hecho de él el único elemento de cohesión que hasta el advenimiento del industrialismo, ha podido formar de nosotros una nación é impedido que nos desgranáramos en tantas migajas de cacicazgos como valles y montañas tiene nuestro territorio. Durante mucho tiempo seguirá desempeñando este mismo objeto.

Estos dos nobles fines bastarían para hacerlo simpático y honorable; deshaciendo la injusta hostilidad con que las clases civiles lo ven, pero si además individualmente se observa el trabajo de sus sargentos y oficiales inferiores, se llega á tener respeto por sus méritos á pesar de los defectos *personales* que puedan tener.

como el pater familias romano, como el árabe en su aduar y el germano en su castillo feudal necesitaban ligas íntimas y secretas con otros jefes de familia, para precaverse contra los ultrajes del poder. Esas ligas se contraían en las ceremonias religiosas del estado civil para sacramentarlas, y por eso tomó una gran importancia el compadrazgo.

XI

Estos hechos determinaron un fenómeno psíquico de no menor importancia, pues si el jefe de familia

Ellos tienen que inculcar á su tropa simultánea y euotidianamente tres educaciones diferentes: 1º la necesaria para hacer del hombre civil un soldado, y para esto enseñarle tácticas, movimientos, ordenanzas, manejo de armas, etc.; 2º la necesaria para hacer del criminal un hombre de bien, cuando el contingente de los Estados se cubre con los sentenciados de sus prisiones. Para esto necesitan enseñarle con consejos, ó castigos, con lecciones y ejemplos á comportarse con sus semejantes sin delinquir, ni ofender, y 3º la necesaria para hacer muchas veces del salvaje un hombre civilizado; pues suelen llegar á las filas hombres venidos de serranías remotas donde no han tenido roce ninguno con hombres civilizados, que siquiera hablaran español. Las dificultades que la estultez orgánica presenta entonces para recibir las nociones primeras de la vida, que la condición de soldado y hombre moral requiere, son tan serias que muchas veces es más fácil enseñar á un hombre á morir en un baluarte antes que rendirse, que á distinguir los lados derecho é izquierdo de su cuerpo.

Si pues el maestro enseñando al niño es venerable y el misionero moralizando; el obscuro sargento que da instrucciones y amonestas, y el joven oficial que vigila y disciplina á su compañía á la vez que en la dura ciencia de la guerra, en la moral y en la vida civilizada, deben ocupar en las consideraciones de los que dirigen la opinión pública, un puesto de honor tan meritatorio como el de cualquiera de los otros obreros de la civilización.

mexicana necesitaba para su seguridad ligas con extraños, necesitaba también una lealtad absoluta en sus subordinados, y por eso se acrisoló en la esposa la fidelidad conyugal, que no es sino una variante de aquélla; pues un adulterio no sólo hubiera manchado su honra, sino que hubiera dado entrada en la casa á un presunto enemigo, y entregádole los secretos, á veces la fortuna y quizás la vida del jefe traicionado. Por este motivo los celos españoles se exacerbaban en nuestro carácter é hicieron de una infidencia conyugal, un motivo, disculpado por las costumbres ya que no por la ley, para que el marido ultrajado se hiciera justicia, y justicia sangrienta por su propia mano.

En efecto, en la sociedad culta, sociable y refinada de la Francia, se ha formado la *dame française*, señora perfecta, hecha para el trato del mundo, y cuyas perfecciones brillan con todo su esplendor en un festín, ó en las amabilidades de una tertulia. Allá por humilde que sea una mujer casada, procura *recibir bien*, y en el trato íntimo que tiene con su esposo é hijos, se empeña en refinar sus maneras y en no tomar las de la gente que reputa burda y zafia. Es descendiente legítima de aquella sociedad del Siglo XVIII en que tenía sus recepciones propias, y en que vivía con su marido bajo un pie ceremonioso como si fueran extraños; pero en quien la « gracia, la palabra flexible, las insinuaciones, « y el tacto, el arte de agradar, el sentimiento de

« la oportunidad formaban las dotes principales de « su espíritu (1). » — En la vieja sociedad alemana de tierra pobre y ahorros difíciles, clima brumoso, costumbres feudales y exceso de habitantes la mujer se ha hecho una admirable *menagère*. Las señoras de la más alta aristocracia, las mismas princesas de la sangre real, meditan ante todo en los medios de subsistencia ó de progreso; y la comparación constante de gastos é ingresos, la cuenta de los fondos en depósito y economías posibles, el análisis de los procedimientos para cocinar, lavar, etc., forman desde niñas la parte principal de su educación nacional (2); lo mismo que en las otras sociedades germánicas, la holandesa, inglesa y norte-americana (3). — En la sociedad española de tradiciones románticas y costumbres caballerescas, donde el amor aun se hace á la luz de la luna, se componen versos á la dama de los pensamientos, se le dan serenatas y se suspira por calles extraviadas y rejas de ventanas; la esposa es la *amante, antes que dame, ó menagère*. Por eso son los españoles tan intransigentes en cuestiones de honra y tan dramáticos sus celos. En Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos el adulterio es un simple asunto judicial, la causal técnica de un divorcio que tramitado legalmente,

(1) C. Taine, *Los Orígenes de la France Contemporaine*, tomo I, pág. 184.

(2) Harper's, *New-Monthly Magazine*, 1899. The House Keeping in London.

(3) Pablo de Roussiers, *La Vida en Norte-América*.

permite formar un nuevo matrimonio; mientras que en España es ocasión inevitable de un drama sangriento; porque con él se hacen pedazos las ilusiones del marido, y se le arranca el objeto de su vida.

En México hemos heredado este carácter, estas costumbres y estos celos; pero exacerbados por la condición especial que ha cabido á la mujer en nuestros hogares, y por el papel que inconscientemente desempeñó en ellos durante toda la época revolucionaria. En nuestra sociedad nueva y revuelta, sacudida cada mes por rebeliones sangüinarias y perturbada por un bandolerismo crónico: donde se han visto los hogares constantemente pillados por soldadescas desenfrenadas, ó por sus gobernantes, en comunidad de intereses con los saltadores; aquí donde el territorio ha sido devastado por dos invasiones injustas y feroces: donde la vida, la honra, la libertad y la fortuna han estado á merced de militares, pronunciados, ladrones y salvajes: donde el marido, era arrancado á media noche del hogar para ser encarecelado ó fusilado por algún tiranuelo estúpido; la esposa no ha podido ser *dame, menagère* ni amante muchas veces, sino la *amiga*, la compañera de una vida difícil, la confidente de secretos terribles y la depositaria de las esperanzas maritales, siempre dispuesta á compartir privaciones y á peregrinar por desiertos y serranías. El adulterio, por consiguiente revistió una forma doble de traición, que á mano armada se castiga todavía. Pero por eso

la fidelidad conyugal salió incólume de los riesgos que amenazaron disolver á nuestra sociedad con la ruina de todas las potestades, como una nube blanca elevándose en el cielo rojo y sombrío de nuestras revoluciones.

LIBRO III

El Citadismo.

Sumario. — I. La pereza mexicana es de origen social y no climático. — Despoblación de los campos y plétora humana en las ciudades á causa de la guerra. — Degenerescencia y criminalidad en las aldeas. — II. La cantidad de habitantes es proporcional al capital destinado á su alimentación. — Pruebas del exceso de población en México. — Envilecimiento del trabajo. — Aspecto general de miseria. — La pereza y abyección como efectos de la falta de trabajo. — III. Pruebas de la energía y eficacia del trabajo mexicano. — IV. Tipos del jornal en distintos trabajadores. — Insuficiencia del salario para la alimentación. — *Menú* nacional. — Enfermedades del aparato digestivo. — V. Alcoholismo. — VI. Estado estacionario de la sociedad y formación de clases sociales por lo exiguo del salario. — VII. *Légers*. — Indios. — VIII. Tropa, soldaderas, operarios y sirvientes. — IX. Artesanos, escribientes, gendarmes, oficiales. — Extranjeros. — X. Clases directivas.

I

Mucho se ha hablado de la pereza de los mexicanos, como consecuencia fatal de la oxidación incompleta de la hematina de su sangre, por falta de presión en el aire de su atmósfera. Pero ya han demostrado los Sres. A. Herrera, y Vergara Lope, que esta teoría es falsa; y que « l'horloge de la vie ne s'arrête point

au Mexique (1) ». La falta de presión en el aire, no estorba el funcionamiento del organismo : su sequedad y calefacción excesivas son lo que produce algo de atonía muscular, como ya vimos ; pero se vence con excitantes moderados, con sistemas higiénicos ó con esfuerzos de la voluntad. La pereza que desgraciadamente se encuentra, puede ser debida en parte á la anemia ; pero hay pereza sin anemia ; y la endémica entre nosotros tiene un origen social y no climatérico.

En efecto, la inseguridad que durante setenta años reinó en la República, concentró la gente en las ciudades, destruyó muchos pueblos, y dejó los campos abandonados. Hay comarcas donde durante treinta y cuarenta leguas, apenas se encontraban dos ó tres rancherías ; y en la época revolucionaria, muchas aldeas llegaron á estar pobladas por los desechos de las ciudades, productos patológicos, verdaderos monstruos humanos, mendigos, criminales retirados y prófugos de la justicia de otras regiones. En la lucha rudísima por la existencia, que produjo la etapa militar de nuestra evolución política, se refugiaban á poblados aislados, los que huían de enemigos vencedores ; los que tenían algo que ventilar con los tribunales de otra parte, y los que se lisiaban alguna viscera ó perdían algún miembro : pues las condiciones de lucha armada, en que vivíamos, caracterizaba á estos últimos como inválidos en los centros de gran actividad :

(1) *La Vie sur les Hauts Plateaux.*

y á aquéllos como víctimas de la ley ; siendo las ciudades, los lugares donde se establecían los triunfadores ; y donde podía, por consiguiente, y aunque fuera á intervalos ensayarse alguna sombra de justicia.

Pero á la llegada de estas clases de inmigrantes, las familias sanas y honorables, que por cualquiera motivo tenían que permanecer en un pueblo, se veían precisadas á aislarse y á evitar sobre todo el matrimonio con ellos, retirando, por una especie de retraimiento tácito, el *jus connubium* á los advenedizos. La endogamia se desarrolló por consiguiente y pronto alcanzó el último grado de sus restricciones ; contrayéndose el matrimonio sólo entre parientes, de tal manera que en muchos pueblos, la mayoría de sus miembros eran designados con uno ó dos apellidos nada más.

Pero esta exclusión sistemática de sangre extraña ; la procreación natural y viciada de los refugiados, la miseria general del país y la inmoralidad profunda de las clases bajas en todas partes, fueron causas constantes para que en muchas partes la población rural degenerara, ó fuera presa de enfermedades repugnantes y contagiosas como el *pinto* de los Estados de Oaxaca, de Guerrero y de Morelos. Con mucha frecuencia se veían en otros pueblos y los días de mercado, niños de dos cabezas, gemelos unidos, idiotas, macrocéfalos, albinos, seres de labios leporinos, y pies sin dedos ó manos con seis, tuberculosos, sifilíticos, escrofulosos, enanos y jorobados, de raza criolla ó mestiza y rarísima vez de india, implorando la cari-

dad pública. Todavía hoy se encuentran por grupos, en lugares que por falta de recursos no pueden entrar, ni siquiera de una manera modesta, en la evolución franca del trabajo. Á pocos kilómetros de la Capital, al Oriente, por ejemplo, en la estación de los Reyes, hay enjambres de ciegos blenorragicos, con las cuencas de los ojos, purulentas y vacías: rodean al tren que se detiene, y aturden á los pasajeros con plegarias monótonas, masculladas en voz alta y acompañadas con chirridos de violín. En el camino de Temoaya á Actopan, salen de las rancherías de Chitávazco, muchachos raquíticos, color de tabaco y completamente desnudos, que á carrera siguen el guayín, pidiendo limosna en una lengua desconocida. En San Bartolo Naucalpan vi há dos años, detrás de un acueducto que rodea unas milpas, una turba de diez á doce viejos barbudos, con zapatos amarrados, un petate enrollado y un jarro colgados de un hombro, y un palo grueso á guisa de cayado. Venían del Santuario de los Remedios que destacaba su torre blanca sobre una loma escueta, á donde iban todos los Domingos. En las estaciones remotas de los ferrocarriles, siempre hay turbas de mendigos como las de los Reyes; y en otras épocas la miseria era tan general en las pequeñas aldeas, que el viajero que en ellas se detenía corría riesgo de morir de hambre si no llevaba bastimentos. En otras partes la población tenía, como en Ayotzingo del Distrito de Chalco, en Xoehimilco, S. Juanico, Romita, la Piedad, Sta. Julia, etc., de

Federal, una fama siniestra de crímenes é infamias. Se contaba de sus habitantes, que eran salteadores, incendiarios, monederos falsos; que practicaban el aborto é infanticidio; y que sus costumbres normales eran el estupro, las brujerías y envenenamientos só pretexto de filtros, la embriaguez, el juego, y el asesinato como en Tlaltizapam del Estado de Morelos, y Mixquiahua la en el Mezquital.

Para evitar, tanto los peligros de la inseguridad general, que son más inminentes en los pueblos cortos, y el contacto con gentes de esta calaña, las personas sanas y honorables, ó simplemente de hábitos morales, por humildes que fueran, dejaban los campos tan pronto como podían, y se refugiaban en las ciudades: fenómeno, que ya se había presentado en la Europa medioeval y que se repite tan pronto como la vida de guerras y bandidaje toma un carácter permanente. Pero entonces resulta como sucedió en México, una plétora humana en las ciudades; y que llegó á ser tan densa, comparada con sus medios de subsistencia, como en las ciudades chinas: aunque por un error económico muy generalizado, no se haya querido percibir entre nosotros este exceso de habitantes, en unos puntos, á la vez que muchas y vastas comarcas estaban y aun están completamente desiertas (1).

(1) El camino de México á Matamoros, p. e. con las poblaciones y habitantes que tenían entre 1856 y 1890, era el siguiente, según la obra de los « *Itinerarios de la República Mexicana* » citada, de los Sres José J. Álvarez y Rafael Durán, págs. 39, 85 y 291 á 307

II

Para medir la densidad de la población se acostumbra compararla con la extensión territorial que

y los artículos relativos del « Diccionario Biográfico, Geográfico é Histórico » de D. Antonio García Cubas.

DE MÉXICO A.	HABITANTES.	LEGUAS.
Tlalucpantla.....	1.016	3
La Lechería.....	166	3
Cuautitlan.....	1.316	1
S. Miguel.....	297	4 1/2
Tepeji del Rio.....	602	3 1/2
Hda. de la Cañada.....	78	2
S. Francisco Soyaniquilpan.....	84	6
Arroyo Zarco.....	1.273	3
Encinillas.....	49	1 1/2
Ruano.....	421	2
S. Antonio.....	97	1 1/2
Palmillas.....	353	4
S. Juan del Rio.....	8.538	3
Trojes Mochas.....		2 1/2
El Saúz.....	814	2 1/4
Arroyo Seco.....	631	2
El Colorado.....	620	3
La Noria.....	130	2
Querétaro.....	30.000	2
Sta. Rosa.....	802	3
Hda. del Jofre.....	1.417	3
S. José de Iturbide.....		4
S. Luis de la Paz.....	7.600	11
Hda. de la Saucedita.....	1.271	10
» » Villela.....		5
Sta. Maria del Rio.....	7.500	3
Hda. de la Pila.....		10
S. Luis Potosí.....	40.000	3
Hda. del Peñasco.....	1.000	3
» de Bocas.....	1.400	7
La Hedionda.....	2.000	8
C. del Venado.....	4.000	5
H. de los Charcos.....		6
H. de Laguna seca.....		5
H. de Guadalupe del Comercio.....	150	7

ocupa; y la cifra del cociente, con la de otros países: deduciendo como consecuencia final, que hay exceso ó falta de habitantes, según que es mayor, ó menor que la del país que se toma como término de comparación. Así es como se compara la Inglaterra con la Holanda y Bélgica: ó la China con la Rusia y el Japón. Pero este método no puede conducir á la verdad, porque hay un exceso real de población en Irlanda, por ejemplo, aunque aritméticamente quepan en su territorio tantos habitantes como los que viven en Bélgica y Holanda reunidas: de la misma manera, que habrá un exceso de población en cualquiera grupo humano que se calculara para los desiertos de la Arabia,

DE MÉXICO A.	HABITANTES.	LEGUAS.
S. Cristóbal.....	70	8
S. Juan de Vanegas.....	250	6
Las Animas.....		8
El Salado.....	200	7
S. Salvador.....	80	8
La Encarnación.....	200	10
H. Agua Nueva.....		14
Saltillo.....	12.000	8
H. Sta. María.....	300	6
Rincónada (12 casas).....		7
Sta. Catarina.....	300	8
Monterrey.....	8.000	4
Cadereyta.....	2.000	10
H. Dolores.....	150	6 1/2
Capadero.....	300	7
La Mantea.....	400	10
Paseo del Zacate.....	250	6
R. del Zacate.....		4
R. de la Cerna.....		10
R. de Torrociillas.....	30	7 1/2
R. Sta. Domingo.....	20	6
R. Cayetano.....	30	7
Palo Blanco.....		3
Matamoros.....	10.000	10

para las rocas del Spitzberg ó para los hielos de la Groenlandia. Esta tiene una superficie casi igual á la de la República Argentina; y sin embargo no podría alimentar, ni á la tripulación de un bareo ballenero si arribara á sus costas, con las bodegas vacías. En España fértil, y en México feracísimo y de recursos naturales casi inagotables, había también un exceso de población; porque ésta se proporciona con los otros dos elementos de la producción *reunidos: tierra*, en tanto que está cultivada, y *capital*, es decir, riqueza empleada en la *reproducción*; y no almacenada en vajillas de plata, ó en títulos hipotecarios de haciendas incendiadas y desiertas.

En virtud de esta ley, puede decirse, pues, que en México ha habido y todavía hay un exceso de población en las ciudades del Distrito Federal, pues el capital de donde debía vivir casi fué destruido en la época revolucionaria. En efecto, aunque últimamente se han establecido fábricas y talleres, que hasta el año de 1897, ascendían á 248 (1), no habían hecho subir los jornales, ni á la tercera parte de los americanos, que es el país típico de la demanda de brazos (2); en tanto que el enorme lipo de los provechos acusaba una deficiencia de capitales para llenar las necesidades de todos los compradores (3). El carácter endémico que

(1) Javier Estávoli, *Estadística Fiscal de 1896 á 1897*.

(2) Pablo de Ronsiers, *La Vida en la América del Norte*, tom. I.

(3) Los últimos dividendos del Banco Nacional en 1897 fueron 14 0/0. En Europa dejaba el capital el 2 0/0 á lo sumo.

ha tomado el *raterismo*, manifiesta también; que con la misma periodicidad con que se deportan al Valle Nacional 80, 100 y 200 *rateros*, aparece en la ciudad ese grupo de individuos sin trabajo, ó sin el salario suficiente para subsistir; puesto que les hace preferir el delito, con todos sus riesgos á lo exiguo del salario y á los azares de una competencia, en la cual cuando consiguen ocupación es con un recargo abrumador de faenas, y sin conseguir ni lo estrictamente necesario para satisfacer sus necesidades animales. Basta ver el hacinamiento en que todavía vive el populacho, para comprender que en México, todavía el jornalero disputa al jornalero el pan y el abrigo. Las pocilgas inmundas de los barrios, con piso húmedo de tierra, techo de tejamanil sujeto con pedazos de tepetate, paredes de adobe ahumado, y sin más menaje que las tres piedras del nahoa primitivo, con que forman su hogar, la olla para los frijoles y el metate para las tortillas, eran hasta há dos años el hogar de nuestros proletarios: ganaban de \$ 2.50 á \$ 3 mensuales cada una; y sin embargo no podían alquilarlas por separado, sino á prorrata entre varios inquilinos, por lo reducido que era su jornal. Andan los proletarios sucios y andrajosos por la misma razón, pues el jabón les costaría el 25 0/0 de sus entradas; y una proporción mayor cuando se trataba de mujeres y muchachos; que sólo ganaban 15 y aun 10 centavos cada día. Todavía hay en nuestras ciudades principales, calles con niños desnudos, flacos, color de tabaco, de vientre enorme,

y espantadizos como los salvajes de la Polinesia gracias al mismo fenómeno (1): que también explica otros concomitantes de las sociedades agobiadas con un exceso de proletarios. En los basureros, por ejemplo, había turbas de muchachos y mujeres, que recogían con avidez, y á veces previa lucha, riña y aun lesiones los desechos de todas las habitaciones, para revenderlos después de larga y repugnante tarea con una utilidad miserable por día de 20 á 40 centavos á lo sumo. Las hilacheras y seberas, los compradores de ropa usada y de botellas recorrían toda la capital en busca de su mercancía, para arrancarle la subsistencia de una manera tan miserable que no podían erogarse gastos de 75 centavos diarios. El envilecimiento del trabajo llegó al último extremo en esos desgraciados que por \$ 0.37 centavos plata, ó lo que es lo mismo por hora y media del jornal americano mínimo, pasaban *doce horas* del día, desnudos y hundidos en el lodo negro y fétido de las atarjeas. Trabajaban en ellas con lentitud, parecía que se deleitaban en sus inmundas tareas; y no era sino que los infelices tenían concluírta: porque muchas veces al día siguiente no hubieran tenido trabajo.

Por eso parecía perezoso nuestro pueblo; y los artesanos, obreros, profesionistas, empleados públicos y privados; y en general, todos los que en México luchaban por la vida ofreciendo su trabajo intelec-

tual ó muscular procuraban ante todo, conservarlo, y prolongarlo; por eso se prefería el empleo con sueldo fijo al trabajo independiente pero aleatorio; y esa era también, en parte cuando menos, la razón de las otras consecuencias degradantes de la pereza que se atribuyen á nuestro pueblo: como la falta de aspiraciones, y la relajación de su moral. Era tan ruda é inacabable la competencia, que se rendían en la brega: sus instintos morales se extinguían en las noches oscuras de la miseria, y en la contigüidad del frío; la dignidad se gastaba en solicitudes infructuosas de trabajo; el porvenir se convertía en expectativas de cárcel; y sus sufrimientos y desesperación en una vagancia forzosa, que muchas veces terminaba en el pulque ó el tequila. Aun en el trabajo profesional de abogados, médicos, ingenieros, notarios, pedagogos, farmacéuticos, etc., la competencia ha sido y es tan ruda que su moral profesional se ha relajado de una manera alarmante: lo que no sucedería si tuvieran asegurada una clientela que les permitiera satisfacer sus necesidades. En los trabajos de la mujer, los salarios han sido tan reducidos, que en muchísimos casos de miseria, la virtud subsistía, porque la oferta de virtudes era superior á la demanda de placeres.

Esta luctuosa noche de la miseria va acabando, por fortuna, y hoy el trabajador puede contar con el mañana, siempre que cumpla con lealtad sus deberes: pero ha durado hasta hace dos años: aun quedan muchos desocupados en la Capital; y hay regiones en la

(1) Callejón del Bosque, Sta. Bárbara, Tlaxcaltongo, El Rabono, El Carrizo, Plazuela de Sta. María, de Montero, etc.

República donde el industrialismo todavía no extirpa á la ociosidad forzada de la miseria. Es, pues, el estudio de esta etapa económica necesaria para mi análisis; y la asiento por consiguiente como uno de los factores del delito. Pero para darle todo su valor científico, y para que quede asentado que la pereza de algunos mexicanos es un hecho de origen enteramente económico en una época determinada, y no psicológico, necesito demostrar que cuando esas condiciones no existen y el trabajo está asegurado ó bien remunerado, el trabajador mexicano tiene virtudes superiores al europeo, ó americano, al grado de conquistarle la preferencia ante los industriales extranjeros de México, por lo infatigable de su labor, la lealtad inquebrantable con sus superiores, su disciplina, su docilidad é inteligencia. Esta demostración es tanto más necesaria, cuanto que la teoría de Jourdanet forma un criterio casi axiomático en todos los que meditan sobre asuntos mexicanos; y mientras ella subsista, es absolutamente imposible comprender el carácter idiosincrático del crimen y de la virtud en México.

III

Las pruebas de energía del trabajador mexicano se hicieron notables desde los tiempos antiguos: y los españoles admiraron á los correos aztecas que á pie hacían el servicio de un Océano al otro, con un sistema postal más eficaz que el que tuvieron por aque-

Los tiempos Fernando el Católico y la Casa de Valois. Todavía hoy sorprenden las grandes caminatas que hacen á pie los indios con su huacal de pollos, huevos, mantequilla ó jarros desde Cuautitlan, Huehuetoca, ó Tlalnepantla á la Capital (1). La *zarza-mora* la traen desde Sultepec, que está á 109 kilómetros; y hacen las jornadas de 30 á 35 kilómetros con cestos que pesan 25 y 30 kilogramos, respectivamente; regresan á pie y venden la mercancía, de libra en libra, y á veces una libra cada dos ó tres calles hasta que la consumen. Los tranvías que salen de la Capital al galope de las mulas, llevan con mucha frecuencia, en trayectos de cien, doscientos y más metros, algún indio, que asido de la plataforma, sigue á saltos á las mulas; la suelta, para descansar al paso otro tramo; pero se ase del coche siguiente, recorriendo de esta manera una gran parte del camino. La jornada media de nuestra tropa ha sido de cincuenta kilómetros: las infanterías hacían con mucha frecuencia marchas de setenta y cinco y las caballerías de noventa y dos, en nuestra época militar; es decir, jornadas que nunca pudieron hacer ni César, ni Napoleón. Y estas marchas las hacen también las soldaderas sin extenuarse ni agobiarse, acostumbradas como están á pasar doce y catorce horas diarias en sus faenas de lavar ó de moler el nistamal y hacer tortillas.

Tanto en ruinas como en monumentos, que aun están

(1) Las distancias respectivas que separan á estos dos últimos puntos de la capital son 25 y 30 kilómetros.

en pie, puede nuestro pueblo presentar otras muestras magníficas de su laboriosidad enérgica é inteligente. Para adorar á sus antiguos dioses, levantó innumerables pirámides como las de Teotihuacan y Cholollan, mayor ésta que la de Gizeh en Egipto (1); hizo el tajo de Nochistongo, bajo la dominación virreinal, que causó la admiración de Humboldt (2); ha solidificado pulgada por pulgada el suelo del Valle de México: bajo los Consulados de la Capital y del Puerto de Veracruz, á fines del Siglo pasado, se hicieron en competencia de habilidad y rapidez los dos caminos que unen á estas poblaciones: el de las Cumbres de Acultzingo y el de Perote (3); y que hoy aprovechados en parte por los ferrocarriles Mexicano é Interoceánico, se cuentan entre los primeros del mundo por su atrevimiento, frasmontando una altitud de 2.300 metros en menos de 500 kilómetros de carretera (4); durante la época colonial levantó más de 8.000 templos para adorar al Cristo, en tanto que su espíritu se amoldaba en los dogmas del catolicismo: ha construido 165 ciudades y 39.631 centros habitados de menor importancia (5).

(1) Las alturas y bases respectivas de estas dos están en la proporción de 8 á 1; y en las egipcias de 8 á 5. — Humboldt, *opus. cit.*, tom. II, pág. 272.

(2) A. de Humboldt, *opus. cit.*, tom. II, pág. 300, Lib. III, Cap. VIII.

(3) Jose M^a Luis Mora, *opus. cit.*, tom. I.

(4) La distancia exacta entre ambos puntos es de 492 kilómetros y la diferencia de altitud de 2.369 metros.

(5) *Diccionario Geográfico, Biográfico é Histórico*, Antonio García Cubas.

En los últimos veinte años ha tendido 13.369 kilómetros de ferrocarriles (1) y 60.000 de telégrafos y teléfonos, sin una sola cuadrilla de peones extranjeros (2). En este mismo período ha levantado su Erario de la bancarrota y el desprestigio al crédito en el extranjero y al superávit en las arcas nacionales, que recibieron en el último ejercicio fiscal de 1898 á 1899 más de cincuenta y nueve millones de pesos (3). En el año fiscal de 1896 á 1897 exportó metales por valor de 66.183.097 de pesos: 452.542 cabezas de ganado mayor: 775 gramos de alhajas: 490 kilogramos de perlas: 66.525 metros cúbicos de maderas preciosas y 526.623.778 kilogramos de otros productos nacionales. En este mismo año acuñó 19.781.733 pesos y necesitó 10.078 buques y 28.261 furgones para transportar sus mercancías. Las que vendió en el extranjero le produjeron 111.000.000 (4) que al año siguiente subieron á 129.000.000 y en el último de 1898-99 á 145.000.000, habiendo sido 95.000.000, el producto de su exportación minera en este año (5). Además su trabajo le ha permitido crecer y aumentar

(1) *Mensaje presidencial* leído al Congreso de la Unión por el General Porfirio Díaz el 15 de Septiembre de 1899.

(2) El número redondo de pasajeros que entraron á la República en 1897 fué de 40.000 y el de los que salieron 32 000, lo que da una diferencia para la emigración de 8.000 ó sea el 0,65 0/0 de la población mexicana. Además la mayor parte de ellos fué de pequeños capitalistas ó empleados del comercio. Javier Estavoli, *opus. cit.*

(3) *Mensaje presidencial cit.*

(4) Javier Estavoli, *opus. cit.*

(5) *Mensaje presidencial.*

la población en cerca del doble, pues de 8.000.000 escasos, que éramos en 1876, puede calcularse que hoy pasamos de 15.000.000 (1).

En la Municipalidad de Tlalmanalco del Distrito de Chalco, estableció el Sr Felipe Robertson, una fábrica de hilados y tejidos el año de 1869 levantándola en las laderas de la Sierra Madre rodeada por pinarres altos y frondosos, á la orilla de una presa cristalina, que como un lago adormido en las montañas, reflejaba en un fondo de turquesa, los blancos muros y tejados rojos en un ámbito de calma y de sosiego. Allí los trabajadores eran dignos, laboriosos y sencillos: sostenían una orquesta, compuesta por ellos mismos, y habían construido un teatro donde ponían dramas y comedias de aficionados. Sus relaciones amorosas se trababan bajo un pie de estricta decencia; y terminaban siempre en un matrimonio religioso precedido del civil. Tenían un respeto tan profundo y sincero por las creencias ajenas, que reinaba una tolerancia entre ellos sin límites y sostenían un ministro del culto católico y otro del protestante. Tenían una

(1) El censo de Octubre de 1897 dió como total de población 12.572.000 habitantes; pero si se tiene en cuenta la imperfección de las operaciones, el temor vago de las clases analfabetas para registrarse; el muy concreto de que se les aumenten las contribuciones en los Estados donde hay el sistema tributario de la capitación; y el de que se les compela al servicio de policía, de *rondas* ó *veintenas* como se usa en otros; se comprenderá que puede calcularse un 15 0/0 de ocultación como minimum, lo que arroja una población de 14 412.500 habitantes que para el año de 1900 y dado el estado de prosperidad actual puede calcularse aumentada en otro millón.

escuela á donde nunca faltaban los niños y las niñas; mientras ellos se dedicaban á sus labores con asiduidad, lealtad, alegría, y abnegación; pues llegada la ocasión tomaron el rifle y defendieron la fábrica contra los pronunciados que la quisieron asaltar derroándolos y matando al jefe que la atacó. Allí los obreros eran sanos, robustos y alegres, de ojos negros y mirada firme, altos, esbeltos, morenos, de sombrero galoneado y zarape saltillero al hombro, chaqueta y pantalón ajustado. *Daban el brazo* á sus esposas que con *shall* de listas verdes y negras, dos trenzas y túnico de lana, reproducían nuestros pintorescos tipos del charro y de la china, y concentraban en aquel rincón la poesía rural de los antiguos criollos y mestizos mexicanos ya perdida en otras partes. Así era el pueblo de Miraflores; poético, sano, sobrio, trabajador, valiente y progresista; porque allí no había brazos de sobra y todos los trabajadores tenían asegurado y remunerado su trabajo.

Es pues la pereza que se atribuye al mexicano una consecuencia accidental que rápidamente va desapareciendo, de las difíciles condiciones económicas en que estuvimos viviendo hasta hace poco; y no como afirman Jourdanet y sus adeptos, una degeneración orgánica, ocasionada por el clima; pues ya son incontables los casos de actividad tan armónica, inteligente y leal, en que manifiesta su laboriosidad, tan pronto como el capital funda nuevas empresas.

IV

Sin embargo, todavía la superabundancia de brazos perjudica nuestras relaciones económicas, y produce en una gran parte del país el cuadro de perversiones de carácter que indiqué y otras que se deducen inmediatamente de la exigüidad de los salarios. El tipo general de éstos fué hasta el año de 1897 de 0.37 cent.; pero los muchachos y mujeres ganaban 10, 18 y 25 cent. á lo sumo. Los oficiales de carpintería, albañilería, herrería, etc., 0.62 cent. y los maestros de 1 peso en adelante, pues se ha conservado la clasificación gremial, aunque no su organización ni restricciones. Para ganar algo más, era preciso tener conocimientos técnicos, sin clasificar entre éstos los de amanuenses. Los gendarmes ganaban 1 peso diario, los empleados particulares, de \$ 15 á 25 cada mes, y los del comercio 30, 40, 50 y 80 á lo sumo. Sólo en los bancos y ferrocarriles hay sueldos superiores, siendo en oro los de empleados americanos. En los Ministerios, los Oficiales de Sección que tramitan é informan ganan de \$ 100 á 150; los jueces y Magistrados del Distrito Federal \$ 4.000 anuales; los federales \$ 8.000; y 15.000 los Ministros de Estado.

La rápida reconstrucción de la ciudad y su ensanche diario por todas partes han hecho subir los jornales en todas las empresas de la capital y de los alrededores. Á principios de 1898 en la Hacienda del Tejocote, por

ejemplo, en las orillas de Cuautitlan se pagaba á \$ 0.56 *tarea* de metro cúbico, que podía estar concluida á las 10 A. M. (1); en la Hacienda de Cuamatta y Guadalupe á 0.50 cent. *aterradura*, que podía terminarse al medio día: en el mes de Julio de 1899 en la contrucción de la casa de R. Boeker y Compañía se pagaba á 50 cent. el peón de albañil y en Febrero de 1900 á 68 cent. en las obras del drenaje. Ha habido por consiguiente una modificación muy importante y favorable en las condiciones económicas del jornalero; pero como por una parte, esta alza no es todavía general en toda la República, como á la vez el precio de los efectos ha subido en una proporción mayor (2); y como este estudio no puede comprender hechos del porvenir, como serían las consecuencias de esta nueva tasación de la actividad humana, sino los pasados, continúo el estudio con el tipo del jornal que había en México al cerrarse el año de 1898.

Fácil es comprender que con recursos tan exiguos como eran los de entonces en las clases inferiores, la alimentaci6n tenía que ser escasa y mala, aun teniendo en cuenta su asombrosa sobriedad. Comen aún poca carne, de puerco, mucha es de la expendida sin los requisitos exigidos por el Rastro; y el consumo se limita á los domingos y días de fiesta. Los huevos jamás entran en el menú del proletario, que consiste

(1) Datos ministrados por el arrendatario.

(2) Fco Bulnes, *El Porvenir de las Naciones Hispano-Americanas*.

en tortillas de maíz en vez de pan de harina, *verdolagas*, *frijoles*, *nopales*, *quelites*, calabazas, fruta verde ó podrida, *chicharrón* y sobre todo, chile en abundancia, como guiso ó condimento. El hambre crónica de la época revolucionaria y aun de la colonial, en las que el exceso de población era mayor que ahora, y por consiguiente mucho más bajos los salarios, llegó á producir una repostería popular abominable como los tamales de capulín, frijol y juiles de la laguna, tatemados, sin despojarlos de sus escamas, espinas y vísceras; *tortitas de ahuahutl*, que son un mazacote de mosquitos lacustres endurecido en panes discoidales de un decímetro de largo. En algunas verdulerías se venden pedazos de arcilla esméctica que llaman jabón de la Villa, y algunos comen como pastillas; llegando la regresión en materia de alimentos, según se vé, á la ictiofagia y litofagia. Las consecuencias de este régimen alimenticio son espantosas. En México las defunciones por enfermedades del aparato digestivo son más numerosas que por cualquiera otra, inclusive el tifo y las pulmonías. El año de 1896 a 1897 ascendieron en el Distrito Federal á 7.228 ó sea al 1,52 0/0 de la población (1). Si se calculan diez enfermos por cada defunción; esta cifra revela una lacra fisiología grave en la séptima parte de la población ó sea en más de 72.000 personas. Las enteritis, gastralgias, dispepsias, congestiones etc., son

(1) Cuadro gráfico de la Mortalidad cit.

generales en todas las casas; y semblantes amarillos, terrosos, músculos enjutos, miradas adoloridas y apagadas y dientes sarrosos revelan los sufrimientos de clases mal alimentadas ó alimentadas con sustancias refractarias á la Química de la digestión.

El mal es tan viejo y tan poco conocido su origen, que aun en las familias donde hay elementos para procurarse una alimentación sabrosa, sana y nutritiva, las cocineras no saben condimentarla, sino en la forma indigesta que fué necesaria en condiciones de hambre, para quitar el mal sabor á las sustancias alteradas ó desagradables con otras más sápidas. Mucha grasa y mucho chile, constituyen la sazón nacional; aunque la primera sea inútil en nuestro clima tropical, y el segundo con alimentos intrínsecamente sápidos. Sólo los extranjeros y las familias donde se ha introducido la cocina francesa ó conservado la española, están seguros de no sentir en las altas horas de la tarde las consecuencias funestas de guisos absurdos. Los demás, para sustraerse á los peligros de una indigestión cotidiana, préscinden de los placeres de la mesa; y se reducen á una alimentación higiénica: carne asada, arroz, huevos, fruta y café.

V

La debilidad ocasionada por la falta de alimentos en las clases proletarias, los trastornos digestivos, que éstos producen cuando se toman descompuestos ó

guisados á la mexicana; el calor desesperante en los meses secos de la primavera y el frío súbito de las madrugadas, ó el ventoso de los días nublados de los nortes; la escasez de agua potable; y las impurezas que ésta trae normalmente: la necesidad de dar tonicidad al espíritu deprimido por los pensamientos sombríos de la miseria; y la de dar alegría á las reuniones frecuentes que reclama la civilidad mexicana; y en las cuales la alegría espontánea es imposible, hacen consumir enormes cantidades de *pulque*, *tlaxique*, *tibico*, cerveza, tequila, mezcal, cognac, vino, sidra y champagne, según las fortunas. Estas cantidades podrán apreciarse por las siguientes cifras. Para una población de 492.000 habitantes, había en 1896 en el Distrito Federal 16 fábricas de aguardiente, licores y cerveza; 458 tiendas y cantinas donde se vendían por copas ó botellas: y 1761 expendios de pulque, donde se vendía este licor en cantidades tan considerables que pudo pagar una contribución de \$ 852.124 dejando naturalmente una buena utilidad á los hacendados y expendedores. En este mismo año se introdujeron á la República 1.272.040 litros de bebidas alcohólicas en vasijería de madera y 11.999.953 kilogramos en vasijería de vidrio; de los que una parte muy considerable tocó al Distrito Federal (1).

Si falta trabajo se acude á las pulquerías ó cantinas

(1) Javier Estavoli, *opus. cit.*

para confiar al dependiente ó amigo las miserias de la vida ó las dificultades financieras: si hay algún disgusto se debate con alcohol: en las visitas matutinas la *copita* como aperitivo y en las vespertinas como tónico ó digestivo se usa hasta en familias distinguidas. Á los niños se les da á probar la de los papás: de la punta del meñique que lleva el tósi-go infernal se deja caer en los labios de los que sólo en el seno de la madre pueden tomar el alimento que necesitan. Los artesanos suspenden sus tareas cada hora ó media hora para ir á la pulquería y muchos empleados para visitar las cantinas. Los días de fiesta y las *verbenas* son peligrosísimos por las riñas, lesiones, y homicidios que ocasiona la bebida hasta en miembros de las clases superiores. En una ocasión, en café público y aristocrático fué herida una señorita, por la bala perdida de una riña, suscitada en otra mesa del mismo salón. Los balazos y escándalos, ocasionados por el alcohol entre diputados, magistrados y hasta generales divisionarios, han sido episodios frecuentes de nuestras costumbres. El joven que recibe su título profesional celebra el acontecimiento en las cantinas; y para iniciar su vida de negocios se hace habituado de ellas; sobre todo el que entra de abogado postulante ó funcionario público. En una época por fortuna ya pasada, fué muy peligroso debatir en algunos juzgados las cuestiones jurídicas, por las excitaciones anormales de los Agentes del Ministerio Público (*crudas*) y en otra de los jueces, pues sus

nerviosidades alcohólicas impedían las discusiones tranquilas. Entonces se veía á *otros* en el *turno* acompañarse con ramerías, tomando vino con ellas : otro murió víctima de una congestión alcohólica ; y con frecuencia se han suspendido las audiencias de los jurados por el estado en que se presentaban los defensores. Entre cock-tails y cigarros iban á dilucidar sus casos con el empleado, el poeta de profesión y el periodista que allí mismo buscaba su inspiración, sus noticias y sus comentarios. Ya hay casos de señoritas alcohólicas que abusan de las libaciones en las tertulias ó festines ; se degradan como lacayos y apuran á escondidas el pulque, la cerveza ó el vino de la comida. Esta, que antes era un momento de expansión y calma, se convierte con frecuencia en ocasión de riñas y escándalos, porque los señores toman sus aperitivos en la calle y las niñas á hurtadillas en su casa, iniciando como es natural, con regañones, displicencias, nerviosidades, gritos y disputas la comida. Ya no es raro verlas sensibles y llorosas, llenas de susceptibilidades y reproches, quejas del mundo. Se reclinan en un canapé ó se tiran en el suelo, sueltan el pelo, sólo se dejan ver de las amigas íntimas, á quienes cuentan desgracias imaginarias y trastornos que dicen *no se explican*, sin admitir médico, por más instancias que hace para traerlo la madre afligida, y que ignorante de la causa real de aquellos accesos súbitos de *su niña*, no puede sospechar que está en el segundo ó tercer período de la embriaguez.

Hasta el advenimiento del industrialismo con el triunfo de los luxtepecanos en 1876 las clases decentes de nuestra sociedad se habían librado de este vicio (1) ; pero hoy ha alcanzado en ellas las proporciones alarmantes de una causa disolvente de la sociedad puesta en plena actividad ; habiendo llegado á producirse un *tipo* nacional de *psiquiatria* entre los alcohólicos. Bebe grandes cantidades de *tequila* sobre todo, sin manifestar síntoma intelectual alguno de embriaguez, pero en cambio se le alteran los nervios ; el carácter poco á poco se convierte en irascible, las más inocentes frases le ofenden ; las miradas le parecen injurias y la contradicción le exaspera. Poco á poco se le inyectan los ojos, se demaña, se le cae el pelo y barba ; y toma un tinte amarillo brunoso, el pulso se hace trémulo, tiene náuseas matutinas ; abandona el estudio, procura no andar, se le descompone el estómago, no come sino arroz y carne asada ; no trabaja sino mal, envuelto en el humo del cigarro y rodeado de copas ; pierde la vergüenza, la finura de modales y al fin se convierte en tirano doméstico, que es una variedad morbosa de los locos perseguidores de Tardieu. Desde entonces su único afán es injuriar y lastimar á las personas que

(1) La cantidad de pulque que se introdujo á México en 1890 á 91 fué de 122.590.748 kilogramos ; 514.707 kilogramos de mezcal ; 4.437.587 kilogramos de vinos y cervezas extranjeros para una población de 327.000 habitantes. — A. Herrera y D. Vergara Lope, *opus cit.*, pág. 551. — Según datos recogidos en el Gobierno del Distrito Federal sobre un total de 19.000 infracciones de Policía que hubo el mes de Mayo último, 12.000 aproximadamente eran debidas á la embriaguez.

viven de él ó con él, sobre todo si son mujeres, esposa, madre ó hermanas. Las befa, difama, injuria, golpea, hiere y mata. Muchos hogares se derrumban por su causa y en las tragedias domésticas que ocasionan nacen la mayor parte de los adulterios, separaciones legales, fugas del hogar y uxoricidios, incomprensibles para el que ignora la alcoholización lenta de alguno de los miembros de la familia.

VI

La exigüidad del salario proveniente de la aglomeración humana en nuestras ciudades ha contribuido en mucho para tenerlas durante largos años en un estado estacionario, pues como apenas permitía subsistir al jornalero, nunca podía distraer nada para el ahorro, le era imposible aumentar las comodidades de la vida, ni emprender algo, siquiera fuese en escala reducida que le permitiera alguna actividad espontánea y algún participio en los provechos de la producción. Por el contrario la competencia de brazos lo ha obligado siempre á malbaratar su trabajo y á entregar á las faenas de su oficio todo el tiempo que no le era necesario para la satisfacción de sus necesidades animales. Ha bía estado pues condenado á no aprender nada de la vida distinto de su pocilga y su taller; su inteligencia se había estancado; y á la postre se hacia inepto para desempeñar un trabajo superior ó distinto del que aprendió para ganar con qué comer. Estas condi-

ciones han producido las clases sociales; es decir, grupos en los cuales el progreso en bienestar físico, desarrollo intelectual, y participación en los negocios generales de la comunidad, ha quedado sujeto á límites infranqueables á veces de generación en generación, obligando á sus miembros á vivir las mismas costumbres que sus padres, formándoles un coeficiente intelectual especial y hasta un tipo físico á cada una.

Verdad es que estas consecuencias han sido en parte neutralizadas y lo son más cada día por el desahogo creciente que ha ido teniendo el mercado de brazos, tanto por la emigración de los ociosos á otras regiones, como por el aumento de las empresas industriales. Así hemos visto que en un solo año ha subido el salario en el Distrito Federal, gracias á la deportación de rateros, á la emigración espontánea de otros trabajadores, que aprovechando los ferrocarriles, se van á donde pueden aumentar su jornal ó mejorar el medio donde viven; y principalmente, gracias á la facilidad de cambiar de trabajo, que permite la industrialización creciente de la Capital. Va pues desapareciendo la aplicación definitiva y fatal de sus actividades á un oficio único, así como el estancamiento de sus aptitudes y la restricción en las comodidades de que puede disfrutar. Es decir va naciendo el *pueblo de la democracia*. Ya es muy crecido el número de los que tan pronto son artesanos como soldados, labradores, gendarmes, sirvientes, opera-

rios, ó empleados, no habiendo por consiguiente entre ellos más diferencias que las accidentales de su ocupación; y pudiendo todos, según las dotes progresistas de que personalmente se hallan dotados, elevarse hasta los puestos más altos de la sociedad.

Pero esta neutralización no es completa en la capital, ni general á todas las demás ciudades: el mercado de brazos continúa aglomerado en muchas partes y los artesanos y profesionistas por ejemplo, no pueden cambiar de actividad, sino sacrificando algo de la remuneración normal que necesitan para sus hábitos especiales de vida. Además la industrialización es reciente, y todavía son estudiables como causas funestas á nuestro progreso, las consecuencias de una aglomeración de brazos, que todavía hace dos años depreciaba el salario hasta tener en situación famélica á los proletarios. Estas condiciones subsisten aún en el trabajo de la mujer; pues de ellas, no ha habido deportaciones que como la de los rateros, sangre periódicamente á su grupo congestionado: no emigran voluntariamente en pos de una mejoría de remuneración ó bienestar como los hombres, porque carecen de elementos para el viaje si requiere pasajes, ó de resistencia física si se emprende á pie: la demanda de su trabajo es menor, pues por distintas causas es preferido el trabajo del varón, y como su actividad se ha restringido á faenas más fáciles que las de aquél, su espíritu queda menos acondicionado para evolucionar en el desempeño cotidiano de sus labores; á lo que

por otra parte coadyuva el hecho de estar siempre unidas legal ó ilícitamente á un varón, bajo cuya potestad ó influencia pierden naturalmente la espontaneidad de conducta, que podría desprenderlas de las condiciones económicas y sociales en que han vivido.

Debido á todas estas causas nuestra sociedad presenta el curioso fenómeno de tener todavía clases sociales á la vez que una población flotante y amorfa, que puede tomar y toma los hábitos de vida de todas ellas; siendo mucho más caracterizada y definitiva entre las mujeres, esa parálisis senil de las sociedades estacionarias. No hay pues una sola condición de hombres y mujeres que como tipo medio de circunstancias civiles y tendencias psíquicas represente el espíritu mexicano; sino varias, tan perfectamente separadas por sus costumbres y carácter, como si la religión ó la ley las hubiera deslindado. La distinción vulgar de pueblo, clase media, y aristocracia no corresponde, sin embargo, á caracteres diferenciales importantes de los grupos, y menos la que se ha pretendido fundar en la diferencia del traje: hombres de camisa, de chaqueta y de levita; siendo manifiesto que en ambas es imposible subordinar los caracteres á los grupos inferiores. Las desecho por consiguiente, y propongo en su lugar la siguiente clasificación de los habitantes de la Ciudad de México, basada en la *vida privada* de los individuos; y que con pocas variaciones puede aplicarse á todas las poblaciones de la Mesa Central.

No es irreproachable; sino muy susceptible de mejorarse; pero como todas las clasificaciones están sujetas al objeto con que se hacen, consideraré útil ésta, si da una idea exacta de las distintas condiciones en que se manifiesta la vida civil de México. Con bastante aproximación puede verse en ella la evolución histórica de las relaciones sexuales; siendo peculiar á la primera la promiscuidad de los sexos con la esterilidad ó la pronta extinción de las stirpes; á la segunda la poliandria, con la extinción de la patria potestad; á la tercera la poligamia, con el estado doméstico de celos y rivalidades y á la última la monogamia, en la forma doble de matrimonios solubles y definitivos. Hay entre ellas zonas fronterizas donde se confunden las clases y subgrupos, así como las condiciones concomitantes del espíritu y de la remuneración é importancia del trabajo desempeñado por sus individuos; pero en lo general, marca con claridad las distintas etapas coexistentes de nuestra vida civil.

VII

A. — (a). — Hombres y mujeres infelices que no tienen medio normal, ni seguro para subsistir: viven en las calles, y duermen en los dormitorios públicos, hacinados en los portales, en los quicios de las puertas; en los escombros de casas en construcción, en algún mesón si pueden pagar por el *piso* tres ó cuatro cen-

tavos cada noche, ó arrimados en la casa de algún compadre ó amigo. Son mendigos, traperos de los basureros públicos, papeleros, seheras, hilacheras, fregonas, etc. Con mucha dificultad ganaban veinte ó treinta centavos cada día; hoy pueden ganar más pero la alza general de los precios, los deja en la misma condición de miseria. Están cubiertos de andrajos, se rasean sin interrupción, y en las greñas de sus cabezas se acumula el polvo y lodo de todos los barrios de la Ciudad. No se lavan sino cuando les llueve y sus pies descalzos y agrietados se encallecen y toman el color de la tierra. Por lo general no llegan á la vejez; sino á una decrepitud precoz, agotados por la sífilis, la miseria, el pulque y el mezcal.

Los hombres y mujeres de esta clase han perdido el pudor de la manera más absoluta; su lenguaje es tabernario (1): viven en promiscuidad sexual, se embriagan cuotidianamente, frecuentan las pulquerías de los últimos barrios; riñen y son los promotores principales de los escándalos; forman el antiguo leperaje de México; de su seno se reclutan los rateros y son encubridores officiosos de crímenes muy importantes. Insensibles al sufrimiento moral, el fisico les lastima poco, y poco gozan con el placer. Las enfermedades venéreas y el aborto hace á las mujeres de este grupo refractarias á la maternidad; la paternidad es imposible por la promiscuidad en que viven; y extinguidos

(1) *La Sevicia*, por el Lic. Julio Guerrero. — *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, tom. XIV, pág. 398.

estos dos gérmenes naturales del altruismo, son indiferentes á los sentimientos ajenos, y egoístas de una manera animal.

En todas partes se les vé como la nota repugnante de nuestras calles. Al hablar revelan un intelecto embrionario y tan destrozado por la vida como su cuerpo. Sus ideas son nociones rudimentarias de las noticias callejeras, los comentarios populacheros de los acontecimientos públicos, la fuga de un criminal, el veredicto de otro, la deportación de sus compañeros ó la cogida de un *diestro*. Son ateos con veleidades fetichistas por el *santo* de su escapulario, ó la *medalla* del rosario, que traen debajo de una camisa asquerosa. Su número es muy crecido; constituyen el bagazo de las clases productoras y sirven como marcas de relación para conocer las vorágines del vicio donde se hunden los desheredados de la civilización.

(b). — Con éstos se mezclan en algunos barrios de la Capital, aunque sin confundirse, los últimos restos de los antiguos aztecas. Los hombres son de calzón, camisa y sábana de manta: las mujeres, son flacas y envueltas en el *tepistle* azul y cubiertas con el *huepilli* amarillento, trenzadas con cintas verdes, y descalzas, van con el muchacho á cuestas y un montón de ramas secas ó malvas, que recogen de los solares y potreros sin cerca. Están más lejos que el grupo anterior del movimiento social; pero nunca llegan á su depravación, sino que tienen una moral muy supe-

rior. Jamás viven en promiscuidad sexual, reconocen á sus hijos, son afectuosos con ellos, y las mujeres atienden á su marido en su humilde jacal, conservándose fieles y amorosas. Su fidelidad es voluntaria; pues pocas veces se unen con lazos civiles ó religiosos. Son además humildes hasta las lágrimas, pero muy susceptibles á la injuria. No llega á trescientas palabras el vocabulario castellano en que se expresan; profesan el *fetichismo* católico, y sus necesidades son las primitivas de la vida social: siendo completamente desconocido el resto de su espíritu.

En el Valle de México están diseminados los indios, con muy distinto desarrollo moral y social; y pertenecen por consiguiente á un grupo más elevado, ó forman con el primero los últimos, únicos, y degradados restos del antiguo imperio mexicano en el Anáhuac. Los de Mixcoac, Tlalpan, Coyoacan, Amaquemecan, Texcoco, Chalco, Milpa Alta y otros del mismo rumbo se dedican á la agricultura, floricultura y horticultura. Son sanos, robustos, morales, trabajadores, católicos, honrados en sus compromisos, acaudalados, económicos, y llegan á tener bienes de fortuna de consideración, conservando con orgullo muchas tradiciones y costumbres de los primeros pobladores. Su alejamiento de la ciudad los ha salvado de la degradación; pero hay otros, como los de Ayotzingo cerca de Chalco, Jaloxtoc, junto á Guadalupe, las rancherías y barrios de Xochimileo, Tacuba, etc., que á pesar de este aislamiento no han

escapado á la más profunda abyección. Son feos, raquíticos, sucios, vagan harapientos por los campos, viven en xacalis con medios techos de *tejamanil*; y duermen en un petate, en la más inmunda promiscuidad de hermanos, hermanas, padres, hijos, tíos, y sobrinos sin conciencia de su abyección ni remordimientos por sus placeres.

VIII

B. — En la segunda clase pueden agruparse hombres y mujeres jerarquizados entre sí, según el monto de su salario; pero con un mismo coeficiente de moralidad, *habitat* y costumbres.

(a). — En primer lugar se encuentra la tropa cuyos individuos ganan \$ 0,31 centavos diarios, si pertenecen á la infantería y 38 si son dragones ó artilleros. La inmensa mayoría son *consignados* al servicio de las armas por algún crimen cometido en los Estados ó por arbitrariedades de los Jefes Políticos. Tienen por consiguiente algún oficio y la evolución de su espíritu pertenece á distintas etapas: pero tanto la disciplina militar, como la exacerbación de rigor que con ellos se usa por su origen militar espurio hace que vivan en el cuartel, siempre á la vista y orden de sus superiores. Carecen pues de vida privada y la más ligera iniciativa de su conducta depende de la Ordenanza. Tienen sobre las clases anteriores la ventaja del pundonor militar; y nociones más precisas de los deberes

sociales. El trabajo civilizador del Estado comienza en ellos, y á pesar de su origen espurio, muchos se regeneran, siguen con amor la profesión de las armas y llegan á grados muy altos por méritos indiscutibles.

Las *soldaderas* son más típicas en sus costumbres y carácter. Andan como las mujeres del primer grupo, cubiertas de andrajos y también desconocen el uso del jabón y del calzado. Durante el día no tienen más hogar que la calle; y la cuadra del cuartel en la noche. Sentadas en la banquetta, con el perro á sus pies, y el muchacho recostado contra el canasto, forman frente á los cuarteles, grupos que ocupan media calle; acompañan al marido ó amacio en sus marchas militares, llevando á cuestas al niño de brazos, el canasto lleno con ropa y los trastos de guisar. En el campo abandonado de batalla, llevan agua á sus deudos heridos; y despojan á los muertos del vestido, dejando sólo un calcetín á los oficiales para que por él pueda reconocerse su categoría.

La mayor parte son concubinas de los soldados pero fieles, y jamás tienen dos amacios á la vez, ó un marido y un amacio cuando son casadas. En este caso su matrimonio es el religioso, si se casaron antes de que el varón ingresara á las filas; y el civil cuando es posterior. Son celosas y valientes, habiendo, muchas veces, saqueado las poblaciones pequeñas; pues se encargan de procurar alimentos á la tropa; y los consiguen por la fuerza, cuando los rehusan los dueños de tiendas, corrales ó rancherías. Presentan

una particularidad fisiológica muy curiosa. Cuando están de marcha suele suceder que se les precipita el alumbramiento. Un grupo de sus compañeras forma círculo alrededor de la enferma; se recoge el niño: muchas continúan la marcha terminado el acto, y las más delicadas al día siguiente.

Son excesivamente desvergonzadas; usan el lenguaje más soez de nuestro pueblo; aunque son analfabetas al rape, conocen una gran parte de la República; y están avezadas á todas las miserias humanas, principalmente á los abusos de autoridad: saben guisar, coser mal y lavar la ropa del marido, pero no la planchan. Representan la etapa primera de la civilización en nuestra sociedad: pero su credo moral no consta sino de dos preceptos: fidelidad absoluta y abnegación incondicional por el marido ó amado; y acatamiento en segundo grado á la oficialidad del batallón ó regimiento.

(b.). — El movimiento industrial, que últimamente se ha desarrollado en la República, ha formado la clase de los obreros ú operarios; es decir, de los trabajadores que sin conocimientos especiales de ningún oficio, entran á desempeñar las faenas musculares de las fábricas y talleres, que hasta el año de 1896, en que tomó importancia el movimiento de industrialización, eran 248 en el Distrito Federal. — Son los recién redimidos de la miseria por el trabajo, y aunque todavía obran por inercia las fuerzas depravadoras en su espíritu, por el industrialismo escapan de caer en

la última clase de nuestra sociedad. Tienen de catorce á cuarenta años, rara vez viven más; y su jornal, que en 1896 era de 37 á 75 centavos, fluctúa hoy entre 50 y 100: los muchachos no llegan al primer tipo; y las mujeres tienen uno medio; entre el de los adultos y el de los adolescentes. De las clases libres ésta es la primera que usa calzado y pantalones. Las mujeres se abrigan con rebozo (1), visten sacos y enaguas de per-

(1) El uso de esta prenda de ropa está perfectamente descrito por *Fuendo* (*José T. Cuellar*) en el tom. X, pág. 145 de « La Linterna Mágica ». « El rebozo, dice, es un chall escurrizado y « cuya docilidad confianzuda le dá el aspecto de usado desde antes « de venderse. Debajo del rebozo se oculta la cabeza desgredada. « la camisa de dos semanas, la falta de abrigo para el cuello, la del « corsé, la del corpiño y la de las mangas; oculta las líneas del « tallo, obliga al espectador á prescindir de todo exámen: no es una « pieza que viste, sino una funda que impide que se vea: sirve de « sombrero, de abrigo, y de paraguas: si llueve la propietaria se « cubre la cabeza no para no mojarse, sino para aprovechar el agua « filtrada: si hace frío el rebozo tapa la nariz, no para abrigarse, « sino para hacerse la ilusión de que se defiende del frío, respirando « su propio aliento: si hace calor, cae de la cabeza y de la barba: « si se trabaja, no se dejan caer las puntas; si se recibe una decla- « ración amorosa, el rebozo se lleva á la boca con la mano: esta es « la mímica obligada del pudor: si se roba algo se esconde debajo « del rebozo: si se tiene un niño el rebozo es cuna, vehículo y « abrigo, venda, hamaca, regazo y biombo. La seducción amorosa « se pone en práctica tirando del rebozo: y cuando se le quiere « hacer un mal atroz á una mujer se la priva del rebozo, que equi- « vale á arrancarle la coleta á un chino; si se le quiere hacer un « gran obsequio se le regala un rebozo; y cuando en la abundancia « esa misma mujer quiere emplear en algo su dinero, compra un « rebozo más caro que el que usa.

« Muchas señoras profesan todavía al rebozo un afecto especial: « surtido el guardarropa con todas las confecciones europeas, se « escurre el rebozo de silla en silla con esa flexibilidad perezosa de « su tejido liso y acomodaticio; y sirve para las jaquecas, para « los flatos y para el deshábille. Tapa los broches que faltan, el

cal y se presentan en el taller, peinadas de dos trenzas que unen por la espalda. Son afectísimas á los anillos de cobre y ebonita, que usan en varios dedos á la vez. Su lujo consiste en una mascada de seda, y botines de charol. Los hombres usan blusa y su lujo como el de todo mexicano tradicionalista es sombrero jarano más ó menos galoneado.

Viven en cuartos redondos por las vecindades de los barrios : casas de caño descubierto que corre por en medio de un patio obstruido por tendedores; y lo arriendan á veces entre dos ó tres obreros, por tres y cuatro pesos mensuales. El uso de la luz artificial co-

« rasgón del talle, la varilla rota y otras deficiencias. Sirve para « estar en Tacubaya y para decir al transeunte : « *aquí estamos « establecidas* » : ahorra sombreros, lazos y otras muchas cosas « costosas », etc.

Es sin embargo una prenda de exquisita elegancia, y da un carácter pintoresco y nacional á la que lo sabe llevar, cuando sirve de atavío á la belleza y á la juventud. Las criaditas se lo embozan y dejan extendida la punta tejida y flecada sobre la falda planchada de peral claro, *ampona*, y con olanes almidonados, y sobre el delantal de cambaya morada y asomando el botín brillante de charol. — La *charrita* lo tuerce sobre el hombro y con el *jarano* galoneado y maneja la rienda del caballo avanza al trote, sacudiendo la falda y enseñando el zapatito bajo, bajo las enaguas del castor encarnado. Las muchachas de los pueblos y de las colonias de la capital usan rebozos de seda, azules, rosa, crema, amarillos, etc., y doblado en muchos pliegues á lo largo, lo cruzan como banda doble sobre el pecho, ciñendo la cintura y dejando caer las puntas sobre la espalda. Como visten á la moda y esta prenda les exime del sombrero ; lucen toda la elegancia de su talle y cabeza ; y andan con la libertad que esa prenda de confianza, en las colonias y en los barrios les permite. No hay sombrero ni adorno, que contribuya tanto á realzar la belleza de una muchacha bonita como ésta, por todos los pliegues coquetos, fáciles y artísticos de embozo, bandas, abrigo, tocado, etc., que puede permitir.

mienza en esta clase, aunque reducido á las primeras horas de la noche : la indumentaria comienza también en ella por unos cuantos trastos de barro, una mesita de palo blanco, la cama en bancos y con petate. La estampa de algún santo clavada en la pared, y un vaso para la lámpara de aceite que arde siempre completan el menaje.

Blasonan de estar libres para desligarse de cualquiera relación amorosa, siendo muy raro entre ellos el matrimonio. Las mujeres procuran no tener más de un amante á la vez, en teoría ; pero en realidad viven en estado poliándrico. Los hombres por su parte se *enredan* con todas las que pueden, lo que con frecuencia ocasiona reyertas entre los rivales, que con mayor ó menor derramamiento de sangre, acaban con un cambio de amante y de domicilio. Por espíritu de cuerpo se ayudan mutuamente fuera del establecimiento ; pero dentro de él son díscolos y envidiosos, principalmente las mujeres. Á unos y otras inculca la disciplina civilizadora del taller, algunas ideas de orden, decoro personal, altruismo y subordinación al deber ; pero las abandonan fácilmente cuando obran fuera de su influencia, y siguiendo sus inclinaciones personales. Mucha vigilancia necesitan los principales para evitar el raterismo entre ellos ; y tienen empleados especiales que los registran al salir de los talleres.

Entre ellos ha persistido la antigua costumbre del *velorio*, el antiquísimo festín fúnebre de los pueblos heroicos : pero degenera con frecuencia en bacanales

sangrientas al rededor del cadáver, y á la luz humosa y amarillenta de los cirios. No pierden verbena, festividad cívica, parada militar, fuegos artificiales, ni maroma; y los días onomásticos, organizan bailes á escote, con música de cilindros; pero sostienen y excitan su alegría con pulque, mezcal y vino de membrillo.

Son completamente analfabetas; la mayor parte no sabe leer: del mundo, á veces no conocen sino su barrio; el de la fábrica y algunos pueblos vecinos á la Capital: de la vida, los fenómenos sexuales, las relaciones naturales que producen, y el comercio al por menor de *tendañón*, verdulería y mercilleros ambulantes, que venden á las mujeres, tiras bordadas, peines, espejitos y demás chácharas, á precios dobles y triples que en los almacenes: la crónica escandalosa de sus vecindades, y algunos episodios estrambóticamente adulterados de las glorias nacionales completan su ilustración.

(c.). — Los sirvientes *gatos* ó *garbanceros* ganaban desde dos hasta quince, y hoy desde cuatro hasta veinte pesos mensuales, la comida y su *ración*; es decir, diez, quince y veinte centavos diarios más para sus gastos menores. Se distinguen de los demás trabajadores en que están incorporados en la casa donde sirven, quedando sujetos á las órdenes incondicionales de sus amos en cualquiera hora que se les ocupe. La industrialización creciente ha hecho escasa la servidumbre de hombres y tiende á ser sustituida por

muchachos; pero todavía hay muchos de aquellos, que deben distribuirse en dos grupos muy diferentes.

(a.). — El primero consta de campesinos del *interior*, es decir de los Estados circunvecinos al Distrito Federal: son robustos, sanos, á veces hermosos, de raza india pura ó poco mezclada, amantes del aseo, fieles á sus amos, sencillos, honrados, laboriosos y económicos. Reunen sus salarios para ayudar á sus padres ó para regresar á su tierra y sembrar sus milpas. — Tienen un respeto profundo por aquéllos y por sus amos: se unen invariablemente por el matrimonio religioso: su catolicismo es el del Padre Ripalda, pero sinceramente profesado: y la abnegación y desinterés de que son capaces es una virtud de que sólo ellos dan ejemplo. Su inteligencia es fría, sin fantasía, pero clara y dotada de una observación fija y constante, aprenden las costumbres de las casas donde sirven y el carácter de sus amos, á los que pronto cobran cariño; si no son humillados con malos tratamientos ó abusos de otro orden que los envilezca ante su propia conciencia.

(b.). — El segundo grupo es muy diferente, consta de hijos de artesanos ó de otros criados y padres desconocidos; pero está compuesto principalmente de mujeres; pues es raro el varón citadino que entra de sirviente, encontrando con facilidad otro modo más libre de vivir, si sabe trabajar. En el caso contrario, cae irremisiblemente en la clase de los *léperos*, de los miembros inútiles ó nocivos á la sociedad, y que

no pueden ingresar á ninguna casa, por la costumbre de sólo admitirlos con el *papel de conocimiento*, es decir previa alguna referencia escrita de persona honorable.

En cuanto á las mujeres de este grupo son por lo general mestizas, pero el cruzamiento se ha hecho en ellas de una manera inarmónica, y en su cara ó cuerpo, siempre se nota el predominio de una facción ó miembro á expensas de otro. Aun las que pasan por bellas ó bien formadas, tienen algo de prognatismo, senos frontales, orejas deformes, ó algún otro estigma que inmediatamente las revela como degeneradas; ostentando irregularidades concomitantes en su carácter. Su cerebro es una mezcla estrambótica de las ideas que espontáneamente produce su cerebro, que se halla en un estado psicológico de creencias en brujerías y hechizos, y de las que oyen á sus amos. Presuntuosas con sus parientes y amigos: difaman sin cesar á las personas que sirven: son de moral relajadísima y tienen amores simultáneos ó sucesivos con los mozos de la casa. Ellas son las que inician á los niños de la familia en los secretos del amor; forman la primera novela de los estudiantes, y son las que persigue con más tenacidad la policía de sanidad.

Las enamoran á empellones, y á tenderos ó carniceros sacrifican su virtud en los primeros años de la nubilidad, trastornadas por el pulque ó dominadas por la fuerza bruta. Cuando se encuentran grávidas, acuden á viejas celestinas que las ayudan á salir del paso;

pero dejándolas á veces enfermas para siempre; pues practican el aborto (1), algunas el infanticidio y pocas son las que no abandonan á sus hijos. Para obsequiar á sus amantes hurtan objetos ó dinero en las casas donde sirven. Revelan al que quiere escucharlas la vida íntima de éstas; y por su conducto se requiere de amores más ó menos lícitos á sus amas. Rinden culto sin límites al valor; y están acostumbradas á verse disputar á puñaladas, para entregarse al vencedor.... y á veces al vencido también.

IX

C. — La tercera clase ha evolucionado más que las anteriores; y se compone de hombres y mujeres que forman un hogar definitivo, aunque no insoluble, y afrontan todas las responsabilidades que implica la formación y sostenimiento de una familia. Consta de dos grupos diferentes: los mexicanos y los extranjeros.

(a.). — Este grupo está compuesto de artesanos, gendarmes, empleados inferiores del comercio, y oficinas públicas, escribientes, oficiales subalternos del ejército, etc. Muy rara vez se unen por vínculos civiles: la mayor parte solo lo está por el matrimonio religioso; ó por un simple amaciato, pero éste se hace

(1) El número de abortos conocido oficialmente como nacidos-muertos en 1898 sobre una población de 473.820 habitantes en el Distrito Federal fué de 1664.

vitalicio con frecuencia. En vez de cuartos habitan viviendas limpias, y en barrios más céntricos que los obreros : toman pulque en la comida, pero reprueban la embriaguez, cuando menos en teoría. Los hombres visten trajes de casimir compuesto de *saco*, pantalón y chaleco; el *plaid* como abrigo, y sustituyen el fieltro al sombrero jarano. Las mujeres visten de percal y rebozo dentro de casa : *tápalo* de merino negro *para salir*. Se adornan con aretes, prendedores en la mascarada y anillos de plata : usan cubiertos en la comida ; tienen una criada con atribuciones generales : se alumbran con parafina : y conocen el uso de medias y pañuelos : pero no el del corset, ni de otras prendas interiores.

La fidelidad masculina se quebranta con frecuencia, pero las mujeres guardan la fé jurada; y son pudorosas y castas, repugnándoles las palabras y actos obscenos. Los hombres tienen sus veleidades de incredulidad religiosa; pero las mujeres son sinceramente católicas; levantándose su credo en muchos grados al de la obrera. No es ya una superstición y un culto idólatrico á la estampa bendita ó al santo de su parroquia, ni un fanatismo rudo tampoco. Saben algunas leyendas de santos, conocen la vida anecdótica de algunos papas, saben el catecismo, siguen con el Lavalle las ceremonias de la misa y tienen algunas relaciones de parentesco, amistad ó penitencia con sacerdotes á quienes manifiestan respeto y cariño.

La pasión dominante de ellas es la vanidad por el

puesto de su marido ó amacio, y la de éstos el valor. Siempre hablan de proezas llevadas á cabo por ellos mismos entre copitas de anisete y mientras juegan al dominó en la cantina de la esquina. La instrucción no pasa de la primaria en ellas : leen despacio, escriben con letras chuecas, y hacen las cuentas de su gasto y compras con garbanzos y frijoles. Van á *tandas* los domingos en la tarde, cantan trozos de zarzuela, hacen bailecitos caseros los dias onomásticos con violín, flauta, bandolón é intervalos de canciones y *jarabes*, que aunque suelen terminar en disgustos, muy rara vez requieren la intervención de la policía.

Los hombres tienen, aunque escasa, una instrucción muy superior á la de sus mujeres, y aparte de la técnica de su oficio ó de la que les da su ocupación, conocen una gran parte de la República ; pues la mayor parte son *fuereños* : se forman una idea bastante clara de las noticias y artículos periodísticos; pero son furiosamente afectos á lo novelesco y á lo trágico. En cuestiones de política forman un grupo muy considerable de jacobinos principiantes, aunque no faltan entre ellos espíritus timoratos, que sin opinión política fija rechazan terminantemente las disolventes del jacobinismo.

(b). -- La gran variedad de nacionalidades y categorías á que pertenecen las familias extranjeras residentes en México no permite dar sino lineamientos generales respecto á su carácter y vida privada; que por otra parte casi nunca son definitivos; sino que tienden á cambiar á medida que progresan.

(2). — El primer grupo lo componen jóvenes empleados del comercio francés de lencería llamados familiarmente *calicots*. Son solteros refractarios al matrimonio y á cualquiera otra relación que pudiera hacerles gravosa la vida, hasta que no puedan ganar lo suficiente para cambiar de estado. En los españoles persiste la tendencia á enlazarse con las hijas de sus patrones ó con viudas acaudaladas, que tanto se les censuraba en los tiempos virreinales. Unos y otros viven en el almacén donde trabajan; reciben un poco de su sueldo y dejan allí el resto á interés. Son trabajadores, honrados, sencillos de costumbres y muy poco ilustrados. Encerrados durante el día tras el mostrador, salen un rato en las noches y los días de fiesta, para volver á sus faenas hasta que pueden establecerse por su propia cuenta é ingresan en una clase superior.

(3). — El segundo grupo está compuesto de alemanes y ocupan empleos de escritorio en casi todo el comercio de la capital, sobre todo en la contabilidad. Su inteligencia é ilustración son muy superiores á las de los anteriores. Conocen varios países, hablan tres ó cuatro idiomas, saben su historia, política y literatura: tienen hábitos de civilidad é inmediatamente procuran contraer matrimonio con alguna mexicana, formando una familia en la cual cumplen con lealtad sus obligaciones. Muy pronto hacen fortuna y llegan á ocupar los principales puestos en el comercio.

(4). — Últimamente han inmigrado muchos ameri-

canos, entre los que deben distinguirse los aventureros y los hombres de trabajo. — Los primeros han introducido el *humb bung*, es decir, la apariencia de riquezas y negocios para engañar y estafar á los demás. Anuncian mucho, no cumplen sus compromisos, es preciso lanzarlos judicialmente de los locales que ocupan, y perseguirlos criminalmente por los ardidés constantes de que se valen para estafar, sobre todo á sus compatriotas. Establecen empresas que á poco quiebran. No tienen familia, viven en hoteles, son abonados constantes de las cantinas de Plateros, en el día y de los lugares mal afamados en la noche.

El grupo de los americanos honrados está compuesto de empleados de ferrocarriles, bancos, y empresas industriales. Son infatigables en el trabajo: siempre siguen el procedimiento que les da mejores resultados con menor gasto de tiempo y de trabajo. Su ilustración, aparte de la teórica de su propio oficio, es rudimentaria pero enciclopédica. Su inteligencia es fría y su carácter serio y reservado. Apegados al hogar, procuran constituir el suyo lo más pronto posible uniéndose con alguna compatriota. Las ligas que tienen en su patria con los directores de las empresas americanas establecidas en México les permite conseguir un sueldo en oro; mientras que sus compañeros mexicanos lo perciben en plata; pero su labor no es superior á la de éstos, como lo han demostrado las empresas ferrocarrileras, sustituyéndoles en

masa por empleados mexicanos en todos los puestos, con excepción de los cargos de la Dirección.

(δ). — Las mujeres de todos estos grupos forman uno solo por la identidad de carácter y de hábitos. Están avezadas á una lucha industrial más ruda por la existencia que las nuestras; y son por lo general egoístas, ilustradas muy superficialmente y tolerantes en cuestiones religiosas. Tienen del matrimonio un concepto utilitario; su divorcio es absoluto con frecuencia por motivos de interés y para recobrar su libertad. Las relaciones ilícitas no les parecen escandalosas, ni los afectos de familia tan dominantes como á las nuestras.

Lo que las distingue sobre todo es la firmeza de carácter y la igualdad para compartir los derechos del matrimonio con el marido. Tienen con frecuencia establecimientos mercantiles ó industriales en pequeño, cuyos productos manejan á su antojo, y si los aportan al matrimonio los asientan metódicamente en el Debe del marido ó en el del fondo común, según lo hayan estipulado; pero ante criados y parroquianos, parientes y amigos, ostentan y reivindican, y mientras más recio mejor, el derecho de administrar, mandar, y tratar con particulares y autoridades: sobre todo cuando, como suele suceder, tienen en su establecimiento á sus maridos como dependientes, con sueldo fijo y obligaciones prescritas.

El simple conocimiento de los idiomas de los países donde han vivido y que han aprendido iniciándose

en sus diferentes costumbres, les da una superioridad de juicio sobre nuestras mujeres de su misma clase, que las eleva, desde su llegada al país, á una posición social muy superior á la que por sus méritos y aptitudes les correspondería en su patria; pues no sólo ven dos fases de la vida, sino que comparan los dos criterios con que de ellas se juzga, duplican sus nociones y desprenden inducciones correctísimas, que dan una consistencia varonil á sus pensamientos.

X

(D.). — La última clase comprende á los que se dedican al trabajo intelectual y á los que hacen de sus ocupaciones el arreglo de las actividades ajenas. Consta de abogados, médicos, ingenieros, artistas, periodistas, profesores, comerciantes en grande, hacendados, militares, empleados superiores del gobierno, etc. Viven en casas solas ó viviendas principales con piezas diferentes para las distintas necesidades domésticas, y con menajes diferentes para cada una. El *confort* comienza en ellos; y llega según las fortunas al lujo; pero hay una condición de indumentaria general á todos: como es, la alfombra, el vestido á la moda, libertándose de los patrones tradicionales, guantes para las ocasiones solemnes, y para traje de calle, en las señoras, la sombrilla, sombrero, perfumes y ropa interior.

Moralmente se caracterizan por la honestidad en el

lenguaje y hábitos privados. Los jefes de familia la reglementan en un respeto constante hacia sí mismo, haciendo observar en forma de asco todas las prescripciones de la higiene; y en un respetomutuo entre sus miembros, imponiendo en el trato las formas de una urbanidad, afectuosa y sin etiqueta pero estricta. Las mujeres son fieles, y están unidas á sus maridos por lazos civiles y religiosos, que no rompen por divorcios, ni por separaciones ilícitas; aunque los maridos por lo general, tengan deslices de amor más ó menos trascendentales. Pero lo que sobre todo las caracteriza es un altruismo inagotable, y una delicadeza de sentimientos enteramente peculiar á ellas... Hijas de las damas españolas y mestizas de la época colonial, educadas en las mismas máximas de virtud que ellas, y acrisoladas en la sangrienta época de nuestras revueltas políticas, son el producto terminal de una larga selección educativa que las ha constituido en una variedad psíquica de la especie humana. Son criaturas genuinamente aristocráticas; es decir, organismos exquisitos en los que se han atrofiado muchos de los instintos egoístas; y cuyas necesidades y manifestaciones psíquicas han perdido la rudeza orgánica de la naturaleza. Siempre tienen frases de compasión para todas las miserias: todas las faltas las disculpan; y ante el jefe del hogar son intercesoras incansables, para impedir que la autoridad doméstica ó pública de que aquél dispone, se ejerza con severidad. Siempre hallan la manera de hacer economías, para

dar un pan á los menesterosos; y nunca acuden á ellas, huérfanos, señoritas pobres vergonzantes, ó ancianos desvalidos, sin recibir de ellas, ropas, ó auxilios en dinero, sin hacer ostentación de sus caridades. Recogen muchas bendiciones, más ingratitudes, pero repiten sus beneficios sin fatigarse jamás, sin desengañarse, ni esperar gratitud, premios ó alabanzas.

Su actividad constante se manifiesta en las formas exquisitas de una urbanidad de tal manera congénita, que para sus ternezas, caridades, intercesiones, disputas, etc., tienen siempre una frase, un tono, un ademán, una sonrisa, ó una mirada tan espontánea, dulce y cariñosa que no sólo arrancan indefectiblemente del beneficiado ó interlocutor un franco homenaje á su inmensa superioridad moral; sino que obliga á procurar, que telas, vajillas, literatura, artes, fiestas, conversaciones; y hasta la crítica de arte, en mucho la moral, y en lo que les concierne la legislación, tomen una forma delicada, cuando de ellas se trata, para ellas se destina ó de ellas proviene. Y esta sensibilidad y maneras son refractarias á toda alteración que proviniera de las condiciones económicas de su vida; pues lo mismo son en la más estricta pobreza que en salones tapizados de espejos y gobelinos.

Son instruidas, católicas por lo general y suelen cultivar con éxito las bellas artes, que refinan más y más sus sentimientos; pero sin debilitar sus energías; pues cuando se ponen á prueba sus cariños, desarro-

han esfuerzos y resistencias heroicos (1) aunque conserven siempre como las damas de Shakespeare « el alma tan sensible á los reproches, que para ellas,

(1) Podría citar entre centenares de heroínas á Leona Vicario, á Doña Josefa Ortiz de Domínguez, á la esposa de Aldama y á otras de fama menos conocida, pero cuyos hechos han recogido los historiadores. E. Lefevre en su Historia de la Intervención Francesa en México cita el siguiente: Tom. I, pág. 424. — « Una de las excursiones de la contraguerrilla dió lugar á una escena conmovedora. En una marcha hecha por Catastla, cuya población reclamaba sin cesar el apoyo de los franceses, se hizo prisionero á un tal Molina, en el momento en que facilitaba la huida de los guerrilleros reunidos en su tienda, cortando con un machete los ronzales de los caballos atados en el corral para apresurar la salida de los jinetes sorprendidos.... El Coronel Dupin condenó á Molina y á uno de sus parientes á ser fusilado en el acto.

« La mujer de Molina estaba presente. Pidió gracia por su marido; pero el Coronel no podía concederla y los dos sentenciados cayeron á su vista.

« Ella se quedó fría é impasible: la tropa se puso en camino. « Cuando el Coronel Dupin partió á caballo, la mujer de Molina se cruzó fieramente delante de él y con la mano levantada le gritó: « Antes de ocho días, Coronel, morirás ». Después desahogó llorando.

« El 27 de Septiembre el Coronel se fué á Veracruz... y á las tres de la tarde los wagones del ferrocarril en medio de los bosques de la Pulga caían en una emboscada horrible: la locomotiva fué derribada de sus rails; los coches se amontonaron unos sobre otros.

« De lo alto de los dos bordes de la vía de hierro las guerrillas mexicanas hacían un fuego nutrido sobre los wagones y los viajeros. La caballería enemiga desfilaba por ambos lados de la vía: « el comandante de batallón Ligier jefe superior de la Soledad fué matado. Los egipcios y franceses resistieron heroicamente; pero quedaron en el sitio muchos cadáveres. Los heridos recogidos en la tarde contaban que por todas partes cuando las guerrillas registraban los cuerpos, se esparcía este grito de venganza: ¿Dónde se halla ese miserable Dupin? »

Nada como se vé había economizado la viuda de Molina para realizar sus amenazas.

« las palabras duras son golpes, y los golpes son la muerte ». El simple desamor de cualquiera de sus deudos les es insoportable; y la sevicia en estos organismos de sensitivas sería muy fácil, si á la par que ellas han evolucionado, el hombre no hubiera evolucionado también, y convirtiéndose por el trato y para el trato con ellas, de un simple varón en un cumplido caballero.

La *señora decente*, que es como se designa á la mujer mexicana que reúne estas condiciones, y que en ella resume las más preciadas cualidades de nuestra sociedad, tiene también un tipo nacional. De estatura más bien alta que baja; esbeltas de tallo y seno turgente, la tez de un pálido frigueño que sonrosan con facilidad los rubores de la modestia; pelo negro ó castaño oscuro, suave, largo y abundante, pies y manos pequeños, ojos negros rasgados, y de miradas entornadas, en los que brillan las ideas más puras; van y vienen constantemente, con su andar nervioso, por los corredores llenos de macetas y pájaros, ó bajo los *portieres* de las piezas, llevando al niño asido de su falda y difundiendo vida y contento en la casa donde reinan sobre esposos, hermanos, hijos y servidumbre con el imperio indisputable del amor.

Es verdad, que coexisten con ella tipos muy diferentes. Hay la *beata* flaca, larga, de moreno obscuro y bruñido por el desaseo, entabacada y que desatiende sus obligaciones por vivir en la Iglesia, ó para difamar entre el humo del cigarro, y en corro de comadres á

sus vecinas ó parientes. Hay la cortesana clandestina de vecindad, que en su afán de aparecer rica, vende el honor de su marido y gasta en afeites y sombreros la renta de la casa ó el gasto semanario. Hay otras indolentes, obesas, sin más ideas en el cerebro, que un menú futuro ó el recuerdo de comilitonas célebres : otras en las que un raquitismo fisiológico deseca el espíritu, y que llenas de ideas sombrías, deslizan su existencia como fantasmas en casas silenciosas y oscuras, de puertas cerradas y estampas de Dolorosas y crucificados. Hay histéricas, nerviosas, biliosas, intransigentes, entrometidas en todo lo que no les importa; y cuya presencia en la casa se revela por sus gritos al marido, reprensiones á los hijos, disputas con los criados y pleitos con los vecinos... Interminable sería la lista de todas las *variedades* que encierra esta clase, si me propusiera describir tipo por tipo á todos los que la forman; pero entre ellos hay uno nacional, y ese es el noble que he descrito. Así son las esposas de nuestras clases directoras y puede simbolizar á la sociedad mexicana, de la misma manera, que una especie vegetal representa la flora de una comarca. Cuando se dice que á cierta altitud se da la palmera, no se quiere expresar que allí sólo hay palmeras; sino que es la producción más perfecta y abundante, aunque haya cardos y zarzales ó camelias y gardenias á su pie.

LIBRO IV

LOS ATAVISMOS

Sumario. — I. Carácter disolvente de la guerra de Independencia. — Fué el principio de la disolución de la sociedad colonial. — Agotamiento de las instituciones católico-monárquicas en México y Sud-América. — Carácter destructor y fatal de aquella guerra. — II. Disolución de las tres jerarquías del gobierno colonial. — Destrucción del *imperium* y de la disciplina militar. — Bandidaje militar. — III. La milicia convertida en profesión lucrativa. — Miseria é ignorancia generales. — IV. Pronunciamientos militares y del paisanaje. — Guerrilleros. — V. Ladrones, salteadores y plagiarios. — Lozada. — VI. Sistemas de civilización empleados con los indios. — Presidios. — Misiones. — Incursiones de salvajes en la frontera septentrional. — VII. Efectos destructores de pronunciados, ladrones y salvajes. — VIII. Desarrollo de la ferocidad é instintos sanguinarios en la masa de la población mexicana. — Monstruos del bandidaje militar. — IX. Esta ferocidad fué un caso de la Ley biológica de la « *Adaptación al Medio* ». — Carácter sanguinario de las guerras civiles en México. — X. La ley fuga, Cortes marciales. El *neronismo* de Bustamante, Santa-Anna, Rojas, Márquez, Miramón, etc. — Reaparición atávica de los conquistadores españoles. — XI. Circunstancias vulgares de los delitos de sangre en México. — XII. Reaparición atávica de los sacerdotes de Huitzilopochtli.

I

El movimiento insurreccional de Hidalgo, aunque noble por su abnegación, y grandioso por sus aspira-

ciones no fué sino de *disolución*, en la vieja sociedad colonial, nacida, formada y mantenida para gloria y provecho de los españoles peninsulares; y con un éxito tal, que cuando en 1784, ya estaban planteadas muchas de las mejoras iniciadas por los Borbones, el comercio de exportación ascendió á \$ 81.520.490 (1) : cifra que solo se ha alcanzado después de ochenta años de vida independiente. Pero de todos modos esa revolución fué disolvente; es decir terminal, de conclusión, el último fenómeno político, que inevitablemente debía producir una organización social gastada, y que había evolucionado desde el Siglo XVI sin alterar en nada sus principios constitutivos. En vano fué que durante once años las armas virreinales la combatieran, que logaran confinarla á las montañas inaccesibles del Sur; y que Iturbide pretendiera, con la ocupación de los puestos públicos indistintamente por criollos y peninsulares, darle el carácter de revolución política. No fué más de una convulsión social, que sacudió á todas las masas de la colonia: la destrucción *necesaria* de una organización gubernativa; y con ella, la de toda propiedad, costumbres, instituciones é ideas que le dieran fuerza; para que después viniera un cambio completo de máximas políticas, de preceptos de moral privada, de ideas, hábitos y necesidades de acuerdo con la vida natural de la sociedad emancipada.

(1) José María Luis Mora, *opus cit.*, tom. I, pág. 252.

En efecto, la inmensa mayoría de los indios, criollos y *castas*, vivían en la vieja sociedad de la Nueva España, ignorantes de las cosas de gobierno, alejados de él, y mantenidos en un olvido sistemático de todas las artes y ciencias que hubiera sido necesario conocer para comprenderlo; las que por otra parte, tampoco eran muy familiares, á los españoles, ni á la parte entonces ilustrada de la Europa; pues á fines del siglo pasado, dominaba en la especulación la filosofía política de los enciclopedistas, el jacobinismo metafísico de Rousseau y las negaciones de Voltaire: llena toda de abstracciones, neceidades y mentiras; mientras que un empirismo rutinario dirigía las actividades industriales, el manejo de las oficinas y el de los negocios particulares. Ni Hidalgo ni los demás caudillos, pudieron por consiguiente, formular sus aspiraciones en programas prácticos; ni concretar sus aspiraciones como lo hicieron los norte-americanos en sus quejas; ni siquiera regularizar sus movimientos con fines estratégicos, políticos, ó financieros (1). Desde la noche del « grito » la insurrección se presentó por consiguiente, como una simple negación de todos los principios reinantes de gobierno: como una rebelión contra todas las autoridades, y como una guerra á muerte, despiadada y sin cuartel, de desolación y exterminio, perfectamente simbolizada en el grito de guerra adoptado desde entonces: « Muera el

(1) Emilio del Castillo Negrete, *opus cit.*, tom. I, José Luis Mora, *opus. cit.*, tom. IV, pág. 5.

mal gobierno » ; y que las masas rebeldes trocaron en el de : « mueran los gachupines ». La nobleza en el comportamiento de muchos caudillos, el genio militar de otros, lo heroico de algunas batallas, lo sublime de muchas abnegaciones, y la épica tenacidad con que se llevó á cabo la Independencia, hicieron de esa *revolución* una guerra sagrada para los mexicanos ; pero no le quitan su carácter de disolvente y destructora que le asigna la Historia ; y de la cual la guerra contra el gobierno virreinal, no fué sino el primer acto, en el drama de setenta años, que duró la convulsión social, determinada pero no causada por Hidalgo.

Para evidenciar este fenómeno es preciso revisar las instituciones coloniales y el estado de vetustez y ruina á que habían llegado. — La radicación constante y definitiva de familias peninsulares en la colonia, durante tres siglos ; el nacimiento y aclimatación de stirpes criollas en ella ; el cruzamiento de razas á pesar de las prohibiciones legales, y la separación sistemática de gobernantes y gobernados, que el régimen aristocrático producía, habían concluido por formar un producto étnico tan diferente de los españoles como de los indios aborígenes ; con aspiraciones, tendencias, carácter, inteligencia y sentimientos, no sólo diferentes de los que tenían las clases gobernantes ; sino que hacía de las instituciones y principios morales que á éstos regían, un sistema ya inútil y aun nocivo á la raza nueva, que se había desarrollado en el territorio de la Nueva España.

Así fué como la moral asceta del Siglo XVI llegó á no regir las costumbres, sobre todo desde la corrupción que en ellas inculcó la corte de Iturrigaray ; (1) y sin embargo, cohesionados con ella, los magnates, se convertían en *tartufos* de la Iglesia ó del Virreinato y acaparaban tesoros y dignidades á expensas de feligreses y gobernados. Ya establecida la monogamia con el matrimonio católico ; el respeto á la vida humana, con los preceptos penales, contra homicidas y heridores ; vinculado el respeto á la propiedad con las autoridades y tribunales, era inútil la rigidez medioeval del ascetismo predicado por el clero y sancionado por la opinión pública. Además, como tampoco se empleaban ya en misiones las riquezas inmensas de las fundaciones (2) ; ni eran necesarios en el interior de las colonias, los vastísimos conventos almenados, en cuyo recinto las artes y la agricultura habían encontrado amparo contra los salvajes, de la misma manera que en el Siglo IV habían servido contra los bárbaros ; la institución de religiones, provinciales, reglas, sedes y cofradías carecía de objeto.

La Jurisprudencia había decaído á una logomanía caótica y contradictoria, que ya no allanaba los conflictos de intereses en el interior de la colonia. Si se trataba de poderosos, es decir, de clérigos, militares, hospitales, colegios, cofradías, conventos, mayo-

(1) José Maria Vigil, *México á través de los Siglos*, tom. V, Introducción.

(2) Zerecero, *opus cit.*, pág. 5.

razgos, etc., los fueros y privilegios hacían irrisorias las jurisdicciones (1); y cuando el caso era de comerciantes aislados, artesanos, industriales, agricultores, indios, negros, criollos, ó mulatos, el sistema de *costas* y la tramitación embrollada del enjuiciamiento hacían de los litigantes, presas disputadas y explotadas por todos los tribunales en conflicto (2). Además las sutilezas de una Metafísica jurídica, y de una escolástica sofística, el espíritu de cuerpo, la distinción legal de clases sociales, la enorme extensión territorial de las jurisdicciones; y otras mil deficiencias hacían del sistema judicial, una institución caduca, nugatoria, y nociva; pues en vez de completar con la intervención del poder público, la obra progresista de la moral privada, incitaba á la corrupción, con la esperanza infalible de la impunidad.

Esa sociedad era católica, y el clero mismo llegó á ser deficiente en número para proveer de curas á los pueblos; y en cuanto á moral, el regular, ya se había hecho acreedor á censuras repetidas, por su relajación (3). El alto se distinguía además por su ignorancia, no sólo en las ciencias ó artes que entonces formaban la cultura de los criollos ilustrados, y de su Teología y Derecho Canónico, sino del criterio y conciencia de los feligreses, que debían dirigir. Cuando

(1) José María Luis Mora, *opus cit.*, tom. I, pág. 77.

(2) *Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia*, tom. I. Véase todo el proceso de Hidalgo.

(3) José María Luis Mora, tom. I, pág. 261 y siguientes.

llegó á Oaxaca, por ejemplo, la noticia de la insurrección, el Obispo de esa diócesis predicó cándidamente, contra los insurgentes, pintándolos con plumas, garras, y cola; y la Inquisición excomulgó á Hidalgo increpándole, pactos inmorales con su manceba y con el diablo (1). Y sin embargo, inepto y relajado como era, y predicador de humildades, y pobreza, vivía en la opulencia, con un capital de más de \$ 127.000.000 que anualmente le producían \$ 7.000.000 de rentas por lo menos. En cambio, ni huérfanos, ni ignorantes, ni desvalidos, ni enfermos percibían de ese capital, los auxilios que su desheredamiento reclamaba, cuando menos en la cantidad y con la inteligencia que eran precisas. La agricultura quedaba directamente perjudicada con el sistema de diezmos y primicias; pues como se exhibían en especies, y el Clero no tenía que pagar salarios, ni renta, ni intereses, ni alcabala, ni contribuciones de ninguna especie, vendía las semillas á precios inferiores al que fijaban los labradores á sus productos y hacían bajar los del mercado. En Aguascalientes, por ejemplo, que en 1786 era el emporio de los cereales los hacendados se encontraron atestados de semillas (2); pues no conseguían compradores ni aun á precios inferiores al costo de producción; porque el maíz de los diezmos había hecho bajar el precio, á cuatro y aun á tres reales (50 y 37 centavos) la fanega. Ya era pues la institución de la Iglesia acapa-

(1) Mora, *opus cit.*, tom. IV, pág. 61.

(2) Agustín R. Gonzales, *Historia de Aguascalientes*.

radadora de tierras, nociva á la colonia; y no salvaba á las mieses de una súbita desolación, como lo había hecho en la primera edad, desde las almenas de sus conventos y con vigías en las torres de sus parroquias.

El sistema de gremios y corporaciones por una parte, y la prohibición de importar libros extranjeros por otra; tenían á las muy pocas industrias que se permitían en la colonia en un estado estacionario de productos defectuosos y caros que obligaba á comprar las mercancías peninsulares á precios exorbitantes. Y sin embargo, nunca se importaron las necesarias para la colonia; pues el sistema de las *flotas periódicas* no aportaba más de mil quinientas toneladas en cada una. La Colonia quedaba siempre, por principio de monopolio, en un estado perpetuo de escasez ó *short-stocked*, de modo que se pudiera con la disminución de la oferta, aumentar el precio de las mercancías. Nunca se satisfacían por consiguiente las necesidades de los mexicanos; y en cambio las casas importadoras de Sevilla ganaban hasta el 300 *por uno* en sus importaciones. Además los efectos importados eran revendidos á plazo por los Corregidores mismos, que eran los Jefes Políticos de entonces, á sus gobernados, cuando entraban en cargo; y todo el tiempo que éste duraba, lo empleaban en hacerse pagar los precios fabulosos, que á su antojo les fijaban.

El Fisco por su parte, con prohibiciones proteccionistas á favor de la metrópoli hacía de uno de los más fértiles territorios del planeta, un simple campo de

explotación minera; prohibía el cultivo de la vid, arrancaba las matas de café que los arrendadores sembraban fuera de Orizaba; y monopolizaba hasta la pólvora, los naipes y los dados. Con el sistema de aranceles prohibitivos, y de alcabalas interiores hacía caras, lentas y aleatorias las transacciones mercantiles; y todo esto, para ni siquiera satisfacer las necesidades crecientes de la Corte de Madrid, que desde siglos atrás venía en bancarrota. En los últimos años y para ayudar á la metrópoli en su guerra contra Francia, los auxilios remilidos absorbían la mayor parte de las rentas coloniales; y no dejaban sobrante para los gastos y obras públicas de México: á veces ni para el sueldo de los empleados; que como era natural se sostenían con peculados y exacciones. En tiempos normales se remitía la mitad de los \$ 28.000.000 que producían: después la mayor parte: la colonia tenía que sostener además á Cuba, la Florida, los establecimientos de Manila, y que subvenir constantemente á los préstamos extraordinarios. Sólo cuando se remitió preso al Virrey Iturrigaray, para el juicio de residencia, se remitieron en apoyo de la acusación \$ 9.000.000, á la Junta de Sevilla.

No había por último prensa independiente que denunciara estos abusos, ó estudiara los vicios de esta administración gastada; y como la religión armada del brazo seglar, se había convertido en espantajo para contener á los tímidos, ó en un tribunal

de extorsiones, para acabar con el que protestara contra este régimen embrutecedor; quedaban consumados los abusos, y estorbadas de una manera sistemática y definitiva todas las evoluciones naturales del indio, del criollo y del mestizo: convertidos en animales susceptibles de impuestos y atropellos, en provecho de los frailes, magnates y cortesanos de Madrid. Las máximas de gobierno y la evolución de la sociedad colonial estaban pues en divorcio: el gobierno que se había instituido para satisfacer las necesidades de ésta en el Siglo XVI y se había inspirado en la filosofía de aquel tiempo ya no conocía, administraba, ni dirigía los fenómenos sociales que presentaba la colonia. En vez de la armonía de actividades é ideas que constituye la paz, tenía que llegar el conflicto y la disolución, el aniquilamiento de todos los principios é instituciones de orden público y privado que estorbaran la evolución de la sociedad nueva.

El movimiento insurreccional de Hidalgo, fué pues, aunque un acto heroico, y voluntario de su parte, un fenómeno social, que simultáneamente se produjo por las mismas causas en las otras colonias españolas de la América; (1) y que desde principios

(1) José María Samper en un folleto publicado en Bogotá en 1873 y titulado *Los Partidos en Colombia*, dice refiriéndose á su patria en la pág. 17:

« El Gobierno del Virreinato era la representación ó encarnación
« de todo un sistema político que podía condensarse en estas ideas
« cardinales: exclusión absoluta de los criollos, de intervención en

del Siglo XVIII venía convulsionando á todas las comarcas católico-monárquicas del globo. La guerra, que no es sino la forma militar de la destrucción de principios, hombres y cosas, en la vasta tarea de ruinas de las metamorfosis sociales, era por consiguiente fatal, y hubiera estallado contra las resignaciones de los que fueron sus caudillos, y aun sin programas políticos como sucedió al principio; porque en la evolución de la Monarquía Española se habían desarrollado pueblos nuevos, que necesitaban nuevas instituciones para su carácter nuevo. Era pues fatal la eliminación de lo inútil y estorbo; y en razón de la resistencia que habían de presentar los favorecidos por el régimen caduco, la destrucción tenía que

« el gobierno: concentración completa de la autoridad pública,
« conforme á la lógica del despotismo: régimen fundal respecto de
« la propiedad raíz i de las muchedumbres mantenido por medio de
« los *mayorazgos*, los restos de *encomiendas*, las *manos muertas*,
« los *conventos*, la *esclavitud* i los *resguardos de indígenas*:
« íntima alianza del Estado i la Iglesia, con absoluta prohibición
« de otros cultos distintos del católico; clausura comercial, respecto
« de las producciones no españolas, con el consiguiente monopolio
« del comercio, i la prohibición de producir en el Virreinato aquellos
« frutos que pudieran competir con los españoles: régimen de
« administración de justicia, basado en el monopolio de las profesiones forenses; en el secreto de los procedimientos, en el carácter
« político del poder judicial, i en una excesiva y formidable severidad de penas: régimen fiscal basado en todo linaje de
« monopolios i restricciones i en innumerables impuestos; tan
« vejatarios como mal distribuidos: i en fin secuestro intelectual de los pueblos, mediante un sistema de instrucción
« monacal ó muy limitada ó calculada de *cierto modo* i la
« prohibición de libros i periódicos que no tuvieran el pase de la
« autoridad », etc.

ser brutal, y llevarse á cabo hasta aniquilar todos los elementos de cohesión administrativa medioeval, que só pretexto de regir, ya embrutecían á la colonia. Toda la época revolucionaria, no fué pues, sino el proceso de esa disolución, que sucesivamente atacó á la organización administrativa, á la organización militar y á la organización eclesiástica: sistema tri-jerárquico de potestades, que subordinaba la vida de criollos y mestizos, y la evolución de su sociedad á la degeneración y ruina de la metrópoli. El análisis de esa disolución en la época independiente; y el estudio de sus consecuencias en el carácter nacional, forma el asunto de esta parte.

II

Después del Tratado de Córdoba que cerró las operaciones militares de este drama inmenso en su primer acto, el 18 de Mayo de 1821, el Sargento Pío Marcha, y un piquete de dragones, salió al galope del edificio donde hoy está el Hospital de San Hipólito, y proclamó á Iturbide como Emperador de México; «*independiente de España*»; (1) creyendo los organizadores de este movimiento, que con la proclama no sólo se extinguía la soberanía de la metrópoli, sino que nacía la del nuevo Estado, tan incontrastable como aquélla había sido; pero á los tres meses hubo el primer pro-

(1) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

nunciamiento contra la nueva autoridad; pues en Tamaulipas, Felipe Garza desconoció los acuerdos y nombramientos del Congreso. Santa Ana se pronunció en Tampico, apenas se había sofocado el movimiento de Garza y tomó el título estrambótico de Protector. Vencido este alzamiento, se volvió á pronunciar en Jalapa; y habiéndose comisionado al Gral. Echávarri para que lo redujera al orden, se pronunció igualmente. El *imperium* que se había roto al desprender á la colonia de la metrópoli, seguía pues, despedazándose en ésta; y pronto reveló soluciones de continuidad tan anchas y numerosas, que el Estado quedó constituido en anarquía. Los superiores improvisados carecían del don de mando; los inferiores del espíritu de obediencia; y los iguales de confianza. Las traiciones eran euotidianas; y habían quebrantado estos tres factores psíquicos, que, distribuidos entre varias autoridades, constituyen un gobierno. La desconfianza era pues universal; y así fué cómo sin más datos que unos simples rumores de que Dávila, el Jefe español que se sostenía en el Castillo de San Juan de Ulúa, pretendía desembarcar en Veracruz, Iturbide se dirigió al Congreso é increpó de *traidores* á varios de sus miembros: éstos le devolvieron el insulto: se armó el escándalo (1) y el llamado Poder Ejecutivo, quedó desde ese momento en pugna con el Legislativo. Á poco abdicó Iturbide, y Guanajuato, Morelia, S. Luis, Zacatecas y

(1) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

Oaxaca formaron una liga contra el Congreso; mientras que Texas, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas constituyeron otra junta en Monterrey para apoyarlo; (1) rompiéndose de esta suerte en dos grandes fracciones el dominio de Nueva España á poco de haberse segregado de su metrópoli. — El 1º de Julio siguiente (1823). Guatemala proclamó su independencia de México (2), el Cura Tres Palacios se pronunció en Texas contra el Congreso y llamó en su auxilio á los bárbaros: Guadalajara proclamó su independencia; Querétaro lanzó su plan revolucionario, oponiéndose á la permanencia en su territorio de dos regimientos; Yucatán se pronunció proclamando el « *centralismo* » y estableciendo un gobierno propio. En Sonora Fray Bernardo del Espíritu Santo se pronunció contra el Plan de Veracruz: el Congreso de Oaxaca proclamó su independencia de México; y Colima se segregó de Jalisco (3).

La disolución de la organización administrativa no se detuvo allí; sino que pasó de las subdivisiones territoriales á las simples agrupaciones políticas; y que en el caos de la insubordinación, se erigían de *motu proprio* en autoridades independientes de todo gobierno. En la Capital los *iturbidistas*, tramaban conspiraciones contra el Congreso; los republicanos se dividían en *centralistas* y *federates*; y los federales en *iturbidistas* y *borbonis-*

(1) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

(2) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

(3) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

tas; (1) quedando completamente desmenuzada la soberanía, pues todos estos grupos eran otros tantos obstáculos, que estorbaban con sus intrigas el juego de la administración.

En los campos el espíritu de anarquía se manifestó en bandas de foragidos que sustraídos á toda autoridad, imponían la suya donde se encontraban. El bandido Azpericueta asaltó á la luz del día á San Miguel, y la entregó al pillaje: el bandido Márquez á San Luis Potosí; y en Caloree unos sargentos fueron sorprendidos al tramar su saqueo. Tan numerosos y parecidos eran en su conducta los conspiradores políticos de las ciudades y los salteadores del camino, por lo menos en lo que se refiere á quebrantar la acción gubernativa, que el Congreso expidió las mismas leyes contra ambos; y sólo en la Capital se aprehendieron á cuarenta y cinco de los primeros en una redada (2); en tanto que con carácter semi-bandólico y semi-político, Gabriel Yermo se pronunciaba en Cuautla; Vicente Gómez en Puebla formaba la cuadrilla de la « *Santa Liga* ». Reguera se fortificaba en el « Cerro Colorado » de Tehuacan, para asaltar á los caminantes: un sargento sublevó en Querétaro al 8º Regimiento: José Calderón se pronunció en Puebla; Hernández en Cuernavaca; el General Lobato en México (3) en el Convento de Betlemitas; Rossenberg y García

(1) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

(2) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

(3) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

en Tepic; y en Oaxaca Guadalupe Lamadrid organizó la cuadrilla que llamó paladinamente de « *Los Asesinos* » (1).

La disolución del elemento gubernativo se hacía por momentos general: las partes del territorio, que pudieron aislarse del gobierno establecido en el Centro, se segregaron de él organizando su autonomía definitiva; siendo la autoridad en otras impotente para defenderlos contra conquistadores extranjeros. Así fué como Guatemala y Centro América consiguieron su separación con una simple proclama: Texas con una insurrección; las partes despobladas de Arizona, Oregón y California por la ocupación de exploradores más bien que de militares extranjeros; Nuevo México y las otras regiones septentrionales por la conquista de los norte-americanos; y aun Yucatán se habría independido indefectiblemente en 1841, pues fracasó la expedición organizada para someterlo; si la *guerra de castas* no hubiera estallado en su seno y obligádola á recabar los auxilios de la Federación. El territorio de las antiguas provincias, poco á poco fué convirtiéndose en Estados absolutamente independientes de los demás; al grado de creerse entidades extranjeras, formar coaliciones, y emprender la conquista, invasión y anexión de los vecinos; como sucedió con la de Coahuila (2) perpetrada por el Gobernador de Nuevo León Don

(1) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

(2) Francisco Zarco. *Historia del Congreso constituyente*, tom. I.

Santiago Vidaurri. Pero en estos mismos los Jefes Políticos se independian de sus gobernadores; y los caciques se independian de éstos y de aquéllos: como sucedió con Lozada en el Nayarit; y con los Álvarez en las costas del Pacífico.

El ejército federal era el único elemento de cohesión que había quedado al Centro para establecer algunas relaciones de sujeción en la fracción del territorio que dominaba; y los ejércitos particulares de los Gobernadores, Jefes Políticos y Caciques desempeñaban en el territorio de su mando el mismo papel. Pero ese ejército con el nombre de tropas regulares, milicias, guardia civil, etc., no sólo dependía exclusivamente del que lo formaba y mandaba directamente; por lo que desde la Independencia dejó de ser un mecanismo de gobierno, para convertirse en uno de anarquía; sino que en los mismos grupos homogéneos que había subordinados á un jefe, dejó de ser una máquina administrativa conservadora del orden y de la propiedad. — En efecto, en los tiempos normales, y cuando desempeña el papel que le corresponde, es como lo fué en los últimos años del virreinato un elemento de cohesión social; pues por la jerarquía de su plana mayor, la subordinación rigurosa y decreciente de sus oficiales y soldados, por la distribución estratégica de su masa, en los puntos necesarios para combinar sus auxilios mutuos, por su código severo y dogmático de deberes durísimos; y por el espíritu de cuerpo y el pundonor militar que

hace de la vergüenza un móvil irresistible de conducta esforzada; es, á falta de las instituciones feudales y de las democráticas, la máquina más perfecta que ha imaginado el hombre para convertir una multitud de poblaciones aisladas en un Estado homogéneo y fuerte. Pero esta organización tiene por condición indispensable de existencia la disciplina; es decir, el respeto á la sociedad que protege y la obediencia á sus superiores: requisitos que sistemáticamente se quebrantaron desde la Independencia, por todos los jefes y cualquiera que fuera su categoría, siempre que tuvieron algún cuerpo armado á sus órdenes.

El primer ejército que tuvo la Nación fué el mismo del Virreinato, sin más cambio que el de algunos de sus jefes, nombres de sus batallones y colores de las banderas; pero organizado con los mismos vicios que antes y con los hábitos depredadores que había adquirido en la guerra de insurrección. Además Hurbide asestó el primer golpe serio á su disciplina corrompiéndolo y traicionando al gobierno que se lo había confiado; rompiendo de esa manera el único lazo que puede unirlo con la sociedad. El segundo atentado contra su disciplina lo dió el mismo, decretando que ascenderían un grado, todos los jefes y soldados virreinales que desertaran de sus banderas y se le presentarán. El móvil delicado de la lealtad quedó destruido, y á bandadas se le presentaron, como lo esperaba, desertores impúdicos que hacían valer como mereci-

mientos el número de soldados que habían corrompido para pasar á sus órdenes (1). El mal fué más grave, pues muchos creyeron que podían campar por su cuenta y riesgo; y en Tortolitas, cerca de Apam la tropa formada y armada asaltó una *conducta* que tenía en custodia. En Celaya las mismas fuerzas del Gobierno asaltaron otra, dándosele publicidad en la Gaceta del Imperio, como á un hecho lícito, pues los asaltantes no hacían en realidad sino seguir el ejemplo de Hurbide, que para proceder á su coronación, acababa de apoderarse de la *Conducta de Manila* con \$ 500.000. — De organización gubernamental quedó pues, convertido el ejército en cuerpos de bandidaje, que militarmente se asociaban al de la canalla para destruir leyes, autoridades, propiedades y vidas en la sociedad desbaratada. En los primeros años de vida independiente, la mayor parte de los que robaban, mataban é incendiaban dentro de las ciudades eran individuos de la tropa, que salían armados de sus cuarteles. Cuando eran aprehendidos los reclamaban sus capitanes á las autoridades civiles, en virtud del « fuero de guerra » que les garantizaba un tribunal especial y con él la impunidad (2).

Rota la cohesión militar que lo constituye como un cuerpo organizado, y como la máquina defensiva de la sociedad, natural era que no sirviera en campaña;

(1) Emilio del Castillo Negrete, *México en el Siglo XIX*, tom. XII, pág. 485.

(2) *México á través de los Siglos*.

y así fué que sus primeros reveses los sufrió en Texas, siendo después completamente destrozado en los treinta y dos encuentros que tuvo con las fuerzas americanas. Rehecho bajo el mismo sistema en la Dictadura de Santa Ana; y después de haber destruído extratéigicamente el territorio nacional, fué aniquilado en la Guerra de Tres Años. Sus restos, con el triunfo del *partido* liberal quedaron convertidos en institución de policía, por la « Ley Juárez » que le quitó sus fueros y sus privilegios (1); y con ellos su indisciplina y latrocinios; la ineptitud y venalidad en los jefes; y el hábito de motines y pillajes en las tropas. Hizo otro esfuerzo para subsistir en esa forma virreinal, aliándose con la Iglesia y con los retrógrados franceses. Pero vencido por los ciudadanos armados de la República, consumóse con su ruina en Querétaro la destrucción definitiva de los elementos que constituyeron el imperium virreinal.

III

La ineptitud é impotencia de los gobernantes, las enormes distancias que separan á nuestras poblaciones, la deficiencia de los medios de transporte, lo difícil de los caminos, la relajación de la disciplina militar, el origen espurio de las autoridades, el acaparamiento de las riquezas, consumado por el Clero; y la

(1) Ley de 23 de noviembre de 1855.

ruina absoluta del capital que pronto produjeron la guerra y los motines, hicieron de la carrera militar, durante todo el tiempo que duró este proceso de disolución, una *profesión lucrativa*, en la cual para conseguir el mando, no se requería mayor trabajo que el de tomarlo por medio de un *pronunciamiento*; pues no había otra actividad que permitiera subsistir; ni empleo público alguno que requiriese aptitudes especiales. En efecto, desde Iturbide, los Presidentes y Gobernadores, hasta los cabos de un cuartel ó los amanuenses de un juzgado: desde 1821 hasta que Juárez tomó la dirección suprema de los negocios públicos: desde los aduaneros de Veracruz y Acapulco, hasta los jefes de destacamentos militares en los Presidios de California ó en los ribazos del Usumacinta, ningún funcionario público de esa época tormentosa conoció nunca sus deberes, ni supo el objeto de su cargo. En las oficinas se despachaba arbitrariamente, movidas por el cohecho y peculado, en los negocios de importancia y por el capricho de los subalternos en los de poca monta. En varios Estados y en muchas épocas habían subsistido aunque completamente ociosas, gracias á esa especie de inercia social, la rutina, que á veces ha traído á la civilización á remolque á través de todas las revoluciones y las guerras, en el grupo indu-germánico, sin permitirle decaer á la barbarie primitiva.

No había Erario Público organizado, ni Federal ni en los Estados; y por muchos años los deficientes fueron superiores á los ingresos; porque como las haciendas

se habían incendiado varias veces, los ganados habían sido dispersados, y los labradores matados ó regimientados en guerrillas de pronunciados ó bandas de ladrones, no había productos que gravar (1); y tanto menos cuanto que por las mismas guerras, muchas minas se habían tapado; y muchos Reales incendiado y abandonado. El impuesto por consiguiente sólo recaía sobre los bienes raíces; ó se suplía con empréstitos ruinosos, descuentos á los derechos futuros de importación ó aumento en las alcabalas; siendo la recaudación con frecuencia imposible, y siempre exigua fuera de las capitales, debido á la inseguridad de los caminos, á la independencia de los caciques, á la malversación de los recaudadores, al desorden de las oficinas fiscales y á lo irrisorio de todas las autoridades (2).

Sin Erario era imposible pagar á los empleados con regularidad é integridad; y éstos tenían por consiguiente que desatender sus funciones para conseguir en otra cosa la subsistencia; y como las administraciones eran efímeras; y á cada revolución había un

(1) En el saqueo perpetrado por los *tulices* en 1859 en la Hacienda del Rodeo en Durango se perdieron, según documentos que obran en mi poder, más de \$ 60.000.

(2) Los hechos siguientes pueden dar una idea del grado de escasez por que atravesó el Erario varias veces desde los primeros días de la vida independiente.

Emilio del Castillo Negrete, *opus cit.*, tom. XIII, pág. 159. «...á los presos por delitos comunes es necesario ponerlos en libertad porque no puede alimentarse en la prisión...»

Idem, pág. 145... «hay oficina que no trabaja de noche, porque «no hay luces, ni con qué traerlas, ni crédito para que se las «fien», etc.

cambio total de empleados, en ninguna oficina podía formarse la escuela práctica, que es tan necesaria para el despacho de los negocios públicos. El estado revolucionario perenne hacía, pues, inútiles ó imposibles las aptitudes de inteligencia ó de carácter que requieren los cargos oficiales; resultando á la postre, que todos se creyeran con las condiciones necesarias para desempeñar cualquiera: desde la Presidencia de la República, las gobernaciones de los Estados, las Magistraturas, embajadas, mandos de ejércitos, ó dirección de las aduanas, hasta las comisarias de un juzgado, la alcaldía de las prisiones ó el mando de un bote en el resguardo fiscal de los puertos. Todos aspiraban por consiguiente al empleo público, como á la *profesión natural*, de los que no tenían, ni podían tener educación técnica ó profesional de ninguna especie.

Esta afición era tanto más fomentada, cuanto que siendo la ilustración general casi nula, (1) ningún otro oficio ó profesión era un modo seguro de vivir. La ciencia laica é independiente de la Teología no existía: una Metafísica escolástica monopolizaba las inteligencias profesionales de abogados, médicos, ingenieros, escritores y pedagogos; y los convertía en pedantes inútiles, jacobinos revolucionarios, teólogos obstruc-

(1) En el Colegio de S. Ildefonso que era el que servía de modelo en toda la República para la organización de la Enseñanza superior, se enseñaba: *Teología* en tres años *Jurisprudencia*, reducida á *Heinecio*, *Wattel*, *Montesquieu*, *Sala* y *Caralarío* en tres años; otros tres de *Filosofía*; dos de *Gramática*, Francés y Humanidades. — Memoria del Ministerio de Instrucción Pública de 1842.

nistas y sofistas desvergonzados, completamente refractarios á la verdad, y tan ajenos á la razón y á la investigación sincera de los fenómenos naturales, que su utilidad pública ó privada era completamente nula. Se les consideraba como *teóricos*; y á los teóricos como inútiles para el arreglo de los negocios ó dificultades de la vida.

La industria tampoco existía, sino en pequeño (1), la de artesanos: el comercio no remuneraba los esfuerzos en él empleados, por los riesgos de ladrones, y por la falta de producción; y como el jornal, salario de dirección, honorario, interés ó provecho que en cualquiera actividad se conseguía, era en gran parte arrebatado oficial y sistemáticamente por los empleados de los Jefes Políticos, Comandantes Militares, Gobernadores, Caciques, Presidentes, Dictadores ó Emperadores de hecho ó de derecho, que estuvieron siempre investidos con facultades *ad hoc*, autorizándose para imponer empréstitos extraordinarios, préstamos forzosos, aumentos en las alcabalas, multas, confiscaciones y hasta para perpetrar robos á mano armada, como el asalto á la Legación Inglesa por el General Miguel Miramón, de donde extrajo \$ 600.000: se asoció en el espíritu de los mexicanos, la idea del mando con la necesidad del empleo público como medio de vivir; y la idea del mando como única garan-

(1) Sólo había 56 fábricas de hilados y tejidos en toda la República que consumían 2.038 quintales de algodón y gastaban \$ 27.257 de raya semanal. *Memoria de Instrucción Pública cit.*

tía contra atropellos y expoliaciones, con el uso de las armas. La consecuencia era fatal é indefectible: se procuraba tener armas para conquistar el mando; y tener mando para adquirir riquezas ó defender las adquiridas. Reuniase, pues, un grupo de hombres para sustraerse á la autoridad local; se apoderaba de los fondos públicos; y si era posible también de los privados: se sorprendía el cuartel, se ponían en libertad á los detenidos en la cárcel pública; y se lanzaban á la calle dando gritos de muerte contra el gobierno establecido. Un sastre quedaba encargado de hacer los grados militares en el uniforme; y un abogado, tintorrillo ó dómine de pueblo la proclama revolucionaria, que cohonestara el movimiento.

IV

Estos asaltos al poder fueron los *pronunciamientos*, y revistieron dos formas diferentes: el *militar*, que se verificaba en las ciudades donde había guarnición; y el del paisanaje donde no la había, ó era insignificante, como en los pueblos, que estando por lo general lejos de las ciudades ó en serranías agrestes y á veces inaccesibles, facilitaba la sustracción de los facciosos al gobierno establecido.

El primero fué un método empleado para manifestar las opiniones políticas, desde los primeros tiempos de vida independiente; pues como no había hábitos democráticos que garantizaran el acalamiento de las

minorías á las mayorías y las elecciones nunca fueron sino farsas consumadas por intrigas masónicas ó clericales, de los grupos secretos, depravados é ignorantes, que pretendían sustituir como elementos de gobierno, sus manejos ocultos, á la lealtad feudal, jerarquía eclesiástica y disciplina militar que antes formaban los elementos de cohesión y orden en la sociedad destruída, los vencidos en los simulacros de comicios, siempre se creían defraudados en mala lid y rechazaban el triunfo de sus contrarios: con tanta mayor razón, cuanto que los vencedores invariablemente ponían en planta al ingresar al poder un sistema de persecuciones y exacciones que amenazaba la vida y fortuna de los vencidos. La resistencia á las medidas políticas que tendían á este resultado, ó el desconocimiento de las autoridades, tan pronto como se manifestaban peligrosas, desconocimiento y resistencia que se hacían con la fuerza armada disponible, era, pues, el único recurso que la época permitía para defender una causa legal ó que así se reputaba. Esto eran los pronunciamientos militares ó *cuartelazos*, es decir la rebelión militar erigida en mecanismo político; y que en una serie falídica de motines forma la historia del ejército desde la defección de Iturbide hasta el establecimiento de los ferrocarriles en 1882, año en que terminados los principales de la Mesa Central; puso en contacto rápido con el centro de la Nación á las principales poblaciones, hizo fácil la movilización de las tropas y la sujeción inmediata de cualquiera pronunciado.

Pero todas estas sublevaciones al cabo no tenían por móvil real y último fin, sino la usurpación de los empleos públicos, pues los planes políticos invocados, jamás fueron comprendidos ni por sus autores mismos. Santa Ana, Zavala, Bustamante, Paredes, Plancarte, Robles Pezuela, Miramón, Zuluaga, Negrete, García de la Cadena, y otros mil que conmovieron con distintos pretextos al país, levantándose contra el gobierno que les había confiado una investidura militar, no fueron en realidad sino desheredados del trabajo, que hicieron una *profesión* de su mando; una industria, y un *modus vivendi* ó *progresandi* del pronunciamiento.

Impulsado por estos móviles fué como el 11 de Abril de 1824 Santa Ana se pronunció en Jalapa por la *Federación*, cuyo significado confesó después, que entonces no comprendía. Don Juan Alvarez lo secundó en Acapulco con el General Montes de Oca; mientras que en Chalco y Apam partidas numerosas de gente, que nunca supieron por qué rumbo, ni á qué distancias se encontraban los lugares donde aquéllos se habían pronunciado, pedían también *federación*. Después cuando Gómez Pedraza desempeñaba la cartera de Guerra, no estuvo conforme Don Lorenzo Zavala con sus gestiones administrativas: el 4 de Diciembre desconoció su elección para Presidente de la República, y militarmente designó para que lo sustituyera al Gral. Don Vicente Guerrero (1). Apenas había tomado éste

(1) Don Anastasio Zerecero en sus *Memorias* se confiesa autor de este pronunciamiento.

posesión del puesto, Santa Ana se pronunció por el « *orden constitucional* » que había derribado y tomó á Perote. Sofocado el movimiento, Don Anastasio Bustamante, que era el Vice-Presidente, dió pérfidamente *presi* doble á la guarnición de Jalapa; se puso á lamentar con los individuos de la tropa la desnudez en que los tenía el gobierno, ganó su confianza y abiertamente desconoció al Presidente de la República. El 7º Regimiento lo secundó en Tacubaya, y el Gral. Quintanar en México, tomando con auxilio de Escalada la Ciudadela. Entró Bustamante al poder; pero á los cuatro meses Guerrero tomó la revancha y á su vez se pronunció en la Costa Grande; Santa María en la Chica; Juan Cruz avanzó contra las fuerzas gobiernistas hasta Taxco, y Don Juan Alvarez derrotó á otro cuerpo de éstas en Texas (1).

Así fué cómo se inició la serie de pronunciamientos de nuestra Historia militar y se siguieron de año en año, y de Estado en Estado, de Distrito en Distrito y aun de Ciudad en Ciudad, por móviles netamente personales; sin aptitudes políticas en ninguno de sus promotores, y hasta en medio de las guerras extranjeras, sin dárselos un ardite la salvación, honra é integridad de la patria. El Gral. Don Gabriel Valencia se pronunció contra Santa Ana en 1847 é inutilizó todas sus fuerzas en Chapultepec, haciendo inevitable la victoria de los americanos. Con pronunciados de Puebla, el Gral. Scott formó su servicio de espionaje, la *Spy*

(1) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

Company que constaba de 400 hombres; los Polkos se sublevaron en la Capital en los momentos precisos en que era de importancia suma la cohesión y armonía de los militares para resistir á la invasión. Jaráuta en Guanajuato y el Estado de Aguascalientes se pronunciaron después contra el gobierno de Peña y Peña, comprometiendo la existencia de la Nación en los momentos en que con una paz costosa, pero inevitable y necesaria, se pactaba la evacuación del territorio por los americanos; y por último en 1862, por vengar sus derrotas ó esquivar el castigo de sus crímenes, los jefes reaccionarios levantaron armas por los franceses; apoyaron sus asesinatos, incendios y pillajes; haciéndose unos y otros émulo de los sicarios de las septembradas y de los primeros conquistadores.

El efecto anárquico de estos movimientos está perfectamente simbolizado en la serie de rebeliones decrecientes, que siguieron á la sublevación de la Acordada en 1824. Zavala se pronunció entonces contra el Ministro de la Guerra, que había sido electo Presidente de la República, y pilláronse todos los establecimientos mercantiles del Parián: Melchor Múzquiz se pronunció contra Zavala; el Coronel Gil Pérez, en Puebla se pronunció contra Múzquiz; y el 7º Regimiento que custodiaba una conducta de \$ 2.000.000 á las órdenes de Pérez, se pronunció contra sus jefes y pilló la conducta (1). — En otras ocasiones

(1) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

tenían las sublevaciones un objeto mercantil, ó anti-fiscal como las que periódicamente se verificaban en el Puerto de Mazatlan, cuando se avistaba un buque. Los comerciantes extranjeros amotinaban entonces á una parte de la guarnición, practicaban el desembarque durante el alboroto, defraudaban al Fisco; y una vez distribuidos los cargamentos, dejaban á los contendientes que se las arreglaran como pudiesen. Lo mismo se hacía en la frontera septentrional, y dióse el caso de que durante un motín entrara el contrabando en los carros de la artillería.

No era esta sin embargo la forma más terrible del pronunciamiento, sino la del paisanaje; porque entonces era inevitable el saqueo de las poblaciones y aun su destrucción completa, como sucedió frecuentemente en las guerras de Independencia y de Reforma. Entonces no había móviles personales en los rebeldes, y sin embargo S. Miguel, Celaya, Guanajuato, Valladolid, Zitácuaro, etc., fueron destruidas á paso y medida que los insurgentes las ocupaban. La guerra entonces tomó un carácter vandálico terrible y se hacía más destructora que en los pronunciamientos militares; pues el conflicto no quedaba reducido al choque de ejércitos y á las eventualidades de su estrategia, sino que se convertía en el choque cotidiano de grupos enemigos, sin cuartel, dondequiera que se encontraran y sacrificando sus personas y cosas, desde los campos y montañas hasta las torres, las ventanas de las casas y los salones de los palacios.

Pero á la postre ambos se convertían en un fenómeno netamente destructor de vidas y haciendas, sin más diferencias entre sí que el grado de su eficacia aniquiladora. Su importancia como causa de muerte y desolación puede medirse por su número. Desde el Grito de Independencia en 1810 hasta el pronunciamiento de Tuxtepec en 1875 se registran más de ochocientas rebeliones. Llegó á connaturalizarse tanto con nuestras costumbres, que del jefe pronunciado se hizo un tipo nacional. Rodeado de turbas desarrapadas á las que llamaba *sección*, destacamento, batallón, brigada ó como le placía; semi-guerrillero y semi-bandido, analfabeta, soez, de moral turbia y conciencia elástica; con antecedentes trágicos, valiente, cruel en sus venganzas, infatigable en las retiradas é impetuoso en las sorpresas; con sombrero galoneado de oro, bufanda de estambre tricolor, lanza en los primeros tiempos, carabina en los últimos, pistola al cinto, machete y reata en los *tientos* de la silla, vestido de gamuza bordada de plata ú oro, y en briosisimos caballos, era el heraldo del terror, cuando aparecía como Albino García en las *veredas* del Bajío, ó trepaba á los más altos picachos de las *Cruces* como Aureliano Rivera. Sus bandas eran de 50, 100, 400 hombres y aun más, que solieron prestar servicios heroicos á las tropas regulares formando sus vanguardias de exploración; cuando el partido liberal de los últimos tiempos fué absorbiendo más y más elementos militares en sus triunfos, hasta constituir el núcleo de la República actual.

V

Á la par que los pronunciados, aunque sin bandera política, sino proclamando paladinamente el robo, hubo en toda esa época bandas innumerables de salteadores; pues las derrotas continuas de unos grupos militares y la falta creciente de trabajo lanzaban al camino las reliquias de los vencidos y todo el exceso de población que había en las ciudades y los campos. Se daba el caso de que las diligencias fueran asaltadas cuatro y seis veces en un trayecto de treinta leguas; y había parajes que como puntos estratégicos, fueron apostaderos célebres de ladrones, como la Cuesta China, cerca de Querétaro, la Sierra de las Cruces en el camino de Toluca á México, Río Frio cerca de Puebla, Tlaltizapam en el Estado de Morelos compuesto de puros bandoleros; etc.

Las bandas militarmente regimentadas merodeaban desde las Sierras del Sur hasta las estepas fronterizas de Coahuila. En tiempos de Guerrero asolaba las haciendas y pueblos de Cuautla una de 400 foragidos (1); y en 1831 fué preciso conceder facultades extraordinarias al Lic. José M. Aguirre Juez de lo Criminal en la Ciudad del Saltillo, para que á su arbitrio juzgara á los salteadores de camino. Usando de ellas fusiló á 19, entre los que se contaba un famoso bandido, el *Ballo Arriero* que por muchos años había

(1) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

(2) *Anuario Coahuilense*.

sido el espanto de aquellas comarcas; otros cien fueron deportados á San Juan de Ulúa. En 1835 el Cónsul de Suiza fué robado y asesinado en la capital, y José Tobar robado, asallado y matado en las calles de Puebla á la luz del día. De igual manera se asaltó con escalamiento y lucha á mano armada una casa de la Plazuela de las Vizcainas, donde se habían depositado barras de plata. Las diligencias eran detenidas en el barrio de la Soledad de Santa Cruz, antes de salir de garita; y á viva fuerza fué pillado el Convento de S. José de Gracia. El Jefe de las bandas que cometió estas fechorías era el Teniente Coronel D. Juan Yáñez; y su audacia llegó al grado de asaltar la casa del Fiscal que tenía el expediente de su causa. Lo mataron, saquearon las habitaciones, se robaron la causa, también las de los bandidos Mejía y Delgadillo y los objetos que servían como cuerpos del delito, inclusive el reloj del Cónsul de Suiza (1). El 27 de Abril de 1841 fué asesinado el inglés Egerton Edward en Tacubaya, con su mujer, cuando paseaban en el campo; y en el cadáver de la Señora se encontraron huellas de ultrajes. Aun no cesaban las hostilidades contra los americanos cuando el Padre Jarauta, Cura carlista español, desbalijaba á las diligencias en el camino de Veracruz (2). Después que terminó la guerra, más de cien bandas merodeaban por todos los caminos, y asaltaban á las pobla-

(1) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

(2) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

ciones (1) cortas, matando á sus habitantes y entregando las casas á las llamas. Los Ministros de Estado que se trasladaban de Querétaro á México fueron asaltados, matada una parte de sus escoltas y dispersada la otra; y el Congreso no pudo reunirse el 6 de Julio de 1848, día fijado en las convocatorias, porque temiendo á los ladrones, los diputados no se atrevían á ponerse en camino. El día 19 todavía no llegaban á la Capital sino *veintidós* diputados, es decir, menos de la mitad de los necesarios para el *quorum* (2).

El latrocinio se generalizó hasta perderse la conciencia de su inmoralidad, y aun el Gobierno solía ejercerlo como los señores feudales de la Edad Media; los reyezuelos de Abisinia ó los emperadores de Marruecos. Santa Ana por ejemplo, entró en 1835 á Zacatecas y sus soldados, pidiendo á gritos la expulsión de los extranjeros, pillaron los almacenes y se apropiaron un armamento que importaba \$ 2.000,000. Durante varios días las ventas se hicieron por medio de canastas, que izaban los dependientes con cuerdas, desde las ventanas de las tiendas (3). El Fresnillo fué entrado á saco y Santa Ana se apoderó de 20,000 cargas de metal pertenecientes á particulares. El periódico oficial dijo con todo cinismo que: «estando «exhaustas las arcas públicas, la Divina Providencia «los había socorrido con ese hallazgo».

(1) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

(2) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

(3) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

Con este estímulo oficial el bandolerismo se exacerbó y en 1852 se asaltaba á los transeúntes en la Alameda de la Capital; y cuadrillas montadas y armadas se apostaban en las *garitas*, en acecho de los viajeros, á quienes lazaban, arrastraban á lugares solitarios y desbalijaban. En Ayotla asaltaron la diligencia y mataron al francés Chenoix y á su hijo. En Coatepec, Revollo lanzó una proclama llamando á los recaudadores de contribuciones: «gentes sin «valor para ganarse la vida como ellos» que en bandas crecidas asaltaron la población, quemaron el archivo, se llevaron las armas y el parque, embriagaron á los presos de la cárcel pública y con ellos saquearon las haciendas vecinas, llevándose el ganado (2). En San Nicolás de los Ranchos de Matamoros Izúcar, Félix López Sastre acaudiliaba una banda de 200 facinerosos. En Tenancingo el Padre Alcolea saqueaba las haciendas proclamando «*La Regeneración Política*». En los primeros años de la Intervención Francesa, Juan Chávez al frente de una banda de ladrones asalta y pilla á Aguascalientes, expulsa á las autoridades y se entroniza en el gobierno (3). En 1864 los *Plataados* en bandas de 80 á 100 foragidos asuelan los Llanos de Apam: presentan batalla formal en Chimalhuapan, que requirió un regimiento para dispersarlas, se rehacen cerca de Atotonilco, asaltan el Rancho de

(1) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

(2) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

(3) Agustín R. González, *opus. cit.*

Metlapa y quemar la finca con el dueño, los sirvientes y tres niños (1). En 1868, Avalos, Olavarria, y Caldera con 500 bandidos cada uno, devastan los pueblos y haciendas de Atlixco, Izúcar, Tepeji, Chiautla, etc. (2).

Llegó un momento en que el capital circulante se acabó; el comercio no transportaba ya numerario por los caminos, y aun el menaje de las casas fué aniquilado. El robo se convirtió en plagio, y hasta en las calles céntricas de México eran asaltados los que tenían reputación de ricos. D. Juan Cervantes fué asaltado al salir del Café de la Concordia (3), á las ocho de la noche, metido en un simón y llevado al Callejón del Zacate, donde estuvo encerrado y rodeado de puñales, que le impedían todo movimiento, debajo del entarimado del piso de una tienda. Un Señor Salvatierra fué plagiado en Guanajuato, y no habiendo conseguido el precio fijado para el rescate, lo mataron los plagiarios. Al niño Manuel Mangino lo plagió un tío suyo en las calles de México; y un maestro de escuela cuyo rescate tampoco pudo pagarse, fué vendido á otros; los que á su vez, y por el mismo motivo, lo retasaron en un precio menor; y lo traspasaron á otros plagiarios también por falta de redención. No recobró su libertad sino cuando los gastos de sus alimentos se hicieron superiores al precio de adquisición. Así fué cómo en la regresión social llegamos á

(1) Datos recogidos de un hermano de la víctima.

(2) *Memoria de la Secretaría de Gobernación de 1873.*

(3) *Memoria de la Secretaría de Guerra de 1869 á 1873.*

la época económica de los pueblos primitivos, en que la *única riqueza* accesible á las tribus merodeadoras de las aldeas es el hombre mismo, lo cautivan y venden á otras tribus, como lo hacen todavía los tuareghs del Sahara y del Soudan.

El más célebre entre los ladrones de profesión que asolaron la República, y cuya celebridad es quizás sin rival en toda la Historia humana, fué el Indio Manuel Lozada conocido por el « Tigre de Alica », que en la Sierra del Nayarit del Estado de Jalisco se entronizó como un déspota absoluto por cerca de treinta años; sin que pudieran dominarlo ni el Gobierno Federal, ni el del Estado. Durante su reinado, ni uno ni otro pudieron nombrar un solo escribiente ó recaudar un centavo en el territorio de Tepic; y para acabar con él fueron necesarias dos campañas y una batalla campal, la de la Mojonera, que costó á las tropas federales 203 muertos, 115 heridos y 193 dispersos. Lozada atacó con una fuerza de 6 000 hombres y tres piezas de artillería (1).

(1) *Memoria de la Secretaría de Guerra de 1869 á 1873.* — Lozada era amante de una criada de una hacienda de Tepic. La pidió en matrimonio y habiéndosela negado, la raptó con su consentimiento. El Jefe Político Avariles lo persiguió sin éxito; pero aprehendió á la madre del preso y la apaleó para que delatara el paradero de su hijo. Cuando Lozada supo esta vileza juró vengarse; reunió gente, sorprendió al Jefe Político, mató á su escolta, lo aprehendió, le cortó la planta de los pies y lo hizo caminar en la arena calentada por el Sol abrasador de Tepic hasta que murió. Desde entonces quedó en guerra abierta con las autoridades, convirtiéndose al cabo en un factor político del país con quien tuvieron que tratar todas las autoridades, siendo un fiel aliado de Maximiliano.

VI

Para convertir al cristianismo las poblaciones autóctonas que encontraron los españoles en América; y para dar á las que no eran sino campamentos de tribus nómades una cohesión social más firme, que las arraigara en un territorio, se siguieron tres sistemas diferentes. En las ciudades del Anáhuac, del Reino Tarasco, de los Mayas, Zapotecas, etc.; se aplicaron, en lo que las circunstancias lo permitían, los sistemas burocráticos de España con sus oficinas distributivas de tareas públicas, y su jerarquía de funcionarios; pero todo bajo un pie de confianza tal en la subordinación de aborígenes y colonos, que casi no se necesitó la organización de fuerzas militares. Pero en las serranías limítrofes de estas comarcas, en las fronteras avanzadas de las estepas septentrionales y en las selvas de Yucatán, Tabasco, etc., que como el Sahara para los tuareghs y beduinos, fué siempre un hábitat para gente nómada y depredadora; pues asallaron á los establecimientos españoles, como antes habían asaltado á los de la República Tlaxcalteca (1) y del Imperio azteca ó á las ciudades de las teocracias maya y quiché; en esos lugares, digo, fué

(1) Nuño de Guzmán avisaba en tiempo de la primera Audiencia á Carlos V: « que iba á hacer la guerra á los chichimecas que hacían correrías hasta veinticuatro leguas de México. — *Los Tres Siglos de México* por el Padre D. Andrés Cabo, pág. 61.

preciso establecer puestos militares, que con el nombre de presidios, bajo la reglamentación de la Ordenanza, y en pie constante de guerra los setenta dragones que los componían siempre estuvieron prontos á combatir á los bárbaros y á defender á la población civil que á su amparo se desarrollaba. En la frontera septentrional se extendían desde el paralelo 42º en las costas del Océano Pacífico hasta las Bocas del Río Sabinas en Texas; y los Estados de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Texas, Durango y Tamaulipas se desarrollaron á su amparo entre más de quinientas tribus de salvajes (1).

Muchos de éstos, por ineptitud orgánica para congregarse en pueblos espontáneamente, ó por falta absoluta de recursos, eran merodeadores; de suerte que con relativa facilidad fueron pronto organizados en misiones por los frailes del Convento de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, por los jesuitas, por los franciscanos, dominicos, agustinos, etc. (2); otros nombraban sus autoridades propias; pero quedando sujetos á la dirección de sus fundadores religiosos. Á esos lugares se trasportaron muchas familias tlaxcaltecas (3); y se les fué enseñando, tanto á ellas como á los recién congregados todas las artes de la vida civil: desde romper la tierra con el arado

(1) *México á través de los Siglos*.

(2) Mora, *opus cit.*, tom. I.

(3) Esteban A. Portillo, *Apuntes para la Historia de Coahuila y Texas*.

hasta construir sus iglesias, que les servían, como en la Edad Media á los bárbaros recién convertidos, de salón de cabildos, fortalezas, templos y hasta de almacenes para sus aperos y semillas. Así fué por ejemplo como en Coahuila los huachichiles, borrados, obayas, boboles, tobosos, cotzales, milijaes, tili-mayas, contores, bauzarijames, acajes, etc., acudieron al llamado de las misiones y fundaron á San Miguel de Aguado, Santa Rosa, S. Buena-ventura, S. Antonio Béjar, Espíritu Santo (1), Parras, Monclova etc. Al consumarse la Independencia habia en nuestro territorio ciento treinta y tres establecimientos de esta especie (2). Muchos desaparecieron después por las incursiones de los indios refractarios á la civilización; y otros por haberse convertido en poblaciones que han llegado á mayor importancia en los Estados septentrionales.

Ahora bien, como el año de 1840 por escasez de recursos é ineptitud del gobierno general, se suprimieron los presidios (3); y como al independerse Texas, sus colonos arrojaron paulatinamente á los bárbaros sobre México, como los americanos lo hicieron después, cuando por el Tratado de Guadalupe Hidalgo quedaron dueños de la parte septentrional de nuestro territorio, con obligación de impedir las depredaciones de los bárbaros, sus incursiones en los

(1) Esteban L. Portillo, *opus. cit.*

(2) Mora, *opus. cit.* Tom. I, Apéndice.

(3) *México á través de los Siglos*, tom IV.

antiguos presidios, misiones secularizadas y demás pueblos de los Estados de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Durango, Tamaulipas y hasta de Zacatecas se recrudecieron de una manera espantosa, llegando en ese año de 1840 hasta el Fresnillo (1); es decir, á más de 4000 kilómetros de los centros primitivos de sus aduares; á lo que también contribuyó, y en parte muy principal, el desarme de Zacatecas perpetrado por Santa Ana, pues dejó indefenso al Estado contra toda clase de invasores.

Desde entonces las depredaciones se repetían año por año; y aun se hicieron más terribles pues en Texas se abastecían de rifles y parque metálico; mientras que los rancheros de la frontera no tenían para combatirlos sino fusiles de percusión y escasos. Los esfuerzos de los Presidentes de los Estados Unidos que conforme al Tratado de Guadalupe Hidalgo, debían contenerlos, fueron completamente inútiles, lo mismo que cuanto intentaban para recuperar lo robado. En septiembre de 1853 por ejemplo, el Agente Americano en el campamento de los comanches no pudo impedir que á su vista bandas numerosas, partieran para México; ni siquiera consiguió que le entregaran los cautivos mexicanos; ó el ganado robado por ellos; y que allí veía. Hacían por el contrario gala de remontar periódicamente su caballería, con la mesteña que robaban en la ribera meri-

(1) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

dional del Río Bravo (1). Las incursiones se hicieron tan frecuentes y llegaron á puntos tan internados como el Parral y el Saltillo, que los Gobernadores fronterizos celebraron « contratas de sangre », con nacionales y extranjeros para destruir á esos enemigos de la civilización. Conforme á ellas pagaban \$ 250 por cada indio prisionero ; \$ 260 por el muerto ; y \$ 150 por el prisionero menor de catorce años. Las reses recuperadas se vendían al dueño á mitad de su valor ; pero el precio se entregaba al contratista (2).

Las bandas de estos bárbaros eran desde diez hasta 1 500 guerreros. Las que avanzaron en 1854 sobre México, pasando el Colorado cerca de Brazas, eran de 400 á 500 cada una, de kiowas, arapachos, cheyenes, apaches, y comanches (3), y como en cada incursión devastaban un nuevo territorio, llegó á suceder que : « las tribus que en 1848 habitaban el territorio cedido « por México á los Estados Unidos, en 1853 ya habían « plantado muchos de sus aduares en territorio mexi- « cano, fuera del alcance del gobierno y de los soldados « americanos. En cerca de seis años de invadir la fron- « tera septentrional habían aniquilado nuestras pobla- « ciones : los habitantes que no cayeron bajo su hacha « sanguinaria, abandonaron sus hogares para refugiarse

(1) Francisco Gómez del Palacio, *Reclamaciones por Depredaciones de Indios*.

(2) *México á través de los Siglos*, tom. IV.

(3) Francisco Gómez del Palacio, *opus. cit.*

« en el interior, dejando yermos los campos donde ya « no podían apacentar sus ganados ni recoger sus siem- « bras. Lo que la población civilizada perdía, las hordas « salvajes lo ocupaban, aunque sólo fuera al modo « nómade y trashumante propio de sus costumbres. El « indio que veía alejarse hacia el Sur el teatro de sus « correrías quiso vivir más cerca de él : el wig-wam « del hombre rojo fué avanzando en la dirección en que « se retiraba el rancho mexicano ; y pronto hubo en el « interior de México muchos de los aduares que el « Tratado de 1848 había dejado en territorio ameri- « cano. Las tribus de apaches, comanches, lipanes, « navajoas, mescaleros, kiowas, savanoas etc., que « desde tiempos del gobierno español habían desapa- « recido de la ribera derecha del Bravo, y vivían en « los inmensos desiertos de California y Nuevo México, « al cabo de algunos años, tuvieron terrenos de caza « en lugares donde sus antepasados habían sido arro- « jados muchas leguas hacia el Norte » (1).

Estos bárbaros saqueaban las poblaciones donde entraban, incendiaban las haciendas, mataban el ganado que no podían llevarse, ó lo dispersaban por el monte ; (y entonces había en estos Estados ganaderos haciendas que tenían de 200 á 300,000 cabezas de ganado como la Zarea y Navacoyan en Durango, la Porreña en Chihuahua etc.). Mataban á los hombres, los cautivaban, mutilaban ó desollaban, al com-

(1) Francisco Gómez del Palacio, *Reclamaciones por Depredaciones de Indios*.

pás y canto de sus danzas feroces: bandas enteras violaban á las mujeres, y se llevaban á las doncellas para que les sirvieran de esposas en sus aduanares. Á los niños que no se podían llevar para educarlos en sus costumbres, los estrellaban contra las paredes ó los ensartaban con sus lanzas entre alaridos de la horda y al galope frenético de su caballada enloquecida.

No hay familia fronteriza que no conserve entre sus recuerdos y tradiciones algún episodio sangriento de esa trágica, ignorada, constante y heroica lucha por la civilización. El año de 1853 el Lic. José María Goribar, Presidente del Tribunal Superior de Coahuila fué asaltado por 30 indios en Patos: lo mataron y destrozaron su cadáver, así como el de otras siete personas que lo acompañaban (1). En Junio de 1854 después de una victoria, los apaches desollaron á más de veinte prisioneros; y vendieron otros muchos á los comanches, que á su vez los revendieron á otra tribu (2). Todavía en 1862 devastaban á Chihuahua; y los últimos de los kikapues excursionaban por Coahuila á principios de la Administración actual. Gracias al valor y perseverancia de los rancheros fronterizos el peligro ha pasado; y hoy llama tranquilamente á misa la vieja campana de las antiguas misiones, que enmohecida y colgada de un toseco travesano en la torre de sus iglesias, durante cuatro siglos

(1) *Anuario Coahuilense.*

(2) Francisco Gómez del Palacio, *Reclamaciones por Depredaciones de Indios.*

dió con sus toques desesperados de rebato, la señal de la invasión, llamando á los labradores para que desde las azoteas del pueblo defendieran sus familias, ganados y aperos, contra esos destructores de la civilización y de la humanidad.

VII

En resumen, los jefes militares que desconocían á los gobiernos civiles, los gobernadores que desconocían al central coligándose en su obra de rebeldes para después destrozarse sin piedad: los Jefes Políticos que desconocían á los gobernadores y explotaban su ínsula en provecho personal sin tasa ni medida: los caciques de las sierras que encastillados en sus rocas hacían revivir en ellas dictaduras negreras, estúpidas y sanguinarias sin cohesión ni comunión política con ninguna otra autoridad: los pronunciados que hacían de la fuerza pública bandas de salteadores: los salteadores que como bandas de salvajes campaban por su cuenta y riesgo, matando, robando y desolando; y los indios bárbaros que al galope de caballadas brutas y dando alaridos de exterminio llevaban el incendio en más de 800,000 kilómetros cuadrados del territorio nacional, fueron agentes de destrucción constantemente en acción, que colocaron al país en una etapa de inseguridad, por la que ningún otro país de la comunión cristiana ha pasado. Durante sesenta años, ni la vida, ni la honra, ni la

libertad, ni la propiedad pudieron encontrar amparo en los muros de las ciudades mexicanas, ni en las inmensas soledades de sus campos.

En más de 4,000 combates *militares* (1) se revolvió la tierra con los tumultos de la lucha, y montones de cadáveres ensangrentados han abonado las sementeras de sus valles. La guerra horrible y asoladora de Independencia, que se hacía á la vez en todas las ciudades y pueblos de la colonia, en las llanuras y en las montañas, en las calles, en las torres y cuarteles, mató más de 600,000 personas (2). No hubo campañario en más de 12,000 templos que abrigaron á la civilización católica de la Nueva España, durante tres siglos, que no perdiera la mayor parte de sus campanas para convertirlas en cañones. En las encrucijadas de sus caminos, en los desfiladeros de sus montañas, en el vado de sus ríos, aparecían cuadrillas de foragidos que desbalijaban los carruajes, trenes de carros, y *atajos* de mulas. Con la pistola al pecho los pronunciados obligaban á los administradores de haciendas á que les entregaran en préstamo dinero, joyas, ganado, y semillas; los maniataban, en su presencia violaban á sus hijas y esposas, y golpeados y befados los dejaban tirados en el *Despacho* ensangrentado; ó los amarraban en los troncos de los árboles y los abandonaban

(1) « *Los Hechos de Armas* » registrados por el Sr. Coronel Rafael Echenique son 2,054; pero en ellos no están incluidos los que tuvieron un origen local.

(2) Mora, *opus cit.*

en los bosques á merced de las fieras y viajeros. Para pagar parte de esos préstamos y exacciones la Nación ha tenido que gastar después sumas que para cubrirlas han hecho subir la deuda pública á \$ 350.000,000 (1), y en esa reparación no entran las deudas contraídas por el gobierno español, por la Reacción, ni por el gobierno de Maximiliano. La población que en tiempos del Dr. Mora era de 8.000,000 de habitantes, no llegaba según las apreciaciones de Jourdanel, sino á *seis* cuando llegaron los franceses. Se perdieron más de 500,000 kilómetros cuadrados del territorio nacional: infinidad de pueblos desaparecieron; los fronterizos quedaron convertidos en haciendas ó rancherías; y de otros sólo quedaron paredones ahumados y piedras esparecidas en los caminos (2). Las gentes huyeron de las aldeas á las ciudades; pero ni aun allí escapaban de los ladrones; porque á la luz del día y á mano armada se asaltaban, casas, palacios, iglesias, cuarteles y conventos (3). Los arrendamientos se nulificaron por el exceso de casas vacías de los barrios, grandes, sucias y destartalladas, sin techos ni puertas

(1) En Enero de 1900.

(2) José Osorno en la proclama que lanzó el 6 de Junio de 1816 en Atlamajac, mandó que se « *demolieran completamente* las iglesias », y así se arrasaron las de Zacatlan, Tlaxco y Chiguahicápam. Castillo Negrete, *opus cit.*, tom. VIII.

(3) Emilio del Castillo Negrete, *opus cit.*, tom. XII, pág. 488. — « Nadie se atrevía á salir de su casa de noche; y aun de día se corría riesgo de ser atacado por los bandidos, que esperaban á los transeúntes en las calles menos frecuentadas y que estando muchos de ellos á caballo, usaban de la terrible arma del lazo para hacer caer y arrastrar á los que sorprendían. »

y convertidas en basureros ó guaridas de malhechores. Apenas en las calles principales se podía habitar; como si en la vorágine desoladora la vida se hubiera replegado al centro, queriendo desaparecer dentro de su pasado mismo.

El aniquilamiento biológico alcanzó á los animales estorbando la nutrición individual y la selección de la especie. Los hombres se hicieron más pequeños y delgados, no que en altitudes inferiores como afirma Jourdanet sino que en regiones pacíficas; los caballos fueron menos robustos, más débiles los burros y el ganado vacuno y porcino menos corpulento. Un rebaño de ovejas, una cría de gallinas, una conejera, en igualdad de individuos, daban á lo sumo las dos terceras partes de alimentos que otras de europeos ó americanos. Hasta los vegetales resintieron el huracán devastador de esa guerra maldita: las vituallas del Valle de México se hicieron menos sápidas, las frutas menos dulces y las flores menos lozanas y fragantes. El soplo de desolación que lanzaba á la muerte los restos esparcidos de la colonia penetraba hasta el cáliz de las flores; y á la par que derramaba en ríos de sangre la vida de los hombres, mataba el germen de lozanía y de idilios en el *polen* de las flores.

VIII

Esta lucha armada y sin cuartel, sanguinaria y desoladora de setenta años, produjo con la repetición

cuotidiana de sus espectáculos dramáticos, una impresión profunda en el espíritu mexicano. El cerebro se llenó con escenas de lucha, sangre, fuego, combates, fugas, asesinatos, incendios, robos y raptos: el cerrar precipitado de los almacenes, las carreras desoladas de los transeúntes; las campanas lanzando á los aires el toque desesperado de rebato; las detonaciones de las armas, el silbido de las balas, las charcas de sangre, las puertas hendidas á hachazos, el bramido de plebes amotinadas, y el; ay! agudo y desgarrador del padre, de la madre, del hijo ó del hermano, que lanzaba el último gemido como víctima inocente, como héroe ó como mártir. De esas escenas como consecuencias psíquicas nacían rencores que nunca se apagaban, proyectos de venganza que como un tic de ferocidad traía sus reminiscencias de muerte en medio de todos los festejos; mataba la alegría en el fondo del alma; y exacerbaba la misantropía latente que en México producen las nerviosidades climatéricas. Nacieron pues en ese medio de odios, como pueden desarrollarse la pantera en selvas tropicales ó el cocodrilo en los pantanos, tipos regresivos de épocas vandálicas; y que ya sólo se encuentran allende las fronteras de la civilización, como Calleja, Cruz, Concha, Bustamante, Lozada, Márquez, Rojas, Miramón, Santa Ana, Cobos, Jaraúta, etc., que en nada se diferenciaban de los jefes de bárbaros como el *Indio Rafaelillo*, que por su propia mano y con el deleite de un chacal inmoló

más de mil víctimas en las haciendas y misiones de Nueva Estremadura (Coahuila). Como éste eran aquellos verdaderos salvajes de la política, que sin más credo social que la matanza y el pillaje caían sobre las poblaciones amigas ó enemigas, como el otro indio Cajeme al frente de sus yaquis caía todavía en 1880 sobre las haciendas de Arispí y Oposura (1).

Pero la aparición de estos tipos sanguinarios revelaba un fenómeno de descomposición más grave: y es que existía un medio de *ferocidad general* donde aquéllos descollaban nada más; pues los hombres célebres, de cualquiera clase que sean, no son sino *acumuladores* de los vicios, virtudes, aptitudes ó defectos de sus compatriotas. Si en los Estados Unidos, por ejemplo, ha surgido un Edison, es porque allí el talento inventivo es general en todos sus compatriotas: y así es como más de 600.000 patentes de invención ha expedido el gobierno americano; es decir la mitad de los inventos que ha hecho toda la humanidad durante el presente siglo. En Londres hubo un Shakspeare porque es congénito al pueblo inglés el sentimiento trágico de la vida humana; (2) y este poeta no fué sino el más egregio entre otros diez y siete de primer orden y cincuenta y cuatro de mérito menor, que fundaron en su época el teatro de Inglaterra.

(1) La sublevación actual del Yaquí ha obligado á movilizar 6000 hombres de tropas federales y del Estado de Sonora, para exterminar á 2.500 rebeldes que llevan el incendio y la matanza por todos los pueblos de aquel Valle.

(2) E. Taine, *Histoire de la Littérature Anglaise*.

La Alemania produjo á Bismark porque el fraccionamiento é imbricación de soberanías que constituye desde hace siglos la vida política de los pueblos situados entre el Rhin, el Neva y el Danubio, ha hecho de las meditaciones políticas la preocupación cotidiana de todos los alemanes.

En virtud de esta ley pudieron aparecer en México tipos vandálicos como los citados: asesinos oficiales de profesión, que jamás sintieron repugnancia por el crimen que perpetraban ó premeditaban; sino que por el contrario lo consumaban con una especie de técnica y dilletantismo feroces. Estos tipos monstruosos del delito, no fueron pues sino casos de hipertrofia de un instinto sanguinario, desarrollado en una gran parte de la sociedad mexicana, aunque en grado mucho menor, pero que le ha quitado la repugnancia por la vista de la sangre y ha hecho para ella interesante la agonía de una víctima. La inducción es desagradable pero la corrobora la afición delirante que hay por corridas de toros y peleas de gallos; las riñas á mano armada que apenas se traban en la calle forman un corro de espectadores, que siguen con interés los episodios de la lucha; y que sólo en el Distrito Federal fueron de 11,692 el año de 1896 (1); es decir casi tantas como las que ha tenido en el Transval el ejército inglés de cerca de 200.000 hombres en cinco meses de campaña; y las ejecuciones capitales que atraen á las multitudes; y

1º Informe del Procurador cit.

por las que se prescinde de cualquiera otra *diversión*, sufriendo por ella y con impavidez las molestias de sol, hambre, cansancio y lluvia. No hace tres años que la inmensa mayoría de nuestra prensa hizo alarde de profesar la necesidad de la pena de muerte como el canon sagrado de nuestro credo político; y no faltaron al día siguiente de ser ejecutado Cota, el 17 de Septiembre de 1897 artículos humorísticos del trágico suceso.

IX

Este fenómeno no es por otra parte sino el caso antropológico de una ley biológica más general; y en cuya virtud las razas humanas, al adaptarse al medio en que se desarrollan, toman un tipo físico y un carácter uniforme, que se conserva, ó repite anatómica y psíquicamente á través de los siglos, y á pesar de las formas externas de su civilización; de la misma manera que en las otras especies animales ó vegetales. Así es como por ejemplo, desde la época de Trajano los bueyes del Danubio tienen cuernos rectos, enormes y divergentes: en la China son gibosos á pesar del cruzamiento con otras razas; y aunque los primeros productos salgan como el progenitor extranjero, á la quinta ó sexta generación indefectiblemente reaparece en el becerro criollo la giba de los aborígenes. En las antiguas *castas* de la sociedad virreinal se veía reaparecer el negro (*salto atrás*) en familias

de padres blancos y aun rubios; pero que habían tenido negros entre sus antepasados. En las aguas del Nilo, todavía mece su corola azul el *loto* que copiaron los arquitectos de Menfis en los chapiteles de sus templos; y reapareció el *fellah* de los Faraones en las familias cruzadas con las macedonias de los Ptolomeos; y á los primeros siglos de la dominación árabe, á pesar del enorme torrente de sangre extranjera que le llevó la poligamia. Hoy mismo resurge en los batallones de aborígenes del ejército inglés del Cairo; bronceado, titánico, de pómulos salientes, modelo vivo que se copió en los colosos de Isambul, y que es tipo étnico hermano de los Ramsés y Amenhotep.

En la Mesa Central de México de aire reseco, caliente y luminoso, que destempla los nervios: donde las meditaciones se entenebrecen con el abuso del tabaco, del alcohol y del café: con la irritación de una lucha eterna é infructuosa por la vida; y hasta ha poco con la desesperante impotencia, casi secular para formar un plexus de solidaridad social; el carácter en gran parte de la sociedad ha degenerado y las tendencias feroces de los aztecas han reaparecido. Después de diez generaciones ha vuelto á palpar en algunos pechos de nuestros compatriotas el alma bárbara de los adoradores de Huitzilopoztli; de aquellos de las *primaveras sagradas* que iban al son lúgubre de su *teponaxtli* á hacer *razzias* de prisioneros en las marcas de Tlaxcala y Huejotzingo, para

abrirles el pecho con cuchillos de obsidiana, arrancarle el corazón y devorarlo en holocausto de sus dioses (1). Tres siglos de misas y cuarteles fueron pues muy poco para la evolución completa del carácter en esas masas; y si hoy todavía reaparece en el campesino de la Silesia el sármata de Atila, (2) en nuestras luchas políticas, ha resurgido de las multitudes, á la par que el guerrero indomable de Ahuizotl el sacerdote sanguinario de Huitzilopoztli.

Nada hay más lúgubre en efecto que nuestra Historia independiente: hasta los más ilustres caudillos manchan su gloria con el derramamiento de sangre que era manifiestamente inútil. El incendio de las poblaciones y las ejecuciones en masa vienen á cada vuelta de hoja como el ritornello fúnebre de un poema infernal; y si es verdad que no escasean almas superiores como la de Don Leonardo Bravo, que puso en libertad á 300 prisioneros españoles, cuando supo que el jefe español acababa de fusilar á su padre; otros muchos jefes de aquella época y de las posteriores fusilaban sistemáticamente á todos los que caían en sus manos. El sistema se convirtió en costumbre y dió un sello tal de barbarie á nuestras luchas políticas que ni en el África negra se encuentra; pues como allá de los prisioneros se hacen cautivos, y su rescate es el móvil de la guerra, la esclavitud los redime de la muerte.

(1) Fr. Bernardino de Sahagún, *opus. cit.*

(2) C. Lombroso, *Le Crime Politique*, tom. I.

En México por el contrario y con mucha frecuencia, no se rendía parte de prisioneros, sino de muertos y heridos; y éstos eran fusilados ó rematados á pesar del estado de gravedad de sus lesiones. Hidalgo mismo no sólo mandaba matar irremisiblemente á los cogidos en el campo de batalla; sino que en Guadalajara y en Valladolid mandaba aprehender á los sospechosos; y los hacía apuñalear por la noche en lugares apartados para que no causaran escándalo con sus gritos. De esta manera murieron 600 inocentes; y recomendó al Jefe Hermosillo que hiciera lo mismo en el Rosario y Cosalá (1). Morelos después de las acciones del Chilapa, Izúcar, Oaxaca, etc, fusiló sin piedad á todos los prisioneros; y lo mismo hicieron Osorno en las del Valle de México, García en el Bajío, y todos los demás insurgentes, aunque por lo general en vía de represalias.

En la primera insurrección la ferocidad militar se desarrolló á un grado que sólo se ha visto en las guerras asiáticas ó africanas, sin respeto ninguno á la humanidad y con olvido sistemático de toda regla del Derecho de Gentes. Los prisioneros rendidos con Sardá en Soto la Marina por ejemplo, fueron llevados á San Juan de Ulúa á pie unidos por parejas con una barra de grillos, y en la fortaleza sepultados en galeras húmedas, oscuras, miasmáticas y abrasadas por el

(1) *Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia*, tom. I.

(2) Emilio del Castillo Negrete, *opus. cit.*

sol de la costa. La sujeción corporal constante producía odios mutuos entre aquellos infelices, pues rara vez eran simultáneas las necesidades de los dos miembros de una pareja; y para satisfacer la sed ó cualquiera otra, era preciso pedir permiso al compañero; lo que producía reyertas continuas entre ellos y ocasionaba la algaraza y rechifla de los carceleros (1). Orrantía dió personalmente de cintarazos al General Mina cuando fué hecho prisionero (2). — Para apresurar la rendición del Fuerte del Sombrero este mismo Jefe dejó insepultos, con el objeto de producir la peste, 400 cadáveres de los caídos en los asaltos infructuosos (3). — Los enfermos y heridos de los Remedios fueron *quemados* en el edificio que les servía de Hospital; y los que intentaban salir eran vueltos á meter á bayonetazos (4). — Liñán hizo á 200 prisioneros (5), que demolieran las fortificaciones del mismo fuerte; y luego los ató á los troncos de árboles en el bosque para que fueran fusilados á mansalva. — Ordóñez en Jilotepec fusiló á 123 prisioneros (6) inclusive niños y heridos, de 30 en 30 al borde de una zanja en el Cerro del Calvario; haciendo antes transportar á los heridos en hombros de los sanos. — El

(1) Antonio Andrade fusiló en el zaguán del Curato de Nopala á 18 indios pastores ajenos á la política y á pesar de que el Cura Correa intercedía por ellos de rodillas.

(2) Emilio del Castillo Negrete, *opus. cit.*, tom. IV, pág. 247.

(3) Emilio del Castillo Negrete, *opus. cit.*, tom. IV, pág. 276.

(4) Emilio del Castillo Negrete, *opus. cit.*, tom. IV, pág. 198.

(5) Emilio del Castillo Negrete, *opus. cit.*, tom. IV, pág. 426.

(6) Emilio del Castillo Negrete, *opus. cit.*, tom. IV, pág. 204.

Capitán Vázquez llevaba á Jilotepec los prisioneros que mandaba hacer en los alrededores y los fusilaba (1) en día de *tianquis* (mercado). En la lista de sus ejecuciones se encontraron apuntados más de 700 víctimas. — Guizanotegui en la Hacienda de la Quemada sorprendió á más de 200 personas en un *rodeo*, las hizo arrodillar y mandó á su tropa que hiciera fuego graneado á discreción. — Francisco Orrantía en Rincón de Ortega el 27 de Julio de 1815 cortó más de 300 orejas á los prisioneros, que después mandó fusilar. — Iturbide en la Hacienda de Villela mandó fusilar á María Tomasa Estévez para que con su belleza no sedujera á las tropas. — Hevia al tomar á San Hipólito mandó fusilar á 49 prisioneros que en una cochera habian encerrado los independientes y que eran indios de los campos cogidos de leva por aquéllos. — Manuel González en Huichilac mandó al entrar tocar « á degüello », diciendo: *En este día va á descargar la justicia de Dios sobre este pueblo*; y fueron degolladas 63 personas en las calles y plazas. — Rosains en Tehuacan mandó arrastrar á los prisioneros por las mulas. — Los soldados de Castillo y Bustamante, arrojaron al agua de una mina de donde se surtian los independientes, los cadáveres de su tropa, para envenenar á toda la población sitiada. — Á José Antonio Torres, Albino García y á los Villagran les cortaron la cabeza y manos para clavarlas en las

(1) Emilio del Castillo Negrete, *opus. cit.*, tom. XIII.

plazas de Salvatierra y de Huejutla. El cuerpo de Villagran fué hecho cuartos y distribuido para el mismo fin en cuatro poblaciones. Este año por último se fusilaron setenta prisioneros diarios entre ambos bandos (1).

X

Después de consumada la Independencia muy pocos Presidentes dejaron de atentar contra sus enemigos; y muchos personajes insignes fueron fusilados con la farsa de un proceso, pero sin causa, razón, objeto, ni respeto alguno á los méritos contraídos por las víctimas como en los casos de Guerrero é Iturbide á quienes México debía su independencia. Los Generales Don Anastasio Bustamante y Don Antonio López de Santa Ana, son sin embargo las dos figuras, que en medio de una pléyade de tiranuelos asesinos, descuellan, como Caracalla y Caligula descollaban entre sus feroces procónsules, en el arte de matar y devastar una comarca.

Al primero se debe la invención de la « *Ley Fuga* » ese procedimiento salvaje, más vandálico y vil que la « *Ley Linch* » de las poblaciones americanas, y que desde entonces se ha usado por todas las autoridades de la República, hasta tiempos no muy remotos, según se desprende de las declaraciones que en el Jurado

(1) Emilio del Castillo Negrete, *opus cit.*, tom. VIII.

de Villavicencio y socios, rindieron los gendarmes de la 2ª Demarcación; indicándose con esa expresión que alguna persona era sacada por orden de autoridad superior á despoblado en la noche, y matada á balazos ó puñaladas. Noriega dijo que de esa manera había visto matar á más de 400 indios prisioneros en Sonora. Pero la gloria de su invención cabe á Bustamante, que la inauguró en el caso de Calvo y Cataño. Después de haberse pronunciado respectivamente en Chalco y Cuantla, se rindieron con la condición de que se les perdonara la vida; pero á pesar del pacto, se les sacó de la Capital montados en mulas, atados de pies y manos, rodeados por veinte dragones; y sin embargo, el oficial que los conducía rindió parte de su muerte, diciendo que como habían pretendido *fugarse*, la escolta hizo fuego sobre ellos y los maló (1).

(1) Para comprender el papel que los tribunales representaron en todas estas dictaduras de bandidos reproduzco las siguientes líneas que publiqué en la *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, tom. XV, nº 13. « Aunque hemos tenido siempre vastas colecciones de leyes desde los primeros días de la conquista, la tumultuosa era de nuestras revoluciones hizo una farsa de todas las jurisdicciones, y sólo desde el triunfo de la República (1867) comenzó á buscarse imparcialidad en los fallos. Pero ya fuera debido á la ruina del capital que las revoluciones produjeron, á la ignorancia general del pueblo, y á la menos disculpable de los abogados, á lo contradictorio de las leyes vigentes y á su atraso con relación á las necesidades que debían de resolver; al despotismo intermitente que como reacción necesaria á la anarquía se implantaba en los breves periodos de orden; á las ligas militares que subsistían en esta época entre gobernantes y algunos de los gobernados; muchas veces al entronizamiento descarado del banditaje y á su

El uso de las Cortes Marciales, ó sea de fusilamientos precedidos de farsas judiciales, fué también introducido por Bustamante en el gobierno como procedimiento administrativo aprendido en los tiempos virreinales. El 21 de Abril de 1824 fueron fusilados de esta manera en Allixeo Casasola y Francisco Victoria hermano del ex-presidente, teniendo la precaución de fusilarlos juntos, y de disparar primero sobre Casasola para prolongar los sufrimientos de Victoria (1). Previa la misma farsa judicial mataron el 13 de Octubre á Rosainz y á Cristóbal Fernández en Puebla; el 17 de Noviembre á Márquez Garate en S. Luis Potosí; el 27 de Diciembre á Méndez, Mier, Godínez, Cortés y Cisneros en Morelia (2). En este caso el crimen llegó á la vileza y á la estafa; pues habiendo ofrecido los presos ochocientos pesos á un tal Otero que era oficial de la guardia para que los dejara escapar; éste tomó el dinero, los denunció al Jefe Trinidad Ríos, y puestos de acuerdo ambos, los dejaron salir en la noche, los persiguieron sigilosamente y los fusilaron en el

influencia sobre los tribunales; otras al cohecho y peculado que en la corrupción general contaminaba á las magistraturas, y á otras mil causas que siempre aparecen como foros gangrenados en los pueblos que atraviesan las largas y sangrientas convulsiones de su disolución política, lo cierto es que la justicia no llegó á desempeñar papel alguno en nuestra vida pública ó privada; y que nunca pudieron hacerse estudios científicos de ella», etc. — « El Método Inductivo en la Jurisprudencia » por el Lic. Julio Guerrero.

(1) *México á través de los Siglos*, tom. V.

(2) *México á través de los Siglos*, tom. V.

campo (1). Á otros presos políticos de la Capital se les envenenó en la prisión, certificando los médicos que habían fallecido de fiebres pútridas. La guerra que este salvaje con el nombre de Presidente sostenía, llegó á tomar un carácter de ferocidad tal, que el Gral. Barragán lanzó un *Manifiesto Pacífico* en Guadalajara con el único objeto de protestar contra las matanzas, pillajes é incendios que se hacían por ambos partidos, y para pedir que la guerra continuara si era preciso, pero que se hiciera como la hacen los pueblos civilizados (2).

Sin embargo, este asesino insigne fué superado en ferocidad por Santa Ana; y para no hacer cansado el relato de tantos crímenes, doy á éste la preferencia. En las guerras sostenidas contra Texas y los Estados Unidos se descubrieron sus instintos sanguinarios. Mandó arrasar el territorio rebelado y fusilar á los prisioneros cogidos en el Alamo, Refugio, Victoria y Goliad. En este último punto se fusilaron á mansalva y á sangre fría más de cuatrocientos hombres, inerme, rendidos é indefensos (3). Después de que con su presuntuosa estupidez, su cobardía y traiciones perdió la guerra con el Norte y fué reslau-rado á su « Dictadura », el 1º de Agosto de 1852 expidió la *Ley de conspiradores*, en cuya virtud muchísimas personas inocentes fueron delatadas,

(1) *México á través de los Siglos*, tom. V.

(2) *México á través de los Siglos*, tom. V.

(3) Filisola, *opus. cit.*, tom. I.

juzgadas y fusiladas diariamente : millares de otras fueron consignadas á los cuarteles; incalculables fueron los desterrados de la República, y los confinados á lugares malsanos y remotos de su residencia habitual (1). Más de quinientas personas notables sufrieron este último atentado, obligándoseles á residir en lugares insignificantes (2); es decir en pueblos devastados ó en simples rancherías, para que no *hablaran con personas de razón*, no tuvieran noticias políticas, ni pudieran ganar su subsistencia ó conseguir una medicina, sin que se escaparan de este atropello niños ni mujeres. D. Luis de la Rosa, D. Juan Mújica y D. Joaquín Zarco fueron desterrados estando gravemente enfermos; así como Doña Melchora Hernández y un hijo de Don Santos Degollado (3).

Estas medidas *gubernativas* son aunque repugnantes, comprensibles; y si revelan un tirano que se burla de los más sagrados sentimientos de sus víctimas, y que con refinado análisis, busca las causas del sufrimiento para repartirlas metódicamente en sus proscritos; también es verdad que en ellas todavía se vé el uso de la razón humana, pervertida en su aplicación, pero funcionando con el juego natural de la Lógica. Pero en las subsecuentes órdenes ya no es el Dictador, ni el tirano, ni el hombre el que aparece

(1) *Historia de la Guerra de Tres Años.*

(2) *Idem.*

(3) *Idem.*

dictándolas, sino la bestia feroz, que acorralada, siente la congestión sanguínea de la fiera enloquecida, tira dentelladas á diestro y siniestro sin saber dónde hiere, y que por embestir á sus enemigos clava las zarpas hasta en los objetos inanimados que la cercan. Cuando esta « *Alteza Serenísima* » como se hizo llamar, se retiró de Acapulco, se encontraron en el Herrador, colgados por su orden de los árboles, los cadáveres de los Capitanes Indert y Vargas, desfigurados por las balas, y á sus pies un montón de inmundicias, pedazos de sus entrañas y hechas tiras las proclamas de Comonfort. En el camino por donde se retiró mandó *arrasar* los pueblos de las Cruces, la Venta, Dos Arroyos, Cacahuatpec, Egido, etc., sin objeto ninguno, pues ni eran hostiles á sus tropas ni de recursos para el enemigo; y las familias humildes é inofensivas que habían huído á las montañas aterrorizadas por la guerra, se encontraron al volver, arruinadas, sin techo y sin abrigo. Al pasar por Chilpancingo mandó envenenar al Gral. Bravo y á su esposa (1); y de regreso á la Capital dió orden á los Comandantes Militares, por su Ministro de la Guerra, para que todo pueblo que se *manifestara* rebelde contra el Supremo Gobierno fuera *incendiado*, y todo cabecilla ó individuo que se cogiera con las armas en la mano fuera fusilado; extendiéndola á los simples sospechosos de opinión contraria al gobierno (2). En

(1) *Historia de la Guerra de Tres Años.*

(2) *Historia de la Guerra de Tres Años.*

virtud de esta ley el 11 de Abril fué fusilado el veterano de la Independencia D. Gordiano Guzmán en Cutzamalá. En la Plaza de Mexcala se mandó clavar la cabeza de Faustino Villalva; el 16 de Julio se fusiló á José Ramos en Morelia; y al saber el pronunciamiento del Lic. Garza en Tamaulipas dijo el Dictador; que « había de levantar una horea en la Plaza de « Ciudad Victoria para éste; y situaría cañones en las « bocacalles para barrer á metralla á todos los vecinos. » El 7 de Octubre su Coronel Camargo quemó la Hacienda de Tierra Colorada, y en pleno consejo de guerra distribuyó órdenes estratégicas para que los Generales Zuluaga, Rosas Landa, Bahamonde, Tejada y Severo del Castillo quemaran la de la Brea y poblaciones inmediatas. Para vengar la pérdida de Puruándiro tomada por Don Santos Degollado, tomaron los santanistas á Zitácuaro; « la entraron á saco y fué incendiada por muchos puntos : sus habitantes muertos á lanzadas sin distinción de edad, ni de sexo, y algunos de ellos arrastrados por las calles á las colas de los caballos » (1).

No hizo más Atila en su tránsito por las Galias: pero esto fué hace quince siglos; y sólo en Teodoro II de Abisinia podría encontrarse un émulo á este Dictador Mexicano en el presente siglo (2); pero en nuestras contiendas civiles reaparece por doquiera. Antonio Rojas por ejemplo, en Aguascalientes mandó matar

(1) *Historia de la Guerra de Tres Años.*

(2) *Historia de la Guerra de Tres Años.*

veinte personas; « niños, mujeres y viejos » porque se le perdieron dos caballos (1), y el 11 de Abril de 1859 Leonardo Márquez por orden del Presidente Miguel Miramón fusiló en Tacubaya á nueve estudiantes de Medicina. Los heridos del campo de batalla fueron destrozados por los caballos de sus dragones, que los hollaban con las pezuñas y los remataban á lanzadas. En el *neronismo* militar de todos estos mandarines salvajes reaparece el aventurero español, que salido de las cárceles de Córdoba ó Sevilla en el Siglo XVI y á pesar de las predicaciones de los frailes y las leyes de los monarcas, se lanzaba entre las chusmas de indios desnudos; y mataba con un denuedo frenético, hasta que se causaba su brazo, y empañaba el brillo de su armadura la sangre que en ella y en los encuentros del caballo se embarraba.

XI

La exacerbación de odios que producen las convulsiones sociales determinaron estas ferocidades; pero hoy, que es época de paz y de atonía política, por un fenómeno atávico reaparecen todavía en los delinquentes comunes; y se hacen tanto más repugnantes cuanto que el móvil de sus crímenes es muy fútil, por lo general. Se comprende al estudiar á éstos que por la filiación ignota de la turba multa, descenden de los

(1) Agustín R. Gonzalez, *opus cit.*

capitanes de cuadrillas ó caciques sanguinarios, que en las épocas anteriores salían de las ciudades, para robar y matar como pronunciados ó exterminar como reyezuelos y salvajes. Los casos siguientes tomados de procesos ventilados en Juzgados de la Capital son ejemplos de ese heredismo y por el estilo son todos los que se instruyen por lesiones; pues la diferencia jurídica que hay entre éstas y los de homicidio obedece á distinciones legales; pero no á grados en la perversión moral de los delinquentes; toda vez que las lesiones se infieren con ánimo de matar; y si tal resultado no se consigue, depende de que en los movimientos de la lucha, el arma encuentra en vez de una viscera vital, un miembro menos importante para la vida. El número de unas y otras fué en el año de 1896 de 11 692 para una población en el Distrito Federal de 340 482 habitantes; representando un 63,3 p. 100 de la criminalidad total. Es pues un coeficiente de barbarie que sólo por una persistencia atávica de salvajismo en el espíritu de las masas inferiores se comprende.

En efecto, nada hay de extraordinario en las circunstancias que determinaron la comisión de estos delitos, son las normales de la vida; y fuera de las cerebra-ciones peculiares de esos delinquentes, nada hay en ellos que explique esas trágicas explosiones de una volición feroz y sanguinaria; inclusive las nerviosidades climatéricas, que aunque predisponen el ánimo á la hostilidad, no pueden determinar el ensañamiento de sangre que en estos casos se nota. La pro-

ducción del fenómeno criminológico indica pues, que la causa es orgánica y que la hiperestesia bélica é impulsatividad sanguinaria del salvaje persisten en esos delinquentes vulgares y se ponen en conmoción por hechos que son indiferentes para los demás. Nada en efecto hay más vulgar que las condiciones en que se verificaron los siguientes delitos, tomados al azar entre millares del mismo género:

1º El 12 de Marzo de 1893 se encontraron en la Plazuela de Tepito, Juan Montero García (a), Juan Bolo y Jesús Torres. El primero pidió al segundo que le pagara una copa que éste negó. Se hicieron de palabras, vinieron á las manos, Torres sacó una arma cortante y se arrojó sobre García diciéndole: « Si la otra vez no lo maté, hoy sí ». Torres cayó herido y agonizó á poco (1).

2º Al estar platicando Felipe Pérez con el gendarme Felipe Sosa en la esquina del Ex-Seminario, pasó ebrio Marcos López; y aquéllos se rieron por los traspiés que daba. Este se fué á conseguir un puñal, volvió y no los encontró; pero varios días después pudo sorprender al gendarme y lo mató (2).

3º Una noche del mes de Agosto de 1893 el gendarme del Puente de la Leña vió que una ramera se desplomaba en un montón de alfalfa, herida en el vientre por Víctor N. (a) *Cairetes*. La había herido porque no accedió á sus pretensiones amorosas.

(1) Juzgado 1º de lo Criminal.

(2) Juzgado 2º de lo Criminal.

Aprehendido el heridor fué conducido á la Inspección, pasaron por el Café de Manzanares, encontraron á unos individuos, que se deluvieron á platicar con el preso, y habiendo pretendido el gendarme que se separaran Caireles le dijo : « ahora que me acuerdo no voy y lo agredió á puñaladas » (1).

4º Esteban Mendieta tomaba una *copa* en la tienda de la Plazuela de Tepito el 30 de Noviembre de 1893 ; salió á orinar, llega un desconocido y sin decirle una palabra lo hiere. Genaro García que estaba cerca reconviene al agresor, conocido por *el Toro* ; y éste lo agrede también : acude el gendarme, y es agredido á su vez ; hasta que haciendo fuego con el *revólver* contuvo al agresor (2).

5º El 8 de Abril de 1894 Feliciano Mendoza bebía en compañía de Felix Ortega en la Pulquería de los Leones del Callejón de Curtidores. Ortega se embriagó, y cuando estaba incapacitado para defenderse, Mendoza lo agredió y mató á puñaladas (3).

6º El 10 de Octubre de 1893 Simón Rugerio dueño de una zapatería en la calle del Puente del Clérigo invitó á su oficial Eugenio Salazar para que trabajara esa noche en su taller. Rehusa éste ; aquél se irrita, riñen ; Rugerio se arma de un cuchillo *raspador*, sale á la calle, pelean y hiere á Salazar en la sien derecha, de cuya herida murió al día siguiente (4).

(1) Juzgado 2º de lo Criminal.

(2) Juzgado 4º de lo Criminal.

(3) Juzgado 4º de lo Criminal.

(4) Juzgado 3º de lo Criminal.

7º Raimundo Millán había tenido varias riñas y en una de ellas hirió á Cenobio Sánchez. Desde entonces lo insultaba donde lo veía. El 4 de Marzo de 1894, estaba Sánchez con dos ó tres amigos en un zaguán de la Plazuela del Rábano, cuando pasó Millán (a) « El Rey de las Cuchilladas » y le dijo entre palabras obscenas : « á mí me gustan los valentoncitos, y con especialidad, ese que se llama Cenobio » y lo agredió con una navaja hiriéndolo en un brazo. Sánchez quiso huir, pero seguido de cerca por Millán, tuvo que defenderse ; le hizo frente y lo hirió sacándole todo el paquete intestinal. Interviene el gendarme, aprehende á Millán, éste se debate, logra desasirse y arrastrando sus propios intestinos acomete de nuevo á Cenobio, lo hiere en la cara, en un brazo y se desploma muerto (1).

8º Arcadio Tenorio, pastor y casi niño, cuidaba un reducido rebaño de cabras en las inmediaciones de Tlalpam. Llega un indio, se roba una, la mata y pretende huir. Tenorio le reclama ; y entonces el ladrón Teodoro Ramírez le da un golpe con una piedra que hace caer al niño al fondo de la barranca. Baja Ramírez, le ata una cuerda al cuello y tira de ella hasta que lo cree muerto, arrastrando después el cadáver en un trayecto de doscientos metros... En el cuerpo del niño se encontraron huellas de quemaduras, machucamientos en la cabeza y lesiones en el

(1) Juzgado 3º de lo Criminal.

sphynx del recto; una profunda herida circular como si hubiera sido empalado. Cubre por último el cadáver con ramas y regresa al pueblo de la Magdalena, donde con toda naturalidad cambia ropa, con sus hermanos, al notar que la suya tenía sangre (1).

9º En el mes de Abril de 1896 los indios que se habían amotinado contra la ley del sistema métrico decimal á instigaciones de unos tinterillos estúpidos, penetran á Juquila, población del Estado de Oaxaca, sorprendiendo á sus vecinos: ponen en libertad á los presos de la cárcel y reunidos con ellos marchan contra las autoridades. Habiendo salido de su casa el Jefe Político para restablecer el orden, los amotinados lo encuentran y le piden los fondos públicos y los de la Virgen: los niega; y entonces un grupo se desprende en busca del Mayordomo Núñez: lo encuentran en el camino, se adelanta un negro, le tira un machetazo á la cabeza y lo hiere en un brazo que aquél levantó para evitar el golpe. El herido huye á casa de Octaviano Gijón, hombre respetado de la población y que había sido Jefe Político. Quiere éste contener á los amotinados y lo acometen á machetazos, palos y pedradas. Su hijo Reginaldo sale de la Tienda en su auxilio, pero también lo destrozan á machetazos; mientras que otro grupo de bandidos se dirige á la casa, *destrozan* literalmente á Núñez y hacen pedazos el mueblaje. La turba ensangrentada y vociferando

(1) Juzgado 3º de lo Criminal.

sale de allí, se dirige á la Fábrica de aceite de corazo de Don Octaviano Gijón: matan al Lic. Rafael Parra, al mozo Román Carrasco, á tres más y se roban mulas, caballos, cerdos, carneros y gallinas. Pasan luego á la casa de Don Federico Gijón y matan á Carlos Morales, saquean la casa, luego la de Feliciano Sánchez, á quien dejan en el patio acribillado de balazos. Después matan á la Preceptora de Niñas. Al telegrafista y á pesar de que defendió á balazos su oficina, lo matan también, lo decapitan, ponen su cabeza en un palo y la pasean por las calles. Nombran en seguida un Presidente Municipal y lo obligan á que dirija circulares á los demás pueblos del Distrito, para que recojan dinero, bestias y partidarios que engrosen sus filas. Forman por último una pira en la plaza pública con *cuatro mil quintales* de café, ponen encima el cadáver de Don Octaviano Gijón, lo rodean con los de otras treinta y dos víctimas, prenden fuego al grano entre risotadas y dicharajos obscenos; y se alejan en alboroto á la montaña, más de mil bandidos, unos armados de rifles y otros de machetes. Caminan sus pelotones entre las azulosas y excitantes humaredas del café, que se enredan en las camisas blancas de los asesinos, en sus cuerpos de caoba y entre las patas de las mulas que trepan por las veredas, llevando al trote los ensangrentados fardos del pillaje (1).

El sentimiento de ferocidad sanguinario, la piro-

(1) « El Universal » de la época.

mania, las danzas fúnebres y la alegría salvaje de ver desaparecer á la víctima entre los humos acres de sus carnes quemadas, que constituyeron los elementos psíquicos del regocijo popular en la siniestra civilización de los nahoas y zapotecas reapareció en el episodio de Juquila. Habían dormido durante tres siglos en el ascetismo y maceraciones de la época virreinal; pero no se extinguieron; y todavía suelen agitar el alma, á pesar de ese mutismo y cavilaciones solitarios de los indios, que envueltos en su tilma y sentados en cuclillas contra el adobe de sus jacaes ven á lo lejos pasar al caminante. Sufren allí una cerebración atávica é inconsciente de sangre y exterminio; y esa es la que ha pervertido y disipa sus voluntades, cuando los episodios políticos les han dado un papel activo y espontáneo en la gran tragedia mexicana (1).

(1) Para comprender el origen atávico de estos sentimientos sanguinarios basta recordar las fiestas que los antiguos mexicanos hacían á la diosa Cihuacoatl. — Cuatro sacerdotes tomaban al cautivo en cruz por los cuatro miembros, lo ponían en las llamas, lo rociaban con sangre de una esclava degollada bajo el símbolo de Xilómen y balanceándole á la lenta cadencia de sus salmos feroces, esperaban que comenzara la agonía para separarlo del fuego, destazarlo y devorarlo. — Alfredo Chavero, *opus. cit.*

Además de éstas tenían mensualmente festividades en las cuales mataban, previas procesiones y danzas litúrgicas, á los niños en los montes, á las doncellas, á los cautivos, etc. Les arrancaban el corazón y se lo comían en el ara sagrada. Los cuerpos eran para el pueblo que los aderezaba en *mollí* y repartían en banquetes sagrados. Con la piel de los sacrificados quedaban vestidos durante todo el mes los dueños del esclavo: las cabezas las ensartaban en *Tzompantlis* que había en todos los templos. En uno de los de la Plaza de México se contaron 150.000. Templos había en todas las ciudades, festividades en cada uno de sus meses que sólo tenían

veinte días; y los habitantes de México, Tlaxcala y Huejotzingo habían celebrado *un tratado internacional* para hacerse guerras sagradas con el objeto de cogerse mutuamente prisioneros; pero sin conquistarse territorio. — La efusión de sangre humana en las antiguas naciones de esta región, era pues tanta como la que puede producir una guerra crónica sin cuartel, mas la que se derrame en los *rastros* de otras naciones. — Sin embargo pasan por crueles y bárbaros los españoles que acabaron con esa civilización (?) Á Cuahutemoc que la representaba se le ha erigido una estatua en el Paseo principal de la Capital; mientras que para salvar los restos de Hernán Cortés, que sobre ella implantó una de caridad y paz, sin que en nada mengüe el alto mérito de su obra, el carácter vandálico de los primeros conquistadores, porque las guerras no se hacen con monjas, y esas guerras siempre son *fatales* é irremediables; los restos de Cortés, digo, fueron salvados de una profanación popular, sustrayéndolos de noche y remitiéndolos á la Habana. — Para comprender estas ideas, léase á Fr. Bernardino de Sahagún, *opus. cit.*, Lib. I y II.

LIBRO V

Los Credos.

Sumario. — I. Las crisis religiosas son funestas á las sociedades. — Relaciones uniformes de la religión con las artes, filosofía, leyes y costumbres. — La pérdida de la religión produce el epicureísmo egoísta. — II. Carácter católico del intelecto mexicano en la época virreinal. — III. Agotamiento de este sistema. — Credo antilético de la filosofía liberal. — Teólogos y Tartufos. — IV. Influencia del misticismo en la conducta. — Requiere el analfabetismo de los feligreses. — Beatas y fanáticos. — V. La Ética Católica. — VI. Abusos del sistema fiscal del Clero. — VII. El ascetismo y su incompatibilidad con el industrialismo. — VIII. La Creación del Inferno ya es inútil como sistema educativo. — IX. Diferencias entre el amor y el placer. — El cristianismo ha hecho del primero el arte del hogar. — X. Impotencia actual del ascetismo contra la lujuria en México. — Falta de moral en la educación liberal. — Deshonestidad pública é immoralidad privada. — XI. Influencia de la liturgia matrimonial en el libertinaje actual. — La esposa y la concubina. — Influencia de la indisolubilidad del matrimonio en el amaciato. — Efectos inmorales de éste. — XII. Introducción en México de la Metafísica. — Su carácter obstruccionista y destructor. — XIII. Desarrollo de las ciencias bajo la Teología; é ineptitud científica de la Metafísica. — Carácter logomaniaco de su oratoria. — Su esterilidad artística. — Efectos destructores en la moral de las masas. — XIV. Carácter enciclopédico de las meditaciones cotidianas de la vida. — El error produce el fracaso, y éste la immoralidad. — XV. Afinidades entre la moral privada y la social. — XVI. El criterio trunco es incapaz para apreciar las consecuencias sociales de la conducta privada. — Dogmatismo necesario de la moral. — Profesionistas metafísicos. — Peculado. — Desmoralización general. — XVII. Ignorancia de los escépticos. — Su descono-

I

En el Tratado de Córdoba se pactó expresamente que la nueva nación conservaría la religión católica con exclusión de cualquiera otra, subsistiendo de esta manera legal, el último elemento de cohesión que regía á la sociedad colonial; pero á poco comenzaron los ataques contra el clero, y en la Guerra de Reforma, culto y dogmas, iglesias, conventos, frailes, monjas, prebendas y obvenciones fueron sacudidos por el torbellino revolucionario; quedando desde entonces, á merced de una metafísica jacobina, la filosofía, las ciencias y las artes que antes habían formado el intelecto de la colonia; á merced de un gobierno ateo, la gestión de los negocios públicos, y á merced de profesionistas laicos la enseñanza de la infancia y la educación de los adultos. Confinada la religión á sus templos, quedó reducida á temas de especulación abstracta; y la Iglesia, sin propiedades, claustros, ni autoridad, á una congregación jerárquica de fines platónicos y festividades litúrgicas. Ahora bien, aunque esta transformación ha sido incalculablemente bienhechora á la Nación, mientras se consumaba, padeció mucho la moral de los mejicanos, que formaban la parte trabajadora y pasiva de la sociedad;

es decir, la compuesta por quienes no podían pensar con acierto por sí mismos, ni eran pronunciados, ladrones, bárbaros ó militares; pues como durante mucho tiempo, no hubo ciencia laica que substituyera á la enseñada por los teólogos, ni beneficencia laica que hiciera las veces de la caridad cristiana en el alivio de los infortunios; ni los profesionistas desempeñaron la misión de los curas; ni la moral científica reemplazó á las virtudes cristianas; la sociedad, al consumarse con el triunfo de la Reforma, la destrucción de la vieja sociedad colonial, se encontró sin filosofía, ni caridad, ni consejeros, ni conciencia para discernir el bien del mal, en los momentos precisos en que se aventuraba á una nueva vida, y tan libre de restricciones, que para no delinquir requería virtudes exceelsas y conciencias ilustradísimas.

En efecto, cualquiera que sea la ilustración de un individuo, necesita coronarse con algunas generalizaciones, que á guisa de malla aten en un sistema todas las ideas dispersas que tenga sobre la naturaleza, la vida, el espacio, el espíritu y la sociedad; pues sin ellas la inmensa mayoría de las especulaciones queda sin explicación; el mundo se presenta como un caos, y la actividad personal sin objeto, ni razón. Las abstracciones que satisfacen esta necesidad intelectual es lo que se llama Filosofía, y la llenan todas las religiones superiores con un sistema de principios especulativos y de máximas de conducta tan perfectamente graduado en sus dogmas, liturgia,

préceptos de moral y hasta de higiene y policía, que á la vez satisface las curiosidades del niño; domina con el asombro al salvaje; intimida con anatemas al criminal; asesora al astrónomo en sus exploraciones del cielo; pone barreras de fé en las lindes de lo incognoscible á las academias; al miserable le da resignación para soportar los sufrimientos de la vida, y altruismo á los poderosos para refrenar las malevolencias de sus caprichos. Resulta pues, que en toda sociedad religiosa, y tanto en la inglesa bajo el régimen teológico de la Biblia, como en la turca, bajo el Corán, en la católica con su sistema de concilios y pontífices, amparados por monarcas á lo Luis XIV y Felipe II, lo mismo que en la pagana de los Scipiones, ó en la cristiana de Teodosio; y aun en el sabeísmo asiático de las civilizaciones clásicas; en las zoolatrías americanas y en el fetichismo de África, la filosofía, las artes, profesiones, costumbres y legislación, por el hecho de concordar con los credos de sus iglesias, se armonizan y toman un carácter uniforme, de manera tan íntima, que cuando las creencias religiosas se alteran ó extirpan, las artes que las simbolizan mueren; las ciencias que la ilustraban se ofuscan; las costumbres que morigeraba se corrompen; y la legislación que la apoyaba se relaja y se deprava; aunque pueda á veces, no siempre, venir un renacimiento ulterior de la inteligencia y del carácter más brillante y vigoroso. Pero por lo pronto la decadencia es fatal; y esos momentos siempre han sido de crisis funestas

para las sociedades; pues como la religión se ramifica en todas las meditaciones y actos de la vida, al impugnar un dogma se rechazan todas las ideas filosóficas que simboliza, todas las especulativas que origina y todos los corolarios prácticos que prescribe. El gobierno pierde la autoridad sobre las conciencias que en forma de preceptos morales predicaba el sacerdocio; las leyes sin los motivos aceptados de obediencia, que les daban origen, dejan en duda lo justo de sus mandamientos; sin nociones del deber, las costumbres decaen en complacencias más y más relajadas; y el altruismo tradicional y consagrado en las glorias locales, que formaba la abnegación del funcionario, las temeridades del militar, las privaciones del filántropo, las vigiliias del sabio, y los ideales del artista, se funde en un egoísmo metalizado que sacrifica toda necesidad ajena al lucro personal.

Ese fué el término de la vieja sociedad pagana, cuando el nihilismo filosófico de sus sofistas puso en ridículo á sus dioses; la sociedad llegó á no producir sino sibaritas como en Tarento; epicúreos coronados de rosas en las bacanales del Archipiélago (1); y *orbs* gastados en las ciudades de los césares, tan impotentes para abrazar á sus esposas como para defender las murallas de su patria (2). Los vividores florentinos del Siglo XVII (3); los escépticos ingleses de

(1) Luciano, obras; y Los Doce Césares de Suetonio.

(2) Véanse las Leyes Julia y Popea. A. Ortolan, *Histoire de la Législation Romaine*, tom. I.

(3) H. Taine, *Voyage en Italie*, tom. II.

Carlos II (1); y la corte relajada de Luis XV fueron también el producto terminal de la sociedad católica; cuando desde Bocacio hasta Voltaire los curas y pontífices, dogmas y liturgias fueron presa de la sátira, en los chascarrillos del « Decamerón », en el tribadismo de la « Religieuse », ó en las aventuras de Cándido; pues en esas páginas burlonas, iba la destrucción de un credo; pero nada llegaba de otra filosofía, ni de otra moral, que substituyera, á las que estas obras presentaban como prostituídas, en el sayal envinado de cleros corrompidos. En México el fenómeno se repitió, cuando á las masas pasivas se les arrancaron sus creencias religiosas, sin darles nada en cambio. Á la sombra de un grupo reducidísimo de pensadores eminentes, surgió una secta inmensa de escépticos y metafísicos inmorales, que ha sido tan funesta al país como los más depravados elérgicos del régimen católico.

El estudio de estos factores corruptores del carácter forma el objeto de este libro.

II

La colonia española y la sociedad independiente hasta la Guerra de Reforma, pensaba en una filosofía íntimamente unida á su religión; y desde los indios que vivían en las serranías agrestes de la Mixteca y

(1) H. Taine, *Histoire de la Littérature d'Angleterre*, tom. III. Tomás Henry Buckle, *Histoire de la Civilisation en Angleterre*,

Tarahumara, en las selvas tropicales del Grijalva ó en las estepas de Chihuahua, hasta los graves y empuclados Oidores del Consejo Virreinal; los sabios miembros del Tribunal de Minería ó los profesores quisquillosos de la Academia de S. Carlos; desde los sastres y albañiles, barreteros de las minas ó pescadores de perlas en el Golfo de Cortés, hasta los nobles soberbios ó los astutos miembros de los Consulados, desde las mujeres tímidas, y los niños taimados, hasta los abogados casnistas, los médicos misteriosos, poetas sagrados, pintores de retablos, organistas de las catedrales; todos los habitantes de la Nueva España, admitían la existencia de Dios y la omnipotencia de su voluntad, como causa primera, única y constante de todos los acontecimientos humanos y de los fenómenos naturales; siendo los sacerdotes sus intérpretes, y la Teología la ciencia que enseñaba á conocerla y prevenirla. Se admitía que las virtudes cristianas eran los objetivos meritorios y únicos de la conducta humana, y que todo el Universo no era sino una Creación maravillosa hecha por Dios, para recreo del hombre, á quien profesaba un amor infinito y superior al que sentía por los demás seres.

Con tal sistema no eran posibles vacíos de ninguna especie en la inteligencia; y se dominaban con un criterio sistemado todos los fenómenos de la Naturaleza. Las incógnitas de la Ciencia, y entonces eran innumerables, que médicos, abogados ó ingenieros

solían encontrar en sus problemas profesionales, se despejaban atribuyendo su desconocimiento á la voluntad divina; ó se separaban definitivamente del espíritu, como asuntos inaccesibles á la ruindad de la inteligencia humana. Las bellas artes se nutrían con asuntos religiosos; y desde los cuadros del Divino Salvador ó la Guadalupeana, á quien la niña adoraba en su alcoba, ó el indio reverenciaba en la estampa clavada en los adobes de su *xacali*; hasta los grandes lienzos murales de Juárez, Cabrera ó Vallejo: desde la cruz de madera que se plantaba en la tierra removida de una tumba, hasta la casulla de los sacerdotes, las entalladuras resplandecientes de los altares churriguerescos, y las nubes de incienso, que entre cánticos y acordes de órganos se alzaban á la cúpula de las catedrales, mientras el sacerdote alzaba la hostia, las tropas rendían armas y el Virrey ó Presidente doblaban la rodilla: todas las manifestaciones estéticas de un sentimiento profundo y noble tenían en las ideas religiosas un asunto, un modelo y un símbolo. Los dogmas y liturgia, las parábolas, los salmos, las biografías sagradas, los cánones etc.; eran pues motivos perennes de inspiración, que como fresco manantial mantuvieron lozana y vigorosa durante trescientos años la imaginación de los criollos mexicanos. La *Filosofía Católica*, aunque estuviera envuelta en cánones arcaicos y dogmas incomprensibles para el vulgo, en liturgias simbólicas, y en jerarquías absorbentes y absolutistas, for-

maba pues una especie de capelo de luz, donde evolucionaba el intelectu criollo. Allí se desarrolló la sociedad de nuestros abuelos, compuesta de generaciones tranquilas, cándidas y felices, lejos de toda influencia exótica que pudiera perturbar el mecanismo completamente artificial, pero armónico y delicado, progresista para la época, y sobre todo eminentemente moralizador de sus preceptos; pues como sabios, literatos, artistas, profesores, empleados, comerciantes, artesanos, jornaleros, y hasta los esclavos y los niños se sentían siempre en presencia de un Dios severo y omnipotente, procuraban extirpar sus vicios, hacerlos clandestinos cuando menos, y luchar contra las tendencias depravadas. Eran por consiguiente menos frecuentes las abdicaciones de una voluntad moral, que cuando el hombre se ha sentido *solo* y sin obligación de responder á nadie de sus acciones secretas, ni de las que así le parecen.

III

Sin embargo este factor intelectual de gobierno estaba tan minado, á causa de su vetustez como el militar y el administrativo: y llegó un momento, en que debido á la evolución espontánea de la sociedad mexicana, y al aflujo constante de ideas que aportaba el comercio con el extranjero, antes vedado por la metrópoli, la religión no pudo conciliarse con la ciencia importada; sus ideales ascetas no tuvieron

calor para inspirar al arte de los nuevos mexicanos; su culto decayó en ceremonias fastidiosas, y su moral fué incompatible con las necesidades de energía y ambiciones progresistas de la civilización moderna. Vino el conflicto con el elemento laico, que proclamaba nuevos credos; y derrotado en la lucha, el catolicismo tuvo que recoger sus actividades á la vida privada; su proselitismo á las mujeres y á las aldeas; y el misticismo que antes había embellecido á la vida colonial, sólo sirvió para formar un remedo de ascetas en la casta sombría de fanáticos, *beatos* y *tartufos*, que como polilla social, ha contribuido á corromper las costumbres domésticas y á desprestigiar los credos mismos que predicán.

En efecto, á medida que las nociones del Universo se hacían más amplias y completas, el teísmo que antes explicaba los fenómenos de la Naturaleza, iba perdiendo influencia; y aunque recibidos con algún retardo, todos los descubrimientos científicos que en Europa hacían retirar á la Teología, llegaban á México en las páginas de la Filosofía general, ó en los tratados técnicos de los profesionistas. Apoyada en ellas, la parte pensadora de la sociedad mexicana pronto puso en parangón los dogmas religiosos y filosofía de los teólogos con las nuevas ideas; y notó que el catolicismo especulativo de nuestros abuelos, era deficiente para explicar los fenómenos de la vida moderna; y que los límites de su ciencia se hacían cada día más estrechos para abarcar los nuevos

fenómenos que se descubrían en el planeta y en el firmamento. La Teología perdió el valor dogmático que antes tenía en el criterio de los pensadores mexicanos; quienes con el frío análisis de una Lógica nueva, quitaron á sus conceptos últimos sobre el espacio, la vida, el planeta, el espíritu y la sociedad, el dorado polvo del misticismo en que se envolvían; los depositaron en el archivo de las creencias caducas, y con resolución se lanzaron á observar la Naturaleza, para vislumbrar cuando menos lo que es el firmamento que nos rodea; qué engrane tócale en él al planeta que nos lleva; cuál es el mecanismo de la vida en el ámbito terrestre; cómo mueve el espíritu á la conducta humana; y porqué se congregan los animales y los hombres para evolucionar á expensas de otras congregaciones inferiores. Con sorpresa primero, y en el aislamiento nocturno de gabinetes solitarios; con miedo después en las mudas cavilaciones de los problemas profesionales, saliendo luego reticentes y tímidas en forma de expansiones amistosas; discutidas en seguida con gravedad y misterio en academias técnicas; y al fin profesadas con resolución en periódicos y tribunas, las nuevas nociones de la Filosofía experimental, llegaron al cabo á constituir en todo su conjunto, un credo antitético á los profesados por el catolicismo, en todo lo que se refería á los fenómenos observables en la Naturaleza.

Éste predicaba que la voluntad de Dios es la causa única y constante de todo lo que rodea al hombre,

y de los episodios de su vida; y los credos nuevos decían, que tanto los vaivenes de las hojas del árbol, como los cataclismos sociales, ó la conflagración de los astros, son fenómenos sujetos á leyes fijas en las cuales no interviene la voluntad de nadie. Los católicos predicaban que la Teología es la ciencia que enseña á conocer la voluntad divina, á interpretarla, y aun á determinarla en los acontecimientos de la vida por medio de preces y oblaciones; y los filósofos nuevos negaron el carácter científico á todo lo que escapaba á la prueba experimental y á la observación directa: negaron el carácter real y de fuerza activa á la voluntad divina, relegándola al papel de *teoría deficiente*: negaron como consecuencia que hubiera alguna técnica para conocerla, lachando al Clero con el mismo estigma que á los hechiceros; le desconocieron toda influencia supernatural para modificar los fenómenos de la naturaleza, y se rieron de sus oraciones y sacrificios, haciendo alusiones picarescas al valor pecuniario que el sacerdocio había sabido darles. Los católicos predicaban con entusiasmo que todo el Universo se había creado para recreo del hombre: y los *liberales*, con datos de Astronomía y cálculos de Mecánica, probaron que el decantado predilecto no era sino un ser infinitamente pequeño, colocado en un globo, oscuro, humilde, contrahecho, y encadenado al Sol, que á su vez, no es sino un átomo de luz, en un reguero inmenso de estrellas, perdido con otros millones de vías lácteas

en la muda é imperturbable negrura de la eternidad. Y como los católicos deducían por corolario que las virtudes cristianas eran los objetivos únicos y meritorios de la vida; los filósofos liberales rechazaron el mérito de esa moral; se rieron de su ascetismo; vilipendiaron su castidad; estigmatizaron la humildad y la pobreza; y en vez de cantar bienaventuranzas á los mansos de voluntad y á los pobres de espíritu; predicaron el trabajo, el placer, la alegría de vivir, el honor al talento, el estímulo al ahorro, y lanzaron himnos á las voluntades indomables, que en rebelión abierta contra todas las potestades y principios intentarían estorbar la evolución noble, libre y completa de la inteligencia humana.

Los dos credos eran incompatibles; y el Clero, que para salvar del jacobinismo español sus tesoros é influencia sobre la sociedad colonial, había tramado el *pronunciamento* de Iturbide; sin vacilar en los sacrificios de oro y sangre que implicaba otra revolución en defensa de sus creencias, ligóse con el viejo organismo militar, corrompió á Camonfort, dió el Golpe de Estado y procuró con Zuluaga y Miramón entronizar sus potestades y restituir á sus dogmas el brazo seglar, para perseguir y aniquilar á fuerza de crímenes á los libres pensadores. Las persecuciones se desencadenaron, y los nuevos credos tuvieron sus mártires; pero como no constituían una congregación de humildad ni resignación; sino una filosofía de luchadores, se armaron en campaña;

entraron con Juárez, Ramírez, Ruiz, Ocampo, Lerdo, Prieto, Zaragoza, González Ortega, Porfirio Díaz etc., en lid abierta; hicieron la gran guerra de Reforma, destrozaron los ejércitos fanáticos, repelieron al cesarismo vandálico de Francia, que lo apoyaba, y al fin en la tragedia de Querétaro, cimentaron para siempre en México el triunfo sangriento de la libertad intelectual sobre las rancias tradiciones del catolicismo español.

Repudiada desde entonces, por el Estado, para los oficios públicos como tiránica é inepta para gobernar, puesto que desconoce los ideales modernos del hombre; y rechazada de las escuelas como enigmática, incomprensible y deficiente, no quedaron á la Teología católica, más inteligencias que las de algunos espíritus rezagados, que á la luz de sus lámparas, hojean aún enormes pergaminos en latín, y consumen el cerebro en meditar las triadas egipcias y elucubraciones bizantinas que forman sus misterios. La aurora los sorprende, deslindando del Dios Hijo la naturaleza del Espíritu Santo, los fenómenos divinos de una gestación virginal, y el mecanismo de las apariciones de los santos á los anacoretas. Pero hasta sus húmedos retiros, á la apartada celda de sus bibliotecas, como un grito sonoro y alegre de progreso llega el largo silbido de las locomotoras traídas por los liberales, y que en alas del vapor, unen hoy á los hombres y á las naciones, con vínculos de intereses, en una fraternidad más firme que la predicada con el

renunciamiento de la vida, y con la cohabitación regulada y sombría de los conventos. Los enjutos y enlutados lectores no despiertan sin embargo; y obsecados en su sistema, creen que aquélla, no es sino una de las predicadas bestias del Apocalipsis, que ya viene á pregonar la próxima destrucción del globo, como castigo justo de nuestras maldades.

Pero al lado de estos residuos humanos momificados por las maceraciones y la abstracción, aunque cándidos y sencillos, hay una secta astuta de *virtuosos* de la Teología, que con todas las apariencias de ascetismo, especulan también sobre los misterios divinos; juntan las manos en compunción; y con acento quejumbroso están predicando eternamente la miseria del hombre, su pecado original, y la necesidad apremiante de redimirlo por la penitencia y la oración. Son por oficio los que en todas las reuniones lloran la iniquidad humana, y conduelen hasta lo más alto de su *tacitura* al crucificado, que, desde el santo madero, está agonizando por nosotros. Llevan la voz en todos los *rosarios* y novenas, y se rodean de *beatas*; pero en las sombras de la iglesia, en los ratos de soledad y en nombre de una religión de pobreza, sugieren mesifotólicamente á las vindas ricas el desheredamiento de sus hijos, y les arrancan albaceazgos ilimitados y herencias incondicionales. Estos son los *tartufos*, que á la misma Iglesia han estafado, robándole millones de pesos, que en casas y en haciendas había puesto á su nombre, fiada en sus golpes de pecho y

ósculos de humildad al suelo de los templos. Son además terribles seductores de esposas en las familias aun montadas en las costumbres virreinales; y también los que entre los cánticos y genuflexiones de las letanias, corrompen con toques impuros los pensamientos de las vírgenes; y los que abusando de la confianza que los padres depositan en su santidad, hacen vibrar en la carne de los niños precoces y funestas palpitaciones de placer.

IV

No era empero el terreno de las inteligencias el que más preocupaba perder á los clérigos; y si á la postre las especulaciones filosóficas, no se resolvieran en acciones humanas, hubieran dado de barato, todas las disquisiciones que la ciencia les suscitaba, y que al cabo han perdido para siempre. Los sentimientos como móviles únicos y poderosos de las muchedumbres, eran, por el contrario, los que formaban sobre todo el objetivo de sus predicaciones; y por ellos encarnizaron la lucha, pues la filosofía moderna atacaba á la par que sus doctrinas y con mayor ahinco, el misticismo de la religión. Con él habría perdido pues, la adhesión de los desgraciados; y no la adhesión tibia, como la que se puede tener por cualquiera otro principio filosófico, como por la ley de la gravedad ó las de la electrolisis, que se guardan en reserva para un orden especial de discusiones, como

traje de fiesta, que sólo en ocasiones solemnes se saca, sino un amor ardiente y de todos los momentos, nacido de una gratitud por beneficios que se le atribuyen, y basado en la esperanza de evitarse con las oraciones que inspira todos los males que en esta dura peregrinación nos puedan asaltar. Toda la *poesía* del catolicismo estaba pues en peligro; y para defenderla agotaron, antes y después de la guerra, todos los esfuerzos de inteligencia y voluntad, de que puede disponer un cuerpo tan admirablemente organizado como la Iglesia Católica. Pero á pesar de ellos, la sociedad mexicana reorganizada en bases de ciencia y trabajo, pidió para sus miembros dolientes, tanto como para los esforzados otros ideales, que si no apagaban en la imaginación el hogar del viejo misticismo que la había reconfortado en las áridas meditaciones de la noche medioeval, hacían comprender que hoy éste ya sólo sirve á las almas rezagadas, y carece de fuego para enardecer al espíritu moderno.

Las leyendas católicas, forman en efecto una *poesía* tan bella como la mitología del paganismo, y más que las de cualquiera otra religión; siendo á la vez muy superiores á aquéllas, no sólo en sus tendencias moralizadoras, sino en la influencia real que ejercen sobre el espíritu del creyente. Basadas todas en el dogma de la resurrección y juicio póstumo; inspiradas en el principio del pecado original; tramadas para inculcar al hombre el deseo de redimirse por el ascetismo; concebida en ellas la divinidad

como una personalidad omnipotente y bondadosa; admitida la jerarquía de la corte celestial, la intercesión constante de la Virgen María y la naturaleza femenina del amor que ésta siente por el linaje humano, tienen en el romance místico de sus aventuras un consuelo inefable para todos los afligidos, y una esperanza inquebrantable para sobrellevar las tribulaciones de la vida. Son pues eternas en la memoria de los creyentes; y todos los católicos tienen siempre en el espíritu, una de sus oraciones ó una leyenda de sus santos, para los momentos solemnes de la vida, en que con la súbita conciencia de nuestra debilidad, afrontamos un fenómeno movido por energías desconocidas pero superiores á las nuestras, como las enfermedades, accidentes, ruinas, peligros sociales, hambres, plagas, cataclismos, etc. En esos momentos el espíritu flaquea, y si el pundonor del sexo ó consideraciones sociales pueden sellar los labios y poner una máscara de impavidez en el rostro; en el fondo el alma tiembla, se empequeñece; sus olvidados gritos de niño vuelven á la memoria, y el católico en el fondo de su espíritu los lanza con la misma angustia pueril, pero fervorosa de antaño, á la madre de Dios, ó al santo predilecto que ante el trono del Altísimo ruega por nosotros. Este efecto psicológico del misticismo católico es formidable; y lo hará vivir mientras haya miserables en la tierra, pobres de espíritu, mansos de voluntad, ávidos de esperanza y menesterosos de consuelo.

Pero la secularización de las costumbres, el ateísmo legal del gobierno, el industrialismo creciente de la sociedad, los progresos de la ciencia, el proselitismo protestante, el aumento cotidiano de la depravación humana, y la rápida alcoholización de sus trabajadores, van templando el espíritu con fortalezas nuevas; dotándolo de elementos para vencer muchos infortunios; inculcándole el frío estoicismo de la resignación ante los fenómenos inevitables; ó corroyendo sus creencias, hasta dejar en hueco todo sentimentalismo de esperanza ó de temor. El número de los que se creen desgraciados disminuye pues, y aunque hay muchos todavía que necesitan consuelos y esperanzas, ya no tienen la cándida fé de nuestros abuelos en una matrona amorosa, que con oraciones pudiera arrancar un rescripto imperial de Dios, para perturbar la marcha de los fenómenos que produjeron sus desgracias: el misticismo católico pierde pues sus virtudes y prestigio, y queda reducido á ser la única poesía que las mujeres, los analfabetas y los campesinos pueden comprender.

Para ellos es el templo, sus misas, procesiones, cuaresmas y sermones; pero en esa vasta congregación de feligreses, todavía desempeña una noble tarea moralizadora el sacerdocio; siendo el bálsamo de muchos dolores el derramado por ellos; y pudiendo aún como directores de muchísimas conciencias inexpertas é incapaces de conducirse por sí mismas, salvar á enjambres de pecadores de la miseria, de la

prostitución y del crimen. Es pues el misticismo católico todavía una fuerza activa del progreso humano, alta y poderosa, que en el recinto de sus templos coadyuva á la moralización de las inteligencias inferiores. Pero la exageración de sus efectos producida por las condiciones sociales de algunas mujeres, provincianos y campesinos suele frustrar sus tendencias moralizadoras y pervertir entonces el carácter hasta predisponerlo al crimen, produciendo las castas de *beatas* y *fanáticos*.

La *beata*, *cucaracha* ó rata de sacristía, como se la designa vulgarmente, es una mujer libre de potestad y casi siempre de obligaciones y quehaceres. Tiene su tiempo absolutamente desocupado, carece de instrucción y no sabe desempeñar ningún oficio. Es soltera, viuda, abandonada ú olvidada del marido, y se entrega á la iglesia cuando la miseria ó la edad han comenzado á borrar los hechizos de la juventud. Enlútase entonces, cobija la cabeza con un tápalo de merino; y con el libro y el rosario en una mano, se desliza de puntillas rozando columnas y confesionarios, hasta sentarse en los escalones de alguna capilla desde donde pueda dominar todo el ámbito de la iglesia. Reza sus oraciones, y después de pasar en revista á los feligreses, se divaga; y pensando en los comadrazgos de su vecindad, ó en alguna cuita de familia, recorre con los ojos los dorados retablos del altar y los frescos de la bóveda. Entonces comienza á sufrir la hipnotización del tem-

plo; y sin darse cuenta, se infiltra en su espíritu toda la calma y sosiego de sus naves soberbias; mira la amarillenta lucecita de los cirios, trémula y ardiente como alma en oración; la dorada casulla del sacerdote como un atavío deslumbrador de una majestad incomprendible que hojea el misal como un códice sobrenatural de los destinos humanos; oye cómo resuenan en el pavimento el andar recatado de los entrantes, y el canto del *salta-pared*, que lanza sus gorjeos desde las ventanales por donde entran haces de rayos solares purpúreos y dorados. Se le escapa un suspiro sin sentir, y recordando las leyendas de sus santos, concibe la vida de ultratumba como una beatitud eterna, de la que ese momento y ese templo le parecen un trasunto.

Desde entonces el templo es su casa; pero la noción religiosa se gasta con la costumbre, y su espíritu vive en el templo la vida de la casa: allí arregla sus negocios, y allí tiene sus comadrazgos, aunque extendidos de la vecindad á todos los feligreses que le llaman la atención. Es desde entonces la pesquisidora de sus menores actos: se hace difamadora y calumniadora como en la vecindad; celestina de caridad, que entre las hojas de sus novenas, lleva de un confesionario á un altar cartas de amor y citas de adulterio. Si conserva restos de belleza, íntima relaciones con un confesor joven: lo visita en la sacristía, y en el curato si es pobre; pero si ella tiene bienes de fortuna lo recibe en su propia casa, y allí lo mimó y res-

peta hasta hacerlo señor de su honra y su conciencia.

En los pueblos y ciudades de provincia, la *hipnotización del templo* no sólo afecta á las desheredadas del amor, sino que se extiende á todas las clases de la sociedad: en virtud del *atraso* general de su inteligencia, de la falta de instrucción laica y científica y de la carencia absoluta de diversiones artísticas, que puedan suplir á la pompa y misticismo del culto católico. Como allí la oratoria parlamentaria, académica, ó forense es imposible por ser los intereses legislativos, los problemas científicos ó literarios y las contiendas de curia, cuestiones exóticas, raras ó baladías, puesto que en la Capital de la República ya se han debatido de una manera primordial y definitiva para todo el país; los predicadores resumen todas las artes de la palabra con una belleza convencional y rancia, pero *gratuita*, dogmática aún, y apoyada con el cántico solemne del órgano, con la magnificencia de las altas bóvedas colgadas de candiles y con los millares de cirios, que resplandecen en el terciopelo rojo y dorado de las columnas.

Por estas razones el Obispo ó *Señor Cura* que son los que offician en ese escenario sin rival, tienen allá un imperio absoluto sobre las fantasías, que ni aun estéticamente podrían disputarle las compañías de la *legua* que suelen ir; pero por la misma razón, esas poblaciones viven una vida rezagada; y si pueden tener el candor de espíritu y la pureza de costumbres de los tiempos virreinales, tienen el sen-

timiento concomitante de intolerancia y persecución que el catolicismo medioeval implica. Ese es el *fanatismo*, aberración aláfrica de carácter é inteligencia que produce el misticismo católico en esos poblados lejanos, y que suele levantar á las poblaciones contra los misioneros de las otras sectas, los apedrea, y aun les incendia sus templos y habitaciones. Por él, allí se vé en la ciencia una maldición ; se espantan por la llegada de locomotoras, atropellando á las autoridades ; hacen procesiones en la vía pública, y á la sordina propagan una persecución de aislamiento contra el forastero *hereje*, que se abstenga de oír misa y no bese la mano de sus curas.

V

La Teología, para dominar la inteligencia con lo abstruso de su metafísica oriental, y los enigmas de su arcaísmo hebraico, por una parte ; y el misticismo de sus leyendas acompañado con la pompa majestuosa, misteriosa y deslumbradora de su liturgia, para dominar los sentimientos, por la otra, no han sido las únicas, ni las principales armas que el catolicismo ha esgrimido en su propaganda. Estas no han sido sino recursos de preparación, que tendían á un fin más elevado y práctico, como objetivo final y verdadero de la religión : la conquista de la voluntad, la reglamentación de la conducta y con ella el dominio incondicional y completo de la sociedad. Para ese

efecto ha establecido un código completo de moral pública y privada, profesado en el púlpito y aplicado en el confesionario. En el primero, hace la propaganda teórica é *in abstracto* de todos los deberes cristianos ; por medio de una oratoria casuista, llena de apólogos y ejemplos, insinuante, sencilla y tierna ; poniendo en juego todo el sentimentalismo de la piedad ; con diestras promesas de premios y con amenazas de castigos en la vida eterna de ultratumba. Es la enseñanza ética en general, y aplicable á todos los católicos de todos los tiempos y lugares, sin personalismos, ni más intención que la técnica de cualquiera otro profesionista. Pero en el confesionario, la lección es concreta, exclusivamente personal : en voz baja y sin testigos, allí se aplica el canon católico al pecado del penitente, con toda la precisión de un silogismo, cuya prueba espontáneamente, avergonzado y sin ambages, suministra el mismo pecador ; y la absolución y la penitencia vienen del ministro, como una lección callada y desconocida del mundo, pero grave, á veces terrible y siempre práctica, de moral. No es posible resistir á una combinación de fuerzas tan hábil ; y el que no puede sustraerse al catolicismo por medios y recursos que lo alejen del templo, tiene que entregarle irremisiblemente su conciencia ; pues cuando vienen las cavilaciones de un proyecto malo ó las reminiscencias de un hecho consumado, viene también al espíritu, como un monitor severo, el canon católico en forma de máxima ineludible de con-

ducta; y cuando ya se ha infringido por algún acto pecaminoso de la vida, el análisis frío de la voluntad, que hace en el confesionario una inteligencia superior, produce el reproche que el creyente mismo se dirige al exponer las circunstancias y consecuencias de su falta. Toda la fuerza del catolicismo consiste en este sistema doble de moralización, y requiere por consiguiente un análisis minucioso de los elementos psíquicos que pone en juego; porque suelen convertirse en causas eficientes de una conducta incuestionablemente nociva á la sociedad.

En las predicaciones públicas ocupan el primer lugar los preceptos de moral universal, comunes á todos los pueblos cristianos, y que han sido tomados del Decálogo: son de una excelencia indiscutible y forman la base de toda la civilización moderna. En México sobre todo han sido y son aún la hoja brillante de servicios que el Clero puede presentar á la Historia, para justificar el prestigio que ha tenido en las conciencias y la supremacía que conquistó en la sociedad. En efecto, inculcar un amor platónico, pero constante y ardiente á una divinidad pura, omnipotente y bondadosa, en vez del terror sanguinario, supersticioso y nauseabundo que era la base del teismo azteca y aun del sabeísmo nahoa, ha sido tan útil á México, como puede serlo hoy la aplicación de la electricidad á sus industrias; pues no sólo es aquella doctrina la base de una civilidad de paz y armonía, sino que ahorra crímenes en la sociedad y terrores en el espí-

ritu. — Prescribir el respeto y honra á los padres en sociedades donde la promiscuidad sexual en las costumbres de la turba multa es el sistema de reproducirse; donde reina la obscenidad en las palabras, el odio del famelismo en las meditaciones, y la deshonestidad en el hogar; es sujetar el espíritu infernal de las multitudes á un primer principio de civilización, que, evolucionando, pueda formar el pater-familia y con él la base de una sociedad civilizada. — Dar solemnidad al juramento y estigmatizar la mentira, prohibiendo que se envilezca aquél con un uso frívolo y continuo, y prescribiendo decir las cosas tales como son, sin ambajes ni reticencias, es sembrar la semilla de la justicia, pues sólo los espíritus veraces pueden conocerla; y es educar en la inteligencia el instinto de verdad, que con el tiempo irá á descubrir las fuerzas de la naturaleza y las leyes de su mecanismo. — Proscribir el libertinaje de una manera neta y definitiva, vedando el acto animal de su fisiología, es á primera vista una tiranía y una imbecilidad; pero si se recuerda que el matrimonio es uno de los sacramentos, es decir, uno de los actos individuales que la Iglesia eleva á solemnidad con toda la pompa de su liturgia, se admitirá que la prohibición se reduce á quitar al hombre la libertad de reproducirse al antojo de sus deseos, y sin más móvil que los impulsos animales, para permitirle, en una forma meditada y digna, la formación de un hogar; donde no sólo haya ayuntamiento de enerpos, sino comunión de espíritus;

donde pueda la prole encontrar un padre y el padre un estímulo para trabajar y prosperar. En poblaciones erapulosas como una gran porción de las nuestras, donde las nerviosidades climatéricas, la ociosidad de una miseria social crónica y la constitución ardiente de la raza hacen vibrar el erotismo desde los primeros años de la pubertad, y aun antes que la nubilidad haya venido con sus formas de mujer á borrar los encantos de la niña, no puede haber predicación más prudente, que la que estigmatiza al erotismo natural del hombre, y veda el amor en tanto que no se liaga bajo las condiciones del matrimonio. — Apenas es necesario decir algo de la importancia que pueden tener los preceptos de no hurtar y no matar; después de haber leído la exposición minuciosa que en los capítulos anteriores hice de nuestra tragedia inmensa de disolución social, que, durante setenta años, llevó en todos los ámbitos del territorio á unos mexicanos contra la propiedad y la vida de los otros. Predicarlos en forma imperante, con la autoridad del sacerdocio, en las insinuaciones de un consejo, en las leyendas, con ejemplos, y por cuantos medios sea posible, es y será por consiguiente durante mucho tiempo en México, una obra de alta civilización; cuyos méritos en gran parte recaen sobre el clero católico.

Además no se ha limitado á predicar contra los actos últimos de la conducta que toman la forma criminal, sino que como psicólogo profundo y sociólogo experto ha comprendido que trás de ellos están

los vicios como causas; y trás de éstos, como antecedentes inevitables, las imprudencias de pensamiento, palabra y obra. Ha extendido por consiguiente contra unos y otras las predicaciones de sus púlpitos y los castigos de su confesionario. No sólo han sido pues los idólatras y embusteros, los hijos desnaturalizados y los adúlteros, los ladrones y los asesinos los señalados por sus anatemas como réprobos y malditos del Señor; sino los que enloquecidos por la soberbia, miran con desdén la solidaridad humana: al solapado y sórdido que acumula tesoros y sordo á los llantos del prójimo y á sus propias hambres, deja enflaquecer sus carnes por revolver con fruición, en el silencio de su escondrijo, los montones de monedas y de joyas. Los sátiros y los glotones, los envidiosos, los iracundos y los perezosos, son también objeto de sus persecuciones: sin piedad los señalan al horror público; y sin piedad los rechazan y castigan cuando llegan á pedir un consejo ó un consuelo en las confidencias del confesionario. Como pecado señalan hasta los simples propósitos de cometerlo; las palabras, y aun las rudimentarias intenciones mentales que pudieran darle ocasión. Es completo el sistema; y con una inflexibilidad de lógico lleva sus anatemas y castigos hasta los más recónditos escondrijos de la conciencia, que como psicólogo consumado conoce. Puesto en acción este sistema de moralización, de una manera leal y firme, sin dejarlo perturbar por otras causas; y si los hombres

fuera todavía manejable con anatemas como antes, sería en todas partes como lo ha sido en el pasado, y lo es aún en muchas de nuestras poblaciones de provincia, un sistema moral educativo de las masas sociales, superior á las escuelas laicas de nuestras instituciones ateas. Pero desgraciadamente se han incluido en este Código de moral, preceptos fiscales de una utilidad personal para el sacerdocio demasiado manifiesta; prescripciones de conducta asceta que pugnan con la vida moderna privada y pública; ritualidades sobre el estado civil que ya no tienen objeto de ser en una sociedad de conciencia libre; y sobre todo se hace la predicación en un *método* de convencer que ya no admite el espíritu moderno. La influencia moralizadora del sacerdocio católico se reduce mucho como consecuencia final de todo esto; sus predicaciones suelen convertirse y resolverse en propagandas de vicios y defectos; y grandes masas del cuerpo clerical se convierten sin comprenderlo en corruptores sistemáticos é infatigables de la conciencia popular.

En efecto, la Iglesia ha existido con anterioridad al establecimiento del Estado Civil; en los tiempos modernos, ella es la que salvó á la sociedad europea de la disolución orgiástica de Roma y de la barbarie de las tribus de Atila y Genserico; en México á ella se debe que los pueblos autóctonos abandonaron las matanzas litúrgicas de su culto á Huitzilopochtli y las ceremonias obscenas de los *quichés*; así como que la

ferocidad del bandidaje que consumó la conquista no acabara con los restos de los aborígenes y con los establecimientos de los nuevos colonos. Todavía impide en los pueblos de las sierras la regresión de las costumbres al canibalismo y á los cultos fálicos; y en las ciudades populosas suele ser el custodio de la virginidad, y un severo monitor contra el adulterio y contra los excesos y extravíos de todos los vicios. Puede concebirse una sociedad sin religión, y religiones *nirvánicas* como las búdicas, y aun sin dios, como el catolicismo ateo de los positivistas; pero no es posible que exista sin el cuerpo moralista de profesión que hasta hoy ha estado exclusivamente constituido por el sacerdocio. Ahora bien, como éste, por su contacto íntimo con el individuo, y por asesorarlo en todas las perplexidades de la vida, es un factor real y constante de moralización, se considera como uno de los elementos principales en que tiene que descansar toda sociedad civilizada. Tiene por consiguiente justicia cuando por ese trabajo reclama y exige una remuneración; aunque también sea muy justo que lo pague solo el que lo recibe. Incumbe pues á los católicos, y nada más á ellos, el sostenimiento de su clero; y entre unos y otros nada más, deben debatirse las condiciones del trabajo y de su salario. En virtud de este derecho, es pues, como la Iglesia ha prescrito el mandamiento, tan obligatorio como los necesarios para vivir santamente, de pagar los *diezmos* y *primicias*; que no es sino el impuesto fiscal con

que da por pagados *teóricamente* todos sus servicios.

Pero como el Estado al nacionalizar los bienes eclesiásticos privó á la Iglesia de todas sus propiedades: como el artículo 27 de la Constitución Federal prohíbe que las corporaciones eclesiásticas puedan tener bienes raíces, ni capitales impuestos sobre ellos; como la laicización del Gobierno le quitó el brazo seglar que con sus procedimientos *económico-coactivos* antes ayudaba á recaudar el impuesto; como éste, agregado á los que deben pagarse á la Federación, Estados y Municipios se hace exorbitante; como la libertad de cultos exime á una gran parte de la agricultura nacional de esa gabela; como el trabajo de los sacerdotes es indispensable; y como es preciso que éste se remunere para que puedan subsistir, resulta que haciéndose irrisorio el pago de los diezmos y primicias tienen que arbitrarse recursos para suplirlos; y como por la consagración absoluta á la moralización que el sacerdocio requiere para ser eficaz, no tiene el cuerpo clerical, desde los *vicarios* hasta los arzobispos, más aptitudes que las de moralista y liturgista, convierten la moral que predicán y las ceremonias en que la envuelven, en un modo de sacar dinero; primero y tímidamente en lo poco que sus necesidades personales requiere, y después en lo mucho que la candidez y fortuna de sus feligreses les permite.

Así es cómo se ha formado el sistema fiscal del Clero, aunque malquistándole muchos creyentes y exponiéndolo á los ataques virulentos y sarcásticos de

sus adversarios, que le reprochan una avaricia insaciable, á la que sacrifica el decoro personal de los sacerdotes, el prestigio de los dogmas que profesa, y la majestad de su liturgia. Mucho hay de verdad en estos cargos, pues graves y de perjuicios muy trascendentales son para la Iglesia, para la Religión y para la sociedad los efectos morales del sistema fiscal, empleado por los sacerdotes mexicanos, para procurarse lo necesario á sus personas y al objeto natural de la institución que rigen.

Desde los muros de la capilla más humilde hasta las más suntuosas columnas y altares de las catedrales hay en todos los templos, cepillos con rótulos que piden limosna para el culto, para la cera del Divinísimo ó en general para las necesidades de la Iglesia. Antes de comenzar las funciones, durante ellas y al terminirlas, sacristanes, monaguillos y aun *muchachas bonitas*, á quienes por su belleza se elige para el caso, van, pisando vestidos y saltando por entre los arrodillados, á pedir, con bandeja de cobre ó plata en mano, una moneda á cada uno de los feligreses, que suele convertirse en billete de banco, cuando la concurrencia es aristocrática y el oficiante ó predicador joven y simpático á la parte femenina del auditorio. Los sermones tienen por epílogo obligado pedir una limosna á los fieles; y muchos por tema exclusivo la obligación de todo creyente para cubrirla. Establécense además, cofradías y asociaciones bajo la advocación de cualquier santo; y su presidente ó rector, ya sea

varón ó hembra, colecta diaria, semanaria y mensualmente donativos de los asociados, que entregan después á sus capellanes respectivos; aunque sin contabilidad ni recibo, y dejando por consigniente una puerta abierta, para que aquéllos previamente se cobren sus honorarios de recaudación. Cuando los feligreses no acuden al templo, los hermanos ó hermanas de esas asociaciones con una cinta azul, roja, ó amarilla al cuello, con actitudes de mortificación y con palabras de tristeza, van á las casas particulares á pedir el centavito ó monedas mayores, dejando temporalmente de visita al Santo Niño, al Santo Entierro, ó á cualquiera otro muñeco, con el nicho colgado de exvotos y un cepo, para que el visitado recaude entre sus amistades, durante la temporada de la visita, todas las limosnas que pueda; sin contabilidad tampoco y dejando otra nueva ocasión para los honorarios de recaudación. De esta manera se sistematiza la colección de fondos; pero se siembran tentaciones para cometer abusos de confianza; se hace repugnante la demanda continua de óbolos; los mismos católicos se sienten hostigados de tanto pedir, y ante los que no son creyentes, el Clero pasa por un pediguño descarado, voraz é insaciable, que por conseguir dinero abdica de toda vergüenza y fomenta todas las supersticiones. Pocas prácticas se han prestado tanto á las burlas del jacobinismo como éstas; y si la señora de la casa entrega con *ternura* la limosna que se le pide, el que gana el dinero de donde sale aquélla, que es el

que puede tener una noción pecuniaria, y no un sentimiento religioso de las limosnas, suma óbolos y deduce que el culto católico cuesta y cuesta caro.

Pero no se limita á esta cotización voluntaria y gratuita de la piedad la fiscalidad del Clero; y en su avidez de riquezas ha podido hacerse pagar con tarifa onerosa una remuneración por cada uno de los actos de su liturgia, ó por la celebración de los sacramentos, haciendo de ellos, faenas profesionales que sabe explotar á maravilla. Así es como aunque el bautismo es necesario, según él, para borrar el pecado original; y si el caso urge debe hacerse á domicilio; pero si no se paga al cura por imponer el crisma y balbucir sus latinajos, el niño no será redimido del demonio. — Aunque el matrimonio es indispensable para santificar el amor, sino se paga por la misa, cánticos y aspergios, el matrimonio no se celebrará, aunque se frustre un enlace ó se viva en amicalo. — Para sacar á las ánimas del Purgatorio se necesitan misas, pero si no se paga al *padre* que entrega las cédulas de libertad, el alma del deudo continuara en las llamas de purificación hasta que extinga su condena. — La muerte no puede consumir su obra de desprender al alma del cuerpo sino hasta que llega el sacerdote; y sólo con responsos, puede aquélla emprender tranquila su viaje de ultratumba; pero si no se paga el responso, el viaje se hará sin el pasaje místico á los infiernos. — Las indulgencias quitan la pena del pecado, acortan los sufrimientos en el purgatorio, y aun pueden evitar la condenación eterna cuando se *muere*

en pecado mortal; pero si no se pagan, comprando las *novenas* en que se conceden, ó las bulas especiales que las otorgan, el fallo divino se consuma irremisiblemente. — La *eficacia* del servicio sacerdotal se manifiesta aun en los males de esta vida, y puede curar enfermedades y librar de los accidentes; pero para ello es necesario una medalla, un escapulario, ponerse en la cabeza una cinta que sea la *medida de la cabeza* de la Virgen del Tepeyac, ó de cualquiera otra imagen milagrosa, rezar un rosario, etc.; y para todo esto tiénese establecido un *estanquillo* de *baratijas* místicas, á la puerta de todos los templos; pero si no se compran en dinero metálico esos amuletos, la enfermedad ó el accidente sobreviene. — La oración es más útil acompañada con el cirio; pero los cirios se venden; y cuando el que los ofrece se retira, el sacristán los apaga, los recoge y los revende á las cererías. — La Virgen de Guadalupe es la *patrona* de México; su majestad requería por consiguiente una corona, y corona de emperatriz, de oro y pedrería fina. Fué pues preciso recaudar ofrendas extraordinarias de todos los católicos en toda la nación; se predicó en todos los templos pidiendo dinero en abundancia; se pusieron en movimiento todas las beatas; los tartufos enardecieron sus corrupciones hasta que llegó el oro á raudales: se consumó el atentado contra el sentido común de colgar una corona *real* sobre una cabeza pintada, y se guardó la diferencia entre el costo de la corona y el monto de las limosnas dadas para ese objeto, como honora-

rios de empresario. — Muy difícil es encontrar entre los enemigos de la Iglesia, en las páginas más virulentas de Voltaire ó en los anatemas de Lutero, algún cargo que en México haya desprestigiado más al sacerdocio y á la religión católica, que esta explotación patente á todos los ojos, sistemada y cinica, de todos los bolsillos, poniendo en práctica todas las supercherías de un saltimbanqui, para azgar monedas; aprovechándose de todas las desgracias y precisamente en los momentos angustiosos de las tribulaciones más crueles.

Y sin embargo no está cerrada con esta lista la totalidad de los impuestos fiscales, sino la del menudeo. Un ramo más importante consiste en las *contentas*, ó sea en una cuota fuerte que debe pagarse á la mitra siempre que alguna casa ó hacienda de las que fueron nacionalizadas llega á poder de alguna beata ó persona timorata. Esta gabela es de más cuantía de lo que parece; pero tampoco es la fuente principal de los ingresos de sacerdotes y obispos. Por la hipnotización del templo, de que ya hablé, y que sufren las beatas; por medio del *tartuflismo* que se introduce en todas las familias ricas, haciendo uso del fanatismo analfabeta de provincias, y explotando con habilidad las amenazas y promesas del confesionario, consiguen que fortunas cuantiosas de centenares de miles y aun de millones de pesos, pasen á manos de los directores de conciencia; para lo que aynda en mucho la libertad de testar que rige en varios Estados de la Federación

Mexicana. Como el objeto ostensible de esas riquezas en su poder es uno de caridad cristiana; y ora sea por corrupciones administrativas, por penurias frecuentes del Erario Público, antes en toda la República y hoy en algunos Estados; por ineptitud intrínseca del gobierno laico y ateo para atender asilos y casas de regeneración ó consuelo, con todo el ardimiento con que las sectas y la caridad cristiana saben hacerlo; sucede que muchos ricos, que desean instituir alguna fortuna para ese objeto, no pueden hacerlo en la persona moral de una corporación religiosa, que son las aptas, por prohibirlo la Constitución Federal; tampoco pueden entregarlo al Estado, por temor á las malversaciones é ineptitud laica. Sólo tienen esperanzas de conseguir su objeto, instituyendo por herederos á las personas que bajo la autoridad de la Iglesia, les ofrecen probabilidades de cumplir con sus legados de beneficencia. Los jefes superiores de la Iglesia eligen en estos casos á las personas que deben ser instituidas como herederos, ó que deben aparecer como compradores de los bienes raíces, y que la ley prohíbe adquiriera la colectividad sacerdotal. Así es cómo se ha reconstituido económicamente un partido clerical, poderoso, compuesto de propietarios raíces, y cuyo conjunto representa actualmente una parte muy considerable de la propiedad urbana y rústica de la República; sin contar con la representación deliberativa y votiva que como accionistas de las empresas públicas tienen en todos los demás negocios financieros del país. Pero esta agrupación

ción poderosa vive de la superstición, y por interés pecuniario fomenta y tiene que fomentar las prácticas, que aunque lo desprestigien, estorben el progreso nacional y nulifiquen la obra moral de la Iglesia puesto que le producen las rentas necesarias para sostener el culto, para la subsistencia del sacerdocio y para el atesoramiento de riquezas.

VI

Es una lástima y grande que un cuerpo tan admirablemente organizado como la Iglesia Católica, haya desprestigiado sus enseñanzas morales y quebrantado la gran autoridad que debía tener en la masa de analfabetas, que siempre será la mayoría de cualquier pueblo, por la torpeza moral con que ha organizado la recaudación de fondos, á los cuales tiene por otra parte un derecho incuestionable; pero lástima mayor es que, atrincherado en su tradición, no vea las transformaciones diarias de la inteligencia mexicana; y se obstine en predicar un ascetismo incompatible con la industrialización creciente de la sociedad; en conservar ritualidades reglamentarias del Estado Civil, que ya es inepto para dirigir; y que insista en sus viejos métodos de moralizar, á pesar de su incompatibilidad con el intelecto moderno. No sólo pierde por estas aberraciones su influencia sobre las clases inteligentes y trabajadoras, sino que se atrae su animosidad; y su acción moralizadora real sobre las clases analfabetas

disminuye cada día, haciéndose más y más inepta para ser el consejero natural de los analfabetas superiores; es decir de los que teniendo alguna ilustración técnica, por deficiencias de estudios ó de inteligencia son incapaces para guiarse por sí mismos en las complexísimas dificultades que la vida moderna presenta. La obstinación con que se apegan á su tradicionalismo de doctrina y método, es pues una causa eficiente de la relajación de costumbres, y aun de las delincuencias en que incurren los que por esos motivos no quieren ó no pueden recibir una doctrina de moral, que tenga visos de religiosa.

Predicar la pobreza en sociedades donde la riqueza es la base del poder y la trama verdadera de su organismo, es por ejemplo fomentar directamente todos los vicios que el progreso tiende á extirpar; y en las multitudes abyectas y degradadas, inculcar un principio erróneo de dignidad, que les quite la vergüenza de sus harapos y el deseo de salir de su miseria. Un pueblo de pobres es un pueblo de viciosos y criminales; y las predicaciones que hacen desdeñar los bienes de este mundo, podrán asegurar un porvenir de bienaventuranza en la otra vida; pero en éste, hacen del crédulo que las acepta, un ser impotente para evolucionar, para formar una familia y para colaborar en la obra misteriosa de la humanidad, desconocida aún, pero magna y de una solidaridad inquebrantable entre todos los mortales. Por esas predicaciones se respeta el harapo, el harapo que no es sino nidero

de microbios, que atacan la salud del mendigo y llevan gérmenes de aniquilamiento y muerte á todos los ámbitos por donde pasea su holganza. Al harapo como vestido corresponde la pocilga como habitación, es decir, el foco de las epidemias y el vivero de todas las prostituciones. Á la desvergüenza que implica la vida en común de los pobres, corresponde la promiscuidad sexual, la confusión de las paternidades, el abandono de los niños, su inmensa mortalidad, el raquitismo en los supérstites y la corrupción precoz é irremediable de los que salvan la edad de la pubertad. Este es el cuadro que presentan todavía muchas poblaciones de provincia mexicanas, y muchos barrios de la capital; y si es verdad que esta podredumbre no es obra exclusiva del ascetismo, si es suya el cinismo con que la sobrellevan, por predicarles la pobreza como una virtud, y por ponerles el ejemplo de Job en su estercolero como un modelo que deben imitar. En las parroquias de los barrios, en las de los pueblos, y aun en las del centro, cuando el auditorio revela un coeficiente de estultez suficiente, predicase también contra toda innovación suntuaria, y aún contra todas las comodidades del *confort*, como innovaciones diabólicas, que ponen en peligro la salvación del alma. Las muchachas, deben prescindir de atavíos elegantes; enlustrarse, envolver sus gracias juveniles en el *tápalo* negro; vestir mal, vivir con una indumentaria miserable en viviendas destartaladas, y con una alimentación escasa, y notoriamente deficiente para sostener al cuerpo

en un estado de tonicidad compatible con el trabajo, y aun con la pasividad de la indolencia. La anemia, las nerviosidades, la tristeza, las enfermedades de consunción y la muerte precoz, son las consecuencias forzosas de este régimen, en todas las familias donde la juventud tiene la desgracia de estar en contacto con un predicador oficial de pobreza, ayunos y maceraciones.

En los tiempos actuales de multiplicación rápida de los trabajadores, de implantación creciente de industrias que requieren más y más vigor en el bracero, á la vez que más serenidad en el espíritu, cosas que sólo se consiguen con una alimentación fisiológica suficiente en cantidad y calidad, la que á su vez sólo puede venir con el salario creciente, no es oportuno predicar pobreza y prescribir ayunos; así como tampoco las maceraciones y demás prácticas enervantes del ascetismo. Ya no es posible que las sociedades vivan en el régimen absurdo del dolor que entristece, que enerva y aniquila; y todas las predicaciones que tienen este objeto son por consiguiente tan nocivas á la sociedad, como si se la inyectara cuotidianamente con morfina, ó si se extrajera á la carne de sus *rastros* la fibrina para sustituirla con natas de *atole*. La sociedad moderna es un inmenso taller expuesto á ser pillado por los vecinos. Para defenderlo se necesita ante todo trabajar mucho para que no quiebre, trabajar mejor que aquellos, y disponer en los brazos y en el cerebro de las fuerzas necesarias para

rechazar á los invasores. Todo lo que fomenta la serenidad del espíritu, la profundidad de las meditaciones, el vigor del brazo y la constancia de la voluntad, deben ser por consiguiente los cánones de la moral moderna, y como ellos están en contradicción abierta con el dogma de la redención de los pecados por medio de la penitencia; y con el rigor asceta que predica el catolicismo; éste es culpable de los que por obedecerlo se suicidan lentamente, y que se hacen durante el proceso de su aniquilamiento inútiles para las labores de la civilización. Cada día son menos por fortuna; pues entre el hambre con su cortejo fatídico de angustias y de crímenes, y la vida alegre, franca y tranquila del trabajo y del ahorro, los mexicanos prefieren entrar de lleno en ésta, y aprovecharse de todos los frutos de la civilización, aunque incurran en el desagrado de los curas. La consecuencia ha sido provechosa para la humanidad; pero desgraciadamente generalizose la infracción al ascetismo que dió tan buenos resultados; y por haber rechazado á éste como embrutecedor é *inmoral* se rechazan también las demás prescripciones de moral universal predicadas por el catolicismo. Los espíritus decepcionados se emanciparon de sus dogmas; pidieron una nueva filosofía que les explicara el Universo y les diera nuevos cánones para su conducta; y así fué como en sus conciencias se preparó el terreno para recibir á la Metafísica, que durante mucho tiempo substituyó á la Teología en el intelecto mexicano, y que está todavía

en pleno vigor en muchos profesionistas é industriales de la Capital y en muchas ciudades de provincia.

VII

Bien conocido es el *Infierno* para que me detenga en describirlo; pero no tanto el papel lógico que desempeña en la propaganda moral del catolicismo, ni el verdadero valor de su influencia actual en la conducta humana. Voy, pues, á separar en la trama ordinaria de los fenómenos psicológicos en que interviene, las hebras que le son propias, y los movimientos volicionales que en realidad le corresponden, para precisar, toda vez que es la sanción de los mandamientos religiosos, el coeficiente de utilidad que el Clero tiene en la moralización presente de la sociedad; las deficiencias que en esa tarea está revelando; y por ende las culpas que á su cargo deben ponerse en los vicios, miserias y crímenes de la época presente.

El Infierno como lugar sombrío de castigos eternos, destinado para el que desobedezca los mandamientos religiosos, es, lógicamente hablando, el motivo racional, la sanción de esas prescripciones; es decir, la razón que los creyentes deben tener en cuenta para no pecar. Analizado más de cerca, es el concepto abstracto de las consecuencias funestas de un acto malo, revestido con las formas dantescas del dolor. Como castigo del pecado se le aplaza como consecuencia forzosa

de aquel para la vida de ultratumba; pero que también suele recaer sobre la cabeza del malvado en este mundo. El Cielo ó la Gloria es la concepción antitética, y el Purgatorio el término medio de ambos: teológicamente hablando un lugar de purificación para los que pecaron con circunstancias atenuantes, y que pueden redimir su culpa después de cumplida su condena. Abandono el análisis del valor científico que puedan tener estas ideas, y dejo á cada cual con las creencias que tengan sobre ellas, admirando el inmenso papel que han representado y todavía representan en la felicidad *real* de la humanidad; pero tomo la influencia que como ideas ó imágenes pueden tener ahora en la conducta de los hombres, para lo que me concreto al concepto *mundano* de esas creencias; es decir, á analizar las relaciones de causa á efecto que hay entre los hechos considerados como pecados, y las consecuencias funestas que como castigo del cielo les atribuyen los católicos.

Desde luego es de advertir que en la inmensa mayoría de los casos, éstos están en lo justo, al grado de poderse establecer una inducción con la traducción de ese concepto teológico. Podría decirse: en la inmensa mayoría de los casos, el que peca mortalmente sufre en esta vida las consecuencias funestas de sus actos, comenzando por la inquietud y el remordimiento, siguiendo por la pena legal y terminando por la ruina ó por la muerte. Basta, en efecto, reflexionar que los pecados mortales no son sino vicios y crímenes, para

aceptar esta afirmación y abandonar toda discusión sobre ellos. Pero cuando el Clero por hacerse accesible á las inteligencias más rudas ha prescindido de la *idea* por la *imagen*; y para evitar discusiones sobre los casos excepcionales, ha trasferido el castigo del pecado, ó sea la consecuencia funesta que produce, á la vida de ultratumba, ha debilitado el efecto persuasivo de su dogma en las inteligencias *razonadoras*; y si es verdad que con la descripción de llamas y tormentos sin fin, aterra y domina á los analfabetas y mujeres, sus predicaciones de moral, que debían alcanzar á todos porque son irrefutables, no hacen mella en los espíritus escépticos, que aunque desprovistos de aptitudes para seguir las consecuencias de un acto en toda la complejidad de los fenómenos sociales, tienen la ilustración rudimentaria suficiente para reírse de las supersticiones y consejos acerca de Satanás, su trono, séquito y castigos. Estos rechazan el dogma por lo absurdo de la imagen; con el dogma, el precepto moral que sanciona; y por una aberración espantosa del criterio, inferen que la conducta buena es precisamente la contraria: en tanto que se puedan eludir las consecuencias legales del pecado, es decir de los vicios y delitos. En las mujeres la destrucción del Infierno, como realidad y como concepto, produce un espantoso sofisma de prostitución. « No fornicarás, dice el Evangelio, porque te condenarás ». El Infierno no existe, replican ellas; es imposible que el fuego haga sufrir á una substancia inmaterial como

es el alma; luego el amor es libre y el destino de esta vida es el placer y la alegría. No: el Infierno puede ser una patraña, y el mandamiento no pierde por eso nada de su excelencia, como ha sucedido con todos los demás preceptos de moral cristiana, que nos han venido á través de todas las filosofías y religiones sin perder nada de su exactitud; aunque las teorías, explicaciones y dogmas, que las han cohonestado, hayan cambiado con cada una de las fases de la evolución intelectual. Para refutar estos sofismas, y para sujetar á estas inteligencias refractarias al dogma y á la imagen, es pues impotente ese concepto ó ardid teológico de moral; y por eso pierde la mayor parte de su eficacia la predicción moderna de los sacerdotes católicos, no teniendo acción sino en los espíritus pobres, por organización ó por miseria de conocimientos.

Para que el concepto del *pecado* y de sus consecuencias fatales para el individuo ó la sociedad pueda tener efecto, no absoluto, pero sí importante en la conducta humana, *hoy* es indispensable que sea *fenomenal, objetivo*; es decir, que manifieste lo desastroso de las consecuencias que produce el acto pecaminoso, de una manera inductiva, experimental é irrefutable, sin perjuicio de la forma literaria en que se exponga. Para formularlo así, el Clero es intrínsecamente impotente; porque no conoce *científicamente* las consecuencias de ningún acto malo; porque está educado para no hacer nunca la exposición científica de ninguna verdad; y porque sus intereses financieros son un

obstáculo para que plantee en sus predicaciones un método de convicción, que aplicado á la parte reprochable de su moral, pondría inmediatamente en evidencia las supercherías de que vive; y la influencia destructora del ascetismo, que amansando las voluntades le da potestad y señorío sobre sus feligreses. Su profundo conocimiento del corazón humano, el hábito profesional que tienen para analizar todas las ideas y sentimientos; y el trato individual que cultivan con muchos pecadores, permite á los sacerdotes, discutir en las expansiones del confesionario, si es preciso persuadir y aun convencer al penitente rehacio, de lo funesto y vituperable de un acto malo; porque ahí la discusión es concreta y personal; y porque el hecho mismo de ir á confesar culpas, indica que el penitente está sujeto á la férula sacerdotal; y que por consiguiente no se necesitan para él grandes esfuerzos de demostración. Pero en la obra de propaganda, la moralización comienza por el púlpito en forma abstracta; y allí es donde la verdad profesada tiene que demostrarse con los métodos de prueba moderna; si la catequización ha de alcanzar á los que, por la forma especial de su espíritu, sujetan al análisis sus ideas; y que, por las condiciones especiales de su vida, viven libres de la influencia dogmática de los sermones. Estos sólo admiten como razones la exposición exacta, en forma técnica ó literaria, pero de un fondo rigurosamente científico, del fenómeno social ó psicológico que el pecado implica: y esos fenómenos son

completamente extraños á la ilustración del sacerdocio.

Este no tiene, en efecto, aparte de su Teología latina, abstrusa, ininteligible é inaplicable á todo asunto analizable, más ciencia que la Biblia y la Historia Eclesiástica, adulterada con interpretaciones, mutilada, hecha sólo para propagar la fé, y nunca para exponer los hechos acaecidos en la realidad. La argumentación histórica sin pruebas, y sobre hechos problemáticos, donde la violación constante de las leyes naturales entra en juego, y aducidos en una oratoria artificiosa y mística, es pues la única Lógica que del púlpito puede llegar para apoyar sus predicaciones; y mal éxito pueden tener por consiguiente en conciencias refractarias á la tradición; exigentes de probanzas, desdeñosas por una historia exótica, burlonas de la credulidad de nuestros abuelos, y profundamente impresionadas con la maravilla real de la vida, y con las audaces exploraciones de la ciencia. Si esos hombres vacilan al forjar sus credos de conducta; y formulan máximas delictuosas para uso personal, no serán ciertamente los Salmos de David ó las leyendas de anacoretas las que limpien su criterio y les inculquen el precepto de virtud, ni mucho menos las consejas de aparecidos y las revelaciones macabras de los arcanos del *más allá*. Estos hombres necesitan hechos, pruebas, experiencia: hacerles brotar ante los ojos la serie creciente de efectos destructores que la maldad produce en el individuo, en la familia, en la patria y en la humanidad; sin remedio, sin

evasivas, y sin que pueda criminal ó vicioso alguno tener la seguridad de escapar á ellas de una manera sistemática y segura : y esta exposición es la que el sacerdocio no quiere, ni sabe, ni puede hacer. Es pues inferior á su misión ; y su papel de moralista no pasa hoy de las clases bajas de la sociedad : los pensadores lo abandonan con desdén ; algunos toman su moral concreta á ciegas acatando el empirismo de las buenas costumbres ; otros con ciencia suficiente para descubrir los senderos de la verdad, se forjan una moral superior. Pero muchos dejan por supersticiosa é inepta la filosofía católica, y se entregan á sus instintos ; mientras que otros van á hundir su criterio en las aberraciones de la Metafísica, que si no los convence, les alucina y ataranta ; como enfermos de espíritu, que para apagar las angustias de la duda se adormecieran en el mundo vagaroso de los *númenes*, aspirando el *hatchis* embrutecedor y mágico de su Ontología.

VIII

No cabe duda, sin embargo, que en las viejas páginas del profetismo hebraico hay algunos salmos de una belleza inmortal, y en sus salmos pensamientos de una verdad, que aunque ya familiar, admira que hayan podido sorprenderla sus cantores, dado el atraso contemporáneo de la inteligencia humana ; pero que hoy la ciencia, escéptica y descon-

tentadiza como es, tiene que aceptar sin relucencias ; tan pronto como traduce al tecnicismo en uso el verbo vibrante de aquellos cantares ; y tan luego como sujeta al análisis y á la verificación los conceptos que los componen. El *crescite et multiplicamini* es uno de ellos ; y la ciencia lo admite, si no como el mandamiento divino de marcha, y como palabra propulsora de vida, que ha traído á la humanidad á través de los siglos, y triunfando de todas las vicisitudes que forman su historia, si como una teoría, misteriosamente cierta, y de un empirismo extraño ; que precisa el único destino perceptible para la humanidad. La gran ley de la evolución en su aplicación á las sociedades, no es en efecto sino la forma técnica y perfeccionada de aquel mandamiento ; pues la diferenciación de unidades y la difusión de actividades que implica, no pueden realizarse, sin el desarrollo biológico completo del individuo, que el *crescite* del hebraismo reza ; y sin la evolución completa y rápida de las familias que el *multiplicamini* requiere. La historia entera demuestra por otra parte, que las civilizaciones muertas y las sociedades disueltas, se han desmembrado nada más, por tener en sus instituciones ó costumbres algún vicio de organización en el hogar, ó en el gobierno, que impedía alguno de estos dos fines últimos de la humanidad : el desarrollo armónico del individuo, y la evolución completa de la familia. Hoy mismo los delitos, los vicios y todos los defectos y malos hábitos que las morales superiores proscriben, no son sino

actos que directa ó indirectamente impiden que el individuo ezezca en todo el vigor de sus energías ampliamente desarrolladas; y que la sociedad se multiplique con individuos sanos, fuertes, inteligentes y buenos. La Iglesia, pues, por un lado como moralista secular de los pueblos; y el Estado por otro, como vigilante de la vida individual y colectiva, han tenido y tienen, como mira capital de sus disposiciones, el crecimiento del hombre y la multiplicación de las familias; y los preceptos que á este respecto han promulgado, forman una parte muy importante de la moral de una época. Ellos, por consiguiente, en pugna ó ayudados por las filosofías según los casos, son pues los principales responsables de los vicios ó virtudes de una sociedad; y el balance de lo que en México les corresponde, en la manera armónica ó monstruosa como se presentan en acción las grandes fuerzas generadoras de la vida, hará conocer el saldo respectivo de gloria ó vergüenza que resulta á los que por la fuerza ó por la tradición se han constituido en sus custodios y en sus directores.

El Amor no es el *placer*, y cabe al Clero católico el honor de haber fundado sus congregaciones laicas, ó regido las que el Estado laico fundaba con un sistema de moral basado en esta profunda diferencia. El herotismo con todas sus voluptuosidades; pero en el misterio y bajo la casta sombra del hogar; y la confusión de la carne en los éxtasis de un idilio: pero respetando los pudores de la matrona, no han sido

en verdad prohibidos en el anatema general del sexto mandamiento, que proscribía el abandono orgiástico de todas las energías, en el abrazo animal, sin respetar á la hembra, que se fecunda, ni escrúpulos por la prole que se llama al mundo. Al contrario, han sido puestos como premio y galardón para el que en obediencia al mandamiento hebraico, crece para multiplicarse. Pero al consentir la felicidad del amor, la Iglesia ha considerado á éste, no como un dios, según dicen las mitologías; ni como á un astro que marcaba las horas del placer, según decían los cultos fálicos; ni como un embelesamiento, ó siquiera como la gran fuerza de Vida, *Venus Genitrix*, que cantan los poetas; sino como el sentimiento más poderoso, que pueda sacudir al alma humana; pero en tanto que inspire un *arte* en toda la noble acepción de esta palabra: el arte de formar una familia. Los misterios con que procura hipnotizar la inteligencia de los creyentes; la fastuosa liturgia con que domina sus sentimientos; y los cánones severos del sacramento con que compelen á cumplir los deberes de esposos, de padres, de madres, de hijos y de hermanos que el amor produce, no son en realidad, y hablando en la lengua filosófica moderna, sino preceptos técnicos que los amantes deben acatar para formar una familia. De allí proviene la inmensa distancia que separa al sacramento matrimonial del culto herótico del placer que celebraba el paganismo.

Cánones severos, mandamientos ineludibles, amo-

nestaciones continuas, lenguaje de filósofos, máximas de higiene, sanciones penales, es lo único que hay en este sacramento; como si se tratara de un capítulo legislativo; mientras que antes, todo se volvía cánticos, mirra, aceites y discusiones psicológicas sobre la intensidad de las sensaciones. Grutas tibias y perfumadas, con fuentes murmuradoras: en la sombra, la grama muelle: á la entrada, la cella dórica sobre cuyas columnas juega el follaje de los mirtos, y dentro Afrodite con las mórbidas formas, tremantes de deseos, bajo la apretura mármorea de su encogimiento y bajo la caída hipócrita de su velo, eran el idealismo de la humanidad en las gastadas sociedades del paganismo, lastrado con un recetario de afrodisiacos y abortivos. Y este idealismo fálico duró hasta que el cristianismo hizo de la alegoría de la Madona, la apoteosis de la virginidad, y en las elucubraciones de su Teología estableció como un misterio y como un rito la reproducción de la especie humana en los brazos de la castidad. Mucho trabajo costó para curar á la humanidad de la espantosa satiriasis que agotó al Imperio Romano; y fueron precisas todas las maceraciones y las largas penitencias de la noche medioeval; pero al fin el ascetismo triunfó; y hoy el hombre cristiano ama para reproducirse; y en vez de abandonar su amor á los impulsos animales, comienza por dominarlos. Para tener el derecho de beber el ósculo de placer en que una mujer le entrega con toda su alma, una parte del porvenir nacional y del misterioso de la humanidad,

medita antes con gravedad en los medios de amparar á esa mujer; de recibir á la prole; y de darle en sus brazos el calor que la vida requiere, para palpar en los rotundos miembros de la infancia, y para reir con notas de triunfo en sus careajadas de cristal. El cristianismo ha hecho pues del *cerdo* humano, un poeta que sueña en todas las delicadezas de un idilio; pero un poeta serio, que se deleita en actos y no en palabras; y que para disfrutar la dicha soñada, comienza por ilustrar su voluntad; pues sabe que aquélla depende de la manera como se comporta para conquistar y guardar á la dueña de sus ilusiones. Comienza, pues, por embellecer sus ideas con el iris de sus sentimientos, y acaba por sujetar su conducta á un sistema de reglas precisas para formar su familia; que es lo que constituye ese arte maravilloso del amor.

Ahora bien, profundas como han sido las meditaciones de los teólogos, pronto dividieron en dos grandes capítulos las máximas de esa técnica de felicidad; de ese arte de conservar la vida de la humanidad en los idilios privados; y de tejer en el hogar casto la tela del porvenir: las concernientes á los célibes, ó hablando en un tecnicismo más significativo, las concernientes á los que por falta de virilidad ó nubilidad, psicológicas ó sociales, *no* pueden formar una familia; y las concernientes á los que pueden reproducirse, con todas las garantías necesarias para la mujer y para la prole. El estudio de la acción efectiva de cada una de estas

máximas en nuestra sociedad actual dará la medida del poder moralizador actual del catolicismo.

IX

El gran escollo con que tropieza la humanidad para desarrollarse conforme al mandamiento bíblico, consiste en la serie y cúmulo de fenómenos destructores que sintetiza la *Ley de Malthus*, según la cual la evolución del individuo y la multiplicación de las familias dependen de la cantidad de alimentos que el individuo pueda conseguir, y que, por lo general, dependen á su vez, del tipo del salario. Ahora bien, según hemos visto en México, el tipo de éstos es tan bajo, que pone á ración de hambre al proletario; y como donde la alimentación no es suficiente, el individuo no puede crecer; si crece no se puede reproducir en vástagos sanos, inteligentes y buenos; y cuando por condiciones excepcionales la reproducción es feliz, el padre no puede llevar su prole hasta la edad adulta, desarrollándola con las aptitudes de cuerpo, espíritu y carácter, que intrínsecamente garantizan la formación de una segunda prole; en México ha resultado, como consecuencia de estas condiciones económicas, que abundan los que están condenados temporal ó definitivamente á no formar una familia. Constituyen, pues, un grupo inmenso, que demanda una vigilancia constante de los moralistas; para estorbarles una reproducción que sólo conduciría á la miseria, al crimen ó á la muerte.

En la época colonial, de los últimos tiempos sobre todo, las condiciones económicas de México eran peores que hoy; pero como entonces el Clero tenía incólume su prestigio sobre las conciencias, y á su disposición el brazo seglar, podía, como lo hizo con bastante éxito, proscribir el amor á todos estos desheredados; prohibirles la fornicación, y prescribir el ascetismo, con la enclaustración regular para unos, y con los ayunos, ejercicios, romerías, penitencias y maceraciones para los laicos. La opinión pública nacía de sus preceptos; y si no consiguió jamás la castidad absoluta que hubiera deseado para estos desheredados del amor, sí alcanzó una moralización bastante elevada; los vicios escasearon, se hicieron clandestinos; la reproducción hastarda y aleatoria de la especie se contuvo; y en lo general puede decirse que las costumbres tomaron en la vida privada un tono de honestidad y castidad, que ya sólo conocemos por la tradición. Á pesar de las Leyes de Reforma, hoy enclaustra todavía á muchos hombres y mujeres, pero sin tino, y atendiendo más que á la castidad que su cuerpo ó su espíritu requieren, al comiso de la fortuna que su enclaustración implica. De estos alucinados se hacen, pues, cenobitas forzados, á quienes las nerviosidades de su ascetismo predisponen á sufrir un infierno inútil y espantoso, en la contención continua de ardores que podrían satisfacer y santificar en un amor mundano. Muchos no resisten, y aunque pierden la *dote* que aportaron al convento, relajan sus votos y

vuelven á la sociedad para evolucionar, libres de los cilicios, del hambre, de sus lúgubres alucinaciones y de las calenturientas tentaciones de su celda.

El mismo sistema de ascetismo colonial que seguía el Clero para dominar á la *carne*, emplea todavía con sus feligreses laicos, y de allí provienen sus cofradías, guardias de honor del Divinísimo, hijas de María, *hermanos* de Gonzaga, etc. Agotar el cuerpo con la destrucción continua de sus energías; obstruir con oraciones fervorosas todas las espontaneidades del espíritu, y acaparar con festividades litúrgicas todos los ocios del feligrés, son los tres métodos que el catolicismo usa para aniquilar los deseos carnales en el mundo de sus beatas, tartufos y fanáticos. Pero ya no llega con ellos á purificar las costumbres; no se impide la reproducción bastarda de las estirpes; ni se consigue siquiera la castidad del sacerdocio. El demonio de la lujuria retoza y hace sus cabriolas, debajo de muchas cintas azules, escapularios rojos y sotanas negras; y sólo se consigue con esas prácticas robar á la carne de los ociosos algunas horas de tentación, y dar á esas desheredadas de la familia una apariencia de castidad entapujada; pero embrute-ciéndolas, extirpando de sus cerebros el idealismo del amor; la estética del placer; y haciendo que sus deseos sofocados y envilecidos á sus propios ojos, no sean ya las nobles ansias de perpetuarse, en un ser sano y bueno; sino la brama animal de la bestia humana. Sus caídas son por consiguiente clandestinas, sin

poesía ni dignidad; y cuando al cabo un deshonor sale á luz, en la morbidez del proceso embriológico, por los comadrazgos difamadores de las beatas, ó por las indiscreciones del fraile seductor, la víctima que siente la maternidad, la recibe con ascos y vergüenzas, en vez de sobrellevarla con orgullo y con amor.

Pero no es la moralización de este grupo corderil la necesaria á la sociedad; porque la mansedumbre de sus voluntades y la pobreza de su espíritu que lo caracteriza, garantizan que su inmoralidad no sería muy de temer. La parte rehacia á las predicaciones, la hostil á la religión, la enemiga del fraile, la simplemente indiferente y la que con superficialidades de piedad, son en el fondo refractarias á los dogmas y mandamientos del catolicismo; es decir la inmensa mayoría de los que viven en la ciudad con el producto del trabajo de su cerebro ó de sus músculos, son los que han necesitado y necesitan enseñanzas morales; y los que la Iglesia por sus aberraciones de métodos y doctrinas es hoy impotente para corregir, dejándolos á merced de todos los vicios, crímenes y miserias que la lujuria incuba. Este grupo está formado, en una gran parte, de los que orgánica, pecuniaria ó socialmente no sólo son impotentes para formar una familia; sino que ni siquiera pueden evolucionar individualmente hasta desarrollar en un grado medianamente presentable las formas de su cuerpo y las facultades de su espíritu. Naturalmente que el analfabetismo moral, en cuestiones sexuales, de este grupo es tan

craso como el de los hotentotes; con la diferencia de que la vida civil de la Capital presenta ocasiones para encenagarse en la crápula, que no brindan les selvas de la Cañería; y que el desarrollo intelectual les presta un ropaje de licitud que convierte en principios de conducta, lo que en el negro no son sino ardores de salvaje. Ahora bien, estas turbas son absolutamente refractarias á las predicaciones católicas, porque es más fuerte que ellas el medio depravado en que viven.

En efecto, el gran lauro del partido liberal en México es haber separado al Estado de la Iglesia; pero su gran error es haber laicizado la instrucción pública, sin sustituir la moral católica con otra, y sin haber tenido los elementos de ilustración suficientes para *educar* á las generaciones nacientes, en hábitos de moral, que descansaran en lo superior de los católicos, aunque tuvieran por coronamiento una Ética más excelsa de ciencia, trabajo y libertad. Desde la reconquista de las escuelas en 1867, se difundió en todas las inteligencias la ciencia moderna á raudales de una manera profunda y metódica; y el espíritu naciente de los mexicanos, se amoldó en una forma tan contraria á la católica; que todos sus impulsos, y su mecanismo formaron, en la juventud laica; y tanto en los artesanos como en los profesionistas, un intelecto radical, orgánica é irremediablemente antitético al católico. Éste busca sus principios de razonamiento en el dogma incomprensible y

revelado; y los educandos liberales sólo creen en las inducciones de la ciencia, cuando han sido desmenuzadas por la Lógica, y traídas á sus sentidos las nociones últimas de que se componen, con la disección de la prueba. Aquél sólo apoya sus razonamientos en apotegmas doctorales; y las resoluciones de sus meditaciones las saca como incógnitas algebraicas de combinaciones silogísticas; y estos á la palabra no dan más valor que á un simbolo; generalizan con el pensamiento y no con frases; y de los hechos particulares extienden su compenetración de la Naturaleza á todos los tiempos y lugares en que ese hecho se presenta. El catolicismo trae su filosofía de la Biblia; á la Biblia vuelve en busca de pruebas; y como objetivo de sus razonamientos está el concordar con ella sus predicaciones; mientras que el liberal no vé en la Biblia sino un libro trunco y adulterado de una civilización muerta; en el cementerio vastísimo de la Historia humana, halla otras Biblias, con los mismos títulos de veneración que la hebrea; y en vez de ser para él sus páginas un arsenal de demostraciones y un resumen de la sabiduría, apenas le llaman la atención como mohoneras derruidas y mohosas de una etapa psicológica muy remota en la evolución de la inteligencia humana. Creer, rezar, llorar y sufrir, son los cánones del católico; y el liberal absorto ante las maravillas de la Naturaleza, siente en su espíritu las vibraciones de una fuerza misteriosa que lo impulsa; comprende que lo une con los demás seres una solida-

ridad misteriosa pero inquebrantable; deduce por consiguiente, que es preciso abrir mucho los ojos para conocerse y conocer al mundo; y que en vez de aniquilar sus energías, su fin último debe ser luchar para modificar y vencer á las fuerzas naturales que lo amenazan y lo atacan.

De allí vienen los grandes ideales de ciencia, de justicia y de trabajo, que forman la Ética superior en que se basó la educación pública que en 1867 reconquistó las aulas nacionales; y de allí nació ese espíritu severo de desconfianza y análisis, que en mayor ó menor grado presentan todos los miembros de la sociedad liberal, y que desde niños los hace hostiles al Clero católico y refractarios á sus predicaciones. Á él se le debe la regeneración del país, y es la única y verdadera garantía del porvenir de la nación.

Pero la Instrucción Pública, hecha bajo el sistema liberal tenía un gran vacío que, estorbando el desarrollo armónico del espíritu, ha hipertrofiado la inteligencia á expensas del carácter y de los sentimientos; pues suprimió la enseñanza de todo código de moral privada; y en la parte concreta de este capítulo, á ella le incumbe por ese vacío, una gran responsabilidad en los vicios de la lujuria, que, corroyendo del espíritu mexicano el idealismo del amor que había sembrado el catolicismo, lo ha llevado á una animalidad sexual más asquerosa que la del paganismo; porque en vez de estar embellecida como aquélla con las excelsitudes del arte, está enlodada con todas las torpezas de una

miseria endémica y con todos los cinismos de una estultez hereditaria.

En efecto, desde 1867 se han puesto á disposición de la juventud, todos los secretos de las industrias y todas las doctrinas de las ciencias; el espíritu se ha convertido en una máquina maravillosa de pensamientos; y los métodos educativos han tendido á hacerla más productiva y perfecta; pero sin dar á las conciencias un solo canon de moral privada, que bajando de la memoria, idealizara los sentimientos y ennobleciera la voluntad. En las escuelas industriales, la técnica de las artes, y una ancha base de ciencia para hacer racionales sus doctrinas, quitándoles el empirismo rutinero; en las profesionales, el estudio minucioso y experimental de la sociedad, del hombre ó del planeta, con los procedimientos científicos ó tradicionales de su manipulación: en las preparatorias la enseñanza sucesiva de todos los fenómenos de la Naturaleza, comenzando por el arte de combinar cantidades hasta la ciencia misteriosa del espíritu; y en las de Bellas Artes el aprendizaje de la belleza y la iniciación en sus cánones tradicionales, han sido los únicos fines perseguidos por los maestros oficiales de la juventud. En el último curso de la Preparatoria y como anexo de la Lógica se ha asignado durante más de veinticinco años un curso técnico de moral; pero más bien nominal que efectivo, y que últimamente ha perdido por completo su carácter práctico para convertirse en otro *texto*, el de Spencer, sobre las bases

de la Moral Evolucionista. La juventud varonil mexicana ha quedado pues legalmente privada de todo criterio moral; aunque á la mitad de su carrera cuando es profesional, y eso últimamente se la ha ya instruido en la evolución que sigue la conducta humana, principalmente entre los salvajes — ¿Qué, pues, de extraño que la relajación de las costumbres haya alcanzado en México, el asqueroso coeficiente moral de una zahurda, si al acaparar el Estado la educación ha dejado desarrollarse con toda libertad, la animalidad humana; y si con las mismas enseñanzas que educan al espíritu se rechaza el idealismo con que la moral católica ha rodeado al amor, y que es el único que podría completar en este punto la educación intelectual de los liberales?

El estudiante por el hecho mismo de iniciarse en los misterios de la verdad, adquiere, desde sus primeras lecciones, prestigio sobre un círculo de analfabetas, que, comenzando por los hermanos menores y los criados va ensanchándose con la edad y con los merecimientos, hasta llegar á ser el grupo de sus clientes, y aun la congregación de sus doctrinarios, si puede ser propagador de ideas por el periódico ó con el libro. Lleva, pues, siempre en pos suyo un séquito de admiradores, en cuyos espíritus repercuten sus ideas y sentimientos y en cuyos actos su conducta es un ejemplo. Pero si él puede evolucionar con el contacto de sus superiores y por la iniciación sucesiva en ciencias más y más serias; sus admiradores no siempre

tienen esa salvación; y la semilla de errores y vicios, que siembra con la locuacidad, gracia y entusiasmo de la inteligencia naciente que lo caracteriza; germina en maldades y da sus floraciones criminológicas, sin esperanza ninguna de que se atrofien y se extingan como en él.

Ahora bien, desde el momento que la educación oficial carece de moral, todos los malos hábitos de la sociedad que afluyen á los colegios, aportados por los malos colegiales, y aprendidos en sus casas ó en las amistades depravadas de sus casas, encuentran calor y vida en la alegría del *cuaajo*; y libres de persecuciones se desarrollan en proporciones monstruosas, para reproducirse en formas refinadas; pero más venenosas, en las greyes privadas de niños, de adultos, ó de hombres y mujeres que forman la corte intelectual de cada estudiante; sin que el Estado haya hecho nada para contener esa corriente de corrupción. El Estado liberal ha sido pues impotente para moralizar á la juventud, á pesar de sus pretensiones de intelectualizar á la moral; pues no ha podido contener con lecciones abstractas los vicios de lenguaje, pensamiento y obras, que requerian un sistema severo de máximas, reprensiones y prácticas honestas, que suslituyeran á los mandamientos y ceremonias litúrgicas del Clero. Este, á su vez, es más impotente para infundir su Ética en los que directa ó indirectamente beben sus ideas en los más puros manantiales de la verdad; porque los catecúmenos son de inteligencias más

fuertes que las de los pastores; y como las enseñanzas morales son indispensables á la juventud, y el moralista secular y de profesión es en México el Clero, que sólo las infunde con espantajos de diablos y llamas pintadas, la juventud escolar ríe á mandíbula batiente de ese Clero asustadizo y se lanza á ciegas, ¡ la infeliz! cándida y sin fino, en las umbrias cerradas del placer. Abre con mano fuerte la maleza para descubrir en sus juegos á las ninfas y cupidos; tira el libro á sus espaldas, y va con toda la poesía de la raza en sus ilusiones, y con todo el ardor de la edad en los labios á pedirles los ósculos eternos y las languideces y suspiros de la dicha. Sus émulos la siguen pero sin ilusiones ni poesías, como pudiera una cáfila de lacayos soeces y con zapatos enlodados remedar en un escenario aristocrático y alfombrado una égloga de arcades. Así es como la inmensa mayoría de la población citadina ha llegado á vivir sin pudor; y como, comenzando por deshonestidades de lenguaje, llega hasta la más abyecta depravación de las orgias y del delito.

El extranjero que llega á México por primera vez, se admira de la tranquilidad asiática con que hombres y mujeres satisfacen en la vía pública sus necesidades corporales, sin más recato que una mirada de vigilancia al gendarme, y no por honestidad sino por temor á la multa que esa infracción de policía implica. Las señoritas americanas sienten quemárseles las mejillas con este espectáculo callejero de una desvergüenza netamente animal; y se admiran al ver la

indiferencia con que los caballeros mexicanos la presencian. Las parejas de enamorados entre léperos y artesanos, sin recato ninguno, no son en verdad una simple exhibición de galantería y coquetismo; sino el retozo animal de los perros, que á fuerza de presiones musculares procuran encender la brama y satisfacer su deseo. Y estas escenas son en todos los zaguanes y en todos los bancos de los parques públicos. Niños que apenas saben hablar, descalzos y desarrapados gritan con toda la fuerza de sus pulmones en plena calle los insultos más soeces y obscenos que pueda tener la *coprolalia* más impúdica del planeta; el colegial que pasa, en *guasa* las repite á sus compañeros; los cargadores hacen coro á la puerta de las pulquerías, sin que las personas decentes se preocupen por esa palabrería inmundada, que en cualquiera otra parte constituiría un atentado público contra el pudor y las buenas costumbres. En México es tan familiar el caso, que el gendarme esucha, y ríe ó bosteza según la gracia ó estultez del que habla. En los cuarteles y colegios nacionales de varones este lenguaje se refina, tiene su vocabulario y sus modismos, sus refranes y cantares; se hacen retruécanos, y largas horas se pasan jugando con las obscenidades de sus voces, ó relatando en él, chascarrillos dignos de Rabelais; pero con toda la suciedad del criterio sucio de los léperos mexicanos. Tiene literatura escrita, y circulan clandestinamente cartas eróticas, poesías, cuentos y novelas con ilustraciones al *crayon*

ó á la acuarela, que al verlas se estremece de horror el espíritu, pensando que ese producto morboso de las literaturas epilépticas de las sociedades agotadas, con el cual ni los furores eróticos de Nerón, descritos por Salustio, son comparables: ¡ya son el estudio predilecto de niños de doce y catorce años! La Tabla de Logaritmos les sirve de asiento, la Cosmografía de Andouard ó cualquiera otro texto; y en los rincones más apartados del Colegio devoran esos libros ó los de la literatura francesa que cantan el *cerdismo* humano. En las paredes se leían (1) obscenidades y se veían figuras que Lombroso sólo ha recogido en los palimpsestos de las prisiones ó en el tatuaje de los criminales; y no eran raras las figuras lúbricas de barro de Guadalajara que misteriosamente y como prueba de amistad iban pasando de colegial en colegial. Para completar esta educación, el *género chico* de las zarzuelas pone en cabriolas de bailarines y en dicharajos de cantantes, los sueños lascivos que comienzan en los cuentos de colegio; y así es como las alucinaciones de la orgía van tejiendo sus cuadros de lubricidad en la fantasía infantil, y haciendo sonar arrullos y reclamos de placer en oídos, que no debían escuchar, sino las *berceuses* del canto maternal, y las serenas lecciones del maestro.

(1) Este hábito inmundo de escribir y pintar obscenidades en los muros, ya había llamado fuertemente la atención de la prensa y despertado la indignación pública desde 1853. — Véase la « Olla Podrida » de Ernesto Masson, p. 329 y 340.

El segundo acto de la depravación, después de un *intermezzo* horrible de vicios solitarios que es definitivo para muchos, viene muy pronto; y mucho antes que el estudiante haya adquirido el vigor y las formas de la virilidad, paga sus primicias de amor á escondidas de sus padres, en el cuarto de las criadas; y héte allí, un Tenorio de doce años, que tiene que *salar* por no saber las lecciones; no sabe las lecciones por ocupar su tiempo en citas de amor; que repetidas sin tasa ni medida le quebrantan la memoria, lo embrutecen, lo aniquilan y lo obligan á suspender ó abandonar los libros. Muchos son padres antes de los diez y seis años; pero sus hijos van con las madres despedidas de la casa á rastrear en el basurero humano de las pordioseras ó á vegetar escrofulosas y miserables en las pocilgas de los barrios, donde pronto acaban por embrutecerse y morir á fuerza de miseria y borracheras. Salvado este primer escollo, y con deseos morbosos é incontenibles aunque precoces, muchos jóvenes, lleno el espíritu con fórmulas de Química ó leyes de Catóptrica vendían sus libros, ó cometían robos domésticos, para pagar su cuota de corrupción en los mercados del placer; pero allí eran víctimas de enfermedades horribles, que inexpertos solían llevar á su hogar; que les hacían perder el curso y á veces la carrera; á muchos la inteligencia ó el vigor; y que siempre les dejaban alguna lacra terrible en el cuerpo ó en el alma, que los constituía en inválidos del amor y los segregaba de los que por su castidad y

orden llegan con el tiempo á formar una familia. — Ahora bien, si estos estudiantes frustrados, que tenían para guiarse en la vida la gran luz de la ciencia, y cuyo espíritu está sistemáticamente encendido sobre todos los ámbitos de la Naturaleza, tenían tantas y tan terribles caídas ¿cómo no han de caer en simas más profundas los estultos y analfabetas que sólo obran por imitación de aquéllos; que piensan con sus credos y que ríen con sus escepticismos y sus chanzonetas? — De allí proviene pues un fomento muy eficaz á la deshonestidad pública y á la inmoralidad privada, que comenzando por libertades de lenguaje va subiendo hasta llegar á los delitos de la lujuria y sus anexos: á la serie creciente de abortos, infanticidios, concubinajes, raptos, violaciones y adulterios, que todas nuestras casas de vecindad registran día á día, y salen á la vergüenza en la envidia de las comadres, como el cajón de la basura, que saca á luz las suciedades que hay detrás de las puertas, regando escándalos y ejemplos, como éste microbios é inmundicias por dondequiera que es llevado.

¿Cómo es que esta depravación inmensa de la juventud mexicana é irremediable mientras el Estado no quiera moralizar y el Clero no pueda, cómo es, digo, que no ha disuelto por completo á nuestra sociedad, comenzando por hacer de los estudiantes una camada inmunda de sátiros é idiotas? (1) — En primer lugar,

(1) La hostilidad con que tropezó el Dr. Gabino Barrera para plantear su gran reforma educativa, no le permitió atender sino á

porque muchos estudiantes y muchos de sus émulos están bajo la vigilancia alerta y bajo la dirección severa de padres intransigentes, que sin vacilar refrenan los impulsos nacientes de libertinaje, y arrancan de sus espíritus, de su cuerpo ó de su corazón, sin compasión ninguna, todas las semillas malditas del pecado de perdición. — En segundo lugar, porque la ciencia es celosa, y á los que enamora les pide una consagración absoluta de todas las meditaciones, sin consentir en compartirlas con sueños de placer; y así es cómo las inteligencias superiores de los colegios rehuyen con asco la « Moral Prieta », esa inmunda coprolalia de los perezosos; y por ir á clases, escapan del contagio. — En tercer lugar, porque la raza es orgánicamente idealista, mientras no está corrompida; y rechaza toda realidad brutal, que pretendiera arrebatarse á sus ilusiones, las formas virginales con que las reviste y el iris crepuscular con que las alumbra. Muy pocos son los estudiantes que no son poetas y no llevan en el alma los ideales del Quijote; y mal se avienen las albas creaciones de éstos, con las repugnantes ninfas al alcance de sus bolsas: odaliscas de Tepito y Necatitlán prietas, pintadas, con cicatrices de cuchillos ó de escrófulas, hilachientas y despeinadas, ó peinadas con pomada de toronjil. — En cuarto lugar, porque

la parte intelectual de ella. El resto, inclusive la reforma moral, requería más tiempo y gastos que no tuvo á su disposición. Sus ideas á este respecto están apuntadas en la página 112 de los *Anales de la Sociedad Metodófila*, « Gabino Barrera ».

muchos vuelven sobre sus pasos después de las primeras caídas; y la finura de su inteligencia les hace percibir, que el placer es malo sin freno, ni cautela; que irremediabilmente conduce á la perdición, y que aunque sea un mito ó un problema el infierno y sus quemaduras, en esta vida vienen indefectiblemente enfermedades, embrutecimientos, raquitismos, vicios, crímenes, ruina y muerte, si el hombre no se precave contra las seducciones precoces de la carne. — Y en último lugar y sobre todo, porque la inmensa mayoría de los estudiantes tiene desde sus primeros pasos en la vida, una visión cariñosa, que como la Beatriz del Dante los lleva á salvo sin saberlo, por el borde de todos esos círculos espantosos del infierno real y verdadero de la calle: esa visión es la novia: se la quiere con el amor casto de los niños, con pudor, con miedo, con adoración: por merecerla se estudia; por conseguir su preferencia se lucha en emulación con los demás; por acercarse á ella se es caballero, y para poderla brindar como caballero, antiguo y legendario, un amor puro, se comienza por conservar pureza en el cuerpo y en el alma. Así es cómo la mujer, en México desde niña, y con sus sonrisas de ángel y sus miradas entornadas, de fuegos inconscientes de un hogar futuro, desempeña un noble papel de civilización al borde de la sima ignota para maestros y niños; pero á donde es arrastrada, entre gritos y carreras, la juventud estudiosa de la Capital.

X

El segundo gran capítulo del Arte del Amor trazado por el catolicismo para formar una familia, concierne á los que, previos los requisitos canónicos y ceremonias litúrgicas, han contraído el matrimonio, y con la sanción de la Iglesia y al amparo de Dios van á perpetuar la especie. Salvo los ritos, el matrimonio civil está inspirado en sus mismos principios; y la crítica de sus consecuencias tiene que ser, por consiguiente, común á ambos; pues aunque hay una pequeña diferencia respecto á la solemnidad de su celebración, que es aparatosa en el religioso y sencilla en el civil; el hecho de ser aquél exigido por las costumbres, hace que para unirse legalmente sea preciso antes celebrar el religioso.

Éste ya no tiene efectos legales en México si no está apoyado por el otro; y así es cómo los libertinos lo contraen sin escrúpulos dos, tres, cuatro y más veces, cuando quieren encubrir con una cédula de virtud un deshonor consumado ó en proyecto; pero precediendo al civil, es el requisito indispensable que la sociedad exige para considerar un enlace legítimo como completo y honorable. Tiene pues todavía, y á pesar de las leyes de Reforma, una gran importancia; y muchas veces se ven novios protestantes ó libres pensadores, que doblan las rodillas ante el cura católico, y se sujetan á todas las ritualidades de la ceremonia, antes

que consentir en que la elegida de su corazón vaya á sus brazos, sin haberla ceñido de azahares y velado al son del órgano bajo la advocación de la Virgen, que, simbolizando la virtud excelsa del pudor, presenta en su regazo el porvenir niño, concebido en el seno de la castidad. Sin esta advocación y estas ceremonias, suponen que la sociedad creería que su esposa no es esposa sino concubina; y el noble deseo de alejar de su compañera la sombra más leve de una vergüenza injusta, los hace transigir con sus creencias y doblegarse á las ritualidades de ese culto.

Pero esto no es sino respecto á las solemnidades externas; y rechazan la confesión que debía precederla; pues eso ya implicaría una apostasía y una degradación; y como en este punto la intransigencia es terminante, la Iglesia ha cedido á su vez, comprendiendo que en caso contrario, se prescindiría del matrimonio canónico, y en un momento acabaría su autoridad y pretexto para influir en los novios arrebatados á su dirección, y en las familias que formarían. Acepta pues la sumisión condicional del novio, y sanciona el enlace cobrando como indemnización un poco ó un mucho más, según las posibilidades pecuniarias de la pareja, en los derechos parroquiales. Dispone pues, que se extiendan las alfombras; se apreste la orquesta; se sacudan los cojines de terciopelo; se adorne el altar; se pinten de nuevo los santos si es preciso; se enciendan los candiles, y se dispongan los padrinos y novios á oírle de rodillas, mascullar el latín de la

misa, y á verle practicar las otras ceremonias del sacramento con toda la solemnidad de los ritos tradicionales, entre nubes de incienso, cánticos y hosannas. La concurrencia escucha con recogimiento, y espera que llegue á los desposados la bendición de Dios en la imposición de manos y asperges del sacerdote.

Pero para muchos la ceremonia es larga, cansada, sosa, algo aburrida, un tanto cuanto ridícula, si no está bien pagada; y cara cuando el aparato se ha montado al precio más alto de la tarifa litúrgica; y para estos descontentadizos, ese matrimonio va perdiendo por consiguiente el misticismo con que lo mira aún la mujer; acabando por parecerles un requisito demasiado molesto é inútil, que los induce á prescindir de él, prefiriendo el civil nada más; ó un concubinage modesto, serio, formal, santificado con el amor y ennoblecido con protestas firmes é irrevocables de fidelidad. Si cumplen ó no es un problema posterior; pero lo cierto es que para ellos la pompa religiosa les sirve de pretexto para huir del matrimonio y cimentar su vida en un concubinage más ó menos duradero.

Y no son pocos los que están tentados de esta separación; pues su grupo lo constituyen los escépticos, los cansados de vivir, los agotados del placer y los que han contraído relaciones ilícitas con alguna mujer, que á la vuelta del tiempo están robustecidas por los lazos de una familia, que se les fué formando poco á poco; y como entre los escépticos están todos los apóstatas del catolicismo é ignorantes de la ciencia; entre los

agotados del placer, los que llegan á la virilidad por un camino de libertinaje precoz, nacido en las lecturas obscenas del colegio y terminado en el hastío de las orgías; entre los cansados de la vida, los que con el espíritu encallecido por dudas, y el corazón lacerado por decepciones, no tienen una fe que los lleve en el mundo, ni una esperanza en ultratumba; como entre los que tienen familias espurias están todos los que desde la adolescencia han tenido amores vergonzantes, y sin grandes gastos, ya viven cómodamente en ella, alejados del mundo y sin necesidad de hacer público, con una ceremonia litúrgica, un estado civil que además les deja libertad legal para cambiarlo á su antojo; y como todos estos neurasténicos del alma se agravan más y más cada día con la fiebre intensa y la corrupción de la vida citadina; resulta que para una parte creciente de la sociedad mexicana masculina, las molestias, aparato y costo de la pompa religiosa matrimonial, son superiores al provecho convencional que produce: lo eliminan pues de sus proyectos; y si la novia no desiste del rito, prescinden del matrimonio y de la novia. Esta es una causa muy importante del descenso constante que se nota en el matrimonio religioso, y es la razón de porqué el Clero no quiere dar sus estadísticas, que harían público el desprestigio creciente de su institución.

Y sin embargo no es ésta la causa más grave de esa decadencia, sino la indisolubilidad del vínculo, que prescribe como su canon principal, y que al pie de la

letra le ha tomado el matrimonio civil. Esta es además una causa terrible de inmoralidad, que hoy produce efectos más desastrosos en la sociedad, que la que produciría la publicación libre, ilustrada en las esquinas y por pregones públicos de las novelas de Bocacio ó Diderot.

En efecto, la monogamia definitiva es la etapa superior en la evolución del amor; y según ya vimos, en México es la condición social en que viven las clases superiores; pero es un error creer que ella es fruto de las instituciones civiles ó religiosas que la prescriben. Esa misma forma del matrimonio, es también privilegio de las clases superiores en países de divorcio absoluto como Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y demás naciones germanas ó sajonas. Allí una vez contraído llegan á la vejez muchos cónyuges sin separarse jamás, ni llevar á la conciencia de los hijos las mortificaciones y dudas de las familias donde las madres cambian de tálamos, y el padre distribuye por temporadas en distintos hogares, con la honorabilidad marital, la presunción legal de su paternidad. Los grandes intereses pecuniarios de esas poderosas plutocracias, los derechos de consanguinidad de la nobleza, ó las simples condiciones morales de los cónyuges cuando alcanzan un alto grado de desarrollo, hacen que la unión matrimonial una vez contraída sea en esos países y por regla general definitiva. — Por el contrario, en los países católicos donde subsiste aún la indisolubilidad legal del vínculo, también es un error

creer, que el matrimonio civil y religioso celebrado, no se rompe nunca, y que no hay la confusión de filiaciones y la vergüenza de una poliandria sucesiva, que en sus excesos extremos produce el divorcio. Privado ahora como está en estas naciones el matrimonio religioso de toda sanción legal; y siendo la acción de adulterio del civil aleatoria, muchas veces ocasionada por la víctima, y cuando no, tan penal para ella como para el delincuente, por la infamia que injusta pero irremisiblemente recae sobre ambos; el matrimonio ha perdido completamente su acción moralizadora, á pesar de su indisolubilidad; y el destino de un enlace depende en estos países, tanto como en los de divorcio absoluto, de las condiciones personales de los cónyuges, y nunca de la naturaleza intrínseca del acto, á pesar de sus solemnidades de casulla en un caso, y de la gravedad del cura civil de barbas y levita en el otro.

Las grandes necesidades psíquicas de hogar, que van posesionándose del hombre á medida que crece en años; el amor natural á los hijos y el interés de educarlos que obliga á vivir vida interior; las reflexiones económicas que demuestran ser más barato el matrimonio que el concubinaje serio; la necesidad de tener el espíritu tranquilo, y la convicción de que esta tranquilidad sólo se consigue en la paz de un hogar, que basado en la estimación mutua no puede romper una veleidad de amoríos; las desilusiones inevitables del mundo: el hastío por sus place-

res, el amor al trabajo, y por consiguiente á sus condiciones de orden, que constituye la tendencia orgánica de los grandes pueblos progresistas, son causas en acción constante y ajenas al matrimonio, que obligan al hombre á concentrar sus fuerzas en una sola familia, y á *vivir* por consiguiente con una mujer única; primero con el amor de la juventud; después con la amistad de la virilidad, y por último con la fraternidad de la vejez. Pero ésta es la evolución natural del hombre civilizado, y la condición necesaria á la civilización actual. Se encuentra por consiguiente desde las haciendas del Far-West Americano, en las montañas de la Escocia, á orillas del Wistula, en la India y en el África donde apenas se sabe que existen curas católicos; tanto como en las poblaciones más levíticas de Italia, de México ó de España.

Napoleón I, cuando dirigía las discusiones del Consejo que redactaba el Código civil, dijo que *debía pensarse mucho antes de conceder la disolución del matrimonio por causa de adulterio; porque éste era una simple cuestión de canapé* y el matrimonio una institución muy seria. Después en los Estatutos privados de la Familia Imperial prohibió en lo absoluto el divorcio; tendiendo ante todo á formar una dinastía; *magüer* las máculas que pudiera llevar la honra, por los deslices posibles de las hembras egregias. En el fondo ese principio legislativo subsiste en todo matrimonio legal; y á la formación de la familia se subordinan todas las condiciones legales de

esta institución. Pero como en las sociedades sajonas, con excepción de los casos de nobleza, el heredismo legal se ha extinguido con la libertad de testar, el matrimonio no tiene ya por principal objetivo la formación *abstracta* del estado civil de los hijos, sino su amparo real y el bienestar real de las cónyuges. Cuando estos fines no se pueden realizar, el matrimonio no subsiste, y los cónyuges buscan su bienestar en otra parte; incumba ó no á la ley el precaver á la suerte de los hijos : que es lo que de hecho sucede en México, á pesar de los anatemas religiosos y de las penas legales.

Aquí el matrimonio religioso es escaso; más lo es el civil; y una gran parte de la República vive en un verdadero amaciato, que sólo es degradante y envilecedor por prohibir la ley la disolución legal de un matrimonio que salió vano; y por no dejar á cónyuges que se odian ó no se entienden, derecho para formar uno nuevo, donde pudieran corregir los vicios y deficiencias del primero. Cuando se ha hecho imposible la vida en común, las restricciones legales para romperla, obligan pues, á vivir en concubinaje á personas que legalizarían su unión, y que en vez de vivir una vida vergonzante, de desconfianza respecto á sus derechos recíprocos, y de simple placer, establecerían un verdadero domicilio conyugal, respetado por la sociedad y amparado por los tribunales.

En vez de esta regeneración fácil y natural, las leyes matrimoniales de México la impiden; y como la mono-

gamia definitiva, por el hecho de ser la etapa superior del amor, sólo puede existir en los individuos superiores de las clases superiores, las inferiores la rechazan, y viven sin comprenderlo ni procurarlo en las etapas inferiores de promiscuidad, poliandria, y poligamia que su organización física, su evolución moral y su clase social implican. Las dos primeras etapas son concomitantes con una miseria y estultez sumas. Los que en ellas viven son por consiguiente refractarios á toda clase de acciones moralizadoras, inclusive las matrimoniales; es pues inútil prescribirles éste en forma alguna; son animales humanos y tan refractarios á la moral como los gatos ó las tuzas. — Pero la poligamia sucesiva coexiste con grados superiores de moralidad é inteligencia, en los cuales el efecto regularizador de la ley, podría impulsarlos; hacerles palpar la diferencia cristiana del amor y del placer; darles el idealismo por la mujer: hacerles aceptar la paternidad, y otorgarles con el derecho de legalizar su unión, la honorabilidad de una familia, y la manera legal de formarla é inscribirla en el gran libro de la vida civil; aunque sólo fuera por el tiempo siempre breve en que las veleidades orgánicas de su espíritu embrionario les permitiera vivir en un solo hogar. En vez de una ley que santificara estas uniones, el matrimonio indisoluble establece la infamia sobre ellos, y más que la infamia, el desconocimiento absoluto de su existencia. Los hombres y mujeres que en ellos viven, tienen pues que prescindir de todas las prerro-

gativas matrimoniales; es decir de su *moralidad*: buscan en su amaciato el placer, y nunca meditan, ni se preocupan, ni se sacrifican por la formación de una familia.

XI

Para palpar en toda su gravedad esta terrible causa de depravación, es necesario realzar las profundas diferencias sociales y morales que en México hay entre la esposa y la concubina, ó *querida*, y entre sus vidas respectivas. La esposa es ante todo una personalidad jurídica que tiene en los tribunales derecho para pedir amparo y protección contra el marido, cuando se entrega á los vicios, y no se comporta en el hogar con los miramientos que se deben á una dama, ni con el pudor que reclama la educación de los hijos. — La concubina no tiene estado civil; y la ley inspirada en pudores de una filosofía desconocida, le retira una protección que acuerda á las prostitutas, á los criminales y á las bestias; y tolera que á puerta cerrada sea tratada por su señor, como una esclava ante la cual se pueden tener todas las deshonestidades de un cafre: llevar todos los vicios, y poner en exhibición todas las corrupciones del carácter, sin que se le den un bledo, los ultrajes que aun como simple ser sensible resiente la mujer, ni la iniciación en el vicio y aun en el crimen que la prole ilegítima recibe, entre obscenidades de lenguaje y brutalidades de pie. —

La esposa es honorable ante la sociedad y honrada por ella: con orgullo levanta su frente en teatros, calles, bailes y paseos, del brazo de su esposo, y rodeada de sus hijos. En sus salones, se reúnen virtudes y dignidades; y por humilde que sea su posición social, recibe homenajes y adquiere amistades firmes entre la parte honorable de las relaciones maritales. — La concubina vive una vida vergonzante, y sólo da el brazo á su amante en la calle, cuando éste se pone la peor ropa y se disfraza con sombreros que no acostumbra. Sus hijos los esconde ó presenta como sobrinos, ó hijos de una amiga: no puede entrar á bailes sino de *medio pelo*; es decir, donde tanto el traje como la virtud y la decencia quedan en problema. Los grandes espectáculos del teatro no están á su alcance, si no es acompañada de alguna amiga, y de derecho tiene su lugar en la galería de las zarzuelas. En su casa no hay visitas, sino de amigos del vicio del amante; y de las que en su aislamiento contrae con sus vecinas, cualquiera que sea la ley de su moralidad, recibiendo de ellas confidencias y ejemplos de corrupciones más y más pútridas, á la vez que invitaciones de infidelidad por parte de los amigos del amante. — La esposa pone todo su ahínco en merecer más y más la posición que ocupa, refinando su conducta en todas las virtudes de una matrona: procura ser más afable en su trato, más cariñosa en el conyugal, más tierna con sus hijos: su pudor se acrisola; su inteligencia se refina en el estudio ó con las graves meditaciones del

marido; y envuelta en un capelo de luz, arte, sosiego y armonía, evolucionan con toda amplitud sus esquisitas cualidades de raza, hasta formar la criatura aristocrática de nuestra sociedad. — La concubina es la odalisca y sus afanes y cuidados tienden á perfeccionar su belleza. Desde el taburete donde apoya el *chocto bayo* al tenderse con bata suelta y el cabello en bucles sobre su canapé en espera del sultán: hasta la colocación de la veladora, estudiada para que deje caer un rayo azulado sobre el seno perfumado, terso y descubierto: desde el toque lustroso de *cold-cream* en la suave línea de cejas y pestañas, hasta el alisamiento de los pliegues que ocultaran las líneas laterales del muslo; ó la pastilla de zen-zen que bulle entre sus dientes de perla, y perfuma sus labios de coral, sólo piensa y sólo estudia y sólo cuida el perfeccionamiento de sus formas y la expansión natural de todos sus hechizos; y esto cualquiera que sea su posición social. Ella sabrá á las sillas rotas darles actitudes de sillas; al mal jergón y á las mantas caídas pliegues de tra-pería oriental; al percal de su túnico, indiscreciones de fules púdicos; y á sus ojos ardientes y adormecidos, la luz misteriosa y necesaria para embellecer, como la de la luna, el mundo acre y tosco de la miseria donde viva. — La esposa es el ama y dueña de su hogar: vigila los gastos, calcula economías, y fecunda con su método y cuidado el fruto del trabajo marital. Si embellece su casa, busca el arte y la sencillez como base de la elegancia; y á cada trato y á cada opera-

ción, desde las compras cotidianas de la alimentación, hasta las grandes operaciones maritales, donde interviene, procura ahorrar algunas monedas que van al depósito sagrado de la reserva doméstica, para las emergencias de pobreza ó de desgracia. — La concubina no tiene más derecho sobre los dineros del amante que la voluntad de éste: el gasto se percibe á su capricho, y se acaba sin previsión de su parte. No tiene por consiguiente interés en economizarlo; sino por el contrario, en aumentar su menaje con los objetos más caros que pueda conseguir, atendiendo más que á su mérito decorativo, al precio probable de realización en caso de abandono. La sencillez de ropa que es el atavío de la modestia, pugna con su psicología de brillo y de placer. Por eso exige muchos trajes, modistas refinadas y telas suntuosas, que en sus ojos gastados á fuerza de contemplarse en el espejo, puedan darle por contrastes continuos y fuertes, nuevas impresiones de su belleza, y con ellas garantías cotidianas de conservar el deslumbramiento del amante. — Las primeras canas que vienen á malizar la cabellera de la esposa, y las primeras arrugas que surcan su faz, dan un aspecto de nobleza y gravedad á su fisonomía, que no sólo revelan la edad sino la tranquila dignidad de su estado. En sus límpidas miradas se apagan todos los fuegos, y no queda sino una luz de amistad que alumbra y vigila todas las tribulaciones del hogar. — En la concubina la primera cana es un esar profundo; y la arruga una angustia, un síntoma

alarmante de que la ruina, la miseria y la abyección se le vienen encima, al precipitado esfoliar de los calendarios. — La esposa muere rodeada de hijos y nietos, dejando caer lágrimas de gratitud de todo el mundo de deudos, donde deslizó su vida de amor y caridad. — La concubina no sabe dónde muere; y los hijos que le debieron la vida, y acaso sacrificios heroicos, alejados por una vergüenza cobarde, la dejan expirar en brazos extraños é indiferentes el último aliento de una vida torpe y febril, que se agoló en placeres, sin haber podido sembrar con ellos, ni una gratitud ni una bendición.

Estos dos tipos de vida, son los extremos de las dos condiciones en que vive la mujer de las clases superiores en México, cabiendo entre ambas todos los matices de que es susceptible su espíritu, sujeto á la influencia variable del marido y del amante. Así es que entre muchas esposas se encuentra la vida alegre y el carácter frívolo de la odalisca; y entre muchas concubinas las virtudes acrisoladas de la esposa: los amaciatos suelen hacerse vitalicios; y hay matrimonios más efímeros que un simple devaneo de calaveras: pero estos casos son excepciones. Las condiciones medias de una y otra son como las he descrito: pues son las consecuencias psicológicas ineludibles, que en ellas produce el deshonor, que para la concubina reserva la opinión pública, nacida en épocas de catolicismo adusto, en tiempos en que la fornicación era un pecado mortal y aun un delito; y cuando el comercio

de los sexos no podía conseguirse sino dentro del matrimonio. Poco queda hoy de ese catolicismo, y menos de las intransigencias de opinión de los tiempos coloniales; pero esta forma *josefina* de la infamia subsiste aún, como una de tantas supervivencias inútiles y nocivas de costumbres é instituciones ya difuntas.

En efecto, con risas se acogería hoy en cualquier grupo social al varón que ostentara como timbre de su valimiento las virtudes del *Casto Patriarca*: la más pura señorita tolera que su novio tenga aventuras nocturnas, y no se escandaliza por las *parrandas* que sepa haya *corrido*; las esposas, celosas al principio, llegan á cerrar los ojos cuando en épocas críticas de la fisiología conyugal, el marido tiene sus trapicheos recatados; los deslices de algunas damas suelen tener sus aplausos, ó cuando menos disculpa entre los comadrazgos de buen tono, cuando hay por parte del marido vicios ó excesos que puedan exasperar á la esposa: en la extranjera se ven sin escándalo sus matrimonios y divorcios sucesivos, sin exigirles comprobantes de su legitimidad. Por todas partes se va extendiendo de una manera profunda una tolerancia mayor y mayor sobre la incontinencia carnal; y con risas de una benevolencia maliciosa se narran las crónicas escandalosas de todas las clases de la sociedad en todos sus corrillos. Ya no es, pues, la *castidad* la virtud cardinal de la Ética mexicana; y sin embargo, tan pronto como porno poderse unir con una mujer se

la pone casa, entra en la categoría de *querida* del tipo clásico ; y es de rigor hacer recaer sobre ella el desprecio mogigato de la sociedad colonial, no considerándola en lo sucesivo, sino como un vil y repugnante instrumento de placer. De ahí nace su aislamiento y su abyección, y la evolución forzosa de odalisca en que tiene que desarrollar su vida, y conformar su espíritu, por excelsas que sean las virtudes latentes de su alma.

Ahora bien, ¿quiénes son las concubinas en México? En primer lugar las esposas divorciadas legalmente ; las que sin juicio han sido abandonadas por el marido, y las prófugas del domicilio conyugal. — En segundo lugar, las que, víctimas de una seducción, no han podido reconquistar de su honra sino la reputación de virtud convencional que les da el matrimonio religioso *á secas*. — En tercer lugar, las que cayeron y arrastraron en sus brazos al estudiante ardiente y entusiasta, ó al sectario del colegial ; y que con fe cándida en el porvenir, creyó una cosa inocente anticipar los idilios conyugales, y las alucinó con sus creencias. — En cuarto lugar, las criaditas bellas ó hijas de otras concubinas, que arrimándose al amparo de una familia, fueron en ella víctimas de una seducción doméstica. — En quinto lugar, las costureras y obreras, que, cansadas de la aguja y del taller, y con el corazón lleno de fuego, pierden la esperanza de encontrar un matrimonio en el atestado mercado de braceros de la Capital ; y con las lágrimas temblando en las pestañas venden su co-

razón y su virtud por un pan más abundante y un abrigo más caliente. — En sexto lugar, las hijas de profesionistas, huérfanas y con la carga á costas de madres y hermanitas ; que á pesar de sus méritos de inteligencia y corazón no hallan esposo en una sociedad donde la prostitución clandestina y la matriculada, arrebatan á la juventud ; y saciando sus apetitos de carne, le matan el idealismo necesario para el matrimonio. — En séptimo lugar, las beatas solteronas que, á pesar de sus riquezas, tienen que buscar en el templo consuelo á sus soledades, y que en el análisis continuo de sus ardimientos y en los consejos del confesorario acaban por arder en amor, y por quemar en deseos á los directores de su conciencia. — En octavo lugar, las hijas de la aristocracia venidas á pobres por veleidades de fortuna, y que con el espíritu enmohecido por la ignorancia inherente á su posición anterior, el corazón atrofiado por la ociosidad del lujo, y el carácter *enclenque*, asustadizo, inútil y pérfido de las calumniadoras de estado, son absolutamente incapaces para cuidar una casa y para formar una familia. — En el estado de corrupción actual de México más fácil sería decir quiénes son las esposas que las concubinas ; si éstas á pesar de la indisolubilidad legal del matrimonio y de sus anatemas religiosos, no bajaran tantas veces de la categoría de esposas á la clase de las concubinas. Bastan pues las causas de perdición enumeradas en cada grupo, para desprender como inducción irrefutable, que por otra parte corrobora la Estadística,

que en México la inmensa mayoría de la sociedad adulta vive en amaciato; es decir, en unión vergonzante, que tiene por objeto el placer y no el amor; pues ni se preocupan, ni garantizan la formación de la familia: objeto final de este sentimiento ennoblecido y reglamentado por el cristianismo en toda la humanidad civilizada actual.

Pero esas mismas causas indican que la infamia depravadora de ese amaciato general, que impide convertirlo en uniones licitas, está fomentada por la indisolubilidad del matrimonio; pues muchas son vergonzantes por miedo á la acción penal del adulterio, cuando un cónyuge es el *amacio*; y cuando son libres ambos por el horror de quedar unidos para siempre, con el amante ó la *querida*, tales como son en la vida de infamia, de vergüenza y de delitos en que se han conocido, y que les ha atraído la censura atávica de castidad monjil de la opinión pública. Tan pronto como la acción penal de adulterio, muchas veces recíproca, se extinguiera por el establecimiento del divorcio, esa vergüenza atávica desaparecería: de un golpe recobrarían su dignidad todas las concubinas; darían un cambio regenerador á sus conciencias; y rehabilitadas ante el mundo con un matrimonio racional, tendrían un hogar, un deber, un derecho, una familia, un nombre, un honor que guardar, una esperanza para el porvenir, una garantía para el presente, y una conciencia que ilustrar y que legar á hijos, que ya serían de *alguien*, á quien enseñarían á amar y á

respetar: como sucede en todo el mundo que merece el nombre de civilizado: entre los esclavos, sajones, germanos, y aun en la República Francesa, netamente católica. Sólo en México el partido liberal ha tenido el tino de coadyuvar á la corrupción de la sociedad con las mismas instituciones con que el Clero la moralizaba: pues por haber erigido en principio legal la indisolubilidad del matrimonio, ha hecho que el casto culto del amor se conserve en algunas familias *civiles* como antigualla sagrada: pero que el resto de la sociedad se entregue, sin arte ni poesía, al culto *cerduno* de la carne, sin cuidarse de la familia, ni de mantener á la mujer en la altura caballeresca y noble donde el catolicismo la calocó; y este crimen de lesa civilización es exclusivo al partido liberal: aunque cometido con una máxima de moral intrínsecamente católica.

No es posible, en efecto, hacer todavía el balance definitivo de esta Iglesia maravillosa; porque es aún tan fuerte su acción sobre todas las inteligencias del mundo, dominando á unas y rebelando á otras, que forzosamente seríamos jueces y partes en el fallo. Es indudable que muchos crímenes ha cometido; es evidente que toda la humanidad le debe beneficios de vida é ilustración incalculables; y de ella podrá decirse todo lo que se quiera, con visos más ó menos serios de verdad; pero nadie, en los veinte siglos que lleva de existencia, y entre los seiscientos millones de habitantes que le son hostiles, habrá podido ni podrá dar una sola prueba de que haya obrado

con imbecilidad ó con candor cuando se ha propuesto regir á los hombres ó á las sociedades. Ha explotado las supersticiones; ha fomentado la ignorancia; canta bienaventuranzas á los pobres de espíritu; establece como axiomas primordiales de su fe, elucubraciones enigmáticas y absolutamente inaccesibles á la inteligencia humana; su liturgia es toda misterios; y su misticismo descansa en las más absurdas concepciones de la Naturaleza. Pero jamás ha sucedido que sus reglas de conducta hayan producido un efecto diametralmente contrario al que han buscado; y como todas forman un sistema inextricable, y ella sola ha conocido el secreto de sus mutuas relaciones, ha pasado por intransigente cuando no ha sido sino consecuente con sus principios, y fiel custodia de sus tradiciones. Así es que cuando el Estado ú otra secta han querido tomarle una regla ó una doctrina, han hecho fiasco con ellos, sin conseguir ni el éxito ni la autoridad que ella obtenía. Eso ha sucedido con la indisolubilidad del matrimonio: fué eminentemente moralizadora cuando el catolicismo imperaba; y en manos del Estado es hoy una institución tan nociva como los ritos fálicos más asquerosos de las antiguas teocracias de la Mesopotamia y de la Lidia.

En efecto, la indisolubilidad del matrimonio producía en México de una manera infalible la moralización de las familias; porque con la intolerancia religiosa no se permitía el ejemplo de extranjeros, que cambiaran de estado civil, poniendo en duda la exce-

lencia del precepto y la autoridad del moralista; porque en los mandamientos primordiales de la conducta estaba la prohibición terminante del placer; y era perseguido por el brazo seglar el pecado de fornicación; y porque la moral católica ascendía á las oficinas, y no se autorizaba legalmente la prostitución. Quedaba pues el hombre sujeto á un carril infranqueable; y no le quedaba más recurso que la castidad religiosa del sacerdocio, de los claustros y de las hermandades y órdenes de beneficencia y militares; ó la evolución fisiológica completa en el seno del matrimonio. Era pues fácil hacer á éste indisoluble con el cebo del placer. Además, la absoluta sujeción de la mujer al marido; la ignorancia general de la época, que impedía un análisis serio de las instituciones; los hábitos monacales de recogimiento doméstico que impedían las seducciones callejeras; la falta de distracciones públicas, que dejaban los ocios á merced del hogar y del templo, y la sobriedad absoluta, que salvaba al espíritu de tentaciones morbosas, hacían que las penas y disturbios conyugales fueran de poca monta, y permitieran sobrellevarlos con paciencia, sin necesidad de relajar el vínculo y correr los riesgos de dispersar á una familia. Cuando el Estado arrebató el matrimonio al Clero, todo había cambiado; y sin embargo no tuvo cuidado de ponerlo de acuerdo con las mismas necesidades de reforma social, que habían encendido la gran guerra de setenta años, en que se destruyó la sociedad católica: lo dejó con sus mismos principios y

no hizo del juez civil sino un cura de barbas y levita : sin comprender, que si la tarea profesionista del cura religioso ya estaba en pugna con las necesidades de libertad del pueblo nuevo ; la de este cura laico se hacia irrisoria por lo pronto, y nociva con el tiempo. En efecto, en vez de todas las otras restricciones, que en la época colonial producian como resultante forzosa é ineludible la indisolubilidad del matrimonio, decretáronse las leyes de extranjería ; con ellas el estatuto personal de los extranjeros, y por ende la libertad de romper sus matrimonios cuando así les pareciese ; siendo ellos los únicos jueces de su felicidad y los responsables únicos de sus hijos : proclamóse la libertad de trabajo ; consideróse como un medio lícito de vivir, la prostitución ; se la cuotizó para tributarla, como á cualquiera otra profesión : dejóse á la mujer libre para que se uniera con el hombre ó con los hombres que le diera la gana ; suprimiéronse de la educación oficial las enseñanzas morales y las prácticas y ceremonias, que antes habían puesto un freno á los ardimientos precoces de la juventud ; dejáronse en circulación libros de lascivia : y hasta se ha dispuesto que los gendarmes vigilen las representaciones obscenas de la zarzuela y los bailes inmundos de casinos clandestinos. Además se ha dado á la mujer ilustración suficiente para que se abra una vía propia en el mundo y luche por su dignidad contra las usurpaciones embrutecedoras del hombre : las diversiones públicas llaman con sus anuncios á todos los ociosos

y á los cansados del trabajo, para que salgan del hogar y vayan á encontrar tentaciones de infidencia en otras partes ; el juego libre atrae con sus falaces alucinaciones de oro, y deja expuesta la alimentación doméstica y las tentaciones adúlteras del hombre, á las aleas de un albur : las cantinas con amigos y enemigos, son en México el centro público de la vida expansiva, como el Foro para Roma y el Pireo para Atenas. Nada hay pues ahora de las condiciones sociales de la época colonial, que explicaban, exigían y permitían la indisolubilidad del matrimonio. Cuando al poseer el poder, el partido liberal ha querido en substitución del Clero, dirigir con esa institución las grandes fuerzas generadoras de la vida, ha cometido por consiguiente el mismo error que cometería, si en los otros problemas de política siguiera el mismo plan ; como si para garantizar la propiedad y la vida, en vez de sus cuerpos de rurales en los caminos, y de gendarmes en las calles hiciera *homilias* y decretara vía cruceis ; y en vez de mandar policía reservada pusiera á sus empleados con capuchas y sotanas dentro de un confesonario, para recibir la denuncia personal de los mismos delinquentes.

El amor es una *fuerza* en toda la extensión de la palabra ; y el matrimonio no es sino la institución que la conserva, dirige y acrecienta. Como toda fuerza irá siempre por donde encuentre menos resistencia ; y como las instituciones liberales, fomentando la corrupción del siglo, le presentan un terreno de expansión

fácil en el placer, y uno muy difícil y sin salida en el matrimonio, el Estado se ha expuesto á que se le extinga poco á poco la vida en las manos, como un copo de nieve, por no hacer de éste una institución de solución legal, para cuando se haga difícil de llevar y ya no se consiga con sus desazones continuas y aun con sus crímenes domésticos, la expansión primordial de los cariños; y para cuando llegan á hacerse preferibles á ese infierno las existencias orgiásticas y agotadoras del amaciato. Es pues responsable de todas las corrupciones que éste produce en el carácter del hombre y de la mujer. Ha dado derecho para desconfiar de la virtud humana: á él se debe que tras el idealismo verbal del amor, como tras el disfraz roto de un ángel, asomen las miradas oblicuas y las barbas guedejudas del sátiro; que la difamación en sus careajadas cínicas lance á los vientos las caídas del honor; y señale con dedo de maldad las contorsiones de la carne sorprendida en pecados de vergüenza; y que las proles del porvenir vengan al mundo con dudas del padre; con ascos por la madre y con repugnancia de la ley, que haciendo melindres de beata, les cierra los registros de la vida y les deja sin estado civil, á merced de toda corrupción, y sin una potestad que las ampare.

XII

No resisto á la tentación de concretar más estas ideas dándoles las nociones de cantidad que precisan

la importancia de este voraz fenómeno de destrucción, que corroe más y más á la familia en la Capital, y que, desgraciadamente por el contagio de la imitación, se difunde en todo el resto de la República. La Estadística como una verdadera sonda mide la profundidad de los abismos sociales; y aunque corra el riesgo de remover lodos, voy á usarla; porque el peligro de disolución social, que por este lado nos amenaza es tan grave, que se le debe denunciar á grito partido, sin miramientos á ningún escrúpulo monjil; pues mientras se tapen sus estragos con un velo de pudor hipócrita é ignorante, su proceso disolvente continuará sin restricción, siendo precisamente las víctimas principales, las primeras, y durante algún tiempo las únicas, la parte sana, poética, bella y noble de la sociedad; es decir las vírgenes de las familias honorables. En defensa pues de sus verdaderos intereses; y para contener en lo que pueda la depravación horrible que á su rededor cunde como una marea ascendente, negra y silenciosa de cieno y podredumbre, haciéndolas refugiarse como vestales espantadas, en un santuario de pureza; pero condenadas allí, á la esterilidad, al aislamiento, y á la ruina precoz de su naturaleza: voy á medir los grados y consecuencias de esta causa de disolución.

En el año de 1899 se registraron en las matriculas de sanidad 666 prostitutas *nuevas*: la policía inscribió á fuerza, conforme á lo prevenido en el reglamento del ramo á 33; y aprehendió á 2809 clandestini-

nas (1). Había inscritas del año anterior; pero prescindiendo de su número, para no embarazar mi razonamiento con cálculos por bajas transitorias y definitivas, como emigración, enfermedades, muerte, separación del oficio, etc. (2). En el número de las clandestinas no están incluídas tampoco todas las que se prostituyen lejos de la policía, y cuyo número puede calcularse en el doble por lo menos; pues las sorprendidas son nada más las callejeras y torpes para ejercer su oficio. Las de domicilio fijo (leonereros), y ya avezadas á encubrir sus correrías con alguna apariencia de honestidad, repito que pasan del doble. Prescindiendo sin embargo de éstas para colocar mi discusión en un terreno irrefutable de mínimos; y dejo al lector, que basado en estos coeficientes, aumente mis resultados según los datos personales que su observación le dé. Las cifras de que me valgo son además oficiales y fidedignas, pues constan en las oficinas del Gobierno del Distrito Federal, y me han sido ministradas por el Oficial Mayor Sr. Lic. Ricardo R. Guzmán, á quien en estas líneas manifiesto mi reconocimiento; pues si á su amabilidad debo el dato estadístico, en la escrupulosa inteligencia con que lo ha depurado, baso la fe que me merecen.

Son, pues, conforme á estas cifras 3,508 mujeres las que en el año de 1899 ejercieron por primera vez

(1) En cambio sólo hubo 1,158 matrimonios.

(2) Tampoco tomo en cuenta las que sorprendidas por primera vez, fueron amonadas para que no reincidieran; y que pasan de un millar.

oficialmente la prostitución en la Ciudad de México, para una población que en el censo de 20 de Octubre de 1895 era de 331,781 habitantes, ó sea un 10 p. 100, suponiéndola actualmente de 350,000 personas. La fracción no es en apariencia alarmante, y si se la compara con el coeficiente de París ó Londres quizás aparecería modesto; pero no quiero alucinarme yo mismo con comparaciones de cosas que no conozco, ni puedo analizar de la misma manera. Estudio pues nada más el coeficiente mexicano de la lujuria oficialmente vigilada. Ahora bien, para que estas mujeres puedan vivir de su triste oficio, es preciso que tengan por lo menos una clientela de dos parroquianos diarios por cada una. Dejo otra vez al criterio y experiencia del lector, la corrección de esta cifra; pero siempre en mayor cantidad que la asignada. Estos dos factores arrojan un total de 7,016 varones, que diariamente salen del hogar en busca del placer, sin más sacrificio para disfrutarlo que unas cuantas monedas, ni más consecuencias y responsabilidades que un recuerdo de orgía en la memoria, un desfaleo en el presupuesto mensual, acaso una enfermedad, y siempre una noción de animalidad más en el criterio para juzgar de la mujer, del amor, de la familia, de la vida y del papel personal que desempeñamos en el mundo.

Pero estos 7,016 calaveras no son el total de parroquianos que corresponde á las 3,508 prostitutas que durante todo el año ejercieron su oficio en la Ciudad de

México, sino la clientela media de un día, en el gran bazar de la orgía patentada. Los que durante todo el año fueron á inmolar una hostia de virilidad, de honor, de dignidad, de inteligencia y de salud en los áridos altares de esta Astarté soez y desgredada, son tantos como concurren en un día, multiplicados por tantas caídas como noches tiene el año; es decir por 365. El producto de pecados que pagan su contribución es enorme, pues llega á 2.560.840; pero no es éste el de los pecadores; como no es el de habitantes de una localidad, la cifra que cuenta los viajeros de sus tranvías. Cada habitante por tantas veces como ha viajado: cada pecador por las veces de su reincidencia. Dejo un intermedio de consideraciones fisiológicas á las meditaciones del lector, y asiento sin más análisis, que si dividimos el número anterior por el de semanas que tiene el año, encuentro un cociente, mínimo también, de 49.232 personas, que sistemáticamente viven en México, llevando las fuerzas generadoras de la vida á una cloaca; y que por ineptitud intelectual para comprender la dignidad de una familia; por tener en cuerpo humano la conciencia de los cerdos; por falta de recursos para sostener un hogar, ó por cualquiera otro motivo de impotencia para constituir una estirpe, son las que subvencionan el ejército maldito de la prostitución, con un presupuesto mínimo de \$ 5.000.000 anuales.

En esta inmensa camada de sátiros están los precoces, los valdados, y los caducos, que evidentemente

no podrían aunque quisieran constituir un hogar; pero queda cuando menos un 50 p. 100 de hombres sanos, fuertes, inteligentes, siquiera en lo preciso para dirigirlo y con los elementos pecuniarios que para ello se requiere. Estos son otros tantos desertores de la familia que irremediablemente van sumiendo en el celibato legal y un grado por cada pecado, á más de 30.000 doncellas de la Capital, condenándolas paulatinamente al deshonor, al desvío, al olvido y á la histeria. Por eso aumenta día con día el número de las *beatas*, de las *arrimadas*, de las estanquilleras, de las maestritas, y el de las que, aburridas por la continuación indefinida de un estado anormal, se dejan arrebatarse por la corriente de liviandad y se convierten en factores de destrucción moral, que por término medio, arrebatan á su vez cuatro presuntos esposos en su caída. Las que tienen una alma mejor templada se secan; agotan en deseos frustrados, en vergüenzas injustas y en terribles crisis nerviosas los hechizos incomparables de su raza, las excelsas virtudes de su carácter, las serenas, poéticas y abnegadas meditaciones de su inteligencia, y aun las energías indomables de lucha y de sacrificios, que duermen latentes en el corazón de las muchachas mexicanas; pero que no despertarán, mientras los donceles alucinados, ebrios, cobardes para no arrostrar responsabilidades de varones, é imbéciles, lo suficiente para ir á gastar su inteligencia, en los gritos y zarahundas sin gracia, ni sentido de burdel, las dejan marchitarse, secarse, y morir solas y abandonadas en sus casas.

Y esa destrucción del alma cándida y bella de la virgen mexicana irá á más cada día, mientras el Estado, con su estúpido sistema de restricciones impida desatar una situación conyugal insoportable y haga alarmante su celebración; mientras que con sus libertades para prostituirse, permita que los mancebos encuentren en la poliandria orgiástica la cuota del placer cínico, que la cuota de sus pobreza les permita: sin meditar en porvenires, ni preocuparse por los sentimientos y destino de la mujer, á cuyos brazos van cuando quieren y que cambian á su capricho y al compás del deseo y del hastío. Hoy un joven decente y pobre que vive con treinta pesos al mes, puede con estas libertades tener una querida: si su haber es menor puede alquilarla á prorrata con otro ú otros; y hay muchos solterones, cansados de la vida, fiebres corridas, hostigados de sensualidades, sin exquisiteces de gusto, ni escrúpulos de arte para elegir lugares de solaz; que con *diez pesos* mensuales dejan satisfechas y acalladas todas sus necesidades de corazón. No es posible que ninguna mujer decente aspire á subyugar á uno de estos *cincuenta mil marranos*, mientras el Estado no grave su vida animal y su libertinaje lícito con infamias legales y con tributos onerosos; haciendo que siquiera por miedo, por vergüenza ó por economía, se vean obligados á ser hombres y no sólo *machos*; mientras no los obligue á hacerse padres; despierte de su enmohecido cerebro el idealismo por la mujer, necesario para el matrimonio; y á la fuerza se

les compela á desempeñar el único conocido destino del individuo en el planeta: la transmisión de la vida á los hijos, para perpetuar la especie y coadyuvar á la misteriosa tarea de su evolución.

XIII

De una manera clandestina en los últimos tiempos del Virreinato y, de una más y más franca, desde que se consumó la Independencia, comenzó á infiltrarse en la sociedad colonial, y á la par que la filosofía experimental de los liberales, una Metafísica tonta y hueca de verdades, que pretendió substituir en el dominio de las inteligencias á la Filosofía teológica del catolicismo. Pero este sistema de las entidades llegó á reemplazar en un grupo de mexicanos al unitario de la *Voluntad Divina* como el de los asteroides ha podido reemplazar á un mundo vivo: es decir, constituyéndose en causa de perturbaciones y choques, en vez de formar un centro regulador de actividades. Con el cambio de estos credos, en efecto, no se logró mejoramiento ninguno en las ideas, ni en los sentimientos, ni en la conducta de los mexicanos, que lo adoptaron: porque al contrario de las Teologías que son fecundas en consecuencias prácticas y en descubrimientos científicos, en epopeyas y obras maestras de música, arquitectura, pintura y teatro, en tanto que no pugnen con sus dogmas: así como en virtudes públicas y privadas; las metafísicas son radicalmente obstruccionistas, demolidoras, intransigentes, áridas

para las concepciones exactas de la vida, estériles en ideales de arte, impotentes para el mejoramiento de las industrias, é incapaces para perfeccionar algún precepto de moral ó de gobierno. El Corán ha dado al mundo la civilización árabe y como flores peculiares el Álgebra, la Química, y su Arquitectura. Bajo la égida de Minerva el mundo antiguo produjo el helenismo en cuyos cánones nacieron todas las ideas madres de la civilización moderna. Las teocracias de Menfis alzaron los templos de Karnac que hoy no puede igualar la ingeniería; y hasta en los teocalis de Huitzilopochtli bebieron las gentes aborígenes de este territorio, las verdades necesarias para hacer un imperio, donde se hacían observaciones astronómicas utilizadas después para la reforma gregoriana del Calendario cristiano (1); y que clasificaba sus vegetales con sistemas que por conducto de Hernández sirvieron á Linneo (2). Pero los metafísicos no pueden presentar en su abono sino la siniestra figura de Robespierre al lado de su máquina de degollar; porque intrínsecamente están condenados á la nada intelectual, á la esterilidad artística y á la ruina moral. La tendencia antológica que los caracteriza, es decir la necesidad que sienten para atribuir á sus abstracciones una existencia real, distinta é independiente de los fenómenos concretos, hace que desdenen el estudio directo de los fenómenos de la Natu-

(1) *Estudio del Calendario ó Gran Libro Astronómico de los Antiguos Indios*. Dionisio Abadiano.

(2) Francisco Flores, *opus cit.*, tom. I.

raleza, y que menosprecien la observación y la experiencia, únicos procedimientos con que el hombre puede llegar á la verdad, al éxito y á la belleza. Llenan en cambio el espíritu con nociones tan vagas y tan extrañas al mundo y á la vida, que para comprenderlas y aceptarlas es absolutamente necesario arrancar de la memoria todas las ideas recogidas en la vida y en el mundo por la observación personal y por la de toda la humanidad, que es la que técnicamente está registrada en las ciencias y en las artes. Es pues indefectible el fracaso, el dolor y la ruina, cuando los metafísicos se ponen en acción; como sucedió entre nosotros, cuando los adeptos de estas filosofías pudieron poner las manos en los negocios públicos y en los negocios de particulares.

XIV

Bajo el gobierno intelectual de los *Santos Padres*, de la Sagrada Escritura y de los Cánones Conciliarios, Sigüenza, Sahagún, Alarcón, Torquemada, Inés de la Cruz, Navarrete, etc., prestigiaron á la Nueva España, como un miembro importante de la civilización; y todavía en los últimos tiempos del Virreinato, Velázquez (1) de León, Gama y Alzate emprendieron trabajos de valor científico indiscutible. Velázquez de León rectificó la latitud de la Baja California, y predijo al Abate

(1) Véase el estudio biográfico de éste por el Sr. Santiago Ramírez en el tomo I de los *Anales de la Sociedad*. A. Alzate.

Chappe que en ella sería visible el eclipse lunar del 18 de Junio de 1769, contra la opinión de este eminente geómetra francés. Gama estudió los satélites de Júpiter, la Cronología Mexicana y el clima de la colonia. Muciño y Hernández inventariaron la riquísima Flora de estas regiones; y del Puerto de Acapulco salieron las expediciones marítimas, que llegaron hasta el Círculo Polar, descubriendo las playas occidentales del continente, y fijando con exactitud astronómica su topografía costanera y la de una ancha faja interior (1). En 1794 bajo esa misma filosofía católica se hacían los estudios políticos, con una estadística minuciosa, teniendo á la vista legajos de expedientes, de donde, número por número, se tomaban los datos del razonamiento; se analizaban y depuraban con lealtad; y se entregaban á la crítica en una exposición de tal manera amplia y clara, que nada del estudio podía sustraerse á la verificación personal de los lectores. Así fué, por ejemplo, cómo el Obispo de Michoacán D. Manuel Abad y Queipo estudió la desvinculación de las capellanías, la formación de un ejército criollo en la colonia, los vicios de las leyes hacendarias que entonces regían la tributación, y la organización del impuesto, de tal manera que produjeran \$ 30 000 000 cada año (2). Todavía en 1810 Quintana Roa, con el análisis escrupuloso de las causas que motivaron la insurrección de Ildalgo, la justificaba y

(1) A. de Humboldt, *opus cit.*, tom. II.

(2) José María Luis Mora. Obras.

proponía un reconocimiento de beligerancia en su « *Plan de Paz y Guerra* »; con apreciaciones de Derecho de Gentes, que entonces y ahora hubieran honrado á las cancillerías europeas (1). Hasta en 1834 el efímero gobierno liberal de la época presentaba su programa y debatía las cuestiones que agitaban á la sociedad, con una erudición general tan sana y una concreta del país tan amplia, con un talento tan claro y un estilo tan noble, que hoy mismo es difícil hallar reunidos en un solo escritor (2).

Pero estas aptitudes intelectuales fueron suplantadas por las malhadadas aberraciones de los metafísicos, que llenando las meditaciones de *principios* y *espíritus vitales*, *humores* é *idiosincrasias* etc., impidieron conocer el mecanismo físico-químico de la vida y de sus perturbaciones, siendo por consiguiente impotentes para corregirlas. Forjéronse los sociólogos como ideas últimas de sus meditaciones unos « *preceptos* eternos y universales » que jamás han imperado en parte alguna. Con la confección artificiosa de definiciones, quisieron disertar con acierto sobre los acontecimientos sociales; y en las reglas de un silogismo, ó en los tumbos de un sorites buscaban la evidencia y la equidad; sin dárseles un ardite ni el estudio de los hombres, ni la marcha de las sociedades. Las ciencias físicas desaparecieron; el teodolito ya no midió los rayos de luz, que, quebrándose en los pro-

(1) Emilio del Castillo Negrete, *opus cit.*, tom. III.

(2) *Revista Política*. J. María Luis Mora.

monitorios, había servido para ubicar cordilleras; ya no fueron los naturalistas á escudriñar las malezas de nuestros bosques; ni se calcularon algébricamente los eclipses; ni siquiera se pudo calcular la población, ó llevar un sistema de registro con el recuento de los vivos y los muertos; (1) como el que con el nombre y ritualidades de los sacramentos habían llevado los párrocos mexicanos desde que Hernán Cortés implantó en la América la civilización de los latinos.

En política las patrañas y paparruchas del Contrato Social, y otras teorías más estrafalarias sobre el hombre, la voluntad, el gobierno, el fisco, empréstitos, tratados etc., hicieron de los polemistas públicos unos simples pedantes; de modo que los conceptos racionales de gobierno se fueron ofuscando á medida que los metafísicos alemanes y franceses invadían el país, hasta desaparecer con el triunfo de los jacobinos en 1837; y en las escuelas con los gobiernos locales y federales de 1880 (2). Pareció entonces que el sentido común había huido de México; pues la prensa periódica, el libro y la tribuna, sólo revelaban una deficiencia de estudios y de pensamientos, apenas comparable á la superabundante garrulería y al frenesí de sus declamaciones. Basta leer de Congreso en Congreso las actas de las sesiones de esos períodos, para encontrar

(1) La estadística demográfica del Clero fué tan perfecta, que hasta por *razas* quedaban clasificados los habitantes.

(2) Con la sustitución de la Lógica de A. Bain por la de Ti-berghien en la E. N. Preparatoria.

en esos yermos de la inteligencia una de las causas intelectuales de los desaciertos políticos de esas épocas, y de sus vergonzosos fracasos. Hay discursos literalmente incomprensibles, discusiones encarnizadas fuera del debate; y debates prolongadísimos sobre asuntos baladíes ó inútiles (1). La ofuscación producida por la ambigüedad de los términos, el enredo de los conceptos por falta de análisis y clasificación en asuntos complejos; la ineptitud para definir las palabras de acuerdo con la naturaleza de las cosas que designan; la ausencia de datos; el desprecio sistemático por los hechos, y el dileantismo por los períodos rimbombantes y huecos de verdad, de razón, de justicia, de interés, y aun de objeto muchas veces; son los caracteres distintivos de la literatura política de esas épocas, y revelan el estado intelectual embrionario de las concepciones metafísicas; es decir, de las ideas abstractas y extrañas á las realidades de la vida. Natural era que los polemistas nunca se entendieran, y que las disputas se enardecieran y eternizaran sin resultado práctico ninguno.

Para resolver, por ejemplo, si debería apremiarse á los diputados morosos con alguna medida correccional, hubo diez y seis discursos; al cabo no se llegó á resultado ninguno, y continuaron los morosos con su pereza (2). En más de veinte sesiones se discutieron los actos de Santa Ana, y nunca llegaron á precisar ni si-

(1) Francisco Zarco, *Historia del Congreso Constituyente*.

(2) *Idem*.

quiera el objeto que tenía la revisión (1) ó lo que debía entenderse por el verbo revisar, á pesar de veinte y tantos oradores como incidental ó directamente estudiaron este punto. Las discusiones suscitadas por la anexión de Coahuila á Nuevo León, desde el Decreto relativo del Gral. Don Santiago Vidaurri, es un modelo de galimatías metafísico, ampuloso y necio (2), donde las teorías del Contrato Social, son los argumentos capitales. Y tanto se acostumbraron á elucubraciones de esta especie, que cuando el Lic. Ignacio Ramírez tomó la palabra y manifestó que debían tratarse esas cuestiones con un método más racional; con datos censarios, apreciaciones de distancias y cálculos fiscales, causó un verdadero entusiasmo, aunque no lo hizo así. ¡Tan acostumbrados estaban á no entenderse! — Para encontrar en aquella época una noción exacta de gobierno, es preciso buscar la « Ley Juárez » el « Informe sobre la Rendición de Puebla »; cualquiera otra disposición directamente emanada del Ejecutivo, ó las opiniones aisladas de algunos hombres de estudio como Prieto, Mariscal, Vallarta, de la Fuente, etc., que como otros tantos llamamientos á la razón, lanzaban sus observaciones de vez en cuando en medio del barullo jacobino de los parlamentos y de la jeringonza metafísica de los periódicos.

Pero el que quiera no saber nunca Derecho Constitucional; confundir sus ideas sobre las garantías indi-

(1) Francisco Zarco, *Historia del Congreso Constituyente*.

(2) *Idem*.

viduales que debe tener todo miembro de la civilización cristiana; formarse un concepto falso de lo que es gobierno, de su distribución en oficinas, de las obligaciones de un Presidente, de los requisitos de un presupuesto ó del objeto que pueda tener una ley cualquiera, no tiene sino leer las actas parlamentarias de las sesiones en que se debatieron esos problemas de gobierno, ó registrar los ochenta volúmenes en folio mayor del « *Siglo XIX* » y « *Monitor Republicano* », donde si es verdad que se asientan con virilidad protestas justas y nobles reclamaciones, ó se reivindican con valor y constancia derechos incuestionables, se asientan á la vez y cuotidianamente, durante *cuarenta años*, principios de criterio, preceptos de conducta *teórica*, razones sofisticas y consideraciones ontológicas tan distantes de justificar los derechos defendidos con ese arsenal oratorio, como puede estar el *binomio* de Newton del *Concertante* de la Africana. El teorema es exacto; pero no depende su exactitud de que los violines armonicen ó no con los coros y sopranos (1).

En la trágica disolución de la sociedad colonial, más anodina fué la obra de la metafísica, cuando abordaron especulaciones de moral; pues al deshacerse los credos católicos; y cuando todos pedían con angustia un credo altruista que contuviera el egoísmo vandálico y sanguinario de los revolucionarios; y el

(1) Véanse las actas parlamentarias de la época.

peculado insaciable de los gobernantes, los metafísicos, como siempre, fueron impotentes para dar un lábaro de amor ó de deber, que en forma de ideal cívico ó precepto privado contuviera los odios disolventes de todos contra todos. La consecuencia final fué terrible; si en la tribuna y en la prensa superior, sólo produjeron galimatías sin sentido; en las masas, la propaganda se tradujo por hechos destructores. En nombre de la libertad, se encendieron luminarias callejeras con lienzos de Echave y de Cabrera (1); saqueáronse los conventos y dispersaron las bibliotecas: los mármoles esculpidos por una generación superior fueron puestos en los establos de caballerizas; y de púlpitos de ébano y rosa, con perfiles purísimos que fueron gloria de los ebanistas mexicanos, hubo guerrilleros, que embrutecidos por la demagogia jacobina hicieron leña para sus cuarteles.

Cegáronse las fuentes de inspiración donde habían bebido Sor Juana Inés de la Cruz, Navarrete, Collado, Carpio, Calderón, Goroztiza, etc.; no se volvió á componer un drama; ni volvieron á oírse las risas de los cómicos, que señalaran al estudio de los nuevos pensadores los muchos vicios y defectos de la nueva sociedad. Del pincel emocionado no salieron más ideales

(1) El retablo solo del templo mayor de Santo Domingo en Oaxaca tuvo de costo, sin los gastos de transporte desde México, en donde se trabajó, \$ 13.700. Las pinturas eran de Concha. La Reforma destruyó este retablo, y aun no ha mucho se trató de raser los dorados del muro para utilizar el metal que se lograra recoger, etc. José Antonio Gay, *opus cit.*, tom. II, p. 143.

humanos, y se apagó la luz que había fijado en el lienzo las angustias del dolor, los éxtasis de felicidad ó el sosiego de la virtud, en los cuadros del virreinato. Las guitarras enmudecieron con el mismo estupor que los órganos; y ya no se construyeron arquitrabes de pórticos grandiosos, ó galerías soberbias que abrieran sus ámbitos de mármol, luz y majestad, al paso de una generación entusiasta y civilizada. La poesía herida de raquitismo, degenerada y contrahecha, privada del estro cristiano y sin el entusiasta de la ciencia moderna, alcoholizada é histérica, no lanzó ya sino erotismos gemebundos y elucubraciones rimadas más y más tontas cada día.

XV

La vida real, la que se *vive* y no se supone; que no es sino una serie inacabable de problemas concretos, en los cuales es preciso aplicar constantemente principios de todas las ciencias, generalizaciones filosóficas, métodos de raciocinar é inferir, procedimientos de investigación, máximas técnicas y hasta concepciones estéticas, traduce siempre en fracasos de dolor las aberraciones del espíritu. Si éste, en vez de moverse con el juego amplio y fácil que le da el estudio de la Naturaleza, funciona en las forzadas contorsiones de elucubraciones metafísicas; y si en vez de nutrirse con nociones de verdad, tomadas directamente á la observación natural, ó á la que el ingenio combine, se hace

tan sistemáticamente refractario á ella, como puede serlo una piedra ó un vegetal; toda la conducta que requiere un raciocinio, comienza por ser desacertada, se hace ruinoso después, y al cabo termina por ser irremisiblemente criminal. Esta fué la evolución práctica de la Metafísica en sus adeptos mexicanos.

En efecto, para encontrar trabajo y para desempeñarlo; para liquidar los créditos y para contraerlos; para tratar á los amigos y defenderse de enemigos; para desempeñar un ministerio é impartir justicia; para mandar un ejército; discutir una ley ó celebrar un empréstito; para dirigir una negociación ó importar una mercancía; y hasta para debatir las cuestiones íntimas del hogar, y vigilar la educación de los hijos, durante treinta años rigió en toda la República, y en muchas partes rige todavía un criterio metafísico, que irremisiblemente ocasionó la ruina de todas las empresas en que se aplicaba, é inducía á librarse de ella con medidas ilícitas y criminales. Por la repetición de éstas se convirtieron en hábitos, que á su vez trastornaron las nociones tradicionales de moral; y así fué cómo las masas sociales llegaron á ser ineptas para discernir lo *bueno* de lo *malo*; y se precipitaron á ejecutar todo lo que inmediatamente les evitaba un perjuicio ó les procuraba un provecho; aunque fuese, primero con perjuicio de otro y después con la ruina de ellos mismos.

La Metafísica, en efecto, no es sino un vicio del entendimiento, que consiste en creer que fuera de las cosas

reales, existen en formas perfectas sus *númenes*, independientes de ellas, sustraídos á los sentidos y sólo pereceptibles en el fondo de las meditaciones, con los *ojos de la razón pura*. Tienen formas vagarosas y una *esencia ó substractum superior*; pero ninguna de las imperfecciones de los objetos mundanos que los representan. El hombre metafísico, no es pues un hombre de carne y hueso, con necesidades fisiológicas, caprichos de voluntad y manías de discurrir; sino un alba fantasma, como los que paseaban en los Campos Eliseos; sin ruido se deslizaban; vivían sin comer; y si llevaban *clámide*, era por motivos de Estética y no porque tuvieran frío. Es en esencia *bueno*, y en su estado natural, cándido, risueño y alegre. La congregación gubernativa de ellos es (siempre en la hipótesis metafísica) una sociedad sin ladrones, ni gendarmes, sin crímenes, ni corrupciones. En el trato íntimo las amistades son puras y desinteresadas; los amigos pasan la vida en arrullarse mutuamente con elogios y cariños; mientras que los amantes apagan los ardores del sexo, y confunden su existencia en las beatitudes de una mirada eterna. Difícil es en verdad, hallar en la vida cotidiana, hombres, sociedad, gobierno, amigos y amantes de esta especie; y por eso los metafísicos pronto tropiezan con el desengaño y las lamentaciones.

Reprochan que sus amigos se les revelen como hombres, atentos á sus negocios; y que no consientan en consagrar la vida á los éxtasis y coloquios de la

amistad pura que ellos brindan. Cuando ven enardecerse las pupilas de la novia, se quejan de impudor: el que para prevenir los atropellos brutales de un malhechor, se arma de revolver y lo domina ó lo mata, es á sus ojos *fratricida*; los gobernantes que para mantener el orden público hacen aprehender y fusilar á los que lo perturban, son déspotas, tiranos obcecados, que esclavizan al pueblo, por no reconocer la esencia sublime, que lo impulsaría á dar leyes sabias, y á vivir en una libertad bucólica, si se quitara la mano de hierro que sujeta al infeliz. Estos soñadores pocas veces pudieron implantar sus teorías; pero creen en un advenimiento indefectible de su reinado; y soñando en sus aberraciones, por calles y oficinas, en el hogar y en los talleres, se resignan á las miserias de la vida presente; como á episodios transitorios; pero que no deben llamar su atención, ni distraer sus pensamientos. Pensar eternamente en formas puras, en esencias sublimes, en la perfección innata del espíritu, y despreciar los *hechos*, cerrando su inteligencia á las impresiones que por ojos, oídos y tacto les dieran los fenómenos naturales, para que no se manchen sus meditaciones con las impresiones de los sentidos, es pues el canon principal de estos sectarios; y de allí proviene que nunca conozcan nada del mundo en que viven, y que sean radicalmente incapaces para hacer algo útil en la vida.

Para encontrar trabajo no basta, en efecto, como ellos profesan, apelar á la fraternidad humana, sino

que es preciso competir con los demás, y arrebatárles el salario de su familia, haciendo mayores sacrificios; para abrirse crédito desde tomar al fiado el pan del *tendajón* hasta conseguir una refacción de mercancías, es preciso demostrar la solvencia del presunto deudor y caucionar el pago, so pena de que el vendedor nos deje morir de hambre; y el prestamista sería de nuestra ruina. Los amigos tienen necesidades y defectos, intereses vitales en juego muchas veces; y es una necedad creer que á tontas y á locas, y sin objeto sacrifiquen familias y placeres á las veleidades de un platonismo nocivo. Los enemigos no andarán con escrúpulos para conseguir nuestra perdición y ¡guay del cándido metafísico! que sembrando odios se zarandee con un desdén olímpico, esperando sólo ataques nobles y francos: caerá irremisiblemente en las redes que desde la calumnia hasta el asalto á puñaladas le pongan los que premeditan su aniquilamiento. En las cuestiones de amor los chascos son terribles; y por eso eternas las maldiciones que lanzan contra la mujer. Fórjanse en su amada una Duleinea etérea, sin pasiones ni necesidades; la cortejan con madrigales y suspiros, y al tocarla encuentran que no es una blonda visión de luz, envuelta en gasas y perfumes, sino mujer con carnes tremantes de emoción cuando se rinde; y que aunque tenga rubores en la frente, tiene corsé en el talle, y cintas que se desatan, en torno del corsé. Las mismas desilusiones le persiguen á cada paso: los hijos son niños malos por lo

general; y en vez de sus juegos puros, suelen revelar vicios y criminalidades incipientes, que es preciso vigilar y corregir constantemente. La *gloria* militar no es sólo el tremolar una bandera, entre toques de clarín y gritos de victoria; sino la resultante final de una larga preparación de marchas, hambres y vigiliassufridas con hombres socces, y sacrificando sin piedad todo sentimiento de humanidad, de moral y de decencia. El *gobierno* sobre todo, no es una técnica prescrita y reglamentada como las ritualidades de una ceremonia, en los artículos líricos de una Constitución jacobina; sino un arte muy complejo, empírico y *de inspiración* á veces; en el cual el libro estorba por lo general; y que requiere una vigilancia eterna, un espíritu capaz de comprender, desde la importancia de un crimen de taberna, hasta las manipulaciones de un empréstito público ó las cláusulas de una demanda internacional; que extirpe de la conciencia toda máxima de moral privada y de interés partienlar; que vea en la misma justicia de épocas militares, un simple mecanismo de manejar hombres y riquezas; que sólo tenga por objetivo de órdenes urgentes, rápidas, irrevocables y trascendentales por lo general, el bien definitivo de la patria; y que sin escrúpulos ni miedos, maneje las oficinas, aunque arrollen y destrocen vidas y haciendas si se atraviesan como obstáculos para el progreso de la nación que rige.

Hay pues un abismo, entre los fenómenos de la Naturaleza y las doctrinas de los metafísicos; y cuando

aplican éstas á los problemas cotidianos de la vida, tienen que fracasar por consiguiente, ó ejecutar los actos que sus necesidades apremiantes les sugieren, pero sin discernimiento y con perjuicio de otro. Por eso es que comenzando con lirismos filosóficos, terminan su evolución en una conducta criminal.

XVI

Pero para comprender el proceso de esta depravación, es preciso recordar que la moral social no es sino una resultante de la privada; ó en términos más vulgares, que lo reputado en una época por los filósofos como bueno, es simplemente un método de conducta, que en la mayoría de los casos produce un éxito privado; pero con la condición de sacrificar *siempre*, en bien de otro, algo del beneficio personal posible de cada acto.

En los primeros tiempos de la época virreinal, el ascetismo, por ejemplo, fué considerado como bueno, porque desde las maceraciones monacales hasta las peregrinaciones de las romerías á las capillas reputadas como milagrosas, era la condición necesaria de vida que la sociedad de entonces necesitaba para escapar á los cultos sanguinarios de Huitzilopochtli, y á los fálicos de los mayas y quichés. La libertad de comercio fué considerada como buena á raíz de la Independencia, porque con ese sistema se abarataban las mercancías, y á la vez que el zapatero se procuraba con

facilidad lesnas y cuchillos, los manteros de Querétaro y de León podían llevar sus zarapes á los mercados europeos; y los mineros conseguir en avío capital para la explotación de las minas. Á la postre la Nación recibiría mayor número de mercancías, percibiendo el Fisco mayores derechos que con un sistema de monopolio mercantil. Pero para que el objeto *nacional* último perseguido con el ascetismo, en el primer caso y con el utilitarismo mercantil en el segundo, se consiguiera, era indispensable que los monjes de los conventos cumplieran sus reglas de trabajo y penitencia; que los romeros hicieran sus limosnas; que el zapatero pagara sus compras; el mantero fabricara con honradez, y que las exhibiciones de los aviados se cubrieran en los términos estipulados; es decir, que unos y otros acataran con escrupulosidad las reglas privadas de moral que su conducta particular requería para conseguir el éxito concreto que buscaban.

Si los monjes convertían en citas de placer, como sucedió después, las soledades y enclaustraciones de sus conventos; si los peregrinos en vez de consagrarse á sus vía crucis y limosnas, hubieran caído amotinados sobre haciendas y alquerías; si el mantero suspendía sus pagos ó los bancos pagaban con letras falsas, sus exhibiciones; ni la moralización de la sociedad bárbara se hubiera conseguido, ni los cónsules mexicanos habrían podido desarrollar en el extranjero el comercio nacional. El ascetismo en el primer caso, y la libertad de traficar en el segundo, habrían dejado de conside-

rarse como *buenos*; puesto que su resultado final no era benéfico á la sociedad; aunque con ese sistema algunos monjes, romeros, zapateros ó capitalistas consiguieran por lo pronto algún provecho personal. Á la postre ellos mismos, ó sus hijos habrían sido arruinados en el desastre general, que los estadistas quisieron evitar; con una restricción en los hábitos privados en el primer caso, y con una libertad de comercio en el segundo.

Ahora bien, como la moral es de carácter complejo y trascendental, tiene que ser esencialmente dogmática, y escapa al análisis del vulgo; pues como la *bondad* de sus preceptos no sólo depende de los resultados directos y que personalmente resiente el que los ejecuta; sino de su efecto *nacional* último; para apreciar con exactitud cualquiera de ellos, serían necesarias dotes intelectuales de estadista, para seguir sus acciones y reacciones á través de todos los episodios públicos y privados de una sociedad. Así es cómo para prevenir derrotas posibles en futuros indeterminados, se castiga severamente en la Ordenanza Militar, la burla más insignificante que un cabo haga de su coronel; y para facilitar las resoluciones de las altas cortes de justicia, se enseña al niño á que diga la verdad. Pero estos efectos últimos nunca son accesibles al análisis de las multitudes; y ningún país abandona por consiguiente al criterio popular espontáneo la subsistencia de su moralidad; sino que la confía á la ley, al sacerdocio, á los moralistas

de profesión y á la *opinión pública*; pues como para cada individuo sólo son perceptibles las consecuencias directas de sus actos, cada cual se arrogaría el derecho de ampliar, restringir ó derogar los preceptos de la ley ó las costumbres, que le estorbaran, sobre todo en su conducta solitaria; y de complacencia en complacencia pronto se llegaría á los vicios más repugnantes y á los crímenes más horrendos. Sólo la *ciencia*, y una ciencia muy alta, apenas accesible á las inteligencias superiores de los profesionistas más insignes y de sus filósofos más profundos, puede sustituir los principios dogmáticos de las religiones y el empirismo de las tradiciones morales, con una amplia explicación de la naturaleza, y con una demostrada justificación de las virtudes. Pero los que á esa cumbre de luz no pueden llegar, es decir, la inmensa mayoría de los mortales, se corrompe indefectiblemente si prescinde de los mandamientos morales de la religión, de la ley y de las buenas costumbres, para formarse su ética personal en asuntos públicos y privados; pues la forjará de acuerdo con sus necesidades y sus vicios.

Ahora bien, como en los problemas constantes de la vida, los metafísicos mexicanos repudiaron las máximas morales de la sociedad colonial, por odio á todo lo que viniera de España ó de la Iglesia, ó so pretexto de ranciedades y preocupaciones; y como su criterio es psicológicamente *trunco*; pues obcecados por sus creaciones ontológicas prescinden de los fenómenos naturales; sus conceptos absurdos de la vida unidos á

los impulsos egoístas del hombre, hicieron tabla rasa en su espíritu de todo precepto de moral; é inspiraron en México la conducta más impúdica, procaz, infame y vergonzosa que registra la Ilhistoria Nacional.

Los abogados perdieron el decoro profesional, y de jueces ó postulantes, pusieron á remate la justicia sin poner reparos en la causa que los interesaba, con tal de percibir sueldos, costas ú honorarios. La crasa y universal ignorancia de la curia ayudaba á sus triquiñuelas; y en trampas de silogismos absurdos, en las sutilezas de distingos y definiciones hechas *ad libitum*, ó en los disparates de los latinajos, desaparecían fortunas cuantiosas, ó se cohonestaba toda clase de crímenes. Robos de expedientes, certificaciones de autos que nunca se dictaron, comparecencias de personas ausentes ó muertas, cómputos de tiempo en abierta pugna con la aritmética y el calendario, deducciones absurdas sacadas en el molde de las presunciones legales, pero contra todas las reglas de la Lógica, actas de inspección de lugares que jamás se pisaron; y otras mil artimañas y supercherías fueron en todos los tribunales de la República, y todavía lo son en muchos, el fruto de la moral metafísica, desde que se perdió el amor á la verdad y el precepto de no falsear lo que la Religión ensalza como virtud y defiende con anatemas y censuras.

Los médicos, sin ideas morales de ninguna especie y con un criterio materializado, pero muy distinto del científico, se lanzaron á experimentar en *animá vili*

de los enfermos de hospital y á explotaciones cínicas de su clientela civil. Dilataban las curaciones, las exacerbaban para después hacer más aparente su pericia, abusaban de confianzas que maridos, esposas ó hermanos depositaban en su intervención profesional, y practicaban abortos criminales para encubrir gestaciones clandestinas, de las que solían ser autores. Los más inofensivos diagnosticaban sin atención, y recetaban sin conciencia, dándoseles un ardite el resultado de su tratamiento. Millares de enfermos sucumbieron y aun sucumben todavía víctimas de esa moral pecuniaria, que metalizó su criterio *metafísico sobre la conducta*, desde que el amor al prójimo, predicado por el cristianismo, fué sustituido en ellos por las cavilaciones de gastos y honorarios, haciendo de su clientela, no un lote de infortunios encomendado á su labor profesional, para ayudar á la conservación de la Vida, sino un simple negocio en explotación. Las víctimas fueron más numerosas en los hospitales, donde privados los enfermos de la mano solícita gratuita y cariñosa de las Hermanas de la Caridad, tampoco tuvieron la vigilancia de los deudos, y quedaron abandonados durante muchos años á merced de *ecónomos* ladrones, médicos mercenarios y pasantes ignorantes y soeces.

En planos y en informes, en cálculos y en triangulaciones, en ensayos, construcciones y en cualquiera otro trabajo donde la cantidad, la fuerza, la distancia ó el movimiento entraran como datos de cómputo ó de acción, hubo también ingenieros de moral metafísica,

que en los procedimientos de su técnica sancionaron robos de aguas, despojos de minas y pillajes de haciendas. Sobre las que eran célebres por su riqueza minera-lógica tradicional, rendían informes de pobreza, ó consultaban gastos excesivos, para obligar á los accionistas pobres á malbaratar sus acciones. Los planos de ferrocarriles se trazaban con una extensión triple y cuádruple de la necesaria, para cobrar tres y cuatro veces la subvención kilométrica.

Los demás profesionistas seguían la misma mala fe. Los farmacéuticos sustituían materias inertes á las drogas de las recetas; los notarios falsificaban las escrituras; y las funciones oficiales de los empleados públicos se convirtieron en un peculado inmenso, desde que se pretendió inculcar en las conciencias ignorantes un utilitarismo mal comprendido, rudo y ruín, en lugar del precepto religioso de « no robarás », que desde hace más de tres mil años se inscribió en el Viejo Testamento. En el año fiscal de 1884 á 1885, por ejemplo, ingresaron al Tesoro Federal \$ 119.750.363 y habiendo vuelto á salir, dejaron un pasivo de \$ 104.710.668, habiéndose quedado sin sueldos, no sólo funcionarios de importancia, sino los becas de las escuelas nacionales y los mozos de los ministerios (1).

En el derrumbe general de todas las virtudes, la inmoralidad contaminó á los empleados inferiores. Los

(1) Memoria del Tesoro Federal, 1884-85.

dependientes de comercio hacían sus raterías en los almacenes; los pagadores de los cuerpos se fugaban con la caja militar; los empleados de notarios y bufetes vendían los secretos y documentos de sus jefes; los artesanos se robaban los anticipos y objetos entregados para composturas ó alteraban el material de las obras que se les encomendaba; los capataces toleraban las negligencias de sus vigilados, y en convivencia con maestros de obras é ingenieros construían mal, haciendo las casas hasta sin cimientos (1). Los zapateros hacían incisiones en el interior del calzado para que se rompiera al poco uso. Los panaderos mezclaban substancias nocivas á la harina, que reconocidas como tales eran sin embargo consentidas por el Municipio, gracias á los dictámenes falsos de los peritos químicos nombrados para analizarla. El agua que llega á la ciudad por las cañerías de S. Cosme, era defraudada para uso de fábricas y talleres, antes de entrar á la garita; y muchas veces las fuentes de la Alameda, amanecían llenas de un líquido blanquíceo y espeso como leche. Los encargados de cuidar este parque, se robaban los árboles y los vendían como leña; y hubo farmacéuticos que cohecharon á los dependientes de una botica rival, para que alteraran las sustancias de las recetas que despachaban, y quedara desprestigiada por el envenenamiento de los enfermos. El altruismo se extinguió; al amor del prójimo predi-

(1) Algunas que se vendieron en \$ 20.000 requirieron un desembolso urgente de \$ 30.000 para evitar un derrumbe inmediato.

cado por el cristianismo sustituyó un estúpido, criminal y egoísta utilitarismo; y llegó una época en que la frase del Conde-bandido de Keratry sobre México, que fué calumniosa cuando la pronunció, adquirió una triste exactitud: « Es un país maldito, donde la « palabra patria, no despierta eco ninguno. » (1)

XVII

Hablando en estricta Lógica, no puede decirse que la Filosofía Teológica fuera sustituida en estas inteligencias por la Metafísica; pues en la inmensa mayoría de estos delinquentes vergonzantes, todo sistema de creencias é *ideas generales*, se derrumbó, sin dejar cabida á ningun otro en su lugar; y así fué cómo en las clases directoras de la sociedad, al lado de los metafísicos brotaron los escépticos por ignorancia. Éstos no sólo desligaron su espíritu de las restricciones que había impuesto el régimen colonial, sino

(1) Todos los países tienen refinamientos de los vicios, virtudes ó aptitudes que por algún tiempo se desarrollan en las masas; y así se desarrolló en México el siguiente sistema de peculado rateril en las Comisarías. Á los detenidos que no fueran por delitos de gravedad se les quitaba el dinero y demás objetos que llevaban en las bolsas, diciéndoles que quedaba en depósito; pero no se consignaba el hecho en el acta respectiva. Al conducir el gendarme al preso al calabozo le hacían creer en tono confidencial, que se le aplicaría la Ley Fuga, ó la deportación al Valle Nacional. El reo entonces le ofrecía alguna cantidad porque lo dejara escapar, dejando en prenda la frazada ó alguna pieza de su ropa. Aceptado el trato, el reo huía, el gendarme ganaba la prenda y el Comisario el depósito que llegaba á cerca de cien pesos diarios, según la persona que me suministró la noticia.

que rechazaron terminantemente todas las ideas generales y todas las tendencias filosóficas; sin las cuales, el hombre deja de ser un miembro de la civilización y se convierte en uno de los pueblos naturales, que carecen de artes, ciencias, gobierno, filosofía y religión.

Para estas gentes los dogmas y preceptos religiosos fueron rechazados, por no resistir, según ellos, al análisis de la Lógica; pero no forjaron una sola generalización, que en su cerebro se sustituyera al principio refutado: cerraron su espíritu á toda meditación seria sobre la marcha de la humanidad en el planeta; sobre sus evoluciones incontenibles, sacrificios é ideales; sobre el cielo infinito que lo envuelve; y sobre la vida maravillosa que lo rodea. Sin saber nada de las transformaciones de la fuerza; sin ideales de forma para sus conceptos; sin conocimientos técnicos para comprender el mecanismo de los fenómenos; sin preceptos profesionales que les presentaran la verdad abstracta ó la concreta, ésta se hizo completamente extraña á sus pensamientos; y en el baldío de sus cerebros, las más burdas patrañas y prejuicios más groseros por la fé y la liturgia rechazados, formaron el criterio con que dirigían su egoísmo brutal, sin creer en deberes, ni en responsabilidades de ninguna especie. Sus ataques recayeron principalmente, como era natural, contra la utilidad social que las religiones hayan podido prestar á la humanidad; y contra la que actualmente presta todavía el catolicismo á nuestros proletarios de la inteligencia. Jamás pudieron com-

prender que siendo la forma medioeval del de la civilización, es la única adaptable á los espíritus rezagados; y así fué que no sólo negaban la existencia de la Divinidad, considerada en la forma hebrea; sino que en muchos dogmas haya podido haber una filosofía sana; y en otros, teorías muy dignas de meditarse con detenimiento. Los sacramentos les parecían simples mojigangas, escapándoseles su carácter administrativo y estadístico; no comprendían que con la confesión se haya podido llevar la policía de la sociedad; ni la importancia civilizadora y temporal que por sus tendencias gregarias han tenido todas las iglesias en las épocas de relajación social; la necesidad de respeto á sí mismo y á los demás que el Decálogo predica en común con todas las morales superiores; lo sublime de las abnegaciones por un principio moral que se conmemora en los santos, como hoy en los héroes y antes en los semidioses; ni la filantropía de las abstinencias, que hizo del ascetismo la filosofía política única que podía salvar y salvó al grupo civilizador humano de una disolución orgiástica; ni mucho menos la necesidad pública, privada é imprescindible de la impostura, para gobernar á tontos, á criminales y á salvajes, en épocas y lugares donde la ciencia no ha podido difundir sus verdades, ni puede difundirlas.

En nombre de la Libertad, que simbolizaban en una bacante incendiaria, desconocían el mérito de cualquiera restricción, que en algún tiempo ó país haya podido contener á la *animalidad* humana. Nada de

norma, nada de preceptos, ni deberes aceptaban en su criterio moral, convirtiéndose en verdaderos nihilistas intelectuales. Un manto negro cubrió el fondo de sus meditaciones, donde á guisa de ideas fosforescían sus astucias, para saciar sus apetitos sin discernir los buenos de los malos. El espíritu en ellos perdió sus nobles tendencias filosóficas, su instinto religioso, el altruismo cívico, la conciencia de la solidaridad humana y las aspiraciones de orden y progreso sociales. Esos hombres perdieron la fe en el hombre; con los sarcasmos de un escepticismo egoísta, de todo se burlaron; nada creyeron porque nada sabían; y el sentido moral sofocado en escombros de creencias, incubó una inmensa prole de criminales vergonzantes: generación de Yagos y Catilinas, que embozados en las formas sociales, acechaban la ocasión para delinquir en sus funciones públicas y en su actividad privada.

Ellos fueron autores ó cómplices de los metafísicos en el inmenso peculado federal de 1880 á 1884, y en los crímenes concomitantes de las treinta cortes de tiranuelos entronizados en los Estados; todavía pululan en las oficinas públicas, habiendo abortado el conato de formar con ellos un partido político, con el pretexto de estudiar científicamente los asuntos constitucionales del país. Sus escepticismos fueron y son además, una causa poderosísima en la depravación y desgracias de las masas citadinas y rurales; pues debido á su propaganda y ejemplo, perdieron éstas el criterio moral que tenían, estrecho y rutinario si se quiere; pero que

hasta entonces les había servido de norma de conducta, para sofocar los instintos animales; y para hacer del gañán, del criado y del artesano, seres no sólo inofensivos sino productivos.

En efecto, por las ideas y ejemplos que de ellos tomaban, llegó un momento en que ya no supieron cuáles eran los pecados; se creyeron por consiguiente libres de toda restricción y confundieron á su antojo las nociones de lo *bueno* y de lo *malo*. Obraban pues á merced de sus necesidades, pero de una manera torpe y desastrosa para ellos y la sociedad; pues, como debido al carácter *sistemado* de la civilización moderna, ésta extirpa todas las personalidades que no se armonizan con las necesidades generales; y como hace la eliminación con penalidades judiciales, arruinando la salud ó privando de la fortuna y de la vida; los analfabetas de las ciudades y del campo, que perdieron con su criterio moral su religión, y con ésta la confianza en el cura; ya no tuvieron quién les aconsejara, cuando sus cavilaciones propias no alcanzaban á darles una solución acertada en los problemas de la vida; y caían irremisiblemente en los males que la prudencia de aquél les hubiera evitado. Presas pues de sus caprichos, y privados de inteligencia é ilustración, terminaban pronto en la miseria, en la muerte ó en el delito; y en vano fué que para prevenir éste se pretendiera sustituir las medidas preventivas de la moral cristiana con las represivas de la cárcel y el cadalso. Los crímenes, los vicios, la mor-

talidad y la miseria se defendieron en el proletariado de las ciudades y del campo, á medida que los curas perdían su acción en las conciencias (1).

XVIII

Mucho contribuyeron también los escépticos en la corrupción de la mujer; y gracias á su perniciosa influencia, muchos hogares se llenaron de desolación; pues en la disputa armada que el Clero y el Partido liberal trabaron para reglamentar, entre otros derechos, el estado civil, ellos llevaron al criterio débil y angustiado de la mujer, su contingente maldito de dudas, en el momento álgido de esa crisis psicológica y terrible, por la que entonces pasaba la familia mexicana; y si es verdad que en la prueba se acrisolaron muchas virtudes, otras muchas zozobraron y zozobran todavía.

En efecto, como la opinión pública quedó sin norma fija de criterio; pues las relaciones sexuales fluctuaban en una moral contradictoria, en la cual la ley infamaba á las religiosas, y la religión anatematizaba á las legales, la noción del *deber* femenino se perturbó como la aguja de una brújula enloquecida. Muchas abandonaron su moral cristiana, dejándose arrastrar por la fe del amante; y hubo por consiguiente uniones espurias, que se sacramentaban en los altares; otras

(1) Desde 1867 la mortalidad ha aumentado en la Municipalidad de México desde 3,136 defunciones hasta 17,866 en 1897, según el Cuadro relativo del Gobierno Federal.

que anatematizadas por la Iglesia, se legalizaban ante el nuevo funcionario civil: había quienes celebraban los dos enlaces con dos distintas personas; y muchas que burlándose de ambos, proclamaban el amor libre, cambiando de consorte, con las fluctuaciones del deseo y del hastio. Pocas fueron las que conciliaron los dos preceptos, cumpliendo á la vez que con la moral de la Iglesia, con el contrato del Estado. Hoy todavía las clases iletradas son refractarias á éste; de lo que se prevalecen los escépticos libertinos para sólo celebrar el religioso. Cohonestadas sus péfidas intenciones con las solemnidades enigmáticas de una liturgia ya caduca para ellos, consuman un deshonor, y abandonan á la víctima; sin dejar á la cándida que se les entregó ninguna acción legal para perseguir al seductor, ni siquiera para reclamarle el pan del hijo que abandona y desconoce.

Pero no fué sólo con engañosas como el pudor y la castidad se vieron atacados; sino directamente por las dudas, análisis y escepticismos de esos nihilistas y aberrados de la inteligencia; pues siendo las mujeres más ineptas que los hombres para concebir en toda su complejidad serial de efectos, la bondad de un precepto legal ó moral, hubo muchas que perdieron su pudor, por el hecho mismo de sujetar al análisis la legitimidad de sus juramentos ó la utilidad de su pureza. Sin alcances intelectuales para medir la trascendencia social de una infidencia conyugal ó de un desliz de doncellas; ni hábitos de reflexión para distinguir en la

conducta correcta lo que es instinto natural, de lo que es efecto de una idea inconsciente y hereditariamente inculcada por un medio moral, y de la necesidad de que ésta, que se llama *honor*, domine en lo absoluto al primero, aunque ésta sea *convencional* y el otro natural; el amor se les confundió con el placer; descendieron de esposas y vírgenes á hembras humanas; perdieron la conciencia de su dignidad, y se convirtieron en presas fáciles para los escépticos.

Como consecuencia inmediata buyó de muchos espíritus la conciencia de la paternidad; y hubo padres *legales*: pero desentendidos de obligaciones que les eran problemáticas. Hubo familias donde la regresión llegó á una especie de matriarcado, desarrollándose poliandrias clandestinas, á la sombra de *lenones* condecorados con el título de maridos. Celestinas y galeotos de toda especie y categoría, hasta con altos cargos militares, judiciales y legislativos se deslizaban en las familias, con sonrisas mefistofélicas, para ganar su correduría de perdición; y muchas vírgenes y esposas cayeron en un clandestinaje aristocrático, que estuvo á punto de disolver en una orgía inmensa á toda la sociedad mexicana; ayudadas por otro vicio inmundo, que por su lado llevaba á la mujer al aislamiento, repeliéndola del tálamo y lanzándola á los adulterios y amaciatos.

En efecto, llegó un momento, en que los escépticos sujetaron al análisis la paternidad de las proles, las consecuencias de la paternidad, la fidelidad de las

esposas y hasta la anatomía del placer. Hubo quienes como conclusión, se negaron á ser padres; y apareció el vicio aquel que hizo olvidar su sexo á los eupatrides atenienses, cuando hacían de sus mujeres hetairas para los procónsules ú odaliscas para los sátrapas; y lo mismo que entonces, hubo aquí mujeres que á su vez se negaron á dar hijos al Estado; se hicieron mesalinas de tono en la Capital, y cortezuelas de provincia; vivían sin familia; participaban del poder público; y distribuían en su boudoir, con las solemnidades *litográficas* de una democracia irrisoria credenciales para las cámaras, y despachos para los empleos públicos á sus favoritos.

El crepúsculo de la religión venido en México al chocar la Iglesia y el Estado por ideas muy distintas de las filosóficas y morales, fué pues funesto á toda la sociedad, corrompió á los gobernantes con los mismos sofismas que disolvían á la familia; y si toda la sociedad no siguió el ejemplo corruptor de los funcionarios y de los escépticos, metafísicos y jacobinos, fué porque en virtud de sus mismos elementos heterogéneos, como consecuencia de su anarquía casi secular, y debido á sus caminos solitarios durante meses enteros, nunca se ha podido mover como una sola masa, ni agitar con un solo impulso. Á los hogares modestos se refugió la virtud; y bajo la seguridad que impartía el militarismo triunfante, las poblaciones de segundo orden abrieron sus arbolados y blancos caseríos para recoger la pureza de las

mujeres, el honor de los hombres y todas las otras virtudes de los antiguos criollos y mestizos mexicanos, que huían despavoridas de las capitales. Y sin embargo, hasta allá hubiera llegado el contagio, y la sociedad hubiera desaparecido en un fangal, si el Doctor Gabino Barreda no hubiera iniciado en la Escuela Nacional Preparatoria la educación científica, que, á pesar de sus deficiencias morales, durante treinta años ha inculcado cánones de convicción en la conciencia de los profesionistas superiores; si el industrialismo no hubiera implantado en las masas la moral del taller; y si un Jefe de Estado de costumbres intachables no hubiera, con su ejemplo y veinte años de energía administrativa, purificado las oficinas públicas. El altruismo científico, el utilitarismo del contrato y el deber legal constituyen desde entonces, los credos superiores de moral con que el pueblo mexicano, desligado de la crisálida católica, se ha lanzado á cooperar en la civilización moderna.

FIN.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....

LIBRO I

La Atmósfera.

- I. Descripción de la Mesa Central, altitud y extensión. — Efectos fisiológicos de la decompresión atmosférica. — II. Oscilaciones termométricas y pneumonías. — III. Cantidad variable del oxígeno, sequedad del aire, aridez del paisaje. — IV. Atonía y sus efectos en las costumbres. — Vida contemplativa, *mortificación*, *hechos consumidos*. — V. Uso estimulante del tabaco. — Sus efectos son coadyuvantes del enarecimiento. — VI. Ambos sobreexcitan el bulbo, *Flato*, *neurosis* y delitos de ira. — VII. Influencia de la atmósfera en la labranza. — VIII. Idem en la minería. — Carácter aleatorio de la actividad industrial en México. — IX. Idem en la salud y en la vida. — X. La entidad metafísica de *La Suerte*. — El juego. — XI. Su extensión en México. — XII. Sofismas habituales del jugador. — XIII. Carácter supersticioso de su criterio. — XIV. Diafanidad de la atmósfera, perspectivas del Anahuac. — XV. Desarrollo de las nociones gráficas de la Vida y artes del dibujo. — XVI. Visibilidad cotidiana de los contrastes; ateísmo y *chuela*. — XVII. La influencia de la atmósfera en la vida siempre ha sido presentida por el hombre. — Carácter teórico de algunos cultos. — Persistencia de este teísmo en el carácter estoico de los mexicanos..... 1

LIBRO II

El Territorio.

- I. Concentración de la civilización en la Capital del Virreinato. — Aislamiento de las ciudades, villas y pueblos. —

Distancias y dificultades de los caminos. — II. Las necesidades de comunicación no eran urgentes en la sociedad colonial. — Persistencia del mismo estado de cosas durante la época *pre-ferrocarrilera* de México. — III. Ley geográfica de la difusión de la civilización en México. — Persistencia de las etapas pasadas en las villas y lugares secundarios. — IV. Repetición del mismo fenómeno en los Estados, Cantones, Distritos y demás subdivisiones políticas. — La configuración geográfica como condición de la anarquía. — Caso de Texas. — V. La incomunicación como causa de ineptitud gubernamental. — VI. Ejemplos. — VII. — Corroboración de esta ley con los casos de Chile, Estados Unidos y Coahuila. — VIII. La ineptitud gubernamental es causa de desmoralización privada. — IX. Relajación de los vínculos políticos. — Gobernadores, Jefes políticos, Caciques, Jefes de barrio, hacendados. — X. *Compadrazgo*. — El *pater familias* mexicano. — Persistencia del despotismo militar en los pueblos. — XI. Fidelidad conyugal. — Carácter de la esposa mexicana. — Celos y castigos sangrientos del adulterio. 64

LIBRO III

El Citadismo.

I. La pereza mexicana es de origen social y no climático. — Despoblación de los campos y plétora humana en las ciudades a causa de la guerra. — Degenerescencia y criminalidad en las aldeas. — II. La cantidad de habitantes es proporcional al capital destinado a su alimentación. — Pruebas del exceso de población en México. — Envejecimiento del trabajo. — Aspecto general de miseria. — La pereza y abyección como efectos de la falta de trabajo. — III. Pruebas de la energía y eficiencia del trabajo mexicano. — IV. Tipos del jornal en distintos trabajadores. — Insuficiencia del salario para la alimentación. — *Menú* nacional. — Enfermedades del aparato digestivo. — V. Alcohólico. — VI. Estado estacionario de la sociedad y formación de clases sociales por lo exiguo del salario. — VII. *Léperos*. — Indios. — VIII. Tropa, *soldaderas*, operarios y sirvientes. — IX. Artesanos, escribientes, gendarmes, oficiales. Extranjeros. — X. Clases directoras. 129

LIBRO IV

Los Atavismos.

I. Carácter disolvente de la Guerra de Independencia. — Fué el principio de la disolución de la sociedad colonial. — Agotamiento de las instituciones católico-monárquicas en México y Sud-América. — Carácter destructor y fatal de aquella guerra. — II. Disolución de las tres jerarquías del gobierno colonial. — Destrucción del *imperium* y de la disciplina militar. — Bandidaje militar. — III. La milicia convertida en profesión lucrativa. — Miseria é ignorancia generales. — IV. *Pronunciamientos* militares y del paisanaje. — Guerrilleros. — V. Ladrones, salteadores y plagiarios. — Lozada. — VI. Sistemas de civilización empleados con los indios. — *Presidios*. *Misianes*. — IncurSIONES DE salvajes en la frontera septentrional. — VII. Efectos destructores de pronunciados, ladrones y salvajes. — Desarrollo de la ferocidad é instintos sanguinarios en la masa de la población mexicana. — Monstruos del bandidaje militar. — IX. Esta ferocidad fué un caso de la ley biológica de la « Adaptación al Medio ». — Carácter sanguinario de las guerras civiles en México. — X. La *ley fuga*, cortes marciales. — El *neronismo* en Bustamante, Santa Ana, Rojas, Márquez, etc. — Reparación atávica de los conquistadores españoles. — XI. Circunstancias vulgares de los delitos de sangre en México. — XII. Reparación atávica de los sacerdotes de Huilzilopoztli. 183

LIBRO V

Los Cremos.

I. Las crisis religiosas son funestas a las sociedades. — Relaciones uniformes de la religión con las artes, filosofía, leyes y costumbres. — La pérdida de la religión produce el epicureísmo egoísta. — II. Carácter católico del intelecto mexicano en la época virreinal. — III. Agotamiento de este sistema. — Credo antitético de la filosofía experimental. — Teólogos y *tartufos*. — IV. Influencia del misticismo en la conducta. — Requiere el analfabetismo de los feligreses. — *Beatus* y fanáticos. — V. La Ética católica. — VI. Abusos del sistema fiscal del Clero. — El Ascetismo y su incompatibilidad

con el industrialismo. — VII. La creación del *Infierno* es inútil ya como sistema educativo. — VIII. Diferencia entre el *amor* y el *placer*. — El cristianismo ha hecho del primero el arte del hogar. — IX. Impotencia actual del asectismo contra la lujuria en México. — Falta de moral en la educación liberal. — Deshonestedad pública é inmoralidad privada. — X. Influencia de la liturgia matrimonial en el libertinaje actual. — La *esposa* y la *concubina*. — Influencia de la indisolubilidad del matrimonio en el *amiciato*. — Los efectos inmorales de éste. — XI. Introducción en México de la Metafísica. — Su carácter obstruccionista y destructor. — XII. Desarrollo de las ciencias bajo la Teología é ineptitud científica de la Metafísica. — Carácter logomaniaco de su oratoria. — Su esterilidad artística. — Efectos destructores en las masas. — XIII. Carácter enciclopédico de las meditaciones cotidianas de la Vida. — El error produce el fracaso. — XIV. Afinidades entre la moral privada y la social. — XV. El criterio trunco es incapaz para apreciar las consecuencias sociales de la conducta privada. — Dogmatismo necesario de la moral. — Profesionistas metafísicos. — Peculado, desmoralización general. — XVI. Ignorancia de los escépticos. — Su desconocimiento de los fines altruistas de las instituciones religiosas. — Yugos y Catilinas. — El desprestigio del cura causado por ellos arruina á los proletarios. — XVII. El escepticismo en la mujer. — Crisis del matrimonio. — Bigamia. *Leones*. — XVIII. Prostitución *aristocrática*..... 256

X 81, 11, 90, 93, 98, 156, 247, 248, 249-252
257, 258, 450

Taluz, 18

maison haute de l'archevêque, 22

Croix de la croix, 23

Le jour, 24, 37, 38, 41

Le jour, 41, 42

Conservation, 56, 160,

Souvent, 75, 254

Toujours, 75, 76, 78

Discontinuité, 116

Le jour, 113, 114, 125

Croix de la croix, 121, 122

Le jour, 127

Indigène du jour, 131

Population, 131 et croix, 133

Le jour, 140

Croix de la croix, 145

Chapelle de la croix, 152

Le jour, 160

Le jour, 171

Le jour, 173, 181, Le jour, 176

Le jour, 197, 214, 215, 216, 218, 219, 224, 228, 231

Le jour, 232

Le jour, 236, 237

DE VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA

-
- CORONADO. — Elementos de derecho constitucional. 1 vol. 8, Rústica..... \$ 3 50
-
- ALGARA. — Lecciones de derecho internacional privado. 1 vol. 8, Rústica..... \$ 6 »
-
- BULNES. — El porvenir de las naciones hispano-americanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos. 1 vol. 8, Rúst. \$ 2 »
-
- LOZANO. — Formularios del juicio criminal. 1 vol. 42, Cartonné..... \$ 2 »
-
- LOZANO Y VILLAMAR. Formularios para todas clases de juicios y diligencias. 1 vol. 8, Rústica..... \$ 6 »
-
- GARCÍA. — Manual de la Constitución política mexicana. 1 vol. 42, Rústica..... \$ 4 25
-
- LARASTIDA. — Estudio de las leyes federales sobre administración fiscal. 1 v. 8, Rúst.... \$ 6 »
-
- SPENCER. — Los antiguos mexicanos. 1 vol. 8, Rústica..... \$ 1 »
-